

El Cristianismo Evangélico a través de los siglos

Samuel Vila

ÍNDICE

PRÓLOGO	4
INTRODUCCIÓN	9
1. El siglo apostólico .	14
2. La Iglesia de Jerusalén	18
3. Los emperadores romanos en los siglos de persecución	23
4. La Iglesia de Antioquía: Martirio de su pastor san Ignacio	31
5. Persecución en las primitivas iglesias del Asia Menor	34
6. Clemente de Roma y Justino mártir	46
7. Primeros atisbos de corrupción clerical en Roma	50
8. Extensión del Cristianismo en Europa	55
9. Los líderes y mártires del norte de África	61
10. La persecución de Diocleciano	65
11. Un Conversión de Constantino	68
12. Las herejías doctrinales	70
13. El Cristianismo primitivo en España	73
14. Costumbres y doctrina de las Iglesias primitivas	80
15. Desarrollo del poder clerical	83
16. El Cristianismo en las Islas Británicas	87
17. Los Paulicianos	90
18. El Cristianismo en Rusia y Oriente	94
19. División entre la Iglesia Romana y la Ortodoxa	96
20. Poderío mundano y decadencia espiritual de la Iglesia Romana	99
21. Los Albigenses	103
22. Las Cruzadas	106
23. Protestantes anteriores a la Reforma	108
24. Movimientos precursores de la Reforma	115
25. Wicliffe y los Lollardos	124
26. Juan Huss y los Hussitas	127
27. Cristianos evangélicos dentro de la Iglesia Católica Romana	139
Claudio de Turín	
San Francisco de Asís	
San Bernardo de Clairvaux)	
Raimundo Lulio)	
Marcelo de Padua	
Eckart y Juan Tauler	
Hermanos de la Vida Común y Amigos de Dios	
28. La Reforma en Alemania	148
29. La Reforma en Francia	167
30. La Reforma en Suiza	194
31. La Reforma Bautista en Europa	202

32. La Reforma en Holanda	209
33. Los Valdenses aceptan la Reforma	214
34. La Reforma en Inglaterra	220
35. La Reforma en Escocia	237
36. La Reforma en Escandinavia	245
37. La Reforma en Italia	247
38. La Reforma en Rusia, y la actual Iglesia subterránea	252
39. La Reforma en España	259
APÉNDICE	276

PRÓLOGO

Hace casi un cuarto de siglo que el autor publicó un libro de historia titulado «EL CRISTIANISMO EVANGÉLICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS» que después de ser reimpreso en América quedó pronto agotado. Como indica su título, era una historia popular que tenía como principal objeto demostrar que el Cristianismo Evangélico, comúnmente llamado Protestantismo, no ha sido ni es una religión nueva inventada por los reformadores de la Edad Media, sino el mismo cristianismo de los primeros siglos remozado y limpiado de tradiciones inciertas y de abusos doctrinales derivados del paganismo. Que los mártires de la intolerancia religiosa en la Edad Media eran, por lo general, cristianos fieles, muy similares a los de primeros siglos, víctimas de la incompreensión y fanatismo de quienes profesaban creer y servir al mismo Cristo; y que las sectas que florecieron en siglos anteriores a la Reforma, no eran siempre heréticas (o sea, opuestas a la doctrina sana que proclamaron los apóstoles), sino que estaban constituidas muchas veces por los mejores creyentes del siglo, que protestaban contra errores particulares, o contra la tibieza religiosa de su tiempo.

Filosofía de la Historia de la Iglesia

Es evidente que el Cristianismo, como religión revelada, ha traído grandes beneficios a la humanidad, aun en el orden puramente material. Es lo que puso en evidencia Chateaubriand en su famoso libro «El Genio del Cristianismo»; y lo que expuso en forma más breve el escritor suizo Ernesto Naville en un libro magnífico de principios del presente siglo titulado «El Cristo»; mostrando que la venida de Jesucristo transformó la sociedad grecorromana del siglo I y puso los cimientos de una civilización moralmente superior a todas las que se han conocido sobre la tierra. Todavía hoy día en las regiones donde el Cristianismo no ha penetrado, la mujer, el niño y el anciano no reciben la misma consideración que en las naciones llamadas cristianas. Y podemos afirmar que ha sido la influencia de la fe cristiana lo que ha hecho que la «Carta de los derechos Humanos», de la ONU, haya quedado suscrita por todas las naciones.

Pero el Cristianismo tiene una misión mucho más importante que la cultural y civilizadora. El gran encargo que Cristo dio a sus discípulos fue predicar el Evangelio (Buenas Nuevas) a toda criatura, pues éste anuncia beneficios para esta vida, pero su alcance se extiende a la eternidad.

El verdadero concepto de Iglesia

«He aquí que tú eres Pedro —dijo Jesús— y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella». Y el apóstol Pablo afirma, refiriéndose a las relaciones de Cristo con los que le han aceptado como Salvador y Señor: «Some-tió todas las cosas bajo sus pies y le dio por cabeza a la Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo».

¿Qué significa la expresión «Iglesia» a la luz de ambos pasajes? ¿Se refiere a algún grupo religioso particular de los que a través de los siglos se han aplicado ese nombre? No es verosímil, pues nunca ha habido en el curso de la Historia una sola iglesia cristiana visible. Ya en el tiempo de los apóstoles se formaban sectas y partidos diversos

reconocidos (véase Gálatas 2:12 y 1: 19). En los siglos inmediatos a Jesucristo el gran misterio de la Encarnación con que tuvo que enfrentarse la cristiandad, produjo multitud de sectas que profesaron diversos puntos de vista cristológico; sin hablar de otros motivos personales y administrativos susceptibles de producir divisiones entre las iglesias cristianas.

Esta lamentable situación fue prevista por el ojo omnisciente del Hijo de Dios cuando oró, en la noche de su Pasión: «A los que me has dado, guárdalos por tu nombre, para que sean uno, así como nosotros somos uno... mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer también en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tu Padre en Mí y Yo en ti que también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste».

Tanto Jesucristo como los apóstoles hablan en los términos más elevados de «la Iglesia»; sin embargo, nunca les vemos preocupados para establecer una jerarquía general o universal sobre toda ella. En el Antiguo Testamento Dios nombró una línea de sucesión jerárquica en la familia de Aarón, pero en cuanto a la Iglesia, al nombrar a Pedro como fundador humano de la misma no le dice: «A ti y a tus descendientes», ni tampoco: «A ti y a tus sucesores en el cargo», sino simplemente: «A ti daré las llaves».

En cambio, y como para animar las iniciativas particulares de comunión con Dios y extensión de la fe cristiana, oímos a Cristo formular la promesa: «De cierto os digo que todo lo que ligareis en la tierra será ligado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo. Otra vez os digo que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos, porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mateo 18:20). Lo que implica un reconocimiento tácito por parte del Salvador de parte de todos los grupos que le reconocen y adoran con sinceridad.

El mismo espíritu inclusivo de amplia comprensión y tolerancia, manifiesta nuestro divino Redentor cuando el apóstol Juan le cuenta el caso del primer cismático de sus días, con las palabras: «Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros». Jesús les dijo: «No se lo prohibáis, porque el que no es contra nosotros, por nosotros es», o como dice en Marcos 8:38-40: «No se lo prohibáis porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre y luego puede decir mal de Mí, porque el que no es contra nosotros, por nosotros es».

¿Por qué lo hizo así el omnisciente Salvador? ¿Por qué no nombró una jerarquía y estableció una doctrina y una Iglesia orgánicamente única a través de todos los siglos?

Porque la Iglesia que Cristo quiso instituir se halla establecida, sobre dos pilares imprescindibles e insustituibles, Fe y Libertad.

«Por fe andamos, no por vista», afirma el apóstol (2.^a Corintios 5:7). «Hermanos, vosotros a libertad habéis sido llamados, con tal que no uséis la libertad como ocasión a la carne» (Gálatas 5:13). «Tu pueblo será de buena voluntad...». (Salmo 110:3). Para que pudiera ser así, no podía haber en la Iglesia una jerarquía revestida de autoridad suprema e infalible a través de los siglos, pues ello habría anulado el esfuerzo y el mérito de la fe y la sinceridad de conciencia.

Jesús se ausentó a los cielos y dejó a los suyos en una prueba de fe por espacio de no sabemos cuántos siglos. Peregrinamos ausentes de Él, y hacia Él —como dice el apóstol en 2.^a Corintios 5:9— procurando interpretar y cumplir su voluntad en medio de muchas dificultades, inconvenientes y tentaciones; tan solamente una fe libre, voluntaria y sincera, sería verdadera fe, agradable a Dios y eficaz para avergonzar y desacreditar al gran enemigo que desconfió de Él, y ello solamente podía verse realizado en un ambiente de libertad. Una autoridad visible e infalible en el mundo habría requerido un milagro constante: el milagro de un jefe o una línea de jefes espiritual y moralmente perfectos y dotados de poderes sobrenaturales, ya que sin milagro es inalcanzable la perfección de ningún ser humano, sin poderes sobrenaturales es imposible establecer una perfecta disciplina y unidad de doctrina y conducta en un mundo de seres rebeldes por naturaleza, y por naturaleza libres. Esto aun cuando fuera lo ideal (y es lo que existirá en el reino de Dios) habría sido contraproducente en el régimen actual de prueba en que se halla el mundo y la Iglesia.

El conocimiento de estos principios bíblicos, puede ayudarnos muchos a comprender, sin desalentarnos, la aciaga historia de la Iglesia a través de los siglos.

Una grande y significativa frase a tal respecto, es la advertencia y promesa del Salvador: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Veinte siglos de lucha

Esto implica que la Iglesia, compuesta por los verdaderos cristianos unidos a su divino Salvador y Señor por una fe viva, tendría que contender a través de todos los siglos con un sutil y astuto enemigo invisible, Satanás.

El apóstol Pablo no hace sino ampliar el pensamiento de Jesucristo al escribir: «Porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires».

En efecto, cuando echamos una mirada al curso de la Historia de la Iglesia, no podemos menos que sentirnos asombrados por el contraste que ofrece el valor, la fe, la tenacidad y el espíritu de sacrificio de muchos de sus pro-hombres, con el egoísmo, el partidismo, la intolerancia, la insensatez y mezquinad de sus luchas filosófico-religiosas y la general incomprensión del verdadero carácter y visión de la Iglesia de Cristo desde sus mejores tiempos.

«Id por todo el mundo...», había dicho el Salvador, «...y predicad el Evangelio a toda criatura...», pero los cristianos, ¡qué vergüenza!, parecen haber entendido por «todo el mundo» la pequeña Europa, durante casi dieciocho siglos.

«No se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud... Así alumbre vuestra luz delante de los hombres...», pero cristianos altamente consagrados y aptos para las más grandes hazañas en favor de la obra misionera, les vemos encerrar sus grandes dotes tras los muros de un convento o en la soledad del desierto.

«Los príncipes de este mundo tratan de enseñorearse los unos sobre los otros, pero entre vosotros no ha de ser así...», sin embargo, el desarrollo de la jerarquía eclesiástica convierte la mayor Iglesia visible en una monarquía cuyos puestos de autoridad son comprados y vendidos del modo más escandaloso y vergonzoso.

¿Y qué diremos de las debilidades, errores de táctica, cuando no de doctrina, divisiones y disensiones entre los cristianos en todo el mundo y en todos los tiempos, con el consiguiente enflaquecimiento espiritual y la apostasía final de grandes sectores de la cristiandad en estos últimos decenios?

¿Quién no puede ver a través de toda la historia del Cristianismo, desde las sangrientas persecuciones de los primeros siglos, las de los propios cristianos en los siglos de apogeo religioso de la Edad Media, matándose unos contra otros, y finalmente en la actual negación de casi todos los artículos del Credo, sino la mano escondida del gran Enemigo de las almas?

Es cierto que el Cristianismo ha tenido una parte esencial en la cultura europea y americana, en las instituciones de caridad y en la formación de una conciencia moral mucho menos cruel que la de los siglos precedentes, sin embargo, todo el avance ha sido llevado a cabo en medio de luchas feroces, en las cuales parece mostrarse de un modo patente la influencia de fuerzas espirituales que ciegan a los hombres, llevando a los pseudo-cristianos y aún a los verdaderos cristianos, a posiciones y actitudes totalmente opuestas a las doctrinas de su divino Fundador.

Hacia el final de la gran odisea

El mundo pagano que había quedado casi totalmente olvidado del testimonio evangélico por casi dieciocho siglos, parece estar cerrándose de nuevo, apenas acabado de cumplirse el vaticinio del Salvador: «Será predicado este Evangelio para testimonio a todos los gentiles y entonces será el fin». Fijémonos en la palabra «testimonio» no conversión de todos; sin embargo, el testimonio ha sido dado en todo el mundo y continúa produciendo fruto de almas que se reconcilian con Dios por medio de Jesucristo. Fruto quizá de más valor por desarrollarse en medio de grandes limitaciones y dificultades en los países comunistas.

Ciertamente, la historia del Cristianismo es desalentadora desde un punto de vista humano y triunfalista; pero es alentadora y gozosa mirando «no a lo que se ve, sino a lo que no se ve». Por lo menos constatamos el cumplimiento de la promesa de Cristo en el hecho de que pasados veinte siglos no ha desaparecido la fe cristiana de sobre la faz de la tierra. «Las puertas del infierno»... no han prevalecido. Y también se ha cumplido la sentencia poco optimista, pero cierta, como todas las palabras del Salvador: «Cuando el Hijo del hombre viniere ¿hallará fe en la tierra?». ¡Ciertamente la hallará! Habrá quienes podrán responder a su llamada para ser arrebatados a su presencia. Esta seguridad nos anima en este tiempo confuso en que vivimos. Pero según hace prever la lamentación del Señor, no serán mayoría como pensaban la generalidad de los cristianos del siglo pasado.

Espigando en el denso campo de la Historia

Desgraciadamente no podemos conocer todos los detalles de la gran batalla de los siglos. Tan sólo una parte insignificante de lo ocurrido a través de los tiempos en relación con el testimonio cristiano ha quedado escrita. La inmensa mayoría de los hechos han quedado escondidos entre los pliegos de la Historia y sólo podremos conocerlas de un modo completo en la eternidad.

Pero nos conviene saber, por lo menos, lo que ha quedado escrito en documentos fidedignos para nuestra propia enseñanza, aliento y estímulo. En algunos casos el historiador serio se queda perplejo entre lo realmente histórico y las veleidades de la tradición. Así ocurre, por ejemplo, en ciertos relatos de martirio, y con los apócrifos del Nuevo Testamento.

¡Existen tantos evangelios novelescos tratando de llenar las lagunas de los cuatro evangelios canónicos! ¡Tantos relatos inverosímiles en el santoral romano fraguados por la imaginación en la soledad de los conventos!

Pero tenemos trozos de verdadera historia consignada en documentos de los que no cabe dudar. Por ejemplo, en cuanto a los Evangelios, el «Diatessaron» (por los cuatro) de Taciano, y el canon de Muratori nos prueban que los cuatro Evangelios auténticos existían y habían sido reconocidos ya por las iglesias cristianas en época tan temprana como el año 170, y las abundantes citas de los Padres, de los tres primeros siglos nos permiten constatar la autoridad que las iglesias cristianas daban a tales documentos, puesto que, como alguien ha dicho: «Si se hubiese perdido el texto del Nuevo Testamento, podríamos recobrarlo completo, excepto 18 versículos, copiándolo de los escritos de los primeros Padres».

Asimismo en cuanto a las historias de los mártires, tenemos cartas auténticas de pastores e iglesias del segundo y tercer siglo dirigidas a otras iglesias, relatando las tragedias de martirio con tantos detalles, que las hacen revivir ante nuestros ojos, y todo ello con documentos cuya autenticidad no puede ser puesta en duda por la crítica más exigente. El presente libro representa un estudio histórico del Cristianismo a través de los siglos, no exhaustivo; pero sí bastante más amplio que nuestro anterior libro, que era sobre todo apologético y por tanto daba grandes saltos entre cumbres históricas. Esto lo hacía inapto como libro de texto en seminarios y escuelas bíblicas, y tan sólo de parcial ayuda en bibliotecas pastorales, ya que había sido escrito con un propósito apologético especial, para el hombre de la calle, tanto en su parte narrativa como a los efectos de libro de consulta.

Nos gozamos dando gracias a Dios porque nos permite poner esta segunda edición ampliada de «EL CRISTIANISMO EVANGÉLICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS» en manos del público evangélico, esperando que pueda ser una eficaz ayuda a la labor de nuestros amados hermanos y colaboradores en la obra de extensión del Evangelio por todo el mundo de habla hispana.

Tarrasa, junio de 1981
Samuel Vila

INTRODUCCIÓN

El presente volumen no es sino una parte o aspecto de la Historia Eclesiástica. Es más bien un esfuerzo para seguir a través de los siglos las huellas de los verdaderos cristianos, o sea, no los simplemente adheridos a tal o cual organización eclesiástica, sino los que dentro de cualquier estructura eclesiástica demuestran haber tenido una comprensión clara de la voluntad de Dios según nos es revelada en las Sagradas Escrituras, teniendo el valor de anteponerla a toda conveniencia propia a causa del medio ambiente que les rodeaba.

Tales cristianos han sido comúnmente tildados de herejes, y tratados como perturbadores del orden y la tranquilidad pública; se les ha perseguido sin compasión, pero como hace notar el historiador Alfonso Torres de Castilla: «Cuando se ha logrado hacer desaparecer la herejía en un siglo ha rebrotado con otro nombre en el siglo próximo, sustentando más o menos las mismas doctrinas y fatigando a la iglesia dominante en su vano empeño perseguidor».¹

El Cristianismo ha tenido que hacer frente, ciertamente, a herejías extrañas. Interpretaciones diversas de los grandes misterios de la Revelación de Dios en Cristo, se sucedieron en los siglos primitivos, forjadas por la influencia de sistemas filosóficos prevalentes en la época, o de las religiones que precedieron al movimiento cristiano. Ya en días de los apóstoles existió esta lucha contra peligrosas tendencias doctrinales, que cristalizaron más tarde en grupos sectarios, tales como el Gnosticismo, Docetismo, Maniqueísmo, Arrianismo, etc

Pero estas doctrinas heréticas nada tienen que ver con la «Gran Herejía de la Verdad» que ha consistido siempre en una protesta de los abusos y corrupción de la Iglesia dominante y un retorno a las fuentes de la Verdad Cristiana: Las Sagradas Escrituras. No es extraño que en cada siglo, los hombres que han tomado en serio la religión, se preguntaran ansiosamente si las doctrinas en que fueron enseñados tenían su apoyo en dicha autoridad escrita e inmutable, o habían sido forjadas por autoridades humanas, sin tener en cuenta, suficientemente, las enseñanzas de la Palabra de Dios.

Esta renovación de una misma clase de herejía, designada por diferentes nombres, según los lugares en que floreció o los prohombres que la acaudillaron en cada época, sirve de gran estímulo a los actuales buscadores de la Verdad.

En las cuerdas de la marinería inglesa existe un hilo de grana puesto en su interior que tiene por objeto indicar su origen en caso de robo o extravío. Un hilo de grana formado por la sangre de los mártires de la Verdad Cristiana en su primitiva pureza, existe a través de los siglos, identificando esta Verdad de Dios en medio de los errores y corrupciones humanas.

En ciertos siglos, la oscuridad espiritual es tan intensa que el testimonio de la Verdad Evangélica parece haber quedado casi apagado. Existieron en estas épocas muchas almas sinceras que conocían sin duda a Cristo como a su Salvador personal; le adoraban con sinceridad y gemían por la corrupción de los pseudo-cristianos de su siglo.

¹ «Historia de las persecuciones políticas y religiosas en Europa», vol I, pág. 133

Muchos cristianos del mejor temple sufren y lloran en los aciagos siglos de la Edad Media reconociendo la vaciedad de Cristianismo externo que les rodea; pero no osan levantar su protesta, ni ellos mismos se aperciben de ciertos errores en que comulgan dentro de su sinceridad religiosa.

Pero en otros lugares, la verdadera piedad cristiana. toma una forma organizada. En algunos casos el movimiento espiritual tiene sus raíces en algún despertamiento religioso de siglos anteriores. En otros, parece surgido espontáneamente a la luz de las Sagradas Escrituras explicadas por algún prohombre esclarecido. A veces ambos factores se confunden.

No importa, ya que la Verdad Cristiana no necesita ninguna línea de sucesión para justificarse. Lo importante es que la doctrina sea esencialmente semejante a la sustentada por los apóstoles y primitivos cristianos.

En ciertos momentos la Verdad Evangélica, causa de tan continuados y gloriosos movimientos religiosos, halla su apoyo y parece confundirse un poco con algún error, del cual queda poco más tarde purificada. Tal es el caso por ejemplo de las doctrinas de los Albigenses que los historiadores nos presentan tan confusamente, unos considerándolos casi como cristianos evangélicos por su adhesión al Nuevo Testamento y su notoria fidelidad y espíritu de sacrificio, mientras que otros los denuncian como maniqueos, profesantes de una doctrina que el auténtico cristianismo ha repudiado siempre. Con todo, es difícil distinguir quiénes tenían tales tendencias heréticas y quiénes eran realmente evangélicos ya que los documentos de sus perseguidores suelen mezclar los nombres de los supuestos herejes llamándoles «maniqueos, cátaros y valdenses», y sabemos que estos últimos nunca tuvieron tendencias maniqueas, sino que pudieron adherirse sin dilación ni reparo alguno al movimiento de la Reforma en el concilio de Chanforan, por profesar desde siglos una fe netamente evangélica.

Lo admirable del caso es que, aunque durante muchos siglos no tenemos otras referencias históricas de la línea ininterrumpida de «herejes de la Verdad», que los datos facilitados por sus enemigos (y todos los que hemos pertenecido a minorías marginadas y perseguidas tenemos experiencia de cuan errado y calumnioso ha sido a veces lo que se ha dicho de nosotros); la conducta de los supuestos sectarios es tan brillante que no pueden ignorarla o pasaría por alto sus propios perseguidores, y su involuntario testimonio nos ayuda a identificar el hilo escarlata de la Verdad Evangélica a través de los siglos.

Por esto, aunque no podamos trazar una sucesión apostólica como aquella de que se ufanan los católicos romanos (sin apercibirse de los terribles lunares que cortan tal sucesión, en los aspectos de santidad e infalibilidad, sobre todo en la Edad Media), es interesante observar que Dios ha tenido siempre en la tierra una generación de testigos que no se deja amilanar por la corrupción que les rodea ni por las fieras persecuciones de que son objeto. Son los sucesores de aquella línea de héroes de la fe que describe el apóstol en Hebreos 11, y acerca de los cuales parece tener San Pablo un vislumbre profético al escribir a su discípulo Timoteo: «Todos los que quieran vivir píamente en Cristo Jesús padecerán persecución. Mas los malos y los engañadores irán de mal en peor engañando y siendo engañados».

La generación de testigos de la Verdad Evangélica se multiplica desde los tiempos de la Reforma Religiosa del siglo XVI. Ello era indispensable si tenía que cumplirse la predicción hecha por nuestro Señor Jesucristo, que su Evangelio sería «predicado en todas las naciones para testimonio a todos los gentiles». No eran aptos para cumplir esa magna empresa las dos grandes organizaciones eclesiásticas dominantes (la Iglesia Católica Romana y la Ortodoxa), aunque tuvieran en su seno hijos ilustres, llenos de ardor misionero que hicieron todo lo posible para extender en sus días el conocimiento de Cristo entre los paganos del norte y del Este de Europa, y más tarde hay quienes, como Raimundo Lulio, pensaron que los cristianos tenían el deber de combatir el Islam, no con las armas materiales, sino con las de la persuasión y la fe, aunque ello costara mártires tal como en los tres primeros siglos, y tratando de llamar a la poderosa organización eclesiástica cristiana a este deber fracasaron rotundamente. ¿Quién iba a atender las voces de ilusos como Francisco de Asís, y Raimundo Lulio? Así que las fuerzas espirituales y económicas de la cristiandad del Medioevo, en lugar de ser empleadas en cumplir la Gran Comisión que Cristo dio a sus discípulos llevando el Evangelio a cualquier coste por «todo el mundo», fueron empleadas en levantar grandes monumentos de piedra, o en sostener una piedad a veces auténtica, pero en mayor medida cómoda y rutinaria en los conventos. Los que en los siglos VI al VIII habían sido colegios misioneros pierden su visión misionera y se convierten en centros literarios, agrícolas, industriales, cuando no de molicie y vida cómoda, pocos siglos después.

Los recursos de la cristiandad que en los días apostólicos se dedicaban a sostener a los que iban de ciudad en ciudad anunciando el Evangelio, se malgastan en peregrinaciones a supuestas tumbas de apóstoles y mártires. Jerusalén, Roma, Santiago de Compostela, Canterbury Zaragoza, Montserrat, reciben un continuo alud de peregrinos que poco beneficio reciben ni producen de su tremendo esfuerzo.

Lo más desastroso ocurre cuando el Islam ocupa los lugares santos y los esfuerzos y recursos de Europa entera son dedicados a enviar, una tras otra, oleadas de aventureros o fanáticos a conquistar los lugares santos. Todo con tal de olvidar el único mandato clave de Aquel a quien proclaman como Salvador y Señor, quien dejó a sus discípulos el encargo de «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura». El resultado de semejante distorsión del gran objetivo de la Iglesia es, después de dieciocho siglos de cristianismo, un mundo en el que los cuatro mayores continentes apenas han llegado a oír recientemente el mensaje del amor de Dios.

Pero no tan sólo el mandato misionero sino sobre todo el del amor es totalmente olvidado. Los grandes Concilios de la Iglesia, en lugar de ocuparse en cómo cumplir la orden misionera dada por el Redentor, pierden su tiempo y esfuerzo, primeramente en discusiones teológicas de difícil solución, y lo que es todavía más lamentable, en siglos posteriores, en cómo mantener a toda costa, sin parar mientes en el derramamiento de sangre, la autoridad jerárquica de un obispo sobre todos los demás obispos de la cristiandad.

Cierto que el espíritu de Dios está obrando en los corazones de las almas sinceras y hay mucho amor a Cristo y verdadera piedad en los tiempos oscuros de la Edad Media; evidentes muestras de ello son las obras devocionales que han llegado hasta nuestros días, como «la Imitación de Cristo» de Tomás Kempis, y la de los notables místicos es-

pañoles, pero es más bien una piedad hasta cierto punto egoísta de propia perfección personal, que un impulso de amor hacia las almas ignorantes del Evangelio, como el que caracterizaba, por ejemplo, al apóstol san Pablo y a muchos otros cristianos de siglos anteriores.

Cuando el Espíritu de Dios promueve un movimiento de Reforma, y millares en Europa empiezan a despertar y darse cuenta de la olvidada doctrina evangélica de la regeneración por la fe, que les llevará más tarde a reconocer también el verdadero propósito y deber misionero de la Iglesia, son tratados como criminales y perseguidos a muerte por gobernante nominalmente cristianos, que les someten a persecuciones y tormentos iguales o mayores que los que se ingeniaban los procónsules romanos para con los cristianos primitivos, olvidando los más claros preceptos del Nuevo Testamento.

Ciertamente, no comprenderíamos la historia del Cristianismo, ni tendríamos palabras con qué calificarla, de no saber de antemano, por las Sagradas Escrituras, el secreto revelado por Cristo acerca del gran Enemigo invisible que combatirá y engañará al pueblo de Dios, de todas las formas y maneras posibles. El enemigo a quien Cristo señala con la expresión: «Las puertas del Infierno».

Aquí surge una gran pregunta que no queremos dejar de contestar, antes de poner fin a esta introducción, pues se trata de una duda realmente turbadora para los buscadores sinceros de la Verdad religiosa: ¿Por qué el Señor dejó tan abiertas aquellas puertas del infierno que en su sabiduría y previsión divinas sabía que no habían de prevalecer? ¿Por qué permitirle Dios estas malas interpretaciones de su voluntad?, ¿por qué toleraría tanta injusticia y crueldad sin ponerle coto! Nosotros habríamos corrido en auxilio de nuestros hermanos si hubiésemos tenido medios para ello. ¿Por qué no lo hizo el Señor Todopoderoso! ¿Por qué les dejó perecer?

Es verdad que en ciertos casos observamos la mano de la Providencia castigando a los opresores. Podemos advertir esta circunstancia en los relatos que se dan en las páginas de este mismo libro.

Pero nos objeta el escéptico con aparente razón: ¿No habría sido mucho mejor si la eliminación de estos enemigos hubiese tenido lugar antes de que pudiesen llevar a cabo sus terribles crueldades y crímenes? ¿Por qué no atendió el Todopoderoso las angustiosas plegarias de sus hijos afligidos y perseguidos?

Esta es una angustiosa pregunta que se ha levantado seguramente en el corazón del hombre desde que la mano homicida de Caín se ensañó contra el inocente Abel, y que se continuará repitiendo hasta que Dios establezca su trono de justicia sobre la tierra. Sin embargo podemos vislumbrar razones para este silencio del Todopoderoso, sin caer en la desalentadora conclusión de: «No hay justicia en lo Alto».

He aquí algunas de tales razones:

1.^a El mundo se halla en período de prueba; y por tal motivo Dios parece haber dejado a la humanidad libre de su tutela, por lo menos en el sentido coercitivo, si bien no nos ha dejado sin testimonio, revelándose a nosotros por métodos persuasivos... por las obras de la Naturaleza, por nuestra conciencia y sobre todo, por la venida de Cristo al mundo. Sólo de esta manera podía manifestarse, para oprobio y vergüenza del Adversario, hasta donde puede llegar el horror y la maldad del pecado, por un lado, y por el

otro: la fe, la abnegación, la virtud. Los colores oscuros de un cuadro hacen resaltar las claridades del mismo. El heroísmo y el amor a la Verdad a toda prueba, no habrían tenido ocasión de revelarse de no haber existido la maldad y la injusticia en el mundo.

2.^a La muerte no es lo mismo vista desde este lado del sepulcro que desde la eternidad. El martirio, que para nosotros es un fin desastroso, no significa sino un glorioso triunfo visto desde el otro lado de la muerte. Por consiguiente, los horrores del anfiteatro y las hogueras de la Inquisición, no eran en realidad sino un medio para traer a su verdadero destino a almas redimidas y dignísimas que glorificaron a Su Señor con la firmeza de su heroico sacrificio.

3.^a Valía la pena tal sufrimiento por lo aleccionador de tal ejemplo, no solamente para los humanos sino probablemente para los mismos ángeles. Es indudable que la heroica firmeza de los mártires ha producido incalculables beneficios, no solamente a los humanos que les seguimos y somos estimulados por su ejemplo, sino a otros seres espirituales que habrán visto admirados a qué alturas puede llegar la fe y el amor a Dios. Los mismos ángeles rebeldes que desconfiaron de Dios habrán tenido de este modo ocasión de convencerse de que es posible acatar la Voluntad Soberana, sin entenderla, aún en las circunstancias adversas en que viven los hombres; y ha de haber sido para ellos una severa lección de reproche.

4.^a Lo momentáneo y leve de la tribulación obra un sobremanera alto y eterno peso de gloria (2. Corintios 4:17). Es bien probable que nosotros que hoy procuramos las mayores comodidades, y una vida larga, envidiaremos algún día la suerte de los mártires que gimieron en los calabozos y perecieron en los anfiteatros y hogueras, cuando contemplemos admirados su eterna y gloriosa recompensa.

Sin embargo, es nuestro deber ahora, no buscarnos sufrimientos innecesarios, sino conformarnos en la condición en que Dios nos ha puesto, siendo fieles en el servicio del Evangelio, como nuestros gloriosos antepasados lo fueron en el sufrimiento.

Que el ejemplo de los que todo lo sacrificaron a la Verdad y a la voluntad de Dios, nos sirva de estímulo en esta época materialista para elevar nuestros pensamientos por encima de los convencionalismos y conveniencias humanas, a fin de que, tras de hallar sobre el mismo terreno que ellos, la feliz seguridad de la fe, seamos testigos fieles de Dios en esta generación, como lo fueron en otros siglos nuestros antepasados cristianos.

1

EL SIGLO APOSTÓLICO

Los Hechos de los Apóstoles, terminan dejando al apóstol san Pablo preso en Roma en una casa de alquiler donde por dos años recibía a los que acudían a él. ¿Qué siguió después? ¿Cómo se desarrolló el Cristianismo en la época sub-apostólica? ¿Cuál era la fe de aquellos primitivos cristianos? ¿Era idéntica a la que advertimos en los cristianos del tiempo apostólico? ¿Muestra vestigios de otras enseñanzas diferentes de aquellas que tenemos consignadas en el Nuevo Testamento, transmitidas, como dicen algunos, por tradición oral? ¿Qué ocurrió con el mismo apóstol san Pablo y los otros apóstoles, que no se halla consignado en el Nuevo Testamento?

Existen unos pocos documentos que la crítica histórica no puede dejar de atribuir al siglo que siguió a la predicación apostólica. Estos son principalmente La Didaché, la Carta de san Clemente a los Corintios, las cartas de san Ignacio de Antioquía, la carta de san Policarpo a los Filipenses, las Actas del martirio de San Policarpo y la carta a Diogneto, de autor desconocido, pero que se considera evidentemente originaria del primero o segundo siglo.

De fuentes no cristianas tenemos las referencias a la «secta cristiana» de Tácito y Suetonio, alguna referencia de Josefo y la carta de Plinio a Trajano, todo ello dentro del primer siglo.

LA PERSECUCIÓN NERONIANA

Tácito nos cuenta que por orden de Nerón, tuvo lugar en el año 64 la primera persecución contra los cristianos de Roma. Aquel emperador acusaba a los cristianos de haber incendiado la ciudad. Por este medio procuró arrojar sobre ellos las sospechas que el pueblo tenía contra él mismo. Los habitantes de la capital no habían podido formarse una idea exacta del verdadero carácter de los cristianos. Los confundían con los judíos y sólo sentían por ellos desprecio y odio.

He aquí las propias palabras de un escritor romano: «Para calmar los rumores, Nerón ofreció otros reos, e hizo padecer las torturas más crueles a unos hombres despreciados por sus abominaciones, a los que el vulgo llama cristianos, cuyo nombre les viene de Cristo que bajo el reinado de Tiberio fue entregado al suplicio por Poncio Pilato. Esta execrable superstición, si bien reprimida unas veces, reaparecía con fuerza, no sólo en Judea, donde tuvo su origen, sino en la misma Roma, donde hallan partidarios todas las infamias y horrores que en el mundo existen. Prendióse a los que revelaban su secta, y por sus declaraciones muchos otros fueron encarcelados. Si bien no se les probó su participación en el incendio, fueron castigados por su odio al género humano. Se hizo una diversión (le su suplicio: cubiertos unos con pieles de fieras, eran devorados por los perros, otros morían sobre una cruz otros, finalmente, eran impregnados con materias inflamables y entrada la noche se les incendiaba y servían de antorchas. Para este espectáculo, Nerón prestaba sus jardines al par que ofrecía juegos en el Circo».

Con alternativas diversas, prolongóse la persecución hasta el fin del reinado de Nerón.

¿Qué ocurrió durante este tiempo con el mismo apóstol san Pablo? El testimonio de más valor que existe es el de Clemente de Roma, que se supone fue discípulo del propio apóstol, cuyo nombre figura en Filipenses 4:3. Dice este escritor:

MUERTE DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

«Pedro, después de haber pasado por muchos trabajos sufrió finalmente el martirio... Pablo, después de haber enseñado la justicia al mundo entero hasta llegar al extremo occidental, padeció el martirio por orden de los prefectos». Aunque este antiquísimo testigo no señala el lugar, el hecho de asociar los dos nombres parece dar verosimilitud a la idea de que ambos apóstoles sufrieron el martirio en Roma; pero nada sabemos de un supuesto pontificado de 25 años de San Pedro en Roma ni del nombramiento de un sucesor por parte del apóstol.

Teniendo en cuenta que Clemente escribía desde Roma, la extremidad de occidente no puede significar otra cosa sino España, y en esto vemos el cumplimiento de los anhelos que expresa san Pablo en su carta a los Romanos cap. 15:24-28.

El Canon de Muratori, documento perteneciente al año 170 habla también del viaje de Pablo a España.

Eusebio dice: «Después de defenderse con éxito se admite por todos que el apóstol fue otra vez a proclamar el Evangelio y después vino a Roma por segunda vez y sufrió el martirio bajo Nerón».

El primer juicio y liberación del apóstol S. Pablo tuvo lugar a principios del año 63, antes que estallara la gran persecución del año 64 que siguió al incendio de Roma. Parece que hizo un viaje por Asia Menor, de acuerdo con los deseos expresados desde su prisión en su epístola a los Filipenses, cap. 2, vers. 24 y Filemón 22. Poco después embarcó en algún puerto de Asia Menor o de Grecia y vino a España, donde permanecería unos dos años. De aquí volvería a Efeso, y en Nicópolis, fue encarcelado y conducido a Roma, donde sufrió el martirio.

Eusebio, siguiendo una tradición bastante antigua, dice que Pablo y Pedro fueron ajusticiados en Roma. Al primero le fue cortada la cabeza, mientras que el segundo fue crucificado.²

JUAN, ÚLTIMO SOBREVIVIENTE DE LOS APÓSTOLES

El apóstol Juan, hermano de Santiago y autor del evangelio y las epístolas que llevan su nombre, vivió primeramente en Jerusalén, con la madre del Salvador, tal como éste le encargó desde la cruz; pero después de haber tenido lugar el martirio de Pedro y Pablo entre los años 64 al 67 (no se conoce la fecha exacta), parece que Juan sintió la necesidad de atender más de cerca la brillante obra que Pablo había dejado en el Asia Menor, pues sabemos por los historiadores que se hallaba en Efeso en el año 68, donde tuvo entre sus discípulos más distinguidos a Policarpo y Papias.³

² Eusebio, «Historia Eclesiástica», Libro III, cap. 1.º.

³ Véase en «Actas de los Mártires»: Martyrium Polycarpi.

Durante el reinado de Domiciano el apóstol Juan fue traído preso a Roma y el Apocalipsis nos confirma que fue desterrado a la isla de Patmos. Tertuliano cuenta que antes de ser desterrado fue condenado a muerte y arrojado dentro de una caldera de aceite hirviendo en la puerta latina, un 6 de mayo, de la que salió milagrosamente ileso. No sabemos hasta qué punto puede ser cierta esta historia que nos es dada 150 años después del suceso. Algunos comentaristas han hecho notar que Jesús anunció sufrimientos especiales a los dos hermanos cuando su madre pidió para ellos una gloria especial. ¿Cuál fue el bautismo de sufrimiento que Juan padeció? ¿Fue real el milagro que cuenta Tertuliano? Es algo que algún día sabremos, pero sobre lo cual hoy no nos atrevemos a afirmar ni negar.

Se cuentan otros incidentes del último sobreviviente de los apóstoles que merecen nuestra consideración. Clemente de Alejandría, que escribió un siglo después de muerto el apóstol nos cuenta lo siguiente: «A su vuelta de Patmos a Efeso, Juan quiso visitar las diversas iglesias de Asia, para ver si se había introducido en ellas algún abuso y para nombrar pastores donde no los hubiera. Hallándose en una ciudad cercana a Efeso (¿sería Esmirna?) y hablando con sus oyentes reparó en un joven de aspecto interesante. Lo presentó al obispo diciéndole: «Delante de Jesucristo y de esta asamblea, os encargo a este joven». Prometió el obispo cuidar de él con la mayor solicitud. Antes de marcharse se lo recomendó de nuevo. El obispo alojó al joven recomendado en su propia casa, le instruyó en la práctica de las virtudes cristianas, después de lo cual le bautizó. Confiando en que no era necesario ya ejercer tanta vigilancia, le dejó poco a poco dueño de sus acciones. Aperciéndose de ello unos jóvenes viciosos, insensiblemente se apoderaron de él, haciéndole entrar en su sociedad. Aquel joven olvidó bien pronto las enseñanzas del cristianismo, y añadiendo crímenes a crímenes logró ahogar los remordimientos, llegando a ser capitán de una cuadrilla de bandidos, siendo el más cruel de todos ellos. Algún tiempo después, Juan tuvo oportunidad de ir a aquella ciudad, y cuando hubo terminado los negocios que allí le habían llevado, dijo al obispo: «Devolvedme el depósito que Jesucristo y yo os hicimos en presencia de vuestra iglesia». Sorprendido el obispo, creyó que se trataba de dinero. Le explicó que lo que pedía era el alma de su hermano. Le respondió el obispo llorando que había muerto. ¿De qué muerte? —le preguntó—. Ha muerto para Dios; se ha hecho ladrón, y en vez de ser de la Iglesia con nosotros vive en el monte con hombres tan malos como él. Al oír el apóstol Juan aquel discurso desgarró sus vestidos y dando un fuerte suspiro exclamó: «¡Oh qué mal cuidante escogí yo para que velara por el alma de mi hermano!» Y pidiendo un guía y un caballo fue a la montaña en busca del criminal. Detenido por la vanguardia de los ladrones, no sólo no huye, sino que pide que le lleven delante del jefe. Este viendo que se acerca toma sus armas, pero reconociendo al apóstol, sobrecogido de confusión y temor huyó precipitadamente. El apóstol olvidando su edad, corre tras él gritándole: «Hijo mío ¿por qué huyes de tu padre? Nada temas de mí, soy anciano y sin armas. ¡Hijo mío, ten piedad de mí! Aún puedes arrepentirte, no desesperes por tu salvación, yo responderé a Jesucristo por ti: Estoy dispuesto a dar mi vida por ti, como Jesucristo la dio por todos los hombres... ¡Detente! ¡Créeme, Jesucristo me envía!»

Al oír tales palabras el jefe de los bandidos arrojó las armas y tembloroso se detuvo llorando. Besó al apóstol como a un padre y le pidió perdón ocultando su mano derecha con la que había cometido tantos crímenes. El apóstol cayó de rodillas, le cogió la mano que escondía y se la besó, asegurándole que Dios le perdonaba sus pecados... Lo devolvió a la iglesia y no le abandonó hasta que le hubo reconciliado con ella».

Esta leyenda es muy antigua y no sabemos hasta qué punto merece crédito, pero su antigüedad habla mucho en favor de su veracidad, y no es de ningún modo incompatible con el contenido de las epístolas que tenemos del apóstol san Juan en el Nuevo Testamento.

Papias dice que podía recordar el lugar cerca del mar a donde los jóvenes de la iglesia solían acompañar al anciano apóstol, que llevado en una silla de brazos no cesaba de exhortarles sobre el amor fraternal. Falleció de más de cien años, de muerte natural.

¿Y qué ocurrió con los demás apóstoles? No tenemos documentos bien seguros acerca de sus actividades y su muerte, pero las tradiciones más antiguas nos dicen que se esparcieron por el mundo, cumpliendo el mandato del Señor y que predicaron en diversas naciones.

San Mateo se dice que evangelizó Persia.

San Andrés la Scitia y la Tracia y fue crucificado en Patras, de Grecia.

Judas, o sea, Tadeo, evangelizó la Siria.

Bartolomé, la Arabia meridional y el norte de Africa.

Simón, el cananita, la Mesopotamia y la Idumea.

Tomás, se dice que llegó hasta la India.

Felipe, la Frigia y Pamphilia (las regiones que Pablo intentó visitar cuando el Espíritu del Señor le guió a Europa).

Matías, la Etiopía, completando la obra que Felipe inició con la evangelización del tesoro de la Reina.

Todo ello es muy posible, pero las noticias históricas bien documentadas que tenemos respecto a cada una de estas naciones se refieren ya a un período posterior, con otros servidores de Dios de otras épocas, si bien es posible que éstos hallaran algún fruto de evangelización anterior procedente de los apóstoles o de otros cristianos del primer siglo, aunque la parquedad de la historia antigua, en aquellos tiempos cuando la literatura era tan costosa y escasa, no nos facilite todos los datos que deseáramos conocer y tengamos que confiar en relatos de fechas posteriores. De todos modos mejor podían conocer los hechos históricos quienes vivieron a dos o tres siglos de distancia que los de siglos más tarde.

2

LA IGLESIA DE JERUSALÉN

Todos sabemos que esta iglesia, privilegiada, por la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, fue la semilla de numerosas iglesias, cuando los creyentes fueron esparcidos a causa de la persecución (Hechos 8-1). Apaciguada ésta, después de la afrentosa muerte de Herodes (Hechos 12:23), es comprensible que muchos de los esparcidos volvieron a sus hogares, y ganaron un gran número de discípulos entre los judíos, pues cuando Pablo vuelve a Jerusalén en su último viaje misionero, Santiago, entonces columna «y pastor» de la iglesia judeo-cristiana en aquella ciudad, le dice: «Ya ves, hermano, cuantos millares de judíos hay que han creído, y todos son celosos de la ley» (Hechos 21:20). Estos millares de creyentes en Cristo que continuaban guardando las costumbres judaicas, permanecieron en Jerusalén hasta que la ciudad fue sitiada y destruida por los romanos. Sin embargo, nos cuenta Eusebio de Cesarea que un gran número de ellos escapó porque atendiendo a la advertencia de Cristo en Mateo 24:16-21 huyeron de Jerusalén y se refugiaron en Pella, al otro lado del Jordán.

MUERTE DE SANTIAGO

Algún tiempo antes del desastre nacional judío, la Iglesia tuvo que sufrir la pérdida de su amado pastor; que fue por muchos años Santiago, el autor de la epístola que lleva su nombre en el Nuevo Testamento, hermano, según la carne, del propio Señor.

Existen dos versiones sobre la muerte de Santiago, una procedente de Josefo y otra de Hegesipo, ambas coinciden en que murió apedreado, y creemos que ambas son ciertas, aunque la una complementa a la otra.

En el año 62, mientras Pablo era absuelto en Roma (conforme a su esperanza expresada en Filipenses 1:25), muere el procurador Festo, y en la breve vacante de poder que impone la llegada de su sucesor Albino, Hannan, el hijo del pontífice Anás que juzgó a nuestro Señor, hizo comparecer a Santiago, junto con otros fieles más, ante el Sanedrín y le condenó a ser apedreado, conforme a la ley judía. El relato de Josefo que nos transmite Eusebio, dice textualmente:

«Hannan, juzgando que se le presentaba buena ocasión con la muerte de Festo y estando Albino de viaje, convocó al Consejo de los Jueces y haciendo comparecer al hermano de Jesús, el que se llama Cristo, cuyo nombre era Santiago, y algunos otros, los acusó de violadores de la ley y los condenó a ser apedreados.

»Sin embargo, los hombres importantes de la ciudad que parecían ser más moderados y exactos en el cumplimiento de las leyes, llevaron a mal el hecho y secretamente enviaron comisionados al rey (Agripa II), rogándole que prohibiera a Hannan repetir semejantes desafueros. Otros por su parte salieron al encuentro de Albino, que venía desde Alejandría y le dijeron que Hannan no tenía poder sin su conocimiento para convocar el Consejo (y decretar sentencias de muerte) y Albino dando por buenos estos informes escribió airadamente a Hannan. Por la misma razón le desposeyó, el rey Agripa, del

sumo sacerdocio que había ejercido tan sólo tres meses, y puso en su lugar a Jesús, hijo de Dammeo».

Por su parte Hegesipo nos da estos informes complementarios:

«Recibió la Iglesia juntamente con los apóstoles a Santiago, hermano del Señor, llamado universalmente “el Justo”, desde los tiempos del Señor hasta nosotros; porque hubo muchos que llevaron el nombre de Santiago, pero este fue santo desde el vientre de su madre, no bebió vino ni sidra, ni comió cosa animal... Este entraba en el templo y se le veía postrado de rodillas y pidiendo perdón por el pueblo, de suerte que se le endurecieron las rodillas como si fueran de camello de estar tanto postrado adorando a Dios... Entre los escribas y fariseos levantóse gran alboroto porque decían: “Poco falta para que todo el pueblo esté esperando a Jesús como Mesías”. Reunidos, pues, dijeron a Santiago: «Te rogamos que detengas al pueblo, pues se ha extraviado tras Jesús como si este fuera el Mesías, te rogamos que hables a todos los que han acudido el día de la Pascua diciéndoles la verdad sobre Jesús, pues todos tenemos confianza en ti, porque nosotros te atestiguamos, y con nosotros todo el pueblo, que eres hombre justo y ríe miras a las personas, persuade, pues, tú, al pueblo que no se extravíe respecto a Jesús... Colócate sobre el pináculo del Templo para que desde tal altura seas bien visible y tus palabras sean oídas de todo el pueblo que con motivo de la Pascua se han juntado aquí de las naciones». Colocáronle, pues, los sobredichos escribas y fariseos sobre el pináculo del Templo y a gritos le dijeron: «Justo, a quien todos tenemos deber de obedecer; puesto que el pueblo se ha extraviado detrás de Jesús, el que fue crucificado, anúncianos a nosotros quién es Jesús».

«Y respondió con voz fuerte: “¿A qué me preguntáis acerca del Hijo del Hombre? El está sentado en el cielo a la diestra de la potencia de Dios y ha de venir sobre las nubes del cielo”. Y como muchos quedaron confirmados en la fe, glorificaron el nombre de Jesús por el testimonio de Santiago diciendo: “¡Hosanna el Hijo de David!” Entonces los escribas y fariseos se decían unos a otros: “Mal hemos hecho procurando este testimonio acerca de Jesús. Subamos, pues, y arrojémosle abajo, a fin de que espantados, no crean en Él». Y levantaron la voz diciendo: «¡Oh, oh, hasta el justo se ha extraviado!», y cumplieron la escritura escrita en Isaías 3:10: «Subieron, pues, y arrojaron abajo al “Justo”, y empezaron a apedrearlo, pues no había muerto de la caída, sino que levantándose dobló sus rodillas y dijo: 'Te suplico Señor, Dios y Padre que los perdones, pues no saben lo que hacen'». Mientras así lo cubrían de piedras, uno de los sacerdotes de los hijos de Rechab gritó diciendo: “Parad, que 'el Justo' está rogando por nosotros”. Pero otro de los presentes, batanero de oficio, descargó su grueso bastón, con el que vapuleaban los vestidos, contra la cabeza del “Justo” y así terminó su martirio, y le enterraron sobre el lugar, junto al templo, y su columna funeraria permanece todavía allí. Este fue testigo verdadero para judíos y griegos de que Jesucristo es el Mesías, y poco después Vespasiano puso sitio a la ciudad.

«Por esta razón se esparció la voz entre los judíos de que el sitio de Jerusalén y su ruina fue castigo del cielo por la muerte de Santiago el “Justo”».

LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN

Seis años después de la muerte de los apóstoles Pedro y Pablo, que tuvo lugar probablemente en Roma, mientras el apóstol Juan residía ya en Efeso, tuvo lugar el acontecimiento que Jesucristo había anunciado a los judíos, la completa ruina de la ciudad de Jerusalén y el esparcimiento de los judíos por todas las naciones. Otro esparcimiento voluntario había ocurrido ya, pues se calcula que poco antes de la Era cristiana, se hallaban cinco o seis veces más judíos fuera de Palestina que en su propio país. Pero Jerusalén continuaba siendo el centro y el punto de reunión de los judíos de la «diáspora», ya que todos los judíos tenían el deber de acudir una vez al año a la ciudad santa, en una de las grandes festividades anuales de la religión judaica; generalmente en la fiesta de la Pascua. (Fue en una de estas solemnidades que vino el Espíritu Santo el día de Pentecostés y millares fueron convertidos).

Muchos de los nuevos creyentes permanecieron en Jerusalén y no pocos vendieron sus fincas y pusieron el producto en manos de los apóstoles bajo la esperanza de que la vuelta de Jesucristo sería inmediata. Fue necesaria una persecución de parte de las autoridades judías, secundada por Herodes, para hacer comprender a los cristianos su equivocación y obligarles a que volvieran a sus patrias adoptivas, a donde llevaron el mensaje del Evangelio (Hechos 8:1).

Muchos empero quedaron en Jerusalén, donde se celebró el primer concilio cristiano que abrió la Iglesia a los gentiles, y allí permanecieron hasta que las legiones romanas, después de derrotar a los sublevados galileos, avanzaron hacia el sur, para poner sitio a Jerusalén. Ya hemos explicado cómo los cristianos atendiendo a las advertencias de Cristo en Mateo 24:16-20 y Lucas 21:20-24, huyeron de la ciudad y se refugiaron en Pella, al otro lado del Jordán, donde fundaron una iglesia judeo-cristiana.

Entre los jefes judíos de la revuelta en Galilea hubo uno llamado Josefo suficientemente listo para entender que la causa judía estaba en bancarrota, pasándose a los romanos, quienes le trataron benignamente, y le dejaron escribir el libro titulado «Guerras de los judíos», en donde tenemos con todo detalle los horribles incidentes de la ruina de Jerusalén. Nos dice que Dios previno a su pueblo del desastre nacional que iba a ocurrir por medio de diversas señales milagrosas y por un profeta que «daba vueltas por la ciudad hablando estas palabras de amenaza: «Voz de Oriente, voz de Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén» y daba vueltas de día y de noche por todos los barrios de la ciudad repitiendo estas palabras de amenaza, y que azotado como perturbador público, no cesó de repetir las mismas palabras sin tratar de defenderse, sino como poseído de un inexplicable poseimiento estático».

Pero el pueblo de Israel, y sobre todo el sacerdocio, no atendieron a ninguna de tales advertencias sino que insistieron en su rebelión contra los romanos. Ya hemos visto su tenacidad en resistir el testimonio de los discípulos de Cristo, con el martirio de Santiago el Justo, hermano carnal del Señor. Es curioso observar que, mientras una parte de los judíos responsables de la crucifixión del Señor se habían arrepentido y estaban dando testimonio de su resurrección y de su Evangelio con gran esfuerzo, los que habían permanecido incrédulos permanecían endurecidos más y más.

El general Tito, vencedor en los tumultos de Galilea, bajó hasta poner sitio con su ejército a la ciudad de Jerusalén. Como consecuencia, el hambre se hizo espantosa en la ciudad, pues la llegada del ejército romano había sobrevenido en los días de la Pascua, justamente cuando muchos forasteros de lejos se habían juntado a los refugiados de todo Israel que venían huyendo del ejército de los romanos; dando como resultado que más de tres millones de personas se hallaran encerradas dentro de la ciudad. El hambre trajo pronto el desorden, pues grupos de sediciosos asaltaban cualquier casa que estuviera cerrada bajo sospecha de que pudiera haber gente comiendo dentro. Las esposas se vendían por comida y arrebataban la comida de la mano de sus esposos y aun de sus hijos, según refiere Josefo. Los sediciosos azotaban a los ancianos que se negaban a soltar de las manos el alimento. Si atrapaban a alguien deglutiendo apresuradamente lo que iban a arrebatarse, le castigaban con más furor. A los que sospechaban podían tener alimentos ocultos les aplicaban toda clase de tormentos hasta hacerles confesar dónde los tenían escondidos.

Si algunos salían por la noche a buscar sobras de los soldados del ejército romano, cuando pensaban haber escapado de sus enemigos les salían al encuentro los grupos incontrolados y les arrebataban lo que traían. Si eran descubiertos por los romanos se les condenaba a ser crucificados, hasta tal punto que faltaron árboles en los alrededores para construir tantas cruces como eran levantadas todo alrededor de Jerusalén. Al principio enterraban los muertos ya que no podían soportar el hedor de los cadáveres, pero luego los arrojaban por la muralla a los fosos. Recorriendo Tito estos lugares gimió y levantando las manos al cielo puso a los dioses por testigos de que aquel crimen no era suyo, sino de la terquedad de los judíos en no querer rendir la plaza.

El hambre eran tan atroz que les obligaba a comer cosas que rechazaban los mismos animales, como el cuero de sus mismos zapatos viejos. Una mujer llamada María, hija de Eleazar, de la aldea de Bethafor, al otro lado del Jordán, ilustre por su cuna y sus riquezas, que se había refugiado en Jerusalén, después de ser robada de toda la comida que había podido traer y que ella compartía caritativamente con otros, como el hambre tomase plena posesión de sus médulas y entrañas y la indignación fermentase mucho más que el hambre —comenta Josefo— tomando a su hijo todavía lactante, dijo: «Infortunado niño, ¿para qué te voy a conservar entre tantos males de guerra, hambre y sedición? Aunque nos fuese dado vivir sólo nos queda la servidumbre entre los romanos, por lo tanto sé tú manjar para mí y furia para los facciosos». Esto diciendo degolló a su hijo y después de guisarlo comió la mitad y escondió la otra. Pronto llegaron los sediciosos y habiendo percibido el olor del guiso la amenazaron con matarla si no les descubría el manjar preparado. Ella respondió que les había reservado una buena parte, y al ver lo que era quedaron estupefactos.

Cuando finalmente la ciudad fue asaltada por las tropas de Tito habían perecido más de un millón de judíos y cerca de dos millones fueron llevados cautivos con el ejército. Los soldados romanos pensando que el templo contenía tesoros escondidos lo derribaron totalmente, antes de que sus jefes pudieran impedirlo, y así se cumplió la profecía del Señor de que no quedaría piedra sobre piedra que no fuese destruida⁴

⁴ Véase Josefo, «Guerras de los Judíos», Libro 6.º, cap. 14.

La ciudad de Jerusalén quedó convertida en ruinas, sobre las cuales apenas había otra cosa que un destacamento de soldados romanos; sin embargo, la iglesia refugiada en Pella continuaba siendo considerada como la iglesia madre de Jerusalén, aunque de tendencia judeo-cristiana. Al cuidado de ella estaba un piadoso cristiano de quien Hegesipo dice: «Restituida sobre toda la Iglesia una profunda paz, los cristianos de Pella sobrevivieron hasta Trajano César. Bajo el imperio de éste volvió a sobrevenir la persecución. El primo del Señor, Simeón, hijo de Cleofás (véase Lucas 24:18 y Juan 19:25), calumniado por los herejes fue acusado ante el procónsul Attico, y después de ser atormentado durante varios días sufrió el martirio con tal entereza que todos, y señaladamente el procónsul, no cabían de pasmo ante el hecho de que así sufriera un anciano de 120 años. Por fin le mandó crucificar»⁵

NUEVA SUBLEVACIÓN DE LOS JUDÍOS

Durante algunos años los judíos que habían quedado en Palestina soportaron la tiranía de Adriano, con la confianza de que pronto aparecería el Mesías esperado. Absurda esperanza —dice el historiador cristiano Eusebio de Cesarea— después de haber rechazado al verdadero Mesías que había venido con humillación a cumplir las profecías relativas a su primera visita a este mundo (Isaías 53).

En el año 131 un judío llamado Bar Cochebas, presentóse como el libertador anunciando. Dióse el título de «hijo de la estrella» aludiendo a Números 24: 17, y fue protegido por el rabino más popular de su tiempo. Siguiéronle los judíos no cristianos, los galileos y los samaritanos, convirtiendo a Palestina en un teatro de violencias y matanzas. Pero los sublevados no pudieron resistir el empuje de las legiones que Adriano se apresuró a enviar. El falso Mesías pereció en un combate y el rabino que le había apoyado fue desollado vivo. Jerusalén volvió a ser arruinada y Adriano convirtióla en colonia romana con el nombre de Aelia-Capitolina. Bajo pena de muerte fue prohibido a los judíos entrar en la ciudad, e hizo colocar a la puerta que conducía a Betheleem una estatua de mármol representando un cerdo. Según el testimonio de los vencedores perecieron en la revuelta 580.000 judíos.

Los resultados de la insurrección fueron favorables a la Iglesia. Los cristianos habíanse negado desde un principio a juntarse con los rebeldes (lo que les acarreó grandes persecuciones por parte de los partidarios de Bar-Cochebas), pero dio oportunidad a los romanos para saber que los cristianos (aun los judaizantes ebionitas), no eran enemigos del Imperio. Además, las leyes de Adriano obligaron a muchos judeo-cristianos a dejar las costumbres mosaicas que habían venido practicando desde los días en que Santiago era pastor judeo-cristiano de Jerusalén. Los que a pesar de todo quisieron permanecer fieles a sus tradiciones judías atravesaron el Jordán y fueron a unirse con la iglesia de Pella. De este modo aumentó la comunidad judeo-cristiana. Desafortunadamente esta iglesia, desligada de las demás iglesias fundadas por los apóstoles, insertó al dogma cristiano varias especulaciones filosóficas de origen gnóstico, y fueron conocidos en la historia con el nombre de ebionitas.

⁵ Ídem., Libro 7.º, cap. 7.

3

LOS EMPERADORES ROMANOS EN LOS SIGLOS DE PÉRSECUCIÓN

El Imperio Romano toleraba las religiones de los pueblos conquistados, mientras no intentasen hacer prosélitos; de ahí que el judaísmo era considerado como religión lícita, porque no buscaba convertir a gentes que no fueran judíos. El Nuevo Testamento nos muestra que había prosélitos de entre los griegos, que desengañados de las religiones paganas se acercaban a las sinagogas judías para aprender del Dios de Israel. Se mencionan algunos de estos prosélitos en los Hechos de los Apóstoles y parece que un buen número de ellos recibieron el Cristianismo con motivo del milagro de Pentecostés. Pero el judaísmo no era una religión proselitista, o agresiva con respecto a las religiones paganas. Los judíos piadosos se consideraban, y aún se consideran, el pueblo elegido, y no buscaban compartir su suerte con las gentes de otros pueblos; eran éstos en todo caso que se acercaban a ellos y les instaban a que les enseñasen su religión.

En cambio, el Cristianismo era todo lo contrario. Jesús había dicho: «Id por todo el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura». La misión de la Iglesia ha sido siempre, es y será, una labor misionera, y lo era de un modo particular en aquellos primeros siglos, cuando los primeros discípulos, enardecidos por la verdad que habían visto en la persona de Cristo, o que habían oído de labios de los apóstoles y discípulos que habían sido testigos de la presencia del Hijo de Dios en el mundo, no podían callar y se esforzaban de todas las maneras para cumplir las órdenes del Maestro y Jefe supremo. Por esto el Cristianismo, que empleaba todos los medios posibles para conquistar adeptos, era considerado como una religión ilícita. Además de esto, la determinación de los cristianos de separarse del mundo, les llevó a ser mirados como ateos, enemigos de los dioses y de la humanidad. Añádase a esto el hecho de que las reuniones nocturnas que celebraban y las relaciones de fraternidad que mantenían entre sí dieron lugar a que les acusasen de libertinos. Todo lo malo les fue atribuido y estos rumores populares les hicieron objeto de odios injustificados. El hambre, los terremotos, los reveses militares, las conflagraciones, los incendios, eran motivo para que el populacho se levantara contra ellos acusándoles de responsables de tales desastres, pues creían que sólo ellos podían haber provocado la ira de las divinidades.

Por tal razón las persecuciones de los cristianos no pueden atribuirse exclusivamente a los decretos persecutorios de los emperadores, durante el período «llamado de las persecuciones». Desde el año 68, cuando Nerón hizo incendiar Roma y atribuyó el hecho a los cristianos, hasta la conversión de Constantino en el año 321, hubo jefes del Imperio depravados; y otros bien intencionados y reflexivos; pero aun estos últimos, interesados en la rehabilitación del Estado, que iba decayendo, insistieron en las persecuciones contra los cristianos. Predominaba en ellos la idea que para rehabilitar y dar fortaleza al Estado era necesario restaurar la religión nacional que había enseñado al pueblo a considerar al emperador como un dios.

Otras veces, aun dentro del reinado de un emperador benévolo tenía lugar algún conato de persecución por iniciativa del pueblo alborotado, o de algún procurador fanático y cruel.

Muchas veces las persecuciones eran iniciadas por la plebe que les acusaba, como hemos indicado, de toda clase de crímenes: de inmoralidad, por el amor con que se trataban unos a otros llamándose hermanos, pues el mundo aun después de veinte siglos apenas puede comprender la realidad del amor cristiano sin el aliciente sexual; de canibalismo por' el símbolo de la comunión, pues llegó a decirse que sacrificaban a niños y comían su carne y bebían su sangre. Finalmente, por la frecuencia con que apelaban y se referían al juicio de Dios, con que prevenían a las gentes de que el Todopoderoso iba a castigar a los pecadores del mundo, recibieron el apodo de «enemigos del género humano». Esto era debido a que ellos consideraban inminente la segunda venida de Cristo trayendo tal juicio a la tierra.

Para tener una idea del curso del Cristianismo durante los tres primeros siglos y poder ubicar los hechos referidos en los próximos capítulos, será útil dar una lista de los emperadores romanos y su actitud hacia el Cristianismo.

Vespasiano (69-81)

Fue el padre de Tito, el general que destruyó la ciudad de Jerusalén. Este emperador no persiguió a los cristianos.

Domiciano (81-96)

Fue benigno con los cristianos al principio de su reinado, pero al final de su vida los persiguió con violencia empezando por su propia familia.

Cuenta Eusebio «que temiendo este rey que los judíos se sublevaran y algún descendiente de sus reyes los empujara a ello, ordenó que se buscara a los descendientes de David. Por sus espías supo que vivían dos nietos de Judas, el hermano del Señor, e hizo que le fueran presentados. Preguntóles si en efecto eran descendientes de David. A su respuesta afirmativa preguntóles por sus medios de vida. Respondieronle que no tenían dinero, que juntos poseían un campo que cultivaban, produciéndoles lo necesario para vivir y pagar los tributos, y al mismo tiempo le enseñaron sus manos encallecidas por el trabajo. Domiciano preguntóles finalmente en qué consistía el reinado de Cristo y cuándo se realizaría. Contestaronle los nietos de Judas que el reinado de Cristo no era temporal ni terreno, sino angélico y celestial. Que se establecería al fin del mundo, cuando Cristo apareciera rodeado de gloria para juzgar a los vivos y los muertos y dar a cada uno según sus obras. Domiciano al oír tales afirmaciones que consideró una manía inofensiva, entre burlas jocosas ordenó que fuesen dejados libres.

Sin embargo, poco a poco se hizo déspota y cruel, sobre todo después del fracaso de su campaña contra los dacios. Se hizo llamar a sí mismo «dominis et deus» (señor y dios), de ahí su nombre de Domiciano, y empezó a perseguir a los cristianos y a los judíos que se negaron a tributarle tales honores. Hizo desterrar al apóstol Juan a Patmos, y finalmente hizo asesinar a su propio sobrino Clemente y desterrar a éste con su esposa Domitilia a la isla Pandataria, a pesar de que les había antes designado como herederos y sucesores suyos.

Nerva (96-98)

Este emperador que tuvo un reinado muy corto, mostróse justo y clemente con todos sus súbditos y también con los judíos, a quienes, habiendo sido desterrados por sus predecesores les permitió regresar a sus hogares, devolviéndoles sus bienes. Prohibió se tomaran en consideración las acusaciones de los esclavos y libertos contra sus dueños, y hasta amenazó de muerte a aquellos que acusaron a sus amos convertidos al Cristianismo. Ello trajo un descanso consolador para los cristianos, que fue de poca duración.

Traiano (98-117)

Influido por Tácito y Plinio sostuvo la religión del Estado como medida política, aun cuando se opuso a la persecución específica de los cristianos, pero autorizando su martirio si eran acusados y no apostaban, simplemente para castigar su terquedad.

Plinio, gobernador de Bitinia, escribió al Emperador explicándole cómo los cristianos celebraban su culto reuniéndose en el día del sol (domingo) para cantar himnos en loor de Jesucristo, participar de manjares inocentes (la Santa Cena) y juramentarse de no robar, ni cometer adulterio, no engañar, etc., y le preguntaba cuál debía ser su proceder con tales sectarios. Traiano respondió: «A los cristianos no hay que andar a buscarlos, pero a los que de serlo sean acusados y convictos, aplíqueseles la pena».

«¡Oh sentencia inicua y contradictoria!», exclamaba algunos años más tarde el jurista cristiano Tertuliano, «no hay que buscarlos, ¡luego son inocentes! Aplíqueseles la pena, ¡luego son culpados! Parece piedad y es crueldad; parece perdonar y en verdad atormenta...; si los condenas, ¿por qué no buscarlos? Si no hay que buscarlos, ¿por qué no hay que absolverlos?»

¡Tales son las contradicciones en que, desde tiempos primitivos, ha incurrido «la intolerancia religiosa que no quiere tener el nombre de tal!

Envalentonado Traiano por sus victorias, nos dicen las actas de los mártires, llegó a perder hasta este menguado espíritu de tolerancia y se inició la persecución, como veremos en el capítulo referente a la Iglesia en Palestina y el martirio de san Ignacio, obispo de Antioquía.

Pero la conducta pública de los cristianos y su pronta disposición para sufrir el martirio, refutaba de un modo evidente las calumnias de que eran objeto e inclinaba en favor de la fe cristiana a las mentes más sensatas. Por ejemplo, Justino, el filósofo de Antioquía conocido bajo el nombre de Justino Mártir, en el apologeticus dedicado al emperador Antonio escribe:

«Yo que había abrazado la doctrina de Platón, al oír que los cristianos eran acometidos con calumnias y al verles fuertes e intrépidos contra la muerte y las demás cosas que son consideradas como terribles (la tortura) juzgaba en mi interior, no es posible que tales hombres y mujeres se hubiesen entregado a los vicios y placeres como se les acusaba; porque ¿quién que está entregado a las voluptuosidades de la carne, o sea, intemperante, o tenga su delicia en comer incluso carne humana, podría abrazar gustosamente la muerte que ha de arrebatarse y privarle de todos sus apetitos? más bien ¿no procuraría vivir largamente en esta vida y por tanto pasar desapercibido de los ma-

gistrados; y mucho menos se delatarían espontáneamente como cristianos para así ser privados de la vida?»

Tenía, sin duda, toda la razón el noble filósofo y maestro cristiano de Roma, quien en el año 155 tuvo que dar su vida por Cristo en el anfiteatro con la persuasión y firmeza que veremos al referir su martirio.

Adriano (117-138)

Este emperador era un gran fanático del paganismo. Si durante el imperio de Trajano no era lícita la profesión de cristiano, fue peor con su sucesor, que la condenó exprofe-samente, de cuyas resultas se originaron tumultos y matanzas en muchas ciudades que no fueron atajadas por las autoridades locales, para complacer al emperador o para adquirir popularidad entre el vulgo. Tales sucesos no duraron, sin embargo, mucho tiempo debido a que al paso del emperador por Atenas, dos sabios cristianos, Cuadrato y Aristides le presentaron brillantes apologías. Estos tuvieron más éxito que Ignacio con Trajano, pues Adriano publicó un edicto imperial amenazando con castigos a los que tomaran parte en aquellas manifestaciones tumultuosas contra los cristianos.

Antonino Pío (138-161)

A Adriano siguieron los dos Antoninos, Antonino Pío era un príncipe humano y filántropo que no permitió que se considerara fuera de la ley a una parte de sus súbditos, y cuando con motivo de repetidas calamidades públicas el populacho empezó a vejar a los cristianos, promulgó varias órdenes para poner coto a tales violencias.

Marco Aurelio (161-180)

Yerno de Antonino Pío, desplegó más celo que su suegro para mantener el culto pagano.

Los cristianos fueron tratados tan rigurosamente en el Asia Menor que Meliton, obispo de Sardis, presentándose al emperador pudo interceder por las víctimas del furor popular.

El nombre de Marco Aurelio está unido a todo lo piadoso y noble del paganismo clásico. Podría servir de ejemplo a muchos cristianos por la costumbre que tenía de examinarse a sí mismo cada noche. Desgraciadamente, no comprendió el Evangelio, que despreciaba, y su nombre figura entre los perseguidores de la nueva fe. Fue en sus días que sufrieron el martirio Justino Mártir y Policarpo que referimos en capítulo aparte.

Cómodo (180-193)

Este emperador era disoluto, tímido, pero desconfiado y cruel; no obstante, su actitud para con el Cristianismo fue más favorable que la de sus antecesores gracias a la influencia de Marcia, su concubina favorita, quien simpatizaba bastante con los cristianos; pero sin llegar a convertirse (por lo menos en lo que conocemos), a causa del compromiso inmoral que tenía con el emperador.

Séptimo-Severo (193-211)

Este gobernante no decretó nuevas leyes contra los cristianos, pero exigió el fiel cumplimiento de las que ya existían. Durante su reinado sufrieron el martirio Perpetua y otros cristianos de África, según un famoso documento que nos ha sido legado. El obispo Clemente de Alejandría escribiendo sobre las persecuciones de esta época dice: «Muchos mártires están siendo quemados, crucificados y degollados diariamente ante nuestros ojos».

En el año 202 y 203 el mismo Clemente fue obligado a abandonar su puesto para huir de la persecución, y el padre de Orígenes fue llevado al suplicio.

Caracalla y Heliogábalo (211-222)

El primero, aunque de odiosa memoria (211-217), no persiguió a los cristianos de un modo especial. El sirio Heliogábalo (218-222) que se nombró a sí mismo sumo sacerdote de Baal-Peor, procuró amalgamar el Cristianismo con los abominables cultos de aquella divinidad, cuya locura no llegó a realizarse.

Alejandro-Severo (222-235)

Este noble emperador era bastante propicio al Cristianismo. Su madre aprendió de Orígenes, el gran teólogo cristiano, los verdaderos principios de la fe cristiana y así los cristianos pudieron gozar de un período de paz que les permitió incluso edificar templos. El mismo emperador, hizo colocar en el templo de su palacio imperial, la imagen de Cristo, juntamente con las estatuas de Abraham, Orfeo y Apolonio de Tiana.

Decio-Trajano (249-251)

Este soldado italiano llevado al trono por el ejército consideró que el mejor medio de asegurar la unidad y estabilidad del Imperio era rehabilitar la religión del Estado, que se veía mermada por los avances del Cristianismo, por lo cual decretó que todos los cristianos debían participar en los ritos y ceremonias paganas y ello trajo una terrible persecución. La Iglesia que gozaba por entonces de gran prosperidad, debida a la tolerancia de Alejandro Severo, no estaba preparada para la prueba. Denys, obispo de Alejandría describe el efecto producido en aquella ciudad por el terrible decreto, del cual dice: «Nos sumergió a todos en la mayor consternación». Varios de los miembros más distinguidos de la iglesias fueron los primeros en someterse. Unos por propio temor o empujados por los parientes y amigos se presentaron a cumplir el decreto. De los que fueron presos hubo, empero, un buen número que permanecieron firmes como benditas columnas del Señor, como veremos más adelante.

Galo (251-253)

Corto fue el período de paz que siguió a la muerte de Decio. El motivo que encendió la persecución fue una peste, y el hambre producida por una larga sequía. El emperador, esperando obtener de los dioses el término de aquellas calamidades nacionales, ordenó a todos los ciudadanos que ofrecieran sacrificios.

Los cristianos tuvieron una nueva oportunidad de mostrar la eficacia de la fe, con motivo de la peste. El obispo Denys, de Alejandría, escribe: «Los fieles, sin preocuparse del

peligro que corrían, visitaban y cuidaban a los enfermos. ¿Que se morían algunos? Con sus manos los levantaban, los apoyaban contra sus pechos y les cerraban los ojos y la boca; después los acostaban suavemente y los enterraban. Si después les atacaba el mal alegremente se disponían a seguir a aquellos que les habían precedido y recibían a su vez de los hermanos la misma ayuda que ellos habían prestado a otros. En cambio, la generalidad de los paganos abandonaban a sus enfermos en medio de la calle porque no teniendo la esperanza de los cristianos de la vida eterna temían la muerte. Cipriano exhorta a cuidar a todos los enfermos sin distinción, glosando las palabras de Cristo: «Si solamente cuidamos de nuestros hermanos no hacemos más que lo que hace un pagano o un publicano. Ha llegado la hora de que por la caridad triunfemos por encima de todos nuestros enemigos».

Valeriano (253-260)

En los comienzos de su reinado fue bastante benévolo para con los que profesaban la fe cristiana, pero la ocurrencia de calamidades públicas le llevó a publicar un edicto más sanguinario aún que el de Decio.

Fue en este período que sufrieron el martirio Cipriano, obispo de Cartago; Sixto, obispo de Roma y muchos otros cristianos, como veremos en la sección correspondiente. También muchos templos fueron derribados.

Galiano (260-268)

Este fue totalmente diferente de su antecesor, pues favoreció a los cristianos hasta el fin de su reinado. Hizo regresar a los desterrados, restauró los templos y prohibió las persecuciones. Esto dio un tiempo de respiro a los cristianos, que aprovecharon bien para organizar y consolidar las iglesias. Desgraciadamente, junto con este progreso entró en la Iglesia el mundanalismo. Ya que era tan fácil entonces hacerse cristiano sin temor a las persecuciones, muchos lo hicieron sin ser regenerados, y ello debilitó la Iglesia para la próxima y final persecución sangrienta que les aguardaba.

Diocleciano (280-305)

Se supone que era esclavo de origen, pero fue elevado al trono por el ejército que admiraba sus proezas militares. Era tan bárbaro que no pudieron impedir la persecución que decretó, ni su esposa Prisca ni su hija Valeria, ambas cristianas. Comenzó publicando un decreto que obligaba a todos los soldados a sacrificar a los ídolos. Habiéndose incendiado su palacio de Nicodemia, dos veces, culpó a los cristianos, del mismo modo como lo hiciera Nerón con el incendio de Roma por él mismo provocado. Otro decreto posterior ordenaba la destrucción de todos los templos cristianos, quemar todas las copias de los costosos códices, hechos a mano, de las Sagradas Escrituras. Debíase degradar a los oficiales y empleados del gobierno que fuesen conocidos como cristianos, y encarcelar a los que se negaban a sacrificar a los ídolos. Este edicto publicado en enero del año 303 fue seguido de otro contra los obispos, que en aquel tiempo eran ya millares.

Constantino (306-337)

Hijo del gobernador de Bretaña, las Galias e Hispania (o sea, lo que hoy comprende Francia y España desde el canal de la Mancha al Mediterráneo), protegió a los cristianos de los últimos edictos persecutorios, siguiendo la misma política que su padre cuando llegó a emperador.

Siéndolo, empero, tan solamente como emperador asociado, no pudo evitar las persecuciones de Maximiliano que gobernaba el imperio en Oriente. Cuando finalmente derrotó a su rival Majencio abrazó el Cristianismo, se hizo prácticamente el protector y árbitro de la religión cristiana. Este suceso marcó un cambio radical en la posición del Cristianismo dentro del Imperio Romano.

Constancio I y II (337-377)

Hijos de Constantino, se portaron de un modo indigno de la educación cristiana recibida, teniendo en prisión por algún tiempo a su primo Juliano, con lo que prepararon la reacción de este, su rival y sucesor.

Juliano (377-379)

Sobrino de Constantino, se salvó de la gran matanza hecha por los soldados revolucionados contra la familia de su tío gracias a la influencia de un obispo cristiano; pero en lugar de agradecerse se dedicó a leer de escondidas libros paganos. Enemigo acérrimo de su primo Constancio II a quien derrotó y sucedió, declaróse hostil al Cristianismo. Restauró los templos y el sacerdocio pagano, y copió costumbres cristianas, como la predicación y el canto de himnos, ordenando hacerlo en los templos paganos en honor de los dioses. Muerto en batalla contra los persas, se dice que sus últimas palabras fueron: «Venciste, Galileo».

Teodosio (379-395)

En sus días el Cristianismo se hizo definitivamente oficial. Muchos obispos incitaron al pueblo a asaltar los templos paganos. Estos trataron de defenderse; pero careciendo de la tenacidad y fe profunda que caracterizó a los cristianos de tiempos anteriores cuando las cosas eran al revés, el paganismo fue vencido. Sin embargo continuó, virtualmente, por su infiltración en el seno de las iglesias cristianas a causa de las conversiones falsas de quienes aceptaban el Cristianismo para estar al día y complacer a las autoridades; pero muchos de estos paganos cristianizados, echando de menos muchas costumbres de su antigua religión, como el agua bendita, el incienso, la adoración de imágenes, la confesión privada, el purgatorio, etc., contribuyeron a introducir dichas costumbres y enseñanzas en el cristianismo nominal, dando lugar a las protestas de los iconoclastas, y sobre todo al gran movimiento evangélico de los Paulicianos, que se extendió y perduró, prácticamente, hasta la Reforma.

LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS (323-360)

Por muchos años había sido difícil a los ejércitos de Roma contener a las tribus germanas que vivían al otro lado del Danubio y el Rin. Estas gentes era semi-bárbaras, ya que no poseían lengua escrita; eran, empero, valientes y fuertes físicamente, más que las decadentes legiones romanas y codiciaban las ricas tierras del sur y sus hermosas ciudades. La vida estable y el arte acumulado en ellas les atraían y seducían. Los emperadores romanos que necesitaban fortificar su ejército permitieron que las tribus germanas (godos y visigodos) atravesasen los ríos que les habían servido de frontera y se estableciesen de forma pacífica en sus territorios menos poblados de Tracia y Misia (375-376) ya que estas tribus estaban a su vez siendo acosadas por los hunos, más bárbaros aún, procedentes de Rusia.

El Imperio romano había sido dividido por Constantino en dos partes, occidental y oriental, gobernadas desde las capitales de Constantinopla, en el Bósforo, y Rávena en Italia. Cuando el ejército romano fue derrotado en el norte de Italia, Roma quedó prácticamente en manos del obispo de aquella capital, la cual tuvo que abrir por fin sus puertas al invasor norteño en el año 476. Los pueblos germánicos se extendieron por el imperio. Los francos se apoderaron de las Galias, a las que dieron su nombre, Francia. Los godos invadieron España, los vándalos cruzando el Mediterráneo se extendieron por el norte de Africa y las islas de dicho mar.

Los invasores fueron ganados pronto para la fe cristiana, atraídos por la seguridad con que hablaban los obispos y fieles de las iglesias acerca de los hechos históricos del Cristianismo y las grandes promesas de Cristo para después de la muerte.

Todavía la Iglesia poseía fervor misionero y pronto se pensó en llevar el conocimiento del Evangelio a los países de origen de los nuevos gobernantes, o sea el norte de Alemania, Escandinavia y Rusia.

Desde aquí, en vez de seguir la historia por los nombres de los reyes, lo que sería difícil dada la diversidad de naciones de que tenemos que ocuparnos, vamos a hacerlo por naciones y por movimientos renovadores hasta el período de la Reforma.

4

LA IGLESIA DE ANTIOQUÍA MARTIRIO DE SU PASTOR, SAN IGNACIO

Volviendo atrás de este bosquejo histórico-político de los emperadores que gobernaron el Imperio Romano en los tres primeros siglos del Cristianismo, tenemos que proseguir la Historia desde el lugar que la deja el Nuevo Testamento.

LA IGLESIA DE ANTIOQUÍA DE SIRIA

Es la iglesia de la que salió el apóstol san Pablo para extender el Cristianismo por Europa, y era, después de la Iglesia de Jerusalén, el núcleo cristiano de más relieve. ¿Qué sabemos de esta iglesia tras del texto del Nuevo Testamento?

Lo más importante que ha llegado a nuestra noticia es que existía allí, a finales del siglo I un fiel pastor de almas llamado Ignacio. Su origen y antecedentes nos son desconocidos, pues no poseemos otros datos que los que el mismo nos proporciona en sus cartas, en las cuales habla poco de sí mismo, pero tenemos muchas razones para suponer que nació alrededor del año 35, y que conoció en su juventud a Pablo y a Bernabé, y que había oído de fuentes muy cercanas a la persona de nuestro Salvador todos los hechos gloriosos de nuestra fe. Esto demuestran las preciosas cartas que de él poseemos.

Viaje y martirio de Ignacio

El emperador Trajano, poco después de su correspondencia con Plinio, tuvo que pasar personalmente por Antioquía, capital de Siria, y en aquellos días una de las ciudades más grandes del Imperio. El que poco antes había escrito que no se persiguiese a los cristianos pero que se les condenase si alguien les acusaba, ebrio de orgullo, por su victoria contra los dacios proclamó un edicto ordenando que los cristianos fuesen obligados a ofrecer los sacrificios a los dioses, entre los que se hallaba la propia imagen del emperador.

Ignacio, esperando alejar la tempestad que amenazaba a su amada grey solicitó una audiencia del monarca. Este la aceptó, pero en lugar de escuchar sus razones, actuando, no como juez, sino como acusador, le dijo despectivamente:

—¿Quién eres tú que como si fueras un demonio te complaces en desobedecer nuestras órdenes y persuades a otros para que hagan otro tanto?

—Al que lleva a Dios consigo no debe llamársele demonio —respondió Ignacio—. Los demonios huyen de los siervos de Dios. Pero si me llamáis demonio porque soy enemigo de los demonios, merezco este nombre porque destruyo sus maquinaciones, por Jesucristo que mora en los cielos, que es mi Rey.

Dícele Trajano:

—¿Y quién es éste que lleva a Dios consigo?

—Aquel que tiene a Jesucristo en su corazón.

—¿Crees tú que no llevamos en nuestra alma a los dioses, y que éstos nos ayudan a combatir contra nuestros enemigos?

—Es un engaño llamar dioses a los demonios que adoran las naciones. No hay más que un Dios, el que ha creado los cielos y la tierra, con todo lo que en ellos hay, y un Jesucristo, su Hijo Único, cuyo Reino me ha sido abierto.

—¿Te refieres acaso a aquel Jesús que fue crucificado por orden de Poncio Pilato?

—Sí, me refiero a Aquel que crucificaron mis pecados, y que condena la malicia del demonio, el cual (demonio) ha sido puesto debajo de los pies de los que llevan a Jesús en su corazón.

—¿Pretendes tú llevar a Jesucristo, al crucificado, contigo?

—Sí, porque está escrito, «habitaré en ellos y andaré con ellos»

Concluido el interrogatorio, Trajano dictó la sentencia siguiente: «Ordenamos que Ignacio, que afirma llevar consigo a un crucificado, sea preso y conducido a la gran ciudad de Roma para que sirva de espectáculo al pueblo y de alimento a las fieras».

Ignacio, al oír tal sentencia, exclamó: «Te doy gracias, Señor, porque has querido honrarme de un perfecto amor hacia Ti, y de permitirme, como tu apóstol Pablo, que sea yo atado con férreas cadenas».

Custodiado por 10 soldados fue conducido a Seleucia y de allí a Smirna donde tuvo el privilegio de poder hacer parada y ser hospedado por el anciano pastor de aquella iglesia, Policarpo, que pronto le seguiría en el camino del martirio. Durante su viaje pudo escribir varias cartas a las iglesias por donde había pasado, y a Roma a donde se dirigía. Preciosos mensajes que han llegado hasta nosotros.

En la carta a los cristianos de Roma hacía referencia a los enviados de Antioquía que se habían adelantado al lento viaje de su pastor preso y estaban buscando buenas influencias para retrasar la ejecución de su amado obispo con la esperanza de que una vez llegara el emperador pudieran hacer anular la sentencia. Pero Justino les escribió en sentido totalmente contrario diciéndoles: «Por lo que a mí toca, escribo a todas las iglesias y a todas les encarezco que yo estoy presto a morir para Dios, con tal que vosotros no me lo impidáis. Yo os lo suplico: no mostréis para conmigo una benevolencia inoportuna. Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios, y por las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo...

»...No os doy yo mandatos como Pedro y Pablo. Ellos fueron apóstoles, yo no soy más que un condenado a muerte, ellos fueron libres, yo, hasta el presente, soy un prisionero. Mas si lograre sufrir el martirio, quedaré liberto de Jesucristo y resucitaré libre en Él; y ahora es cuando aprendo, encadenado como estoy, a no tener deseo alguno.

»Desde Siria a Roma vengo luchando ya con las tierras, por tierra y por mar, de noche y de día, atado que voy a diez leopardos (es decir, pelotón de soldados), que hasta con los beneficios que se les hacen se vuelven peores. Ahora que en sus malos tratos, aprendo yo a ser mejor discípulo del Señor, aunque no por esto me tengo por justificado.

»Ojalá goce yo de las fieras que están para mí destinadas, y que hago votos para que se muestren veloces conmigo ¡yo mismo las azuzaré para que me devoren rápidamente...! Perdonadme, yo sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo (es decir,

imitador del Maestro). Que ninguna cosa visible ni invisible se me oponga por envidia a que yo alcance a Jesucristo. Fuego y cruz y manadas de fieras, quebrantamientos de mis huesos, descoyuntamiento; de miembros, trituraciones de todo mi cuerpo, tormentos atroces del diablo vengan sobre mí, a condición sólo de que yo alcance a Jesucristo.

»Perdonadme hermanos. No me impidáis vivir, no os empeñéis en que yo muera (viendo la vida de este mundo) no entreguéis al mundo a quien no anhela sino ser de Dios; no me tratéis de engañar con lo terreno, dejadme contemplar la luz pura, llegando allí seré en verdad hombre».⁶

Desde Smirna, Justino fue llevado a Neápolis, siguiendo casi la misma ruta de san Pablo (atravesó Macedonia a pie). Llegado a la orilla del Adriático otro buque lo llevó a Roma.

Los hermanos de Roma, se apresuraron a ir a su encuentro, como medio siglo antes habían hecho sus antepasados con el apóstol Pablo, alegrándose de verle, al par que se afligían pensando que un hombre que les merecía tanta veneración viniese condenado al suplicio —y prosigue la crónica— Ignacio se arrodilló en medio de ellos y dirigió una ferviente oración al Hijo de Dios, pidiéndole que hiciese cesar la persecución y que no se relajara el lazo de amor que unía a los hermanos.

Tocaban a su término los juegos en el anfiteatro de Flavio (el Coliseo), por lo cual irrumpiendo los soldados, se apresuraron a conducirlo allá... Un gentío inmenso llenaba el circo cuando el jefe venerable de los cristianos de Asia fue presentada para servir de diversión al pueblo. En presencia de aquella aglomeración de hombres y de mujeres, de senadores y de esclavos, que ocupaban las gradas, sufrió el martirio por el que suspiraba su alma ardiente. Las fieras fueron su tumba. ¡Pero qué contraste tan maravilloso! En la tierra de la plaza tinta en sangre, la ferocidad de las fieras, la in multitud de espectadores anhelantes, en presencia del cruel espectáculo... Mientras que en los lugares celestiales era recibido y gozaba de la presencia de Dios. Los escasos: huesos que de Ignacio pudieron hallarse, fueron piadosamente recogidos y enviados a Antioquía donde fueron sepultados honrosamente.

⁶ Véase «Carta de San Ignacio a los Romanos», caps. IV a VI. (Trad. de P. Daniel Ruiz Bueno, «Cartas Camino del Martirio», vol. IV, págs. 124-127.)

5

PERSECUCIÓN EN LAS PRIMITIVAS IGLESIAS DE ASIA MENOR

Estamos familiarizados por la lectura del Nuevo Testamento con el origen de las iglesias, casi todas fundadas por san Pablo en las grandes ciudades del Asia Menor, y con los nombres de las siete iglesias mencionadas en los tres primeros capítulos del Apocalipsis, en mensajes que el mismo Señor envió por medio del apóstol Juan desde su destierro en la isla de Patmos, a fines del siglo I. Ello enardece nuestra curiosidad para saber qué ocurrió en tales comunidades cristianas, y cómo se cumplieron las cosas que el Señor reveló acerca de ellas. Es necesario aquí tener presente que aun cuando dichas iglesias han sido consideradas por muchos comentaristas como símbolo de diversos períodos en la historia de la Iglesia Universal, las cartas fueron enviadas, en primer término, a iglesias reales que existían en los días de Juan y por varios siglos después. ¿Qué les ocurrió, pues, a tales iglesias? ¿Cómo testificaron del Señor sus principales héroes y mártires?

Policarpo

Sin duda alguna el ángel de la iglesia de Smirna (Apocalipsis 2:8), cuando Juan escribió dicho libro profético, era el pastor conocido en la historia con el nombre de Policarpo. Todas las noticias que nos han llegado de él, coinciden con un fiel ministro del Evangelio, campeón de la más pura tradición apostólica. El joven Ireneo le oyó referir sus conversaciones con el apóstol Juan. Tenemos de él parte de una carta que escribió a la iglesia de Filipos, la cual muestra interesantes detalles de la vida de las iglesias primitivas. Es una advertencia contra la herejía y un testimonio en favor del Nuevo Testamento, ya que incluye citas de trece de los libros apostólicos. Policarpo visitó Roma en el año 155 donde convirtió a la fe genuina de Jesucristo a herejes valentinianos y marcionistas y disputó con el propio Marción.

No mucho después del paso de Ignacio por la ciudad de Smirna se desencadenó una gran persecución contra los cristianos en toda Asia Menor. Esto es lo que Juan había profetizado en los tres primeros capítulos del Apocalipsis.

Se ha conservado un precioso documento que es una carta escrita por la iglesia de Smirna a la iglesia de Filomernia en Frigia, en la cual se relatan los tormentos que sufrían los cristianos y el entusiasmo y valor demostrado por los mártires. Cuenta esta carta de un creyente llamado Germánico, quien una vez arrojado a las fieras, en vez de temblar ante ellas las excitaba. La multitud se maravillaba del valor de los cristianos, sin que por eso los mirara con más simpatía, antes al contrario, el valor de Germánico excitó de tal manera a la muchedumbre que empezaron a gritar: «¡Matad a los ateos que traigan también a su jefe, Policarpo!»

Al principio, Policarpo, se había propuesto no salir de la ciudad; pero cediendo a las instancias de sus amigos salió por fin a una casa de campo, donde perseveraba en oración. Tres días antes de ser preso tuvo una visión: «La almohada donde apoyaba su

cabeza la vio rodeada de llamas. “Voy a ser quemado por Jesucristo” — dijo proféticamente a los que se encontraban en su compañía».

Uno de sus criados que había sido preso no pudiendo soportar la tortura denunció dónde se hallaba Policarpo, quien avisado oportunamente desdénó la ocasión que se le ofrecía de huir a otro lugar, contestando a los que se lo suplicaban: «¡Cúmplase la voluntad de Dios!»

Cuando le avisaron la llegada de sus perseguidores, bajó de la cámara alta, y ordenó que se les diera de comer, al par que suplicaba a sus enemigos, que le concedieran un momento para consagrarse a la oración. En sus ruegos, acordóse de todas las personas que había conocido, grandes y pequeños; dignos e indignos, y oro por la Iglesia esparcida por todo el mundo. Así permaneció durante más de dos horas, con tal unión, que los que habían ido a prenderle, lamentábanse de la suerte de un hombre tan piadoso y tan venerable.

Después fue llevado a la ciudad, montado en un borrico. Antes de llegar a ella, encontraron al primer magistrado que iba acompañado de su padre, y haciéndole subir a su carruaje, procuraron hacerle vacilar en su fe.

Se daba la casualidad —dicen los autores de la crónica— que el primer magistrado de la ciudad tenía el mismo nombre que el que intervino en el juicio del Señor de la gloria, pues se llamaba Herodes, y su propio padre Nicetas.

—Vamos —le decían—, ¿qué mal puede verte si te decides a sacrificar, pronunciando sencillamente estas palabras: Señor César?

A pesar de aquella insistencia. Policarpo permaneció silencioso, hasta que a los ruegos de sus acompañantes replicó:

—Nunca seguiré vuestro consejo.

Ellos enojados, le injuriaron y le arrojaron del carro con tanta violencia, que se produjo una dislocación en un pie. Impasible ante el mal que le aquejaba, hostigó a su cabalgadura, para llegar cuanto antes a la ciudad.

Ya en el cisco, miró resignado a aquella multitud que lo llenaba, ávida de la sangre del varón ferviente. Mientras entraba, añade la carta: «Oyóse una voz del cielo que decía: “¡Esfuérzate Policarpo, ten valor!”», al tiempo que la muchedumbre daba gritos ensordecedores al verlo en la pista.

Conducido a la presencia del procónsul, preguntóle éste:

—¿Eres tú Policarpo?

—Sí —contestóle.

—¡Pues jura por la fortuna de César: arrepíentete; y di, que los ateos sean cercenados de este mundo!

Policarpo, volviéndose gravemente hacia la multitud que le rodeaba, y señalándola con la mano, mirando al cielo, gimió diciendo:

—Sí, ¡que los ateos sean cercenados de este mundo!

—Jura por la fortuna de César, —añadió el procónsul—. ¡Maldice a Cristo y te devuelvo la libertad!

—Hace ochenta y seis años que le sirvo y no me hizo ningún daño, ¿cómo podré maldecir a mi Rey y Salvador?... Ya que parecéis ignorar quién soy, os diré con franqueza

que soy cristiano. Si queréis saber en qué consiste ser cristiano, indicadme al día, y yo os lo diré.

—Dirigíos al pueblo.

—Yo he aprendido a honrar a los poderes establecidos por Dios, motivo que me obliga a responderos; en cuanto al pueblo, no lo considero digno de que oiga mi defensa.⁷

—Tenemos fieras a las que os echaré si no os arrepentís.

—Haced lo que queráis; no es posible abandonar el bien para abrazar el mal.

—Ya que no teméis a las fieras, seréis quemado vivo, si no os arrepentís.

—El fuego a que me condenáis llamea un instante: después se extingue, y es preciso saber que hay otro fuego que no se extinguirá nunca, reservado en el último juicio para los impíos. ¿Qué esperáis? Realizad en mí vuestros propósitos.

El procónsul ordenó, desde luego, que un heraldo lo condujera en medio del circo, y anunciara por tres veces que Policarpo había confesado que era cristiano.

Furiosa la muchedumbre, daba gritos, diciendo:

—¡Este es el doctor del Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses!

Seguidamente llamaron al asiarca (el presidente de los juegos), pidiéndole que lanzara un león a Policarpo. El asiarca negóse a ello, alegando que había concluido la temporada de los juegos. Entonces todo el pueblo dio voces, diciendo:

—¡Quemadle! ¡Quemadle!

La multitud arrojóse a la calle, buscando las tiendas donde vendieran maderas, y en los baños, haces de leña. Los judíos se mostraron los más ardientes: la hoguera quedó formada en pocos instantes.

Policarpo se quitó los vestidos y desabrochó su cinto, y como quisieran sujetarle con clavos al madero:

—¡Dejadme! —les dijo—, que Aquel que me da fuerzas para resistir el fuego, me las dará también para que inmóvil me consuma la hoguera.

Entonces le ataron con sogas, y Policarpo dirigiendo la mirada al cielo dijo: «Señor, Dios Todopoderoso, Padre de Jesucristo, tu Hijo amado y bendito, por quien hemos recibido la ventura de conocerte. ¡Te doy gracias porque me has juzgado digno de este día y de esta hora, contándome entre el número de tus mártires, y haciendo que participe con ellos del cáliz de Jesucristo, para resucitar alma y cuerpo a la vida eterna y gozar de la incorruptibilidad por su Santo Espíritu! ¡Pueda yo ser recibido hoy en medio de tus elegidos como víctima agradable! ¡Oh, Dios verdadero y fiel! Como lo habías preparado y manifestado de antemano, así lo has cumplido! Yo te alabo ¡oh, Dios! por todas estas cosas; te bendigo, te glorifico al par que a Jesucristo, tu eterno Hijo, divino

⁷ Puede parecernos extraño a los que contemplamos la escena con la frialdad de la historia después de muchos siglos. que Policarpo no aprovechara la ocasión para predicar al pueblo como hicieron otros mártires, pero debemos tener en cuenta lo excitada que estaba la multitud en el anfiteatro de Esmirna, que según relata la crónica bastó que el heraldo gritara: «Policarpo persiste en ser cristiano» para que el pueblo prorrumpiera en gran griterío pidiendo su muerte. y muchos se lanzaron a la calle en busca de leña, cuando se decidió que en vez de ser arrojado a las fieras debía ser quemado. Un auditorio tan mal dispuesto, ciertamente, ni era digno de oír su defensa, ni tampoco la hubiera escuchado.

y amado, al cual, como a Ti y al Espíritu Santo, ¡sea la gloria desde ahora y para siempre!»

Encendida la hoguera, se levantó una gigantesca llamarada que formó alrededor del cuerpo del mártir, como una bóveda parecida a la vela hinchada de un buque, semejando oro o plata que brilla en el crisol, al mismo tiempo que el cuerpo de aquel sufrido mártir desprendía un olor suave a incienso mezclado con perfumes deliciosos.

Uno de los verdugos, viendo que el fuego no llegaba a él, se acercó y le atravesó con una espada. De la herida manaba sangre, con tal abundancia, que casi apagó el fuego. Los cristianos querían recoger sus huesos medio calcinados, pero los paganos rogaron al Procónsul que no lo permitiera. «Tal vez —decían— olviden al Crucificado para adorar a Policarpo». ¡Como si fuera posible —añaden los autores de la carta— abandonar a Cristo, que sufrió por la redención del mundo entero, para adorar a otro. Nosotros adoramos a Cristo; en cuanto a los mártires, solamente los rodeamos de nuestro respetuoso amor, porque han sido los imitadores del Salvador y de sus discípulos».

Los fieles recogieron sus calcinados huesos, de más valor para ellos, que la alhajas más preciosas y que el oro más puro. «Los colocamos —añade la carta— en sitio a donde podamos llegar, si Dios lo permite, y celebrar con alegría el aniversario de su martirio».

De Policarpo ha quedado su Epístola a los Filipenses, en la cual habla del apóstol Pablo. «Cuando estaba entre vosotros, les dice, os enseñaba, fiel y constantemente, la palabra de verdad; cuando estuve lejos de vosotros os escribí una carta; si queréis edificaros en la fe, la esperanza y la caridad, estudiadla con cuidado». Su Epístola se compone, casi enteramente, de citas bíblicas y referencias a pasajes de Pablo. Añadamos que Policarpo no escribió sólo en su nombre, sino también en el de los presbíteros y ancianos que estaban con él.

Debido a su larga vida, Policarpo es en alguna manera, el lazo que une la época apostólica con el siglo II. Uno de sus discípulos, Ireneo, obispo de Sión, vivía aún en el año 202. En una carta escrita al final de su vida, donde cuenta los recuerdos de su infancia (más frescos a su memoria que muchos sucesos más recientes, según dice), Ireneo da de su reverenciado maestro, los detalles siguientes: «Yo podría indicar el sitio donde el bienaventurado Policarpo tenía la costumbre de sentarse para hablar...; me acuerdo de su humor, de sus ademanes, de su talle. Podría repetir sus discursos, y ordinariamente lo que contaba de sus relaciones familiares con Juan, y con otros que habían conocido al Señor; de qué modo repetía sus discursos, y hablaba de los milagros de Cristo y su doctrina, como se lo habían visto. Todo lo que nos decía de estas cosas, estaba de acuerdo con lo que leemos en las Escrituras. Por la gracia de Dios, he escuchado con mucha atención, anotando cada detalle, no en el papel, sino en mi propio corazón, con lo que refresco a menudo el recuerdo de mi juventud». ⁸

⁸ Carta a Florino, en Eusebio, «Historia Eclesiástica», Libro V, cap. 20, col. 486.

Persecución de otros fieles en las iglesias cristianas de Asia Menor en años sucesivos

No fueron solamente los pastores como Policarpo, quienes sufrieron persecución y martirio; la Historia nos ha legado documentos muy antiguos que nos hablan de otros fieles nietos o biznietos espirituales de San Pablo y San Juan, que tuvieron que pasar por el horno de la prueba en aquellos tiempos tan primitivos de la fe cristiana.

No lejos de Efeso se halla la ciudad de Pérgamo donde accidentalmente residía el procónsul, aunque su residencia oficial era en Efeso. A él fueron presentados Carpo, pastor un obispo, Papilo, diácono y Agatónica una mujer fiel, acusados de ser cristianos y desobedecer las órdenes del Emperador.

Hay duda en los historiadores si el emperador era Cómodo o Decio, ya que el documento no lo especifica de ser el primero este relato de martirio estaría estrechamente vinculado con el de Policarpo y los cristianos de a principios del siglo II, por tanto, nietos inmediatos espirituales de los apóstoles, aunque apenas hay diferencia en el lenguaje y valentía de los cristianos del siglo II y los del siglo III. Dice la crónica:⁹

Carpo.

«El procónsul, después de tomar asiento dijo:

»— ¿Cómo te llamas?

»— Mi primero y principal nombre es el de cristiano; mas si preguntas el que tengo en el mundo yo me llamo Carpo.

»El procónsul dijo:

»— Supongo que tenéis noticia de los decretos de los augustos sobre vuestra obligación de venerar a los dioses gobernadores del Universo, por lo cual os aconsejo que os acerquéis y sacrificuéis.

»Carpo dijo:

»— Yo soy cristiano y venero a Cristo que vino en los últimos tiempos para salvarnos y nos libró del extravío del diablo; por tanto no sacrifico a semejantes simulacros.

»El mártir procedió a explicar que los dioses falsos representan a los demonios, los cuales han de ser condenados juntamente con aquellos que les siguen.

»El procónsul irritado dijo:

»— Sacrificad a los dioses y no digáis tonterías.

»Carpo sonriendo contestó:

»— Perezcan los dioses que no han hecho ni el cielo ni la tierra.

»El procónsul dijo:

»— Es menester que sacrificues; pues así lo ha ordenado el emperador.

»Carpo contestó:

»— Los vivos no sacrifican a los muertos.

»El procónsul contestó:

⁹ Eusebio, en su «Historia Eclesiástica», Libro IV cap. 15-48 cita los nombres de estos mártires, después de narrar el martirio de san Policarpo y aludir al de Pionio, diciendo «corren además otras». Estas aparecieron en latín desde el siglo X, pero el texto original griego lo descubrió el arqueólogo Aube y lo publicó por vez primera en diciembre de 1881, en «Révúe Arqueologique», págs. 348-360.

»— ¿Muertos te parecen a ti los dioses?

»Carpo declaró:

»— ¿Quieres escucharme? Esos dioses no fueron ni siquiera hombres que vivieran un tiempo para poder morir. Ahora si quieres saber cómo esto es verdad, quítales los honores y te convencerás de que no son nada; es decir, son materia terrena que con el tiempo se corrompe.

»El procónsul dijo:

»— Por haberte dejado hablar todas las tonterías que has querido, has acabado maldiciendo a los dioses y a los augustos. Así, pues, para que la cosa no siga adelante:

¿Sacrificas o qué?

»Carpo contestó:

»— Imposible que yo sacrifique, pues jamás sacrifiqué a ídolos.

»Inmediatamente, el procónsul mandó que lo colgaran del potro y lo desgarraran, a trozos, que iban saltando de piel y de carne. Durante el tormento Carpo gritaba:

Soy cristiano!

»Hasta que por fin desfalleció y ya no pudo hablar.

Martirio de Papilo

»Entonces volviéndose el procónsul a Papilo le preguntó:

»— ¿Eres un concejal de tu ciudad?

»El contestó:

»— Soy un simple ciudadano.

»El procónsul dijo:

»— ¿De qué ciudad?

»Papilo contestó:

»— De Tiatira.

»El procónsul dijo:

»— ¿Tienes hijos?

»Papilo contestó:

»— Muchos, por la gracia de Dios.

»Mas uno del pueblo gritó:

»— Esto de los hijos no es cierto, los cristianos llaman hijos a aquellos que se dejan convencer y se vuelven a su fe.

»El procónsul dijo:

»— ¿Por qué me mientes diciendo que tienes hijos?

»Papilo dijo:

»— ¿Quieres saber que no miento sino que digo la verdad? En todas las ciudades de esta provincia tengo hijos según Dios.

»Mandado también suspender este del potro fue desgarrado por tres parejas de verdugos que se sucedieron, sin dar el mártir ningún grito, sino soportando como generoso atleta la rabia del enemigo.

»El procónsul, ante la constancia extraordinaria de los dos mártires, les condenó a ser quemados vivos, y bajando del caballete ambos caminaban presurosos al anfiteatro a fin de verse cuanto antes libres del mundo.

»Clavaron primero a Papilo en el madero y lo levantaron en alto, y prendiendo fuego a la pira, recogido tranquilamente en oración entregó su alma.

»Clavado, seguidamente, a Carpo se le vio sonreír. Los circunstantes sorprendidos le preguntaron:

»— ¿Qué te pasa que ríes?

»Y el bienaventurado dijo:

»— He visto la gloria del Señor y me he alegrado, y no menos porque me voy a ser libre de vosotros y ya no tendré parte en vuestras maldades.

Cuando el soldado prendió fuego en la leña amontonada, Carpo colgado del potro dijo:

»— También nosotros somos hijos de la misma madre Eva y tenemos la misma carne que vosotros, la cual sufre; mas todo lo soportamos puesta la vista en el verdadero tribunal.

»Habiendo dicho esto y aplicado el fuego oró diciendo:

»— Bendito eres Señor Jesucristo, Hijo de Dios, pues te has dignado darte parte también a mí, pecador, en esta suerte tuya.

»Y habiendo dicho esto entregó su alma.

Agatónica

»Una tal Agatónica que estaba allí presente vio también la gloria del Señor que había visto Carpo. Dándose cuenta de que ello era un llamamiento del cielo levantó su voz diciendo:

»— Este banquete también para mí está preparado, tengo, pues, que tomar parte de este banquete glorioso.

»Mas el pueblo gritaba diciendo:

»— ¡Ten lástima de tu hijo!

»A lo que la bienaventurada Agatónica respondió:

»— Dios tiene, y puede tener lástima de él, pues El es quien provee a todo; pero yo ¿para qué quiero quedarme aquí?

»Y despojándose de su manto ella misma se fue a colocarse, arrebatada de júbilo, en la hoguera. Los que la veían no podían contener las lágrimas diciendo:

»— Duro juicio e injustos decretos.

»Asida ya al poste y alcanzada por el fuego gritó por tres veces:

»— ¡Señor, Señor, Señor ayúdame, pues en Ti he buscado mi refugio!

»Y así consumó su martirio y entregó el espíritu al Santo de los santos».

Pionio y otros mártires de Smirna

Tenemos un conmovedor relato de martirio ocurrido en otra de las siete iglesias del Apocalipsis, en la ciudad de Smirna, durante el reinado de Decio. Dice el acta de los mártires.

«Así, pues, el día segundo del mes séptimo, un sábado mayor, la furia de la persecución descargó sobre Pionio, Sabina y Ascletiades, cuando celebraban el natalicio de Policarpo, y también sobre Macedonia y Leno.

»Hecha, pues, la solemne oración y participado de los elementos sagrados se presentó Polemon, el Neócoro o intendente del templo, acompañado de una turba de esbirros

que los jueces mayores le habían asociado para prender a los cristianos. Apenas Polemon vio a Pionio pronunció con profana boca estas palabras:

»— ¿No sabéis que hay un público edicto del príncipe, por el cual se nos manda sacrificar a los dioses?

»Pionio dijo:

»— Conocemos ciertamente este edicto, pero nosotros sólo obedecemos el mandamiento que nos dice obedecer y adorar a Dios.

»El Neócoro dijo:

»— Venid a la plaza pública para que os enteréis que es verdad lo que os digo.

»Así fue hecho y Pionio al llegar a la plaza hizo un largo discurso exhortando a los Smirniotas y a los judíos, que también había muchos por ser día de sábado...

»Dichas por largo rato estas y muchas otras razones, como no daban muestras de callar Polemon y sus compañeros, el pueblo entero que estaba tan atento que nadie osaba interrumpirle, pero al decir nuevamente Pionio:

»— Nosotros no adoramos a vuestros dioses ni recibimos con celeste veneración vuestras estatuas de oro.

Los llevaron al atrio o residencia oficial. Allí la gente trataba de convencer a Pionio hablando de esta manera:

»— Pionio, haznos caso a nosotros, pues tienes muchas razones por las que te conviene vivir y gozar de buena salud. Tú mereces vivir, no sólo por los méritos de tus costumbres, sino por la mansedumbre de tu carácter. Bueno es vivir y sorber este hálito de la luz.

»Como le repitieron otras cosas a este tenor, dijo al fin Pionio:

»— También yo digo que es bueno vivir y gozar de la luz, pero de aquella que nosotros deseamos. Hay otra luz distinta de ésta por la que nosotros anhelamos, aunque no desconocemos, ingratamente, estos terrestres dones de Dios. Si los dejamos es porque deseamos otros mayores y por lo mejor despreciamos lo de acá. Por mi parte, yo os agradezco que me tengáis por digno de amor y de honor; sin embargo, sospecho en vosotros una asechanza, y siempre dañaron menos los odios declarados que las artes caricias.

»Como el pueblo se disponía a ir al teatro para escuchar mejor algún otro discurso de Pionio antes de ser ejecutado, alguien le dijo a Polemon que si concedía al bienaventurado mártir poder hablar se originaría algún tumulto en el pueblo.

»Polemon dijo entonces a Pionio:

»— Si te niegas a sacrificar, ven por lo menos al templo.

»— No conviene a vuestros ídolos que nosotros entremos en los templos—respondió Pionio.

Polemon dijo:

»— ¿Luego, de tal modo, te has cerrado de alma que no hay manera de persuadirte?

»Pionio replicó:

»— ¡Ojalá pudiera yo moveros y persuadiros a vosotros que os hagáis cristianos!

»Algunos haciendo burla de esta palabra dijeron a gritos:

»— ¡Dios nos libre! ¡Para que nos quemem vivos!

»Pionio respondió:

»—Peor es arder después de la muerte.

Sabina

»En medio de este altercado de palabras vieron que Sabina se reía, y como amenazándola le dijeron:

»— ¿Te ríes?

»Respondió ella:

»—Me río, así lo quiere Dios, porque somos cristianos y felices por esto.

»Entonces le dijeron:

»—Tendrás que sufrir lo que sabes, porque las que no quieren sacrificar se las destina a los lupanares y allí hacen compañía a las meretrices y son ganancia para los rufianes.

»Ella respondió:

»—Sea lo que Dios quiera.

»Pero no fueron sacrificados aquel día, sino llevados todos a la cárcel y encerrados en la parte más oscura de la prisión, a fin de que privados de todo socorro y de toda luz, tuvieran que soportar todo género de molestias por el lugar tenebroso y maloliente de la cárcel.

»En aquel lugar parecía que habían desaparecido del mundo; mas ellos se ocupaban en entonar himnos a Dios.

»Como, pues, se prolongara por mucho tiempo su prisión, muchos paganos entraban en la cárcel con intención de convencer a Pionio. Mas al oír ellos hablar a Pionio se llenaron de tal admiración, que poco faltó para que no recibieran el castigo.

»Finalmente vinieron a la cárcel, Polemon, acompañado de una turba de seguidores gritando:

»— ¡Vuestro obispo ha sacrificado ya y el magistrado os manda venir a toda prisa al templo!

»Pionio le contestó increpándole y diciendo que no tenía derecho a sacarles de la cárcel hasta que viniera el procónsul. A esto el comandante "turmario" (como entonces se llamaban a los verdugos) replicó:

»—Pues si te niegas a obedecer a mis órdenes pronto te darás cuenta de lo que puede el tormento.

»Y diciendo y haciendo le echó una soga al cuello con tanta fuerza, que cerrándole la garganta apenas podía respirar y le entregó a los alguaciles para que lo condujeran al templo. Como Pionio hiciera resistencia lo levantaron en vilo y lo llevaron al templo (Pionio hizo allí otro discurso más breve, comparando su caso con el de Sócrates que fue condenado injustamente).

»Después de esto trataba de poner a viva fuerza en la cabeza de Pionio las coronas que los sacrílegos acostumbran llevar, pero él las deshizo y arrojó sus pedazos ante los mismos altares que acostumbraban adornar, y como les acercaran la carne de las víctimas que debían poner sobre el altar, los cristianos iban clamando:

»— ¡Somos cristianos!

»Y los volvieron a la cárcel, colmándoles de injurias.

»Al cabo de unos días vino el procónsul a Smirna, y presentado Pionio al tribunal, una vez hecho el interrogatorio de costumbre le dijo el procónsul:

»—Como tienes prisa por morir, serás quemado vivo. —Y mandó leer la sentencia de la tablilla:

»“A Pionio, hombre de mente sacrílega, que ha confesado ser cristiano, mando sea abrasado por las llamas vengadoras, para: que ello infunda terror a los hombres y satisfaga la venganza de los dioses”.

»Vino, pues, aquel gran varón camino del suplicio para servir de ejemplo a los cristianos y de placer a los sacrílegos. No vacilaba su paso ni le temblaban las rodillas, ni se entumecían sus miembros, como suele suceder a los que caminan a la muerte. No se turbaba su mente al ver llevar el mal ni retardaba su marcha con vacilantes pasos. Llegado al estadio, antes de que el secretario de sesiones le diera la orden, él mismo se quitó sus vestidos y colocó sus miembros en el poste para que fueran atravesados por gruesos clavos. Al verle clavado el pueblo gritó:

»—¡cambia de sentir Pionio, y te quitarán los clavos, como prometas hacer lo que se te manda!

»Entonces él dijo:

»—Ya siento sus heridas y me doy cuenta de que estoy clavado, pero la causa principal que me lleva a la muerte es que quiero que todo el pueblo entienda que hay una resurrección después de la muerte.

»Después de esto levantaron los troncos en que estaban clavados Pionio y el presbítero Metrodoro... pegaron fuego a la: pira y echándole leña cobró fuerza la llama, crepitando devastadora por entre los ardientes troncos y Pionio con los ojos cerrados y táctica oración pedía a su Dios el último descanso. No mucho después abriendo los ojos miró con risueño rostro y diciendo, amén, encomendó su espíritu a Aquel que había de recompensarle con el premio debido».

Adecuada defensa y rasgo generoso de un monstruo

Tenemos un Acta que es una de las piezas más curiosas de la historia de las persecuciones, y se refiere también a las iglesias del Asia Menor. Acacio obispo de Antioquía de Pisidia (véase Hechos 13:14), es llevado ante el tribunal del cónsul Marciano. Se traba entre el juez y el acusado una vivísima disputa, y el juez sin dar sentencia ni someter a tormento al obispo, transmite las actas del proceso al propio emperador Decio. Quisiéramos trasladar el Acta entera, pero como se trata de un largo interrogatorio nos ceñiremos a lo más interesante:

«Después que Acadio les hubo hablado en altos términos acerca del Dios creador de todas las cosas, Marciano respondió:

»—¿Qué vanas filosofías te sorbieron el seso? Desprecia lo invisible y reconoce a los dioses que tienes delante de los ojos.

»—¿Y quiénes son éstos a quienes me mandas sacrificar? —replicó Marciano.

»—A Apolo, salvador nuestro, el que aparta el hambre y la peste, y por el que todo el mundo se salva y rige.

»ACACIO: ¿A ese que vosotros tenéis por intérprete de lo futuro? Buen adivino, cuando corriendo el infeliz abrasado de amor por una muchachuela no sabía que iba a perder

su presa deseadísimas. Con lo que se vio patente que ni era divino ni era dios el que se dejó burlar por una muchacha. Y no fue esta su única desgracia, pues la fortuna le alcanzó muy pronto con golpe más cruel, llevado por su torpe amor a los jóvenes, prendado de la hermosura de cierto Jacinto, como bien sabéis, mató de un tiro de disco a quien más deseaba que viviese. ¿A este que con Neptuno estuvo un tiempo a jornal, y que guardó ajenos rebaños, a ese me mandas que sacrifique? ¿Acaso a Esculapio fulminado, o a Venus la adúltera, o a los demás monstruos de esta vida, o de esta ruina? ¿Voy, pues, a adorar a los que me desdeña imitar; a los que acuso, a los que me inspiran horror? Si alguien cometiera sus hazañas, no escaparía a la severidad de vuestras leyes, y ¿vosotros adoráis en unos lo que castigáis en otros?

»MARCIANO: ¡O sacrificas o mueres!

»ACACIO: Tu intimación se asemeja a la que dirigen los bandidos en Dalmatia, a sus asaltados. El derecho público castiga al fornicario, al adúltero, al ladrón, al corrompedor del sexo viril, al maléfico y al homicida; si de alguno de estos crímenes fuera reo, antes que tú pronunciaras la sentencia me condenaría yo a mí mismo; mas si por dar culto a Dios verdadero se me condena al suplicio, ya no es la ley sino el arbitrio del juez el que me condena. Entonces oye lo que está escrito: «Del modo que uno juzgue será juzgado», y otra vez: «Como tú hagas se hará contigo».

»MARCIANO: A mí no se me ha enviado a juzgar, sino a obligar; por tanto, si desprecias mi intimación puedes estar cierto del castigo.

»ACACIO: Pues a mí también se me ha dado mandamiento de no negar jamás a mi Dios. Si tú sirves y obedeces a un hombre perecedero y de carne, que muy pronto habrá de salir de este mundo, y que apenas muera sabes que será pasto de los gusanos ¿cuánto más debo yo obedecer a un Dios poderosísimo por cuyo poder fue creado cuanto por los siglos está firme y por quien ha sido dicho: «El que me negare delante de los hombres yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos, cuando venga en su gloria a juzgar a vivos y a muertos».

»Después de otro discurso sobre la persona de Jesucristo como el Hijo de Dios, terminó Acacio diciendo:

»—Ahora ya, haz lo que te plazca.

»MARCIANO: Lo que me place es que irás a la cárcel hasta que el emperador conozca las actas de tu proceso, y según se decida se hará contigo.

»El emperador Decio recibió las actas completas y admirando una disputa de tan agudas respuestas no pudo contener una sonrisa y, sin pérdida de tiempo confió a Marciano la prefectura de Panphilia y perdonó a Acacio.

»Sucedió esto siendo cónsul Marciano, bajo el emperador Decio, cuatro días antes de las calendas de abril, 29 de marzo».

Máximo de Asia Menor

No tuvo tanta suerte, humanamente hablando, otro cristiano célebre de una ciudad de Asia Menor que no citan las Actas (probablemente Efeso). De ellas copiamos:

«Por aquel tiempo Máximo, siervo de Dios y varón santo, se declaró espontáneamente cristiano. Máximo era un hombre del pueblo que llevaba su negocio. Prendido, pues, ante su propia declaración, fue presentado ante el procónsul Optimo, en Asia.

»PROCÓNSUL: ¿Cómo te llamas?

»MÁXIMO: Me llamo Máximo.

»PROCÓNSUL: ¿De qué condición eres, Máximo?

»MÁXIMO: Libre de nacimiento pero esclavo de Jesucristo.

»PROCÓNSUL: ¿Qué oficio tienes?

»MÁXIMO: Yo soy un hombre del pueblo que vivo de mi negocio.

»PROCÓNSUL: ¿Eres cristiano?

»MÁXIMO: Aunque pecador, soy cristiano.

»PROCÓNSUL: ¿No te has enterado de los edictos de nuestros excelentísimos príncipes que recientemente han sido promulgados?

»MÁXIMO: Sí, he sabido la inicua sentencia pronunciada por el emperador desde hace mucho, y por eso justamente me he manifestado públicamente cristiano.

»Entonces dio orden, el procónsul, que se le azotara con varas, y mientras se le azotaba, le decía:

»PROCÓNSUL: Sacrifica para verte libre de estos tormentos.

»MÁXIMO: No son tormentos, sino unciones estos que se sufren por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, pues si me apartara de los mandamientos de mi Señor, que conozco por el Evangelio, entonces sí que me esperan tormentos verdaderos y eternos.

»Entonces el procónsul dio sentencia contra él diciendo:

»PROCÓNSUL: Al que no ha querido dar asentimiento a las sagradas leyes que le ordenaban sacrificar a la magna diosa Diana, para terror de los otros cristianos, la divina clemencia del emperador manda que sea apedreado.

»y de este modo fue arrebatado el atleta de Cristo por los ministros del diablo, mientras él daba gracias a Dios el padre por Jesucristo, hijo suyo, que le consideró digno de vencer al diablo. Y llevado fuera de las murallas rindió, apedreado, su espíritu.

»Padeció el siervo de Dios, Máximo, en la provincia de Asia el segundo día de los idus de mayo (14 de mayo) bajo el emperador Decio y el procónsul Optimo; reinando el Señor Jesucristo, a quien es la gloria por los siglos de los siglos. Amén».¹⁰

¹⁰ Las cartas de Clemente a los Corintios

6

CLEMENTE DE ROMA Y JUSTINO MÁRTIR

Volveremos atrás en el tiempo, para describir lo ocurrido a mártires más cercanos al tiempo de los apóstoles.

Pocas noticias tenemos de la difusión del Evangelio en Italia después de lo referido en el capítulo 28 de los Hechos de los Apóstoles y las lamentables noticias que nos dan los escritores paganos acerca del incendio de Roma y la persecución de Nerón contra los cristianos en los años 64 a 68, hasta los documentos que se refieren a Clemente, obispo de Roma. Los católicos citan a Lino y Cleto como anteriores a este pastor e inmediatos sucesores de Pedro en el pastorado de la iglesia establecida en aquella capital. Pero el caso es que no existe ningún documento que lo pruebe, ni que Pedro ejerció nunca el pastorado en Roma, aunque parece probable que fue martirizado allí, pero en tal caso sería como en el de Ignacio traído a la capital prisionero para ser ejecutado en dicha ciudad. Pablo no menciona al apóstol Pedro en ninguna de las cartas que escribió desde su prisión en Roma, o sea, las epístolas a los Gálatas, a los Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón, todas ellas escritas desde Roma durante los dos años que estuvo en la prisión atenuada en aquella capital, ni tampoco en la segunda epístola a Timoteo, enviada durante su segunda prisión allí, poco antes de ser ejecutado, lo que demuestra que san Pedro nunca residió en Roma, aunque fuera cierto que murió allí.

Es, empero probable, que pastoreó la iglesia de Roma aquel Clemente que se cita en la epístola a los Filipenses, pues, el primer documento auténtico que tenemos después del Nuevo Testamento es la I epístola de Clemente a los Corintios. Esta carta es evidentemente la más antigua, después de las epístolas apostólicas y la pregunta que surge es: ¿quién sería el tal Clemente tan cercano a la época apostólica?

La suposición más aceptada por los antiguos escritores es que fue el antiguo compañero de Pablo en la fundación de la Iglesia de Filipos, de quien el apóstol hace una mención tan breve como elogiosa en el cap. 4 vers. 3, cuando dice: «Juntamente con Clemente y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la Vida».

Pero no hay seguridad absoluta de tal identificación aunque sí mucha probabilidad, ya que existían otras personas del mismo nombre en el mundo greco-romano, entre ellas el mismo primo del emperador, o sea, Flavio Clemente que ejercía el consulado y a quien Domiciano hizo matar a la vez que desterraba a su esposa por el delito de ser ambos cristianos. Algunos han atribuido esta carta a dicho mártir distinguido, pero con menos probabilidad.

Sea como sea, era de un cristiano muy fervoroso y sabio que ejercía el cargo de obispo o pastor en la iglesia de Roma, quien oyó de las dificultades que estaban pasando sus colegas de ministerio en la turbulenta iglesia de Corinto que ya dio quebraderos de cabeza al apóstol Pablo y quiso ayudarles. Los católicos romanos citan esta carta como para probar la autoridad del obispo de Roma sobre otras iglesias de la cristiandad, pero la lectura de la misma carta demuestra lo contrario. No está escrita con un tono de au-

toridad, sino de consejo fraternal. No es Clemente, el Obispo Universal que se dirige a los Corintios, sino que la Epístola empieza así:

«La Iglesia de Dios que mora en Roma como extranjera, a la Iglesia de Dios que mora como extranjera en Corinto. A los elegidos, santificados en la voluntad de Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo: sean cumplidas en vosotros la gracia y la paz de parte de Dios omnipotente por medio de nuestro Señor Jesucristo».

Se trata, pues, del mensaje de una iglesia a otra iglesia hermana, exactamente igual que las cartas que las iglesias evangélicas autónomas se dirigen hoy en día unas a otras. No es de ningún modo la carta de un Pontífice a una iglesia subordinada.

Esta carta, escrita probablemente cuarenta años después que las dos cartas del apóstol san Pablo a los Corintios que tenemos en el Nuevo Testamento, era tenida en gran estima y leída con frecuencia en las asambleas cristianas, y está llena de exhortaciones evangélicas que podrían ser suscritas hoy por los más piadosos cristianos evangélicos. Por ejemplo, en el capítulo 7, dice:

«Contemplamos la sangre de Cristo y vemos que es preciosa ante su Dios y su Padre porque derramándose por nuestra salvación, otorgó a todo el mundo la gracia de la conversión. Recordemos todas las generaciones y aprendamos que de generación en generación el Señor ha dado lugar al arrepentimiento a todos los que quieren volverse a Él... Todos fueros honrados, todos ensalzados, no por sí mismos, ni por sus obras y santas oraciones, sino por la voluntad de El. Pues también nosotros, escogidos por la voluntad de Él en Cristo Jesús, no nos justificamos por nosotros mismos, ni por nuestra sabiduría o inteligencia o piedad, ni por obras que hayamos realizado en santidad de corazón, sino por la fe, con la cual el Todopoderoso Dios ha justificado a todos desde el principio. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén». s

Así enseñaba la justificación completa-por la fe, no Lutero ni Calvino, sino San Clemente, uno de los primeros obispos de la iglesia de Roma.

Martirio del filósofo samaritano Justino

El segundo documento significativo que tenemos del Cristianismo en Italia es el Acta del martirio de Justino, un filósofo originario de Flavia Neápolis, en Palestina (antigua Sichem) que se trasladó a Roma y estableció una escuela de filosofía en la cual enseñaba el Cristianismo.

«Por tal motivo fue prendido junto con otros seis cristianos y conducido ante el procónsul Rústicus, quien le preguntó:

¿Qué doctrina profesas?

»Justino respondió:

»—He procurado tener noticia de todo linaje de doctrina; pero sólo me he adherido a las doctrinas de los cristianos, que son las únicas verdaderas, por más que no sean gratas a quienes siguen falsas opiniones.

»El prefecto Rústicus dijo:

»— ¿Con que, semejantes doctrinas te son gratas, ¡miserable!?

»Justino respondió:

»—Sí, puesto que las sigo conforme a la enseñanza recta.

»El prefecto Rústicus dijo:

»— ¿Qué enseñanza es esta?

»Justino respondió:

»—La enseñanza que nos manda dar culto al Dios de los cristianos, al que tenemos como Dios único, que desde el principio es hacedor y artífice de toda la creación; el invisible Dios, y al Señor Jesucristo, Hijo de Dios, de quien predicaron de antemano los profetas que había de venir al género humano como pregonero de salvación y maestro de bellas enseñanzas.

»El prefecto Rústicus dijo:

»— ¿Dónde os reunís?

»Justino respondió:

»—Donde cada uno prefiere y puede, pues, sin duda te imaginas que todos nosotros nos juntamos en un mismo lugar, pero no es así, pues el Dios de los cristianos no está circunscrito a lugar alguno, sino que siendo invisible llena el cielo y la tierra, y en todas partes es adorado y glorificado por sus fieles.

»El prefecto Rústicus dijo:

»— ¿Dónde os reunís?, quiero decir, ¿en qué lugar juntas a tus discípulos?

»Justino respondió:

»—Yo vivo junto a cierto Martín, en el baño de Timotino; esta ha sido mi residencia todo el tiempo que he estado en Roma esta segunda vez. Allí, si alguien quería venir a verme yo le comunicaba las palabras de la verdad.

»El prefecto Rústicus dijo:

»— Luego en definitiva: ¿Eres cristiano?

»Justino respondió:

»— Sí, soy cristiano.

»El prefecto hizo entonces la misma pregunta a los otros seis acusados, recibiendo de todos ellos respuestas afirmativas y gozosas acerca de su fe.

»El prefecto dijo a Justino:

»— Escucha, tú, que pasas por hombre culto y crees conocer las verdaderas doctrinas: Si después de azotado te mando cortar la cabeza ¿estás cierto que has de subir al cielo?

»— Si sufro eso que tú dices, espero alcanzar los dones de Dios, y sé además que a todos los que hayan vivido rectamente les espera la dádiva divina hasta la conflagración de todo el mundo.

»El prefecto Rusticus dijo:

»— Así, pues, en resumidas cuentas, ¿te imaginas que has de subir a los cielos a recibir no sé qué recompensas?

»Justino respondió: No me lo imagino, sino que lo sé; y de ello tengo buena certeza.

»El prefecto Rusticus dijo:

»— Vengamos al asunto propuesto, a la cuestión necesaria y urgente: Poneos, pues, juntos y unánimemente sacrificad a los dioses.

»Justino dijo:

»— Nadie que esté en su cabal juicio se pasa de la piedad a la impiedad.

»En el mismo sentido hablaron los demás mártires, diciendo:

»—Haz lo que tú quieras, pues nosotros somos cristianos y no sacrificaremos a los ídolos. El prefecto Rústicus pronunció la sentencia:

»Los que no han querido sacrificar a los dioses, ni obedecer al mandato del emperador, sean después de azotados conducidos al suplicio, sufriendo la pena capital conforme a las leyes.

»Los santos mártires glorificando a Dios salieron al lugar acostumbrado, y cortándoles las cabezas consumaron allí su martirio en la confesión de nuestro Salvador.

»Mas algunos de los fieles tomaron a escondidas los cuerpos de ellos y los depositaron en lugar conveniente, cooperando con ellos la gracia de nuestro Señor Jesucristo a quien sea gloria por los siglos de los siglos. Amén».

Podríamos llenar centenares de páginas copiando íntegras las «Actas de los mártires», y otros documentos antiguos; pero no lo hacemos porque nos consta de algunos, que son meras imitaciones de las Actas auténticas que escribieron los primitivos cristianos, forjadas en siglos posteriores, y tampoco el espacio de que disponemos en este libro lo permite. Pero siguiendo la historia del Cristianismo por regiones, hemos de volver atrás en próximos capítulos para referir hechos ocurridos en diversas partes del Imperio Romano. Puesto que nos hallamos en Roma, vamos a referir lo ocurrido en dicha capital antes de los hechos sucedidos en otros lugares, y narrados ya.

7

PRIMEROS ATISBOS DE CORRUPCIÓN CLERICAL EN ROMA

Las protestas de San Hipólito y de Novaciano

Las primeras noticias documentales que llaman nuestra atención acerca del Cristianismo en Italia no son tan halagüeñas como los relatos de los fieles mártires que entregaron sus vidas por Cristo en tiempos de persecución, que hemos explicado en el capítulo 4.º, pues son referentes a un obispo indigno llamado Calixto, pastor de la Iglesia local de Roma y su lucha con Hipólito, cien años después.

Calixto había sido un aventurero y un gran pícaro antes de entrar en contacto con los cristianos y continuó siéndolo como obispo. Era un esclavo deportado de Salónica que entró a servir en casa de Carpóforo, un cristiano de posición de la casa de César el cual confió a su empleado una cantidad de dinero para administrar una especie de banco. Muchas gentes humildes y viudas depositaron en él su dinero pensando que lo prestaban a Carpóforo, pero Calixto engañó a todos, huyó, estuvo preso y obtuvo su libertad por medio de engaños y, particularmente, por la influencia de una dama llamada Marcia, concubina del emperador Cómodo. Se hizo amigo con sus buenas palabras de Ceferino, obispo de Roma, consiguiendo que éste le nombrara jefe del panteón, y por medio de lisonjas consiguió que al fallecimiento de éste le fuese dado el obispado de Roma.

Pronto estableció una escuela de teología donde enseñó manifiestas herejías; como la indulgencia con los pecados carnales, y la importancia de los ritos externos, especialmente del bautismo para limpiar los pecados. Enseñaba que si después del bautismo un cristiano cometía toda clase de pecados podía tener completa remisión de ellos por un segundo bautismo.

Estas herejías hicieron necesario el levantamiento de un protestante, Hipólito, obispo de Porto, población situada a la desembocadura del río Tiber, muy cerca de Roma. Este valiente campeón de la fe hizo lo mismo que san Pablo hubiese hecho de haber vivido en su siglo: denunció el error en un libro que ha llegado hasta nosotros, en el cual cuenta la corrupción que se había apoderado ya en aquellos tiempos de la iglesia de Roma. Una de las acusaciones que lanza contra Calixto era que había llenado la iglesia de adúlteros, homicidas y engañadores, admitiendo a todos sin cambio de vida. He aquí sus propias palabras: Nosotros le dimos resistencia y llevamos convicción al pueblo cuando le mostramos que aquellas cosas eran el producto de un espíritu espurio y de un corazón ensanchado con orgullo, y que Calixto era como un lobo dispersando las ovejas con sus invenciones y artificios».

San Eusebio cuenta que el proceso de corrupción de la iglesia de Roma era común a muchas otras en todas partes del Imperio y atribuye la persecución de Diocleciano a un juicio de Dios para despertar y purificar a su iglesia.

Este gran escritor relata que muchos puestos de confianza y hasta gobierno de provincias estaban desempeñados por cristianos, quienes no sólo gozaban de una entera libertad de palabra y acción, sino que se alababan públicamente de ello. Con gran satisfacción da después la lista de los numerosos cristianos que llenaban los locales desti-

nados al culto, de tal modo que los antiguos edificios eran insuficientes, siendo preciso construir nuevos y mayores templos. Pero añade, que la tranquilidad y tantos honores habían comprometido la fe y la caridad.

«Nos envidiábamos unos a otros, dice, y nos insultamos recíprocamente, nos hacíamos la guerra con palabras tan afiladas como dardos y lanzas y en muchas ocasiones poco nos faltaba para que nos fuéramos a las manos. Los obispos disputaban unos con otros y las congregaciones luchaban unas contra otras. La hipocresía y la disimulación llegaban al colmo. El juicio de Dios, que se hace sentir con suavidad, comenzó a afligirnos ligeramente, pero permanecíamos indiferentes a aquel aviso y descuidamos de aplacar a Dios. Algunos obraban como si Dios no se preocupara de su conducta. Entre nuestros pastores veíanse a unos que en vez de dirigir el rebaño abandonaban las santas reglas de la piedad y no se preocupaban de otra cosa más que de acrecentar su poder».¹¹

Afortunadamente, Dios obraba, no solamente mediante el azote de la persecución, sino por medio de testigos fieles, que nunca le han faltado para proclamar y hacer patente Su Verdad tanto en el terreno doctrinal como en el de la conducta cristiana. Es verdad que Hipólito, amante de la paz y de la unidad cristiana, volvió a unir su grupo a la Iglesia Romana, hasta que volvió a separarse en los días de Novaciano. La Historia Eclesiástica de Boulanger llama a Hipólito de Porto: «San Hipólito antipapa», pues la Iglesia Católica lo ha canonizado, a pesar de su oposición al naciente papado de sus días.²

Los Novacianos

Dieciséis años después de la muerte de san Hipólito, que pereció mártir en la persecución de Diocleciano (año 303), continuaban existiendo en la iglesia de Roma y en muchas otras en todo el imperio, dos partidos: el partido relajado y el partido estricto. Cuando tuvo que elegirse nuevo obispo de Roma después de la muerte de Fabián había dos candidatos: Cornelio, del partido relajado de Calixto, y Novaciano, del de Hipólito. El partido relajado tuvo mayoría eligiendo a Cornelio. El resultado de esta elección —dice el católico Newman— fue que se originó una división completa. Los que se separaron de Roma fueron llamados en el oeste Novacianos y en el este, Puritanos, y existieron por muchos siglos». Neander dice: «Cuando el partido estricto de la Iglesia que estaba de acuerdo con las doctrinas de Novaciano vio que Cornelio iba a ser candidato, eligió a Novaciano como su pastor, aun cuando era en contra de la voluntad de éste».

Que no fue Novaciano el único protestante, ni la iglesia de Roma la sola necesitada de Reforma, lo expresa hermosamente el historiador Robinson en el siguiente párrafo: «Novaciano fue llamado autor de la herejía del puritanismo; a pesar de que Tertuliano se había separado por esta misma razón de la iglesia corrompida hacía ya 50 años; y Privato, que era ya viejo en tiempo de Novaciano y otros compañeros suyos, habían luchado contra las innovaciones introducidas en las iglesias cristiana, y no habiendo sido atendidos se habían separado y formado distintas congregaciones.

¹¹ Boulanger, «Historia de la Iglesia», pág. 99.

Moody dice: «Novaciano era un miembro de la iglesia de Roma fundada por san Pablo, pero después tan corrompida que fue necesaria una separación para conservar la fe. Aquella iglesia, como muchas iglesias metropolitanas en todos los tiempos, se enriqueció y ansiosa de torpe lucro, abrió de par en par sus puertas para admitir miembros de cualquier clase, especialmente ricos. Los principales de ellos inventaron la doctrina de salvación por medio de la iglesia, esto es: sin bautismo no hay remisión de pecados y sin ser miembros de la iglesia no hay salvación, así que si el sentir público les obligaba a excluir a algún miembro, fácil y prontamente lo recibían otra vez. Mas Novaciano y los otros fieles de la iglesia, estaban en favor de conservar la Iglesia pura por medio de disciplina estricta, añadiendo que su expulsión no los excluía de la salvación, si eran creyentes, la cual era del Señor por gracia y por medio de la fe. Esta doctrina había sido enseñada y sostenida en la Iglesia desde el principio; pero la corrupción había crecido y los corruptores estaban en el poder y los de la secta de Novaciano, como eran llamados, ya fuesen mayoría o minoría cuando se separaron, constituyeron la verdadera Iglesia de Dios en Roma. Salieron de en medio de ellos al mandato de Dios. Novaciano vino a ser pastor de la iglesia separada y su ejemplo inspiraba a las buenas y fieles iglesias de todas partes, las cuales se habían también separado de las otras iglesias corrompidas siguiendo su valioso ejemplo en Roma».

El emperador Constantino, una vez convertido al Cristianismo, quiso unir a los Novacianos con la Iglesia Católica, porque había examinado sus doctrina y encontrado que sus fieles llevaban una vida recta y piadosa, pero habiendo fracasado en su empeño, algún tiempo después del Concilio de Nicea condenó la clemencia que él mismo había tenido hacia los que diferían de la Iglesia Católica y publicó un edicto exigiendo que todos se conformaran con dicha iglesia. Sus libros fueron destruidos, así como sus templos y les fue prohibido reunirse. Las medidas opresivas de Constantino hicieron que muchos abandonaran sus ciudades y salieran, especialmente de Roma, retirándose a lugares apartados.

Según Gibbon, había por lo menos cuatrocientas iglesias novacianas en Africa del Norte, y muchas otras también en Nicomedia, Constantinopla, Frigia, así como en el Imperio Occidental, Italia, Francia, Suiza y España. Todo ello sugestionó a Constantino en el propósito de unirlas con la Iglesia Católica, si fuera posible; pero aquellas iglesias reavivadas rechazaron siempre sus proposiciones porque aunque apreciaban en lo que valía el cambio de mente del emperador y la cesación de las persecuciones, comprendían los peligros de la unión de la iglesia con el Estado teniendo que llegar el emperador a amenazarles con persecución, lo que llegó a efectuar, por lo menos con los Donatistas de Africa, que muchos historiadores consideran émulos de los Novacianos, aunque la protesta de estos últimos no tuviera el mismo origen ni fuera tan justificada como la de los Novacianos, a juzgar por la opinión de Cipriano, obispo de Cartago, gran cristiano de su tiempo, pero que carecía de nuestros nuevos conceptos acerca de la libertad cristiana, dando excesiva importancia a la idea de unidad y disciplina.

El emperador Constantino nombró una comisión compuesta de Melquiades, obispo de Roma, que falló en contra de los donatistas imponiéndoles al obispo Cecilio, que ellos rehusaban. Los donatistas se quejaron y pidieron otra investigación por lo cual el emperador convocó el Concilio de Arlés, compuesto de obispos de los dos partidos, proce-

denes de diversas partes del imperio, pero mayormente de las Galias y de Italia, que falló nuevamente en contra de los donatistas. El emperador amenazó con desterrar a los obispos donatistas si no volvían al seno de la iglesia oficial. Les quitaron sus iglesias y les persiguieron.

Es triste tener que reconocer que los donatistas sólo disfrutaron de un tiempo de tolerancia durante el reinado del emperador Juliano, llamado el Apóstata, quien perseguía a los cristianos en el resto del imperio hasta que este rey enemigo de los cristianos, que tenía como divisa el lema de «Divide y vencerás», murió en la guerra que había declarado a Persia.

Las principales acusaciones que se hacían contra los Donatistas eran la de separatistas, que se negaban a unirse a las iglesias oficiales, que insistían en el bautismo de los que pasaban de la Iglesia Oficial a la de ellos, y que eran intolerantes, pero su intolerancia consistía más bien en resistir la intolerancia de la iglesia oficial. El obispo donatista Petiliano, contra quien escribió San Agustín animándole a someterse a Roma, apeló al ejemplo de Cristo y los apóstoles diciendo que ellos nunca persiguieron a nadie. «Os engañáis si vosotros pobres mortales pensáis que de este modo defendéis la causa de Dios. Dios no tiene asesinos como sacerdotes. Cristo nos enseña a soportar la persecución, no a vengarla», y otro obispo donatista llamado Gaudencio escribió: «Dios nombró profetas y pescadores como mensajeros suyos, no príncipes ni soldados para que propagasen su fe».

La última tentativa para reconciliar los dos partidos fue hecha por Teodosio II, en el año 411, en el Concilio de Cartago. El hecho de que comparecieran 286 obispos partidarios de la sede de Roma y 279 donatistas demuestra que los dos partidos de la Iglesia cristiana de aquellos tiempos, estaban más o menos equilibrados, cuando menos en el norte de Africa. Los obispos donatistas estaban recelosos de sus hermanos y los de la iglesia oficial arrogantes y exigentes, y no se llegó a ningún acuerdo. Las iglesias donatistas continuaron en el norte de Africa hasta los últimos años del siglo VI y fueron extinguidas al igual que los otros cristianos, adheridos a Roma, cuando las hordas mahometanas conquistaron el norte de Africa y establecieron el mahometismo.

TERTULIANO Y EL MOVIMIENTO MONTANISTA

Mucho se ha discutido acerca del movimiento Montanista de fines del siglo II. ¿Era este un movimiento evangélico de retorno a los mejores principios de la fe Cristiana o ha de considerarse simplemente como una exaltación de ánimo por parte de algunos fanáticos dentro de la Iglesia, todavía no muy desviada de las doctrinas apostólicas?

Es evidente que no faltaron en el seno del movimiento Montanista exageraciones y exaltamientos lamentables. Lo mismo ha ocurrido en ciertos movimientos similares ocurridos en siglos posteriores dentro de la comunidad evangélica y muchos creen que el Montanismo tiene gran parecido con el Pentecostalismo moderno. Pero no podemos ignorar el hecho de que había en el Montanismo un impulso de retorno al fervor espiritual de los tiempos apostólicos.

El bien conocido escritor evangélico don Juan Varetto dice: «Hay que entender que los Montanistas se habían apartado de los otros cristianos en señal de protesta contra el

formalismo, principios de clericalismo y decadencia espiritual que se empezaba a notar en muchas iglesias Aspiraban a mantener la más completa pureza y fervor. Daban énfasis al sacerdocio universal de los creyentes y eran democráticos en el gobierno de las iglesias, en oposición a las pretensiones del naciente episcopado. Se acusa a los Montanistas de haber llevado a un extremo peligroso lo que ellos creían ser inspiración profética. Hombres y mujeres se levantaban en las asambleas, no sólo para predicar, sino para anunciar profecías. El movimiento revestía todos los caracteres de los avivamientos religiosos; gran exaltación, mucho rigorismo, terribles amenazas, creían en la inminencia de la segunda venida del Señor; gloriosa esperanza que los otros cristianos empezaban a perder.

Ello se demuestra en parte en los abundantes escritos que tenemos de Tertuliano, eminente autor Montanista. El historiador católico Duchesnes dice, refiriéndose a este prolífico escritor: «Desde el año 197 se le encuentra con la pluma en la mano exhortando a los mártires, defendiendo a la religión ante la opinión pagana y ante los rigores del procónsul. Su Apología es un desafío a los paganos. Defiende a sus hermanos perseguidos con todo el ardor que tiene el buen abogado cuando sabe que su causa es justa. «Crucificadnos —escribe a los paganos— torturadnos que cuanto más nos segáis, más crecemos. La sangre de los cristianos es semilla de la Iglesia».

Tertuliano fue siempre Montanista en espíritu, de tal modo que alguien ha dicho: Si el Montanismo no hubiese existido en sus días, Tertuliano lo inventaría. Para adherirse a la secta no tuvo que pasar por ninguna crisis ni efectuar cambio alguno de ideas. Lo que le decidió a pronunciarse franca y abiertamente por esta secta fue el observar que eran calumniados y combatidos injustamente.

Tertuliano murió el año 220, legando al Cristianismo el ejemplo de su incansable actividad, sinceridad y amor a los perseguidos. Sus magnificas obras literarias perdurarán en el mundo como ricos modelos de la primitiva elocuencia cristiana.

8

EXTENSIÓN DEL CRISTIANISMO EN EUROPA

EL CRISTIANISMO EN FRANCIA

No tenemos noticia de ningún esfuerzo misionero especial para llevar el Cristianismo a «Las Galias», ni sabemos que estuviera allí ningún apóstol, como parece ser el caso de España con respecto al apóstol Pablo, pero era tan estrecha la relación entre Italia y los territorios de allende los Alpes que el Cristianismo penetró por sí mismo, llevado por comerciantes y soldados convertidos, como ocurrió también con los primitivos celtas de Inglaterra.

«No había entonces sociedades misioneras, –dice M. Pressense–, ni tenían razón de ser, puesto que, toda la iglesia era una sociedad esencialmente misionera. Acampada, más que establecida en el mundo; atacada por el paganismo que la rodeaba, sólo podía vivir combatiendo. Para encontrar el mundo pagano, al cual quería evangelizar, bastaba con salir a la puerta de la casa o llegarse a la plaza de la propia ciudad.

Para la Iglesia, el hombre instruido, lo mismo en Roma que en Alejandría, no era más que un pagano, cuya conversión era más difícil que la de un bárbaro germánico o scita, porque tenía más medios para combatir y resistir la verdad... No se exigían ningunos estudios preparatorios ni a misioneros, ni a obispos ni a pastores... Las circunstancias eran a menudo motivo suficiente para que surgiera una misión. Donde aparecía un cristiano, aunque fuera en apartadas regiones, proclamaba la doctrina de la cruz y se creaba un núcleo de fieles, que constituían una nueva iglesia».

De este modo, en el siglo II, el Evangelio había traspasado los límites del Imperio. Justino Mártir, dice a Tryfon, en su «Apología»: «Ya no existe raza humana, sea cual fuere su nombre, griego o bárbaro; que viva en poblados o que hagan vida errante, en las cuales no se hagan curaciones y se den acciones de gracias en el nombre de Jesús crucificado». Al leer estas líneas, debemos hacernos cargo de los conocimientos geográficos de aquellos tiempos, pero era cierto lo que dice Justino, dentro de los límites del Imperio Romano y este crecimiento continuó en los siglos II y III, a pesar de todas las persecuciones.

Los mártires de Lyon y Vienne

Las primeras noticias que tenemos de los cristianos en Francia proceden de un precioso documento muy antiguo que se supone escrito por Ireneo, discípulo de Papias, que lo fue a su vez del apóstol Juan. Consiste en una carta que Valerio considera como el mejor y más antiguo monumento eclesiástico en su clase. Eusebio nos ha conservado la mayor parte de la carta en su «Historia Eclesiástica», dice así: «Los siervos de Cristo que habitan como forasteros en Viena y en Lyon a sus hermanos de Asia y de Frigia; Paz, gracia y gloria de parte de Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo».

Después de un breve exordio da comienzo a la narración en los siguientes términos: «Cuanta haya sido la grandeza de la tribulación porque hemos aquí pasado, cuán furiosa la rabia de las gentes contra los santos y qué tormentos hayan tenido que soportar

los bienaventurados mártires, nosotros no nos sentimos capaces de explicarlo en palabras». — Refiere a continuación cómo se les excluía de los baños públicos y de la plaza y da cuenta de un tumulto en el cual fueron apresados un cierto número de creyentes para continuar diciendo: «Con ánimo generoso soportaron todo un cúmulo de atropellos de la plebe desatada en masa. Se les seguía entre gritos, se les arrastraba y se les despojaba entre golpes, llovían piedras sobre ellos. Finalmente conducidos al Foro, o plaza pública, por el tribuno, fueron interrogados en presencia de todo el pueblo y tras la confesión de la fe, fueron introducidos a la cárcel hasta la llegada del gobernador. Llegado éste, fueron llevados ante su tribunal, y tratados por él con la más refinada crueldad. Había entre los hermanos uno llamado Potino, hombre lleno hasta rebosar de la plenitud de la caridad de Dios y del prójimo; de tan ajustada conducta, que no obstante su juventud había merecido el testimonio de alabanza que se tributa al anciano Zacarías (Lucas 1:67). El hecho es que Potino había caminado siempre intachable en todos los mandamientos y justificaciones del Señor. Incansable en todo servicio que hubiere de prestarse al prójimo; poseído como estaba del celo de Dios hirviendo del Espíritu; hombre de este temple, se comprende que no pudiera soportar en silencio la manera sin razón de proceder contra nosotros, sino que irritado sobre toda ponderación reclamó que se le concediera a él también la palabra para defender a sus hermanos y demostrar que no hay entre nosotros sombra de ateísmo ni impiedad alguna, pero la chusma que rodeaba el tribunal rompió a gritos contra él (pues era persona distinguida) y el gobernador no quiso acceder a la demanda, por más que era de toda justicia. Limitóse a preguntarle si él también era cristiano, a lo que el preguntado respondió con la más sonora voz que “sí lo era”. Ello bastó para que también fuera agregado a la suerte de los mártires con el mote de “Paráclito o abogado de los cristianos”. Y en verdad es que él tenía el verdadero Paracleto dentro de sí, aquel mismo espíritu de Zacarías, como lo demostró por la plenitud de su caridad, jugándose la vida en defensa de sus hermanos, y es que fue y ahora lo es para siempre, legítimo discípulo de Cristo que sigue al Cordero doquiera que va (Apoc. 14:3).

Martirio de Sancto, Matuto, Atalo y Blandina

»Mas la rabia toda de la chusma, del gobernador y de los verdugos se desató señaladamente sobre Sancto, un diácono originario de Viena; sobre Maturo, recientemente bautizado pero que era ya un generoso atleta; sobre Atalo, oriundo de Pérgamo que había sido siempre como un sostén en nuestra iglesia; y finalmente, sobre Blandina, una esclava... Y fue así que teniendo nosotros y principalmente su angustiada señora (según la carne) la cual formaba también como una luchadora más en la línea de los mártires; que por la debilidad de su cuerpo no tendría Blandina fuerzas para dar libremente la confesión de su fe, llenóse ella de tal maravillosa fortaleza que sus verdugos, aún relevándose unos a otros y atormentándola con toda suerte de suplicios desde la mañana a la tarde, llegaron a fatigarse y rendirse y ellos mismos se consideraron vencidos, sin tener ya a mano tortura que aplicarle, y se maravillaban de que aun permaneciera con aliento, desgarrado y abierto todo su cuerpo. Uno solo de aquellos tormentos, era bastante para quitarle la vida, no digamos tales y tantos; y más la bienaventu-

rada esclava se rejuvenecía en la confesión de su fe y era para ella un refrigerio y un alivio en el dolor de los tormentos, el solo repetir:

»—Soy cristiana y nada malo se hace entre nosotros».

»También Sancto con valor sobre toda ponderación y sobre las fuerzas humanas, soportó todos los tormentos que los verdugos le inflingieron, con la esperanza por parte de los sin ley, de que por la violencia y duración de los tormentos lograrían arrancarle alguna palabra de las que no debe algún cristiano pronunciar. Pero él salió a la batalla con tal ánimo contra ellos que no declaró ni su propio nombre, ni el de la nación, ni ciudad de origen, ni condición de libre o esclavo. A cuantas preguntas se le hacían, respondía en lengua latina: —«Soy cristiano». Finalmente le aplicaron láminas de bronce enrojecidas al fuego, a las partes más delicadas de su cuerpo. Sus miembros, sí, se abrasaban pero él permanecía inflexible y entero, firme en la confesión de su fe, rociado y fortalecido por la celeste fuente de agua de vida que brota de las entrañas de Cristo. Y fue así cuando días después, los sin ley tuvieron al mártir sobre el potro y pensaban que habrían de vencerle con los mismos tormentos del primer día, con las heridas aún frescas e inflamadas que no soportaban ni el más leve contacto de la mano; no sólo no sucedió nada de lo que ellos pensaron, sino que contra todo lo que humanamente era de esperar, su pobre cuerpo se reanimó y enderezó en la tortura segunda, y Sancto recobró su forma normal y uso de los miembros de modo que el potro esta segunda vez no fue para él, por la gracia de Cristo, tortura, sino curación.

»Anulados por Cristo gracias a la paciencia de los bienaventurados mártires, estos tiránicos tormentos, todavía excogitó el diablo otras trazas de tortura, es decir, las que hubieron de sufrir en la cárcel. Se les encerró juntos en el más oscuro calabozo con los pies en el cepo, distendidos hasta el quinto agujero, y se les hizo pasar por toda la serie de maltratamientos que tienen por costumbre inflingir carceleros irritados, y por añadidura llenos del diablo, a los míseros detenidos. De ahí que la mayor parte murieron asfixiados en aquella mazmorra; aquellos decimos, según quiso el Señor, salieron así de este mundo mostrando en ello su gloria. Porque lo cierto es que los que habían pasado por horribles tormentos, y no parecía pudieran sobrevivir aún prodigándoles todo género de cuidados, resistieron la cárcel destituidos de todo humano auxilio, si bien confortados y fortalecidos en cuerpo y alma por el Señor, hasta el punto que eran ellos que alentaban y consolaban a los demás. En cambio, los recién llegados cuya detención databa de días y cuyos cuerpos no habían anteriormente pasado por la tortura, no pudieron resistir la dureza de aquella mazmorra y murieron dentro.

»El bienaventurado Potino, especialmente, que tenía encomendado el ministerio del episcopado en Lyon, cuando sobrepasaba la edad de sus 90 años, y estaba muy enfermo, respirando apenas, por la enfermedad corporal que le aquejaba; pero fortalecido en la prontitud de su espíritu por el ardiente martirio que le obsesionaba, fue también arrastrado ante el tribunal con su cuerpo desecho por la vejez y la enfermedad, mas llevando dentro un alma que parecía guardada con el solo fin de que Cristo triunfara por ella... Interrogado entre otras cosas por el gobernador acerca de quién era el Dios de los cristianos, respondió Potino: «Podrías conocerle si fueres digno de ello». Al momento le arrastraron desconsideradamente por el suelo, y descargaron sobre él una lluvia

de golpes, bofetadas y puntapiés, sin respeto alguno a su edad. El obispo sin aliento apenas, fue nuevamente arrojado a la cárcel donde a los dos días expiró.

»En esta ocasión, por cierto, se dio una maravillosa dispensación de Dios y se puso de manifiesto la misericordia sin medida de Jesús; hecho rara vez acontecido en nuestra fraterna congregación, pero que no desdice del arte o traza de Cristo. El hecho fue que los que en la primera detención negaron la fe, fueron encarcelados igual que los confesores que no la negaron... A los primeros, en efecto, les aliviaba la alegría de haber dado testimonio de su fe, la esperanza de las divinas promesas, el amor de Cristo y el espíritu del Padre, más a los apóstatas les torturaban terribles remordimientos de conciencia, hasta tal punto que todo el mundo les distinguía siempre que tenían que ir de un lado a otro por la cárcel, tan sólo mirarles las caras. Y era así que los mártires avanzaban con caras bañadas de gloria y gracia...».

Después de intercalar aquí algunas consideraciones, sigue el relato: «Así ,pues, Maturo, Sancto, Blandina y Atalo fueron expuestos a las fieras para público y general espectáculo, celo de la inhumanidad de los gentiles, dándose expresamente un día de juego a costa de los nuestros.

»Maturo y Sancto como si nada hubieran sufrido antes, tuvieron que pasar otra vez a los calabozos del anfiteatro por toda la escala de torturas, o mejor dicho, como habían vencido ya a su adversario en una serie de combates parciales, libraban ahora el último sobre la corona que iban a recibir. Estallaron, pues, otra vez, los látigos sobre sus espaldas, tal como allí se acostumbra, fueron arrastrados por las fieras y sufrieron en fin cuanto una plebe enfurecida ordenaba con su gritería entre unas y otras graderías. El último tormento fue el de la silla de hierro enrojecida, sobre la que dejaban socarrar los cuerpos hasta llegar a los espectadores el olor a la carne quemada; mas ni aún así se calmaba aquella chusma, enfurecidos cada vez más y más, empeñados en vencer a todo trance la paciencia de los mártires. Con toda su rabia y empeño no lograron oír de labios de Sancto otra palabra que la que estuvo repitiendo desde que empezó a confesar su fe. Así, pues, estos dos, como no obstante el largo combate sostenido, aun seguían con vida por mucho rato, fueron degollados.

»En cuanto a Blandina, colgada de un madero estaba expuesta para presa de las fieras soltadas contra ella. El solo verla así colgada en forma de cruz y en fervorosa oración, infundía ánimo a los otros combatientes, pues en medio de su combate contemplaban en su hermana con los ojos de la fe, al que fue crucificado por ellos. Mas como ninguna de las fieras soltadas la tocó por entonces, fue desatada del madero y llevada otra vez a la cárcel, guardada para otro combate.

»También Atalo, reclamado a grandes gritos por la muchedumbre, como persona distinguida que era, entró en el anfiteatro con el paso firme de un atleta adiestrado, apoyado en el testimonio de su conciencia. Empezó por dar la vuelta al anfiteatro con un letrero delante que decía en latín: «Este es el cristiano Atalo». — Cuando el pueblo se lanzó a gritos contra el se enteró el gobernador de que Atalo era ciudadano romano y dio orden de que volvieran a la cárcel con los demás de su condición, sobre cuyo destino había escrito al César y estaba esperando su respuesta.

»Este intervalo no lo pasaron estériles y sin fruto, sino que por medio de su paciencia se puso de manifiesto la misericordia de Cristo. En efecto, por obra de los vivos en la

fe, recobraron la vida de los muertos... La mayor parte de los que habían abandonado la fe volvieron a entrar en el seno de la Iglesia y una vez vueltos a ganar para Cristo, recobraron el valor vital, y llenos de vigor se dirigieron al tribunal para sufrir el último interrogatorio.

»Contestó el emperador que los que siendo ciudadanos romanos persistieran en su condición de cristianos, sufrieran suplicio, y los que lo negaran, caso que hubiera alguno, fueran puestos en libertad cuando empezaran a celebrarse aquí las fiestas generales en las que se congregan muchedumbres venidas de todas las naciones. Entonces brilló de un modo singular la gloria de Cristo sobre los que habían primero negado la fe, quienes esta vez, contra lo que suponían los gentiles se confesaban cristianos. Así fue que a los anteriormente apóstatas se les interrogó aparte con la idea de darles la libertad; mas por su confesión se agregaron a la suerte de los mártires. Sólo quedaron fuera aquellos en quienes jamás había habido rastro de fe ni tuvieron sentido de su vestidura nupcial, ni idea de lo que es el temor de Dios; en fin, los hijos de perdición».

Fin de Atalo y Alejandro

«Durante el interrogatorio, un tal Alejandro, frigio de nación, de profesión médico, establecido desde hace muchos años en las Galias y conocido, como puede decirse por todo el mundo por su amor a Dios y por su franqueza de palabra, pues no era ajeno al carisma apostólico, estando junto al tribunal incitaba por señas a los mártires a confesar su fe y se movía y articulaba con tal interés que daba la impresión a la gente de estar, como si dijéramos, con dolores de parto. La chusma que estaba ya irritada porque los antes renegados habían confesado la fe, rompieron a gritos contra Alejandro, achacándole ser causante de la persistencia de aquellos. Paró en ello mientes el gobernador, preguntóle quién era y contestóle Alejandro: “Soy cristiano”. Y en un puro arrebató de ira le condenó a las fieras.

»Al día siguiente, entraba Alejandro juntamente con Atalo en el anfiteatro, pues también a Atalo, para complacer a la muchedumbre, le entregó el gobernador a las fieras, pero antes tuvieron que pasar los dos mártires por toda la serie de instrumentos de tortura inventados para el anfiteatro, y después de sostener durísimo combate, fueron también ellos finalmente degollados».

Muerte de Blandina y Pontico

«Después de todos estos fue llevada al anfiteatro Blandina, junto con Pontico, muchacho de unos 15 años. Ambos habían sido diariamente llevados allí para que contemplaran los suplicios de los otros mártires y trataban de forzarlos a jurar por sus ídolos. Viéndolos permanecer firmes la turba se enfureció contra ellos, y sin lástima a la tierna edad del muchacho ni miramiento al sexo de la mujer, los sometieron otra vez a pasar por todo el ciclo de torturas, tratando de arrancarles a cada uno el consabido juramento, pero sin lograrlo. Porque Pontico animado por su hermana en la fe —y ello era tan patente que aun los gentiles se dieron cuenta de que era ella la que le incitaba y sostenía— después de sufrir generosamente todas las torturas exhaló su espíritu.

»En cuanto a la bienaventurada Blandina, la última de todos, cual generosa matrona que ha exhortado a sus hijos y los ha enviado delante de sí, vencedores al rey, se

apresuraba a seguir recorriendo ella los mismos combates, jubilosa y exultante ante la muerte, como si estuviera convidada a un banquete de bodas y no condenada a las fieras. Después de los azotes, tras las dentelladas de las fieras, tras la silla de hierro enrojecida, fue finalmente encerrada en una red y soltaron contra ella un toro bravo que la lanzó varias veces a lo alto. Mas ella ya no se daba cuenta de nada de lo que se le hacía, por su esperanza y anticipo de lo que la fe le prometía, absorta en íntima conversación con Cristo. También esta fue finalmente degollada, teniendo que confesar los mismos paganos que jamás había soportado mujer alguna tales y tantos suplicios.

»Así pues, los cuerpos de los mártires sometidos a todo género de ultrajes permanecieron durante seis días a cielo raso y luego quemados y reducidos a cenizas fueron arrojados en un montón al río Ródano que corre allí cerca, con la deliberada intención de que no quedara rastro de ellos sobre la tierra. Así obraban llevados de la aberración de poder vencer a Dios mismo y privar a los mártires de la resurrección, diciéndose: “que no les quede ni esperanza de resucitar, pues fundados en esta esperanza tratan de introducir entre nosotros una religión extranjera y nueva, y desprecian los tormentos y están dispuestos a morir. Vamos a ver ahora si resucitan, y si su Dios puede socorrerlos y sacarlos de nuestras manos”».

De tal manera eran, y de tal modo fueron ayudados por la gracia de Dios los cristianos franceses del siglo II, y con no menos denuedo perecieron siglos después otros cristianos, para ser fieles al Evangelio, de manos de otros cristianos de nombre, pero que no tenían en su corazón la mente Cristo, como lo veremos en el estudio de la historia de la Iglesia Cristiana después de la Reforma. Así Dios ha permitido que su verdadera Iglesia fuera probada, a través de los siglos, y entrara en triunfo a la gloria celestial.

9

LOS LÍDERES Y MÁRTIRES DEL NORTE DE AFRICA

El Evangelio fue llevado, indudablemente, al Norte de Africa por los judíos y prosélitos convertido el día de Pentecostés que fueron esparcidos por la persecución que sobrevino a la iglesia de Jerusalén según Hechos 8:4.

El Cristianismo creció tan aprisa a lo largo de toda la costa sur del Mediterráneo que en el año 200 encontramos centenares de iglesias establecidas en todo este territorio.

Los principales centros cristianos fueron Alejandría y Cartago, y de ellos tenemos más amplias noticias que de cualquier otra de las regiones alcanzadas por el Evangelio, tanto en documentos de carácter doctrinal como en referencias históricas, aunque no del tiempo tan inmediato a los apóstoles como las tenemos de las iglesias del Asia Menor, pero sí de un siglo después.

ORÍGENES

En la ciudad de Alejandría (Egipto) nació un niño en la mitad del siglo II que tenía que ser una gran figura en la cristiandad. Sus padres cristianos le educaron en la fe de Cristo y el niño se hizo tan fervoroso cristiano que cuando se desató la persecución de Séptimo Severo contra la Iglesia, el muchacho decidió ir a delatarse a fin de tener el gozo de morir mártir. Para impedirselo, su madre tuvo que recurrir a esconderle sus vestidos a fin de que no pudiera salir a la calle. Entonces el muchacho escribió una carta a su padre, Leónidas, que se hallaba preso diciéndole: «Guárdate bien de cambiar de parecer por amor a nosotros». Muerto su padre en el martirio quedó solo con su madre y ó hermanos menores cuando todavía no había cumplido 17 años. Como la hacienda del padre había sido confiscada Orígenes quedó «reducido a la miseria junto con toda su familia, sin embargo no le abandonó la providencia de Dios, pues una señora muy rica le proveyó cobijo y sustento. Poco después entró en la Escuela de Filosofía, donde además se daban lecciones de religión. Por tal motivo nadie quería ir a enseñar esta asignatura, la cual fue dada a Orígenes aunque sólo tenía 18 años.

El joven Orígenes tenía una gran admiración por los mártires. Asistía a los que estaban en la cárceles y a los juicios en que le era dable estar presente hasta el momento de la última sentencia. Aun después de pronunciada ésta, sin reparar en el peligro se presentaba muchas veces a dar el ósculo de paz a los que tenían que morir, con lo cual enfurecía a la turba pagana que rodeaba el tribunal. Poco faltó para que muriera apedreado y sólo escapaba porque la providencia divina tenía grandes propósitos para este joven. Llevaba un régimen de vida austero y ascético, hasta el punto de castrarse (por el reino de los cielos) viajó a Roma, Atenas, Arabia y Palestina. En 230 fue ordenado presbítero en Palestina, sin el consentimiento de su obispo, el cual le desterró, lo que demuestra

cómo en poco más de un siglo había crecido la idea clerical en contra de las advertencias de I.a Pedro 5:1-6.

Orígenes fue un prolífico escritor; compuso unos 2.000 libros de los que se conservan en original, parte en dudosas traducciones, unos 30. Escribió comentarios a casi todos los libros de la Escritura, de los que se conservan parcialmente en griego los de Juan y Mateo, y en latín la epístola a los Romanos. Tenemos que advertir que Orígenes sustentaba unas ideas un tanto originales, tanto en doctrina como en lo que se refiere a la interpretación simbólica de las Sagradas Escrituras Murió en la cárcel a causa de los sufrimientos recibidos en la persecución de Decio.

Martirios de Pataniana, Potamiana y Marcela

Orígenes cuenta narraciones espeluznantes de martirios que presencié o de los cuales tuvo conocimiento. Entre estos, merecen nota particular la virgen Pataniana, esclava tan bella de cuerpo como de alma que antes de ceder a la brutal pasión de su amo, muere abrasada en una caldera de pez ardiente, y la no menos célebre Potamiana que murió juntamente con su madre Marcela, abrasada viva. Cuenta el juez, cuyo nombre era Aquila, que después de someterla a grandes torturas en todo su cuerpo, la amenazó de entregarla a los gladiadores para que la deshonrasen.

Conversión de Basilides

Finalmente, ordenó al alguacil Basilides que la condujera al lugar del suplicio. Este se portó noblemente, ahuyentando a la chusma que la insultaba por el camino. Ella agradecida por el interés del alguacil le exhortó a que tuviera buen ánimo, pues le prometía que apenas saldría de este mundo habría de interceder por él al Señor, y no tardaría en pagarle lo que por ella había hecho. Dicho esto sufrió noblemente la muerte que le dieron, que fue vertiendo por las distintas partes de su cuerpo, y lentamente, alquitrán derretido. No mucho tiempo después Basilides, al pedirle sus compañeros de milicia, no sabemos por qué motivo, que jurase por los dioses, afirmó que no le era posible porque era cristiano y públicamente lo confesaba. De pronto sus compañeros creyeron que hablaba en broma, mas como tenazmente insistía afirmándolo, fue conducido ante el juez. Cuando los creyentes de la Iglesia le visitaron y le preguntaron la causa de tan súbita y maravillosa conversión dijo que Potamiana se le había aparecido tres días después de su martirio y le había exhortado a ser cristiano. (Si se trataba de un sueño o de una aparición real es cuestión que puede ser discutida, pero el caso es que Dios se valió de este medio para convertir al alguacil en cristiano y mártir).

Otra figura célebre entre los cristianos del Norte de Africa fue:

CIPRIANO DE CARTAGO

Era hijo de un oficial romano que le dio una esmerada educación. Se hizo un distinguido maestro de retórica antes de su conversión y fue gran admirador de Tertuliano, de quien se consideró discípulo. Nombrado obispo de la iglesia cartaginesa poco después de su conversión, reveló una capacidad especial para dicho cargo, aun cuando su nombramiento causara disgusto entre los demás presbíteros.

Cipriano describe la persecución de Decio con su enérgico lenguaje, diciendo: «El Señor ha querido probar a los suyos: La regla divina de conducta había sido corrompida por tan larga paz y fue preciso un severo juicio de Dios para despertar nuestra fe vacilante».

No obstante, se manifestaron hermosos ejemplos de fe. «Las muchedumbres —dice Cipriano— presenciaron con admiración la batalla en favor de Cristo. Las víctimas demostraron más valor que sus verdugos y los miembros destrozados y rotos, fueron más fuertes que los hierros con que los desgarraron y torcieron. Las varas han podido pegar con furor, pero no pudieron vencer una fe invencible, aun cuando golpeaban sobre miembros rotos y doloridos. ¡Cuán preciosa es a los ojos del eterno la muerte de los que le aman!»

Por fin vino a Cipriano la ocasión de tener la corona del martirio.

«Al principio de la revuelta», escribía en 250, «cuando la furiosa muchedumbre no cesaba de pedir mi vida a grandes voces, me alejé por un tiempo, menos preocupado por mi propia seguridad que de la de mis hermanos. El Señor nos ha ordenado que nos retiremos y que huyamos en época de persecución, regla que no sólo prescribió, sino que el mismo Señor Jesucristo la puso en práctica (Mateo 10:23). La corona del martirio es un don de la gracia de Dios la cual sólo se puede recibir en la hora que Dios tiene señalada».

Esta iba a sonar para Cipriano. El mismo explica que tuvo un sueño que anunciaba su martirio y un año después regresó a su residencia habitual cerca de Cartago, cuando súbitamente se le presentaron dos oficiales de policía. Cipriano adelantóse con serenidad y alegría. Hiciéronle subir en un carruaje y le llevaron a Serpi donde residía el procónsul, y éste le preguntó:

—¿Eres Tacio-Cipriano?

—Sí —respondió Cipriano.

—Los tres augustos emperadores mandan que te conformes con las ceremonias del culto romano.

—Me niego a ello.

—Reflexiona.

—En un asunto tan claro no hay para qué reflexionar —contestó Cipriano—. Puedes ejecutar las órdenes del Emperador.

Cuando le leyó la sentencia de que fuera inmediatamente decapitado, gritó:

—¡Alabado sea Dios!

Muchos de los fieles que presenciaron el juicio gritaban que querían ser decapitados juntamente con él, pero las órdenes de los emperadores, se referían de un modo particular a los pastores de las iglesias.

El lugar destinado para la ejecución era una gran plaza rodeada de árboles, que fueron adornados por los fieles como si se tratara de asistir al triunfo de su querido obispo.

Cipriano empezó por quitarse el manto, lo extendió sobre el suelo y puesto de rodillas hizo una ferviente oración a Dios; tapándose él mismo los ojos esperó el golpe fatal. Cipriano pereció al fin, pero fue necesario animar a su verdugo que se presentó temblando delante de él.

Cipriano le legó 25 piezas en oro como testimonio de que no le tenía rencor, sino que le prestaba un servicio. Finalmente, éste dio el golpe y los fieles extendieron a su alrededor vestidos de tela y otros paños para que fueran rociados con su sangre. Para satisfacer la curiosidad de los paganos, el mártir quedó expuesto al público hasta que por la noche siguiente los hermanos se lo llevaron para enterrarle.

10

LA PERSECUCIÓN DE DIOCLECIANO

Campaña de destrucción de las Sagradas Escrituras

Habían pasado más de 200 años desde los días de los apóstoles y de sus escritos se habían podido hacer ya muchas copias a mano, las cuales eran guardadas en los pocos lugares de culto que habían podido ser edificados en los días de tolerancia, o bien en hogares particulares. Solamente cristianos de alta posición económica podían darse la satisfacción de poseer un ejemplar de los Evangelios o de las cartas apostólicas para su uso particular, y por lo general, los que gozaban de tal privilegio los guardaban con extremado celo.

Cuando Diocleciano desató sus edictos persecutorios, dándose cuenta de la ineficacia de las persecuciones anteriores contra las personas físicas de los cristianos ya que como escribió Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla para las iglesias». Pensó que la destrucción de los escritos sagrados podía ser tanto o más eficaz, y una de las órdenes básicas de sus edictos fue la destrucción de los manuscritos de las Sagradas Escrituras, bajo pena de muerte para quienes sospechosos de poseerlos, no los entregaran para ser destruidos.

Así en el Acta del martirio de Félix, obispo de Tibiuca, leemos que el administrador Magniliano le dijo:

«— ¿Eres tú el obispo Félix?

»— Yo soy —respondió Félix.

»— ¿Tienes ejemplares de los libros cristianos? Entrégalos a fin de que puedan ser echados al fuego.

»Félix respondió:

»— Antes preferiría que me quemaran a mí vivo, que no a las Escrituras Divinas, pues vale más obedecer a Dios que a los hombres.

»El administrador dijo:

»— Te doy tres días para que te lo pienses, pues si te negares a cumplir lo que te he mandado irás al procónsul y ante su tribunal tendrás que responder de lo que aquí hablas.

»Entonces marchó Félix de Tibiuca a Cartago el día 18 de las Calendas de julio. El legado del procónsul le metió en los calabozos más profundos hasta la llegada del procónsul quien le preguntó:

»— ¿Por qué no entregas las Escrituras?

»El obispo Félix respondió:

»— No tengo intención de entregarlas.

»Entonces el procónsul Anulino sentenció que fuera pasado a espada. El obispo Félix levantando los ojos al cielo con clara voz dijo:

»— ¡Dios mío, a Ti sean dadas gracias! 56 años he vivido en este mundo, he observado el Evangelio, he predicado la fe y la verdad, Señor del Cielo y tierra Jesucristo, por tu amor doblo mi cuello al verdugo, Tú que permaneces para siempre.

»Terminada esta oración fue conducido por los soldados al lugar del suplicio, donde fue degollado y se le enterró en el camino llamado de los scilitanos en el cementerio de Fausto».

Necesitaríamos un volumen de muchos centenares de páginas para referir todos los casos de persecución cuyas actas han llegado hasta nosotros, por lo cual nos hemos limitado a referir unos pocos más característicos de la persecución de Diocleciano contra los cristianos, con especial referencia a la destrucción de códices de las Sagradas Escrituras.

Martirio de Irene, sus hermanas y compañeras

Las actas de los mártires nos conservan el relato de las doncellas, Agape, Quionia, Irene y otras compañeras, oriundas de Tesalónica, las cuales escondieron los preciosos manuscritos y temerosas de que fueran prendidas, y por medio de tormentos se les obligase a entregar tales tesoros espirituales, huyeron a los montes, y allí se entregaban a las divinas oraciones. Mas como fueran perseguidas y al fin descubiertas, fueron conducidas al magistrado, quien después de interrogarlas dictó la sentencia siguiente:

«Agape y Quionia, puesto que hinchadas de inicuas ideas han obrado contra el divino edicto de nuestros señores los augustos césares, y hasta el presente practican la temeraria y vana, y para todo hombre piadoso execrable religión de los cristianos, mando que sean quemadas vivas».

Dicho esto añadió: «En cuanto a Agatón, Casia, Felipe e Irene, deben ser guardadas en la cárcel hasta que a mí me parezca».

Una vez que aquellas santas mujeres fueron consumidas por el fuego, mandó el presidente traer ante sí a Irene y le habló de esta manera:

«PRESIDENTE: Tu intento loco manifiestamente se ve por lo que haces, pues has querido conservar hasta hoy tantos pergaminos, libros, tablillas que pertenecieron a estos impíos cristianos, que al ser presentados algunos los reconociste... ¿Quién te mandó que guardaras hasta hoy estos escritos?

»IRENE: Aquel Dios omnipotente que nos mandó amarle hasta la muerte, por lo cual no hemos tenido atrevimiento para traicionarle, sino que hemos preferido morir en una hoguera o sufrir cualquier otra calamidad que pudiera sobrevenirnos antes de entregar tales escritos.

»PRESIDENTE: ¿Quién sabía que se guardaban en la casa que habitábais?

»IRENE: Lo sabía el Dios omnipotente que todo lo hizo. De los hombres no podíamos fiarnos de miedo que nos delataran. Así, pues, a nadie se los mostramos.

PRESIDENTE: ¿Dónde os escondisteis el año pasado cuando se promulgó por vez primera aquel edicto de los señores emperadores.

»IRENE: Donde Dios quiso, en los montes. Vivíamos al cielo raso.

»PRESIDENTE: ¿Quién os suministraba el pan?

»IRENE: Dios que es quien suministra a todos el alimento.

»PRESIDENTE: ¿Era vuestro padre cómplice de todo esto?

»IRENE: En manera alguna podía ser cómplice ya que él ignoraba todo esto en absoluto.

»PRESIDENTE: Tus hermanas han sufrido ya el castigo que yo decreté. Tú por ocultar estos pergaminos y escritos mereciste la pena de muerte, sin embargo, no quiero que salgas de repente de la vida del mismo modo que ellas, sino que mando seas conducida desnuda al prostíbulo por mis soldados y por el verdugo público Sozimo. Cada día se te servirá un pan de palacio sin que mis esbirros te consientan salir de allí.

»Cumplióse la orden del presidente y fue llevada Irene a la pública mancebía; mas la gracia del Espíritu Santo que la protegía, la guardó pura y sin tacha, sin que nadie se atreviera a acercarse a ella o cometer acción torpe contra ella». (Parece que los clientes del prostíbulo sentían lástima de ella, o temor al Dios de los cristianos.)

«Por fin el presidente Dulcecio volvió a llamarla ante su tribunal y le dijo:

»PRESIDENTE: ¿Es que persistes todavía en tu misma temeridad?

»IRENE: En manera alguna es temeridad, sino piedad de Dios, aquello en que yo persisto.

»Dulcecio decretó: “Irene, que se ha negado a obedecer al edicto de los emperadores y sacrificar a los dioses, y aún ahora persevera en la disciplina y devoción de los cristianos, mando que al igual que sus dos hermanas sea también quemada viva”.

»Dada por el presidente esta sentencia, los soldados condujeron a Irene a un lugar elevado donde antes habían sufrido el martirio sus hermanas. Encendida una grande hoguera mandaron a que subiera por sí misma a ella. Así, pues, Irene, entonando himnos y celebrando la gloria de Dios, se arrojó sobre la hoguera en el año nono del consulado de Diocleciano Augusto, y octavo de Maximiliano Augusto; día de las calendas de abril; reinando por los siglos Cristo Jesús, Señor Nuestro, por quien es la gloria del Padre por los siglos de los siglos. Amén».

11

LA CONVERSIÓN DE CONSTANTINO: UN CAMBIO TRASCENDENTAL

Hasta aquí hemos visto a las iglesias cristianas teniendo alternativamente tiempos de fiera persecución y gozando de períodos de relativa tolerancia según los emperadores que gobernaban el imperio; pero al principio del tercer siglo ocurrió un cambio político-religioso radical producido por la conversión del emperador Constantino y la invasión de los godos.

El Imperio Romano, por tantos siglos inmovible por la férrea y perfecta disciplina de sus legiones, empezaba a ser sacudido por los pueblos semi-salvajes del norte de Europa y de Rusia que contaban con territorios y recursos imponderablemente superiores a las naciones que rodean el Mediterráneo, sometidas al dominio de Italia.

Ya no había un solo César Augusto, como en los días de Cristo, sino dos Augustos y dos Césares compartiendo el poder, nombrados por el capricho de los ejércitos sublevados acá y allá en diversos lugares del Imperio en favor de sus generales.

Uno de estos era Constantino, hijo ilegítimo de un general romano llamado Constancio Cloro, cónsul de Hispania y de la Galacia (conocidas hoy como España y Francia). Su madre, Elena, era hija de un hostelero de Nich en Servia. Su educación era muy limitada a causa de su humilde origen, pero su padre le protegió y le nombró general. Al morir éste, las tropas le nombraron Augusto en el año 306. Pero el Augusto de Oriente, Diocleciano, había ideado otra combinación de emperadores en la que Constantino figuraba como César, y no como Augusto. Constantino a instancias de su asociado Licinio acudió con sus tropas en contra de Majencio que dominaba en Italia y logró una victoria decisiva en el puente Milvio en las proximidades de Roma. Esta victoria se dijo haberla conseguido Constantino mediante una visión en la que vio en el firmamento una bandera en forma de cruz en la cual se leía: «In Hoc signo vinces» (Con este signo vencerás).

Esta conversión, que marcó un cambio absoluto en la historia de Europa y del Cristianismo, ha sido juzgada por los historiadores desde diferentes puntos de vista, pues en la vida posterior de Constantino hay muchas contradicciones, por un lado apoyó el Cristianismo. Hizo erigir en una plaza pública su propia estatua empuñando una cruz en cuyo monumento se leía: «En virtud de este santo signo, que es el verdadero símbolo del valor, he preservado vuestra ciudad libre del yugo y de la tiranía». Dio grandes privilegios al clero, eximiendo a los sacerdotes y obispos de prestar servicio militar; hizo construir grandes iglesias cristianas, sobre todo en Constantinopla, la nueva capital del imperio que fundó en el canal del Bósforo, que aún conserva su nombre. También hizo levantar iglesias en Roma y otras capitales de Europa.

Por otra parte, quiso que del mismo modo que el paganismo ensalzaba a los emperadores hasta proclamarles divinos y hacer que sus súbditos les rindieran honores como dioses, él fuera reconocido, no como dios, porque esto era totalmente contrario a la fe

cristiana, pero sí como «Pontifex Maximo» y se inmiscuyó en todos los asuntos administrativos y dogmáticos de la iglesia, tratando de imponer su voluntad, a pesar de que no era bautizado, ni miembro de ella, pues exagerando la eficacia de las ceremonias aplazó su bautismo hasta que vio cerca la hora de su muerte.

Constantino entró en Roma y se hizo proclamar Augusto por el Senado, lo que le daba preeminencia legal sobre todos los otros augustos regionales. En el año 313 reunidos en Milán, Constantino y Licinio reforzaron su colaboración. Licinio casó con Constancia, hermana de Constantino y los dos augustos promulgaron el edicto de Milán, que no solamente daba libertad religiosa al Cristianismo, sino que les otorgaba grandes privilegios; no obstante, las relaciones entre los dos augustos se fueron deteriorando irremediablemente, sobre todo en el terreno religioso. Constantino favorecía a los cristianos y Licinio volvió a ayudar a los paganos. Surgió la guerra y Licinio fue derrotado en las batallas de Andrianópolis y Crisópolis en 324. Con ello Constantino que había luchado con éxito contra los godos (323) logró reunir en sus manos la totalidad del poder. Su madre, Elena, cristiana fervorosa y fanática, que desde al año 306 había ejercido una gran influencia sobre él, recibió el título de augusta.

Punto culminante del reinado de Constantino fue la apertura, revestido de toda su pompa imperial, del Concilio de Nicea, el 20 de mayo de 325. Procurando Constantino aunar el Cristianismo con el paganismo pronunció un discurso en el que afirmó que la venida de Cristo ya estaba anunciada en la cuarta égloga de Virgilio. Este concilio tuvo como motivo principal poner de acuerdo a los cristianos divididos entre los partidarios de Arrio y el resto de los creyentes que diferían de opinión acerca de la divinidad intrínseca de Cristo.

12

LAS HEREJIAS DOCTRINALES

La disidencia a que nos referimos en el capítulo 7.º, fue más de costumbres y de conducta o administración eclesiástica. Pero desde el mismo principio de la fe cristiana, hubo otras diferencias más graves, que se referían a los principios esenciales de la fe. Desde la misma época apostólica, el apóstol Pablo tuvo que luchar con los judaizantes como vemos en la carta a los gálatas; estos sectarios más tarde cristalizaron en la secta de los Ebionitas; y el mismo san Pablo, en su carta a los Colosenses, así como el apóstol Juan en su primera epístola universal, tuvieron que combatir a los gnósticos, que proclamaban un concepto muy equivocado de la persona de Jesucristo y de su obra redentora.

EL GNOSTICISMO Y EL MANIQUEÍSMO

El gnosticismo abarcaba numerosas sectas surgidas en diversos lugares por hombres que querían saber más que el mensaje sencillo de salvación por la obra redentora de Jesucristo Hijo de Dios, según lo entendieron los apóstoles. Ellos querían explicar el misterio de la divinidad de Jesucristo de un modo algo raro. Decían que el Ser Supremo es puramente espiritual y entre este Ser Supremo y el mundo se hallaban escalonados una serie de entidades (eones) entre los que se contaban los arcontes o poderes demoníacos que habitaban los planetas. De este modo, mezclaban el Cristianismo con la astrología persa.

Los seres humanos procedían según ellos de la unión de la naturaleza (fiscis) o cuerpo animal y el hombre espiritual que había descendido del Ser Supremo. De modo, que la humanidad tiene una naturaleza dual. Mientras los hombres permanecen en este mundo se hallan sometidos a los planetas, es decir, a los arcontes o demonios, pero pueden salvarse de su condición miserable mediante la gnosis o conocimiento de su verdadera naturaleza.

Cristo no era para ellos el Unigénito de Dios, el Verbo eterno, sino uno de los últimos (eones) de la divinidad absoluta, es decir del dios de la luz y vino a salvar a los hombres, no con su sacrificio expiatorio, sino con el conocimiento (gnosis) que nos trajo de parte de Dios.

Por esto el apóstol Pablo en la carta a los Colosenses se vio obligado a insistir en la divinidad esencial de Cristo, y Juan hace lo mismo en el primer capítulo de su Evangelio y en su primera epístola 1.ª Juan 4:14 y exhorta a los cristianos a no fiarse de quien diga lo contrario, ni siquiera si oyen decirlo en falsas revelaciones espirituales de los fieles en asambleas en las cuales tenían lugar dones carismáticos. Uno de los dogmas prácticos entre los Gnósticos era la creencia en la metemscosis o reencarnación en cuerpos animales, creencia que habían copiado del paganismo de Egipto.

Hay varios escritores importantes que defendieron la herejía gnóstica en las iglesias primitivas como Basilides, Cerinto, Valentín y Marción; pero se les opusieron decididamente después de los apóstoles, grandes escritores cristianos como Ireneo, Tertuliano, Hipólito y otros.

El Gnosticismo se propagó en el siglo IV bajo el nombre de Maniqueísmo, secta fundada por Mani, un aristócrata de Persia educado en Babilonia, que adoptó una antigua doctrina de Zoroastro, y la de los gnósticos fundiéndolos en una teología dualística que fue combatida particularmente por san Agustín, después de haberla profesado él mismo antes de su genuina conversión, bien conocida, y reapareció a principios de la Edad Media en la herejía de los Albigenses.

EL ARRIANISMO

A mitad del siglo III uno de los presbíteros de la iglesia de Alejandría llamado Arrio comenzó a difundir una doctrina según la cual Jesucristo el Hijo de Dios era una criatura, la más perfecta, pero no Dios eterno que coexistía con el Padre y el Espíritu Santo desde la eternidad, tal como habían enseñado los apóstoles, particularmente san Juan. Desautorizado por el Sínodo de cien obispos convocados por Alejandro de Alejandría, pasó a Palestina y recibió el apoyo de su antiguo compañero de estudios. Eusebio de Nicomedia y del historiador Eusebio de Cesarea. En 325 fue condenado por el Concilio de Nicea y desterrado por el emperador Constantino. Gracias a Eusebio de Nicodemia que intercedió por él, fue perdonado e incorporado a la iglesia.

En Occidente el emperador Constante apoyó el principio apostólico de la divinidad esencial de Jesucristo; pero entre 351 y 355 los arrianos, protegidos por el emperador Constancio, celebraron tres sínodos, en Sirmio, en Arlés y en Milán, en los cuales los cristianos más esclarecidos fueron condenados, y Atanasio, que era el gran defensor de la idea de la divinidad eterna de Jesucristo, fue desterrado. El obispo de Roma Liberio, que resistió al emperador fue también desterrado a Berez (355-358) y allí firmó una fórmula doctrinal Arriana, de la cual más tarde se desdijo.

El obispo Osio de Córdoba, sufrió también vejaciones de parte de las autoridades arrianas, y según Atanasio se dio a los arrianos también por algún tiempo.

El Arrianismo extrema la diferencia entre las personas del Padre y del Hijo hasta el punto de negar a este último el atributo divino, tal como hacen hoy día los Testigos de Jehová o Rusellistas. «El Padre es el único ser realmente eterno —decía Arrio— el hijo es engendrado, es decir, creado por el Padre. Es Dios por denominación y adopción del Padre. Es, solamente, la más perfecta de las criaturas».

Toda la tradición anterior apostólica afirmaba la unicidad de Dios y la divinidad del Verbo. El texto de Filipenses 2:4-11, es bien claro y enfático a tal respecto, pero los doctores de la iglesia que defendieron la divinidad esencial del Verbo encarnado, ampliaron la idea añadiéndole la consustancialidad con el Padre. Lo que dio lugar a una abundante literatura religiosa de la que son exponentes Atanasio y los tres escritores capadocios, Basilio, Gregorio de Nacianzo y Gregorio de Niza. Aquellos primitivos padres de la Iglesia no querían dejar nada al secreto de Dios, tratando de definirlo todo en términos concretos, lo que enardeció más y más a los oponentes, partidarios de Arrio.

El Arrianismo creció en oriente con el apoyo del emperador Constante, y en el occidente por haber aceptado el Cristianismo algunos reyes godos desde el punto de vista arriano. Hasta el siglo VI en que el Emperador Teodosio se pasó al cristianismo católico.

El obispo Capadocio Ulfilas (380) evangelizó a los godos del norte transmitiéndoles un arrianismo moderado. En el siglo V pareció haber ganado el arrianismo la mitad de la cristiandad. Con esta disputa Satanás logró distraer en discusiones a quienes tenían el deber de evangelizar el mundo y aunque se hizo un buen progreso misionero en Europa, la evangelización de los demás continentes quedó detenida. Con todo, Dios no permitió que el concepto primitivo y genuino de la persona de Jesucristo quedara disminuido por una falsa interpretación humana del misterio de la encarnación.

13

EL CRISTIANISMO PRIMITIVO EN ESPAÑA

Una cuestión de gran interés para los cristianos evangélicos de habla hispana, es investigar los orígenes del cristianismo en la península ibérica, el carácter de aquella fe primitiva y hasta qué tiempo se mantuvo más o menos la pureza de la doctrina evangélica entre nuestros antecesores cristianos.

Como declara Clemente Romano, colaborador de san Pablo, según Orígenes y Eusebio (véase Filip. 4; 3), el gran apóstol de los gentiles, visitó España entre su primera y su segunda prisión en Roma. Se asegura que, por ser Tarragona vía importante de comunicación y comercio, fue allí donde el apóstol desembarcó y comenzó su labor. Aún más, se nos dice que fue en Tortosa donde se fundó la primera iglesia cristiana y que Pablo dejó al frente de la misma a Rufo, el que menciona en la carta a los Romanos. Existe alguna probabilidad en favor de estas afirmaciones, aunque no seguridad absoluta, pero lo cierto es que, el Cristianismo se hallaba firmemente establecido en la península ibérica a mediados del siglo II.

Ireneo, obispo de Poitiers, en su obra: «Contra las herejías», escribe en el año 180 acerca de las iglesias de Iberia, y lo mismo hace Tertuliano en su libro: «Contra los judíos».

El historiador Villada nos da una lista de 117 iglesias establecidas en España a mediados del siglo III.

Según dicho historiador, las iglesias españolas no tuvieron por mucho tiempo templos visibles, sino que los fieles se reunían en casas particulares y en otros sitios apartados o subterráneos, pero se mostró la extensión y solidez del Cristianismo en España por el gran número de creyentes que se aprestaron al martirio, dando con ello testimonio del arraigo de su fe y de su seguridad en la doctrina y promesas de Cristo.

PRIMEROS MÁRTIRES DEL EVANGELIO

Astros brillantes de aquella pléyade, cuyos nombres nos honramos en recordar para imitarles, no para adorarles con ningún culto, ni de hiperdulía ni de dulía, fueron:

El anciano y venerable obispo de Tarragona, Fructuoso, con sus diáconos Augurio y Eulogio.

Los soldados Emeterio y Celedonio de Calahorra.

Las hermanas Justa y Rufina de Sevilla.

Los niños Justo y Pastor de Alcalá de Henares.

Los hermanos Vicente, Cristina y Gristeta de Avila.

Las doncellas Centola y Elena de Burgos.

Los esposos Marcelon y Nonia con todos sus hijos, de León.

La doncella Marta, de Astorga.

Marina y Eufemia, de Orense.

Las dos heroínas Eulalia y Julia con crecido número de compañeros, de Mérida.
Coilo, Acisclo, Fausto, Snuario y Marcial, de Córdoba. Servando y Germán, de Cádiz.
Ciriaco y Paula, de Málaga.
El diácono zaragozano, Vicente, que fue mártir en Valencia.
La doncella Eulalia y el obispo Severo, de Barcelona.
El diácono Víctor con sus padres, de Gerona.
El soldado Anastasio, con los compañeros, de Lérida.
El obispo Fermín, de Pamplona.
Y la esforzada doncella Engracia con 18 compañeros, de Zaragoza.

MARTIRIO DE SAN FRUCTUOSO¹²

No nos es posible dar un relato completo del martirio de cada uno de estos heroicos testigos de Cristo en nuestra patria, todavía pagana. Podemos estar seguros de que su fe era genuinamente evangélica por los detalles que tenemos del testimonio que algunos dieron a la verdad, y tenemos un caso ejemplar, detallado en las Actas de martirio de san Fructuoso, pastor de Tarragona.

«Los soldados romanos, vinieron a buscarle en su casa un domingo por la mañana y le ordenaron presentarse ante el prefecto Emiliano acompañado de sus diáconos Eulogio y Augurio.

»El prefecto observó largo rato al pastor y sus acompañantes, y dirigiéndose al primero le preguntó:

»— ¿Oiréis lo que los emperadores mandaren?

»— No sé qué puedan demandar, pues yo soy cristiano —respondió Fructuoso.

»Emiliano dijo:

»— Mandan que los dioses sean venerados.

»El pastor Fructuoso alzó su frente con dignidad y respondió:

»— Yo venero un solo Dios, creador del cielo y de la tierra, la mar y todas las cosas que la misma contiene.

»— ¿No sabes que hay otros dioses? —arguyó el prefecto.

»— No sé —contestó.

»— Lo sabrás después —insinuó Emiliano refiriéndose al martirio.

»Inmediatamente se dirigió al diácono Augurio diciéndole:

»— No quieras escuchar las palabras de Fructuoso.

»Augurio, por toda razón le respondió:

»— Yo adoro a Dios omnipotente.

»Entre tanto el otro diácono, Eulogio, estaba sumido en oración, arrodillado al otro lado de su pastor, por lo que Emiliano le preguntó:

»— ¿Acaso tú también adoras a Fructuoso?

»La actitud del diácono le había parecido un acto de adoración, pues este comprender que el pagano Emiliano no concibiera el culto evangélico que se dirige a un ser invisible. Pero Eulogio respondió sin vacilar:

»— Yo no adoro a Fructuoso; adoro al mismo a quien Fructuoso adora.

¹² Cf. García Villada, «Historia Eclesiástica de España», tomo 1, pág. 211.

»Emiliano se dirigió de nuevo a éste y le preguntó:
»— ¿Eres pastor?
»Fructuoso responde:
»— Lo soy.
»Encolerizado Emiliano replicó:
»— Lo fuiste.
»Con estas palabras dio a comprender que sería condenado a muerte y por lo tanto o podría ejercer ya su ministerio.
»En efecto, un viernes del año 259, en el anfiteatro de Tarragona —del cual aún quedan hoy algunas ruinas— unos soldados romanos agrupaban una monumental cantidad de maderos para formar una pira.
»Antes de las diez de la mañana, una ingente multitud, había llenado las gradas del teatro. Sin embargo, de todo aquel gentío, las crónicas antiguas cuentan que una inmensa mayoría se condolía de la sentencia dada por el prefecto, pues Fructuoso y los diáconos se habían ganado el aprecio aun de los no cristianos.
»Por eso cuando se disponían a aparecer en la arena los tres mártires, apenas se oyeron los alborotados gritos de costumbre. En tanto los cristianos presentes (que no habían vuelto al anfiteatro más que para ver morir a sus hermanos en la fe), oraban en silencio y lloraban.
»Al entrar, varios creyentes les ofrecieron el “Vinum mirrhatu” que era una bebida soporífica semejante a la que se le ofreció a Jesús, con el buen intento de hacer la muerte de los mártires menos dolorosa.
»Pero Fructuoso la rechazó diciendo:
»— No es llegada todavía la hora. Jesucristo, mi Redentor, murió con su ayuno y su sed, yo quiero llevarme la se de obedecerle.
»A los mártires se les hizo dar, como de costumbre, una vuelta alrededor del anfiteatro; circunstancia que aprovecharon para despedirse de los hermanos con sonrisas y palabras de aliento.
»Cuando se disponía a descalzarse para subir a la pira un cristiano llamado Augusto, llorando, se ofreció a descalzarle queriendo así darle una última prueba de su cariño.
»— No te molestes, hijo, que yo me descalzaré, fuerte, gozoso y cierto de la promesa del Señor.
»Luego, dirigiéndose a los creyentes, les dijo:
»— No os faltará pastor, porque no os faltará el amor y las promesas de Dios, tanto ahora como en el porvenir. Esto que veis es una prueba fugitiva, cual la enfermedad de una hora.
»Poco después, con las manos ligadas, se encontraban los tres mártires sobre la pira.
»Pronto quedaron envueltos en llamas. Cuando el fuego quemó las ligaduras que les sujetaban, siguiendo una costumbre cristiana, pusieron sus manos en cruz, a fin de morir como el Redentor, y en esta posición permanecieron hasta que la hoguera insaciable redujo sus cuerpos a ceniza».

MARTIRIO DE SAN VICENTE¹³

La narración más extensa que tenemos de estos mártires se refiere a Vicente, un joven que descendía de familia ilustre, pues su abuelo Agresus llegó a la dignidad de cónsul. Su padre se llamaba Eutinio y su madre era natural de Huesca. Educado desde niño en la piedad, emprendió la carrera eclesiástica en Zaragoza, donde el obispo Valerio le hizo el primero de los siete diáconos que solía haber en las iglesias primitivas. Dióse el caso que Valerio era tartamudo y no pudiendo instruir por sí mismo al pueblo hacía predicar a Vicente en su lugar. Habiendo entrado Daciano en Zaragoza, hizo comparecer a los dos. El prefecto Daciano, que según parece tenía que salir para Valencia ordenó que se les condujera atados a dicha ciudad. Allí comenzó el interrogatorio, y como el obispo se encontrase embarazado para responder a causa de su tartamudez, tomó la palabra Vicente. La consecuencia fue condenar a destierro a Valerio y comenzar los tormentos contra su colega. Vicente fue introducido en unos cepos de madera, de modo que sus piernas estuvieran violentamente separadas una de otra y a fin de que la víctima no pudiera encontrar reposo sembraron el suelo de pedazos de cacharros puntiagudos.

Después extendieron a Vicente en el potro, descoyuntándole sus miembros y desgarrándole con garfios de hierro. Luego se le puso sobre un lecho incandescente, supremo grado de tortura —dice Prudencio—. Vicente salió triunfante de la prueba y fue arrojado en una mazmorra.

El diácono murió en la horrible prisión oscura llamada Tullianú; pero por la providencia de Dios y según cuentan las crónicas, el carcelero, que fue convertido por el testimonio del mártir, preparó un lecho mullido a Vicente, le acostó en él y dejó entrar a los cristianos en el calabozo, quienes se apresuraron a curarle las llagas y se llevaron como reliquia los paños empapados en su sangre. Entre estas demostraciones de cariño exhaló Vicente su último suspiro.

Al enterarse Daciano de la muerte del mártir, mando tirar su cuerpo en el campo para que fuera pasto de fieras y aves de rapiña; pero por singular providencia fue respetado por todas —dicen las crónicas—. En vista de esto se le metió en un saco cosido donde se metió una piedra muy pesada y se le arrojó en alta mar, pero las olas le sacaron a la orilla cubriéndole de arena. Allí quedó, hasta que años más tarde fue trasladado al ara de una suntuosa basílica.

No sabemos qué pensar acerca de la leyenda de su cadáver; pero acerca de su martirio tenemos cuatro sermones predicados por san Agustín con motivo del aniversario de la muerte de dicho mártir español, que confirman su realidad histórica.

EL CONCILIO DE ELVIRA

Pasan algunos años, y, calmada la persecución en España, a principios del siglo IV, el primer cuidado de las iglesias españolas fue reunirse en concilio, el cual se celebró en

¹³ P. L. 58 1253-68. Copiado de «Actas de los Mártires», texto bilingüe, por Daniel Ruiz Bueno. BAC, pág. 999. Discursos de san Agustín a la memoria de este mártir en pág. 1019.

Elíberis (Elvira) el año 305, con asistencia de 19 pastores u obispos, 36 ancianos o presbíteros, y 54 diáconos. Este concilio es de grande importancia, no sólo por ser el primero celebrado en España, sino también por ser el más antiguo de la cristiandad, cuyos cánones hayan llegado hasta nosotros.

Hiciéronse en él, 81 capítulos o cánones que exponen el modo de ser y de sentir de aquellos cristianos primitivos. Veamos algunos de los más interesantes.

Canon 33. «Acordóse prohibir totalmente a los obispos, presbíteros, diáconos y subdiáconos, puestos en el Ministerio, el abstenerse de sus cónyuges y no procrear hijos. El que lo hiciere sea excluido del honor del clericato».

Este canon muestra que los ministros del culto en aquella época eran casados. Exactamente igual que los actuales pastores de las iglesias evangélicas.

Canon 34. «Acordóse que no se encendieran durante el día cirios en los cementerios». Esta era una práctica de los gentiles, y el concilio no quiso que se introdujera en la Iglesia. Detalle muy parecido al sentir actual de las iglesias evangélicas.

Canon 36. «Acordóse que no debía haber pinturas en la iglesia, para que lo que se venera o se adora no se pinte en las paredes».

En esto se muestran perfectamente de acuerdo, los padres del concilio de Elvira, con los más extremados protestantes que repudian las imágenes sagradas, aún como adorno o ilustración.

Canon 48. «Acordóse que debía corregirse la costumbre de meter dinero en la fuente de los que se bautizan para que no parezca que el sacerdote distribuye por precio lo que recibió de balde».

Exactamente igual que piensan hoy las iglesias evangélicas cuyos servicios religiosos son gratuitos, y diametralmente opuestos a las tarifas impuestas por la curia romana.

Canon 60. «Acordóse que si alguno rompiere ídolos y fuere muerto allí mismo, no sea recibido en el número de los mártires pues ni está escrito en el Evangelio ni hallamos que lo hiciesen jamás los apóstoles».

Aquellos prudentes obispos españoles de los primeros siglos comprendieron que lejos de fomentar el fanatismo contra sus opositores debían ponerles freno, cumpliendo los mandatos de Cristo que ordena amar a los enemigos, ejemplo poco imitado por el clero católico-romano de siglos posteriores, como tendremos ocasión de ver.

Otro canon del concilio de Elvira permite «a los eclesiásticos comerciar, pero sin salirse de las ciudades donde se hallan establecidos para que no abandonen o descuiden sus deberes en las iglesias. Solamente los hijos de los obispos podrán negociar fuera del lugar donde sus padres residían».

Este curioso canon muestra el carácter simple y sencillo de ciertos ministros del Evangelio en aquella época los cuales parecen quedar identificados con los «ancianos» y pastores voluntarios de algunas de las actuales iglesias evangélicas. Es decir, no había un orden clerical rigurosamente establecido, controlado por los superiores jerárquicos y

sostenido por el Estado, como hoy día se encuentra en la iglesia católica, sino que muchos ministros del culto eran hombres fervorosos y llenos de fe, dedicados por una parte a administrar la vida de la iglesia, y por otra a procurarse honradamente un pedazo de pan para su hogar.

Por consiguiente, al referirnos a los cristianos primitivos de nuestra Patria y a sus gloriosos mártires, bien podemos mirarles como hermanos nuestros, en todo más afines a las actuales iglesias evangélicas del tipo más sencillo que a las iglesias católicas romanas de siglos posteriores.

PRISCILIANO

Existen serias dudas acerca de si el movimiento priscilianista que conmovió a España y la cristiandad a últimos del siglo IV y durante todo el siglo V, era un movimiento de carácter evangélico o algo muy diferente. A juzgar por lo que escribieron sus opositores y particularmente san Agustín, las doctrinas de Prisciliano parecen más bien una especie de teosofía, pero siempre es difícil juzgar a una persona o una doctrina, escuchando a sus oponentes. Según las obras de Prisciliano que, con el título de «Priscilliani quae supersunt», publicó G. Schepps en Praga y Viena en el año 1889, no se encuentra en tales escritos ninguno de los errores atribuidos a los priscilianistas. ¿Es que tales errores no fueron sostenidos por Prisciliano mismo, sino añadidos algún tiempo después por alguno de sus secuaces? Esto es lo que los historiadores se preguntan.

Villada, en su historia eclesiástica, dice: «Prisciliano es el primer defensor del libre examen de las Escrituras y la primera víctima del brazo eclesiástico y secular por el crimen de herejía».

Menéndez y Pelayo afirma: «De la tradición eclesiástica, Prisciliano prescinde en absoluto y jamás invoca ningún autor anterior a él. Se presenta como un teólogo protestante que no acata más autoridad que la Biblia y se guía, al interpretarla, por los dictámenes de su propia razón».

Acordóse reunir un Concilio en Zaragoza, el cual se celebró el año 380 y lo constituyeron obispos de España y Aquitania. Los obispos priscilianistas fueron citados; pero sabiendo que estaban en muy reducida minoría no quisieron asistir y fueron condenados en ausencia.

Prisciliano fue consagrado por sus colaboradores, obispo de Avila; y sus oponentes Idacio e Itacio, en vista de tal rebeldía recurrieron a la potestad civil. El emperador Graciano, publicó un edicto prohibiendo a los priscilianistas el uso de las iglesias y pronunciando sobre ellos la pena de destierro.

Los priscilianistas determinaron pedir ayuda a las iglesias de fuera de España, y siendo Dámaso de Ronda y Ambrosio de Milán los prelados más prominentes, a ellos acudieron pero sin éxito.

Celebróse otro concilio en Burdeos para resolver el cisma, en el año 385, el cual también fue contrario a Prisciliano; sin embargo, su doctrina se iba extendiendo. Por fin, el usurpador de la potestad imperial, Máximo, queriendo aprovechar la oportunidad de mostrarse campeón de la ortodoxia ante el mundo, condenó e hizo degollar al obispo Prisciliano, a los presbíteros Felicísimo y Armenio, los diáconos Asarino y Aurelio, al

notable poeta Latoniano y a la rica dama Eucrocía, por el crimen de herejía. Acto de intolerancia que perpetrado entonces por vez primera había de repetirse con harta frecuencia en los próximos siglos.

Aun cuando no tenemos suficientes garantías históricas para poder catalogar a Prisciliano como un precursor del Cristianismo evangélico, es muy digno de ser notado que los prohombres del Cristianismo en aquella época, san Ambrosio de Milán, el obispo Teognosto de Tréveris y san Martín de Tours, si bien no quisieron dar oído al cisma de Prisciliano, se opusieron tenazmente a su ejecución, llegando en su protesta a separarse momentáneamente de la comunión de las demás iglesias cristianas; lo cual demuestra que el verdadero espíritu evangélico ha estado siempre opuesto a la intolerancia religiosa. En cambio el principal acusador de Prisciliano y causante de su muerte, Itacio, tuvo que ser depuesto y excomulgado en el año 390.

EL PRESBITERO VIGILANCIO

Otra protesta de carácter evangélico aunque no basada sobre puntos fundamentales de doctrina, pues la Iglesia no se había separado suficientemente de ella para merecerla, fue la del presbítero de Barcelona, Vigilancio. Este emprendió un viaje para entrevistarse con san Jerónimo en Tierra Santa no entendiéndose muy bien, pues Jerónimo, aunque era una lumbrera por su inteligencia, poseía tal carácter, que no podía tolerar oposición.

A su regreso, Vigilancio se estableció en Aquitania, dejando escandalizados a sus colegas eclesiásticos al saber que hablaba contra varias prácticas que iban creciendo en la Iglesia y a las cuales llamaba él, supersticiones. Eran éstas: la adoración de las reliquias, las velas nocturnas, el uso de luces en los lugares sagrados durante el día, los falsos milagros, el monasticismo y el celibato del clero. En todos estos puntos se muestra un perfecto cristiano evangélico.

No nos ha sido legada más que una obra suya, pero es suficiente para darnos una idea del pensamiento del autor; en ella leemos:

«Si en la Palabra de Dios se nos prohíbe la adoración de los mismos ángeles y de los hombres; ¿con qué razón podemos excusarnos de la culpa de idolatría dando culto a las cenizas y huesos de aquellos que murieron por la fe de Cristo? Muy bien podemos hacer nuestras oraciones en compañía de aquellos que habiendo confesado la verdadera fe, van a ser sacrificados por amor a Jesús, y también podemos adornar las tumbas de los mártires, como quieren otros ministros; empero adorar las tumbas, en vez de adornarlas, y también las reliquias de los que murieron por amor de Cristo, son actos totalmente contrarios a la Palabra de Dios, y por consiguiente idólatras».

No sabemos cuál fue el fin de este humilde discípulo de Cristo, pero es interesante a los cristianos evangélicos conocer que desde sus mismos orígenes las prácticas supersticiosas e idólatras que se introdujeron en el Cristianismo fueron repudiadas por hombres esclarecidos y fieles como lo fue sin duda el presbítero Vigilancio, de Barcino, (hoy Barcelona).

COSTUMBRES Y DOCTRINA DE LAS IGLESIAS PRIMITIVAS

Es evidente que, aquella iglesia que se propagó en el Imperio Romano hasta la conversión de Constantino, era una iglesia evangélica, o mejor dicho, un conjunto de tales, y que estas iglesias tenían mucho en común con las iglesias evangélicas de nuestros días, pero se diferenciaban enormemente de la iglesia católica de la Edad Media, en costumbres y organización. No pueden menos que reconocer y confesar este hecho los mejores historiadores católicos, tratando por todos los medios, de disimularlo y justificarlo.

He aquí lo que declara Boulanger, canónigo de Arras en su «Historia de la Iglesia», publicada por la Editorial Litúrgica Española, S. A., en 1942:

«En su principio, los nombres obispo (Episkopos) y presbítero (Presbíteros), eran sinónimos. Las Sagradas Escrituras y los padres los empleaban para designar la misma clase de personas. Pero, aunque el sentido gramatical de estas palabras no se hubiera usado en sus comienzos, y a pesar de aplicarse indistintamente a los obispos y a los sacerdote, no quiere esto decir que no hubiera distinción entre unos y otros (»).), claro es que el episcopado unitario no existió en los principios del cristianismo, pues los apóstoles eran entonces sus solos jefes; pero no se tardó en establecer, según nos lo demuestran las epístolas de san Pablo cuando nos dicen que Tito y Timoteo ocupaban el rango y ejercían las funciones de obispo.

DESARROLLO DE LA JERARQUÍA. —Al propagarse el Cristianismo con más intensidad, tuvo que desarrollarse la jerarquía con su consecuente amplitud.

ELECCIÓN DEL CLERO. MEDIOS DE SUBSISTENCIA. EL CELIBATO. En el transcurso de este primer período, las elecciones episcopales, se efectuaron por diversos sistemas. Los primeros obispos fueron nombrados directamente por los apóstoles. Pasada la época apostólica, la totalidad de la comunidad era quien tomaba parte inmediata en la elección de su pastor. Los sacerdotes de la ciudad proponían su candidato y sometían su elección a los seglares. Muy pronto se sumó un nuevo factor en este nombramiento: el metropolitano, y los obispos de la provincia, los cuales tenían el derecho de confirmar la elección.

b) Referente a los medios de subsistencia del sacerdocio, no había aún ninguna costumbre fija; puede asegurarse, sin embargo, que los sacerdotes vivían ordinariamente, o de su propia fortuna patrimonial, o (a ejemplo de san Pablo), de su trabajo manual, o de la caridad de los fieles, que, siguiendo las palabras de que: «el trabajador merece su alimento» (Mateo 10:10), entregaban los diezmos y primicias de sus bienes a una caja común que administraba el obispo. Sea cual fuere la importancia de estas rentas, no llegaban, en la mayoría de los casos, a cubrir las necesidades del clero y del culto; ve-

mos, en efecto que, los sacerdotes se dedicaban a la agricultura, al comercio, y a la industria, con tal entusiasmo que San Cipriano lo encontraba exagerado en muchos, y que el concilio de Elvira tuvo que reprimir.

c) Durante los tres primeros siglos de la Iglesia, ninguna ley positiva había impuesto el celibato a los sacerdotes; pero la continencia se consideró siempre con grande estimación por la sociedad cristiana.

Los SACRAMENTOS. EL BAUTISMO. —En su origen, era suficiente hacer una profesión de fe en Jesucristo, para recibir el bautismo: La instrucción tenía lugar después. En tiempo de las persecuciones, la Iglesia se mostró más circunspecta en admitir dentro de su seno a los que querían ser cristianos y exigía al efecto, un tiempo de prueba: A este período de preparación se le llamaba: Catecumenado. El bautismo de los niños, a pesar de ser de institución apostólica fue raro hasta el siglo V.

LA EUCARISTÍA. Los ÁGAPES. —Primeramente, la celebración de la Eucaristía se hacía como en la «última cena» por la noche después de una comida en común, llamada ágape.

El obispo, asistido por varios presbíteros u oficiantes era el ministro encargado del sacrificio eucarístico Los fieles acostumbraban a comulgar siempre que asistían a la Misa: Entonces comulgaban bajo las dos especies».

Hasta aquí el texto del ltrmo. Sr. Canónigo de Arrás.

Por extraño que parezca a muchos católicos, éste era el modo de ser de las iglesias primitivas. ¿Puede alguien dudar que se asemejaban mucho más a las más modestas iglesias evangélicas de nuestros días que al complicado sistema eclesiástico que tiene su sede en Roma?

VIDA ESPIRITUAL DE LOS CRISTIANOS PRIMITIVOS

Por otra parte, refiriéndose al modo de ser de los mismos cristianos, en su libro «Costumbres de los Cristianos Primitivos», el abad Claudio Fleury, afirma lo siguiente referente a los paganos convertidos al cristianismo:¹⁴

«Comenzaban, pues, a tener una vida nueva totalmente interior y sobrenatural, encontrando fácil lo que antes les había parecido imposible. La primera y principal de sus ocupaciones era la oración, que también san Pablo encargó en primer lugar; y como exhortaba a «orar sin cesar», según el precepto de Jesucristo, usaban de todos los medios posibles para no interrumpir, cuanto les fuera posible, la unión de su espíritu con Dios y con las cosas celestiales. Oraban en común, según podían, persuadidos de que, cuantas más personas se unen para pedir a Dios unas mismas gracias, tienen

¹⁴ Fleury, «Las costumbres de los Cristianos», Edit. Tomás Piferrer, Barcelona, 1769, págs. 43, 48, 55 y 66.

más eficacia para conseguirlas, según la Palabra del Salvador: «Si dos de vosotros se convinieren entre sí en la tierra, cualquier cosa que pidan, se la concederá mi Padre, que está en los cielos. Porque en donde hay dos o tres personas congregadas en mi nombre, Yo estoy en medio de ellas». Encarga Ignacio a san Policarpo, que las juntas sean frecuentes; y que en ellas se llame por su nombre a cada uno de los fieles. Además de esto, la presencia de los pastores da más eficacia estas oraciones, y se exciten los unos a los otros con los ejemplos recíprocos de fervor y modestia.

»No era pues, la iglesia, solamente casa de oración, sino también, escuela de salvación. El obispo, explicaba el Evangelio, y demás libros, con la puntualidad de un profesor, aunque con más autoridad, y por eso en el estilo de los antiguos, apenas se atribuye el nombre de doctor, sino el de obispos. Instruían públicamente en la congregación de los fieles, y en las casas, como dice san Pablo, dando sus instrucciones a cada género de personas, como se ve en las epístolas a Tito y Timoteo. Hacían profesión de no decir cosas suyas, de no ser curiosos y de no buscar cosa alguna fuera del Evangelio sino referir fielmente lo que habían aprendido de sus padres; eso es, de los presbíteros y obispos más antiguos, por una tradición que llegaba sin interrupción hasta los apóstoles.

»Estudiaban también los fieles, en particular, la ley de Dios, y la meditaban día y noche. Volvían a leer en sus casas lo que habían oído leer en la iglesia, fijando en su memoria las explicaciones del pastor, conversando sobre ellas unos con otros; especialmente los padres cuidaban de repetirlas en sus familias. Porque, cada uno en la suya, era como un pastor particular que presidía en las oraciones y lecciones domésticas, instruía a su mujer e hijos y criados, exhortándolos familiarmente y manteniéndolos en la unión de la iglesia, con la sumisión perfecta que él tenía a su pastor. Y esto que digo de los padres, se ha de entender también de las madres.

»Muchos cristianos, aun los legos, sabían de memoria la Escritura Sagrada; tan continuamente la leían. La traían de ordinario consigo, y se han hallado muchos santos enterrados con el Evangelio sobre el pecho.

»Ayunaban los cristianos con más frecuencia que los judíos; pero el modo de ayunar era casi el mismo, pues incluía también las señales naturales de aflicción. Lo esencial del ayuno consistía en no comer más que una vez al día, a la caída de la tarde: Esto es hacer solamente la cena: Absteniéndose del vino y de los alimentos más delicados y más sustanciosos; y pasar el día en retiro y oración.

»Huían de todos los espectáculos públicos, tanto de teatros y anfiteatros, como del circo. En el teatro se representaban las comedias y tragedias, en el anfiteatro se hacían luchas de los gladiadores o de las fieras; y en el circo se practicaban carreras de carros. Todos estos espectáculos componían parte del culto de los falsos dioses, y de las pompas del demonio; bastante, para que los desterrasen de sí los cristianos; pero aparte de esto, los contemplaban como origen y causa de la corrupción de las costumbres. «No se ha de gustar —dice Tertuliano— ni aún de las imágenes de aquello que no se debe hacer».

»El teatro era una escuela de deshonestidad; y el anfiteatro, de crueldad; y se apartaban tanto los cristianos de estas cosas, que ni aun querían ver las ejecuciones de Justicia».

15

DESARROLLO DEL PODER CLERICAL

Las iglesias cristianas habían sido creadas independientes por los apóstoles, sin otra jerarquía que los ancianos nombrados por los mismos apóstoles. El título de obispo se halla mezclado con el de presbítero o anciano en el Nuevo Testamento, pero poco a poco se estableció una diferencia, llegando a ser el obispo el jefe de cada iglesia local con un poder prácticamente absoluto y debido al fervor espiritual y la robustez de la fe en aquellas iglesias, cuyos miembros despreciaban la muerte, y es natural, que la autoridad de aquel que enseñaba la Palabra de Dios al pueblo, fuese absoluta, y la disciplina eclesiástica muy rígida.

Disciplina

Cuando alguno de los fieles caía en pecado o era culpado de frialdad en las prácticas religiosas, los obispos imponían penitencias privadas o públicas. Los cánones penitenciales más antiguos son por lo regular los más severos. Señala San Basilio, dos años por hurto, siete por fornicación, once por perjurio, quince por adulterio, veinte por homicidio, y toda la vida por apostasía; aunque hubo después diversos criterios para los «lapsi» que habían sido forzados a apostatar por motivos de persecución. He aquí cómo lo cuenta el historiador Fleury:

«Aquellos que tenían que recibir la imposición de penitencia pública, iban el primer día de cuaresma a presentarse a la puerta de la iglesia con vestidos pobres, sucios y rotos, como señal de luto. El obispo les ponía ceniza sobre la cabeza, y les entregaba vestidos de tela de saco para que se los vistieran, después se echaban en el suelo mientras el obispo, los demás oficiales de la iglesia y todo el pueblo, hacían oración por ellos de rodillas. Después, el obispo pronunciaba una exhortación advirtiéndoles que iba a echarles de la iglesia por algún tiempo, como echó Dios a Adán del paraíso, exhortándoles a esforzarse para obtener la misericordia de Dios. Después los sacaba de la iglesia y cerraban las puertas ante ellos.

»Durante el tiempo de la penitencia podían ir a la iglesia a escuchar los sermones, pero con la obligación de salir antes que empezase la comunión o las oraciones.

»Pasado el tiempo correspondiente les admitían a orar en pie como los demás.

»Por ejemplo: Si alguien tenía quince años de penitencia por adulterio, pasaba cuatro años como llorador, o sea, pudiendo asistir solamente a las predicaciones, pero no a la oración pública; cuatro como orante postrado, dos en pie y el resto, teniendo que abstenerse de la comunión.

»El obispo visitaba con frecuencia a los penitentes o enviaba a algún subalterno para animarles o atemorizarles según su estado espiritual. Porque miraban los obispos a la penitencia como una medicina, procuraban no desesperar a los pecadores por excesiva severidad, no fuera que les ocasionase volver a la vida pagana; pero reprimían por otra parte su impaciencia sabiendo cuán dañosa es una absolución prematura, y así no concedían la reconciliación, completa sino a fuerza de lágrimas y un cambio efectivo de

costumbres; nunca por importunidad y mucho menos por amenazas. No era fácil acobardar a los obispos acostumbrados a resistir la persecución de los paganos. El penitente, pues, no ascendía de un grado a otro fácilmente. El obispo solía conceder indulgencia, o sea, acortamiento de la penitencia, solamente en casos extremos de arrepentimiento, enfermedad o persecución.

Cuando juzgaba el obispo conveniente que acabase la penitencia lo hacía de ordinario al fin de la cuaresma, a fin de que empezase el penitente a participar de los «santos misterios» (la comunión) en la Pascua. Hacía a los penitentes una exhortación acerca de la misericordia de Dios y del cambio que tenían que hacer, y se lavaban las manos en señal de aquella promesa. Entonces les daba la absolución solemne. A continuación ellos se hacían cortar la barba, dejaban sus vestidos de penitencia, y empezaban de nuevo a vivir como los demás fieles».

Autonomía de las iglesias

Al principio los obispos eran independientes: Esto explica el gran número de obispos que asistían a los concilios locales, como por ejemplo los del norte de África convocados por Cipriano, a los que asistían centenares de obispos, pues cada obispo representaba una sola iglesia, o a lo más una y unos pocos grupos filiales, tal como ocurre hoy día entre las iglesias evangélicas en campos de misión.

Poco a poco la personalidad de los obispos de las grandes iglesias impuso su autoridad sobre los demás. Desde el siglo IV los obispos fueron considerados superiores a los presbíteros viniendo a ser presidentes del cuerpo de presbíteros, así como del de diáconos. A fines del siglo III, los tres cargos apostólicos de obispo, presbítero y diácono, habían sido ampliados con obispos auxiliares o subalternos, subdiáconos, lectores, acólitos y exorcistas.

Durante estos primeros siglos, se convocaron concilios locales para cambiar impresiones los obispos entre sí y tomar acuerdos que eran obligatorios para los participantes. Así puede observarse en cuanto al concilio de Elvira en España.

Hubo también concilios generales a los que eran invitados todos los obispos de la cristiandad, como por ejemplo el de Nicea, convocado por Osio, obispo de Córdoba, con el respaldo del emperador Constantino.

Origen y crecimiento del papado

Los obispos de Roma, Constantinopla y Cartago eran considerados como jefes locales entre las iglesias de oriente y occidente, pero por varios años no hubo la idea de un obispo universal, a tal punto que Gregorio, obispo de Roma, escribió a Eulogio, patriarca de Alejandría, que cualquiera que se arrogase el título de obispo universal era precursor del Anticristo. Sin embargo, hubo desde muy antiguo un respeto muy especial por el obispo de Roma, como obispo de la capital del Imperio y sucesor —según se decía— de los apóstoles Pedro y Pablo, pero todavía no era considerado como jefe indiscutible, y mucho menos infalible.

Tenemos como prueba de ello la carta de Clemente, obispo de Roma a fines del siglo I, a la turbulenta iglesia de Corinto, que ya hemos citado, recomendando a aquellos fieles

tener en consideración a los obispos y presbíteros, pero no es en tono de mando, sino de consejo y recomendación.

Una confirmación indiscutible de lo que venimos diciendo nos la ofrece la Historia en el caso de Basilides y Marcial, obispos, o mejor diríamos hoy «pastores» de León y Astorga. Dichos obispos habían claudicado por temor a los tormentos y la muerte durante la persecución de Galo, por lo cual fueron depuestos de sus cargos pastorales, no por ningún superior, sino por las propias iglesias.

No estuvieron conformes los citados pastores con el veredicto de sus iglesias, sabiendo que su renuncia del Cristianismo había sido por razón de fuerza mayor, por la que se consideraron excusados, pero la mayoría de sus fieles no pensaba así, ya que en aquellos tiempos se juzgaba como el mayor honor y privilegio el morir mártir por la fe y muchos lo estaban realizado por todo el imperio. Por tanto consideraban que era un deber ineludible para los pastores el dar testimonio de su fe muriendo mártires, y al no haberlo hecho así les juzgaban indignos para el pastorado. Los pastores depuestos acudieron al obispo de la capital del imperio, o sea, el obispo de Roma, para que recomendara a sus iglesias su readmisión al pastorado; a lo cual el obispo de aquella iglesia hermana accedió, mandando una extensa pastoral a los miembros de ambas iglesias. Pero estos acudieron en consulta a otra opinión, que les pareció más autorizada que la del obispo de Roma, a la del célebre Cipriano obispo de Cartago, quien reunió un Concilio de 36 obispos o pastores de iglesias, quienes después de examinado el asunto dieron la razón a la mayoría de las iglesias cristianas de León y Astorga, declarando que debían desatender el dictamen de Esteban, obispo de Roma y que debían continuar considerando a sus nuevos pastores Sabino y Félix, que ellos habían elegido en lugar de Basilides y Marcial, como sus legítimos conductores espirituales.

La decisión de Cipriano y el Concilio de Cartago fue puesta en práctica y la paz volvió a las perturbadas iglesias.

Dejando aparte si la decisión fue justa y acertada o excesiva, pues desconocemos las circunstancias íntimas del caso y los caracteres de aquellos ministros rechazados por sus iglesias, vemos de un modo clarísimo que este suceso choca con el espíritu autoritario de jerarquía clerical que se impuso más tarde en las iglesias cristianas. Como alguien ha dicho: las iglesias españolas del siglo III obraban exactamente como iglesias bautistas del siglo XX.

Así continuaron las iglesias de Africa testificando y sirviendo a Cristo en su generación, aunque divididas en dos grupos, el de Donato y el de Cipriano. Poco después apareció:

Agustín de Hipona¹⁵

Nació en Tagaste, pequeña ciudad de lo que hoy es Argelia, fue educado por su madre, santa Mónica, en la religión cristiana que posteriormente abandonó, cayendo en los errores de los maniqueos. Se fue a Roma, y de allí a Milán, donde escuchó al gran predicador Ambrosio. Empezó a buscar una base firme para su fe, ya que el maniqueísmo no le había satisfecho. Determinó estudiar las Sagradas Escrituras y fue convertido por la lectura de Romanos 13:13 y 14 rechazando desde entonces la vida inmoral. Fue

¹⁵ Los datos completos de su vida pueden encontrarse en su libro «Confesiones» editado por CLIE en la colección “Grandes Autores de la Fe”

bautizado por Ambrosio juntamente con su hijo, fruto de amores ilícitos. Desde entonces principió una intensa actividad literaria. Nombrado obispo de Bona (conocida en su tiempo como Hipona en el norte de Africa). Escribió *Contra Manichaeos*; y en favor de la predestinación *«De Libero Arbitrio»*. También combatió a los Donatistas, no teniendo, empero, contra ellos sino que rehusaban someterse al obispo de Roma cuya autoridad estaba extendiéndose sobre todas las iglesias. Agustín, enamorado de la unidad de la Iglesia empezó a escribir en el año 412 la colección de libros titulado *«De Civitas Dei»*, que presenta la Iglesia como la ciudad de Dios bajo el gobierno del obispo romano.

Sus escritos fueron citados abundantemente por los reformadores para defender la Doctrina de la Gracia y la seguridad de la Salvación. Pero después de la experiencia de los papas corruptos de la Edad Media ya no había lugar para la ilusión que se había hecho San Agustín acerca de la felicidad del mundo bajo el régimen de una Europa genuinamente cristiana, dominada espiritual y temporalmente por el obispo de Roma. La Reforma tuvo que combatir este erróneo concepto de Agustín, a pesar del gran aprecio que tuvo Lutero por sus escritos de carácter doctrinal y espiritual.

Agustín murió cuando el África Romana sucumbió a la invasión de los Vándalos que sitiaron la ciudad de Hipona. Más tarde, el Cristianismo del norte de Africa desapareció completamente arrollado por los ejércitos de Mahoma.

EL CRISTIANISMO EN LAS ISLAS BRITÁNICAS

Ya hemos visto cómo comenzó el Cristianismo en España y también tenemos amplias noticias del Cristianismo en las Galias (Francia) y de las persecuciones que tuvieron lugar en este país, pero es más incierta la forma y penetración del Cristianismo en Inglaterra. Tertuliano afirma que en el año 200 había cristianos en las islas británicas. También Sozomeno, escritor griego de por el año 300, habla de iglesias cristianas en Inglaterra. Se cree, pues, que el Evangelio entró allí por medio de comerciantes o de soldados romanos de fe cristiana reclutados en el sur de Europa, donde como sabemos había muchos cristianos desde los días de los apóstoles y que según la costumbre romana eran destacados permanentemente en los países invadidos. Lo cierto es que los primitivos bretones o celtas recibieron tan magníficamente el Evangelio, que la inmensa mayoría de la población fue convertida al Cristianismo.

Cuando a principios del siglo V el Imperio Romano cayó y las legiones romanas abandonaron las islas de Gran Bretaña e Irlanda, los bretones, primitivos, habitantes de Gran Bretaña, quedaron expuestos a ser invadidos por las tribus de sajones, anglos y vikingos de Suecia y Noruega y del norte de Alemania.

Mientras los godos y vándalos se mezclaron con los romanos y los naturales del país, en España y en Francia, los bretones se refugiaron en el país de Gales y en Escocia, donde preservaron sus costumbres, su lengua y su religión cristiana, dejando lo que hoy es Inglaterra a los invasores anglos, y esto dio lugar a que se organizaran en los valles del país de Gales colectividades de creyentes, o sea, colonias dirigidas por abades, aunque no todos eran monjes, sino que la mayoría vivían como familias cristianas en una vida comunal voluntaria, semejante a los actuales kibutzs judíos.

Así quedaron hasta que con motivo de la conversión al Cristianismo romano del rey Ethelberto que gobernaba a los anglos. En el siglo V, este monarca se ofreció al papa para invadir los territorios ocupados por estos antiguos cristianos celtas que habían recibido el Cristianismo de los tiempos apostólicos y obligarles a someterse a la autoridad del obispo de Roma, que estaba tratando de imponerla a las naciones cristianas de los alrededores del Mediterráneo.

Desgraciadamente el Cristianismo nominal de aquella época no había aprendido todavía la lección de tolerancia que Jesús enseñó a sus discípulos en Lucas 9:55-56, y en vez de dedicar sus esfuerzos a convertir a Dios a los paganos confundían el evangelizar con someter a todos los que invocaban a Cristo a la disciplina de Roma, tanto en doctrina dogmática como en reconocimiento de autoridad clerical. Fatal error que frenó gradualmente la difusión del Evangelio y costó ríos de sangre, con gran regocijo del astuto enemigo de las almas.

La introducción del Evangelio católico en Inglaterra tuvo un buen principio. Cuando los anglos eran todavía paganos la idea partió de un fraile del monasterio de San Andrés de Roma, que más tarde fue elevado a la posición de obispo y es ampliamente conocido en la historia con el nombre de Gregorio Magno.

En el año 596 el ya obispo de Roma, Gregorio, mandó a su discípulo Agustín, acompañado de 30 monjes, a evangelizar a los anglos, lo que lograron con relativa facilidad, ya

que Berta, la esposa del rey Ethelberto era ya cristiana francesa y persuadió a su esposo a bautizarse juntamente con diez mil de sus súbditos.

Lo lamentable es que los misioneros de Roma además de traer las Buenas Nuevas del Evangelio a los anglos, tuvieron el mayor empeño en someter a los nuevos cristianos a la obediencia del obispo romano. Habiendo, pues, oído de comunidades de cristianos primitivos refugiados en el interior del país, en vez de darles la diestra de compañerismo, pasando por encima de las pequeñas diferencias que les separaban con motivo de su origen, insistieron en que aceptaran la autoridad papal. Fracasados en sus esfuerzos no impidieron, antes más bien alentaron, una guerra de conquista y sometimiento al Cristianismo romano por parte de los nuevos convertidos anglos. El rey no se hizo rogar, poniendo en acción las medidas más violentas. En una sola campaña murieron más de 3.000 de estos cristianos independientes de Roma. Por algunos siglos, cristianos de la misma naturaleza intransigente de los bretones de Gales, establecidos en Escocia e Irlanda, así como en diversas partes de Alemania, se negaron valerosamente a someterse a la invasión de los anglos sometidos al papa. Este cristianismo rebelde a Roma nunca fue exterminado del todo, hasta el apareamiento de la Reforma.

De los relatos que han sido conservados acerca de las discusiones habidas entre los misioneros de Roma y los dirigentes de los cristianos británicos se desprende que no existía en estos cristianos primitivos el episcopado diocesano; daban la más rigurosa atención al estudio de las Sagradas Escrituras, estaban llenos de celo misionero y se esforzaban en extender la labor evangelística en aquellos lugares de Gran Bretaña, Francia y Alemania donde tenía éxito su obra misionera. Llevaban una vida mucho más sencilla y menos ostentosa que los misioneros enviados por el Papa de Roma y diferían de los católicos romanos en varios puntos secundarios, como por ejemplo en la fecha de celebrar la Pascua y la forma del bautismo, que practicaban por inmersión.

El Cristianismo en Irlanda

La entrada del Cristianismo en Irlanda, llamada por los romanos Hibernie, fue más costosa y más lenta que en Inglaterra. Aunque ya había algún cristiano en Irlanda (y según Jerónimo, Pelagio mismo había venido de allí), el Cristianismo no había echado profundas raíces en la isla, hasta que Dios llamó a evangelizarla a un joven de buena familia nacido en Inglaterra cuando todavía era bretona entre los años 336 y 396, llamado Patricio. Su abuelo había sido presbítero, y diácono su padre, lo cual prueba que el clero céltico de aquella época no practicaba el celibato.

A los 16 años Patricio fue llevado preso a Irlanda por los piratas que asaltaron la hacienda de Calpurnio su padre, y vendido a un tal Milchu, tuvo que ir al campo como el hijo pródigo a cuidar cerdos. Hasta entonces Patricio, aunque hijo de padres creyentes, no tenía la experiencia de la conversión, pero en las horas solitarias pasadas en el campo tuvo ocasión de meditar y orar. He aquí lo que explica en su «confesión».

«Tenía 16 años de edad y no conocía al Dios verdadero, pero en una tierra extraña, el Señor me llevó a reconocer mi debilidad, en forma tal que aunque tarde, me arrepentí de mis pecados y volví con todo mi corazón al Señor mi Dios, el cual compadeciéndose de mi bajeza tuvo compasión de mi juventud e ignorancia, pues me preservaba antes

de que yo te conociese y me protegía y fortalecía como una madre a su hijo, antes que yo supiese distinguir entre el bien y el mal».

«Después de 6 años de esclavitud, Patricio logró huir y llegar hasta la costa de donde pudo regresar a su casa, siendo recibido como a un muerto que hubiese resucitado».

Diez años más tarde fue nuevamente preso por otros piratas y llevado a Francia donde dos meses después, por intermedio de unos comerciantes cristianos consiguió la libertad y volvió nuevamente a la finca de su padre en Gran Bretaña. Podía haber pasado el resto de su vida con los suyos pero Dios puso en su corazón el impulso de que debía volver a la tierra de su esclavitud, para anunciar el Evangelio.

Poco dicen los documentos de la época acerca de cómo Patricio consiguió la conversión de los irlandeses a la fe cristiana. En uno de sus escritos Patricio habla de una venerable señora irlandesa de la clase noble que él bautizó y pocos días después fue a visitarle para decirle que había sentido un llamamiento divino para ser una virgen de Cristo y dedicarse enteramente a comunicar el Evangelio a otros. La tradición la llama Santa Brígida, aun cuando su nombre no es mencionado por Patricio.

Colomba y Colombano

La Irlanda evangelizada se tornó a su vez evangelizadora. Los conventos que se fundaban en aquella época en todas partes del mundo eran, como hemos dicho en otro lugar, escuelas misioneras. Colomba nació en el año 521, unos 50 años después de la muerte de Patricio, en el seno de la familia real de Irlanda y fue llevado desde niño a la escuela monástica de Clonard, pero la enseñanza intelectual del Evangelio no cambió su vida, pues en los primeros años vivió perdidamente, en escapatorias, pero después que se convirtió comenzó a dedicarse de veras a la religión, ingresando en un monasterio. Como por el año 563 se embarcó con algunos compañeros para la isla de Iona cercana a Escocia y desde allí entró en la dura tarea de convertir a los Pictos, pueblo pagano que habitaba en el norte de Escocia. Los compañeros de Colomba, cerca de 200, se entregaron con entusiasmo al trabajo evangelístico. El rey Bruce se convirtió al Cristianismo en el año 565 y la mayoría de su tribu siguió su ejemplo.

Colombano era también irlandés, nacido en el año 543, educado en Bangor, en uno de los mejores colegios monásticos de su tiempo, sintió el mismo deseo de evangelizar en Europa, fundando iglesias en Borgoña, Suiza y norte de Italia, y las regiones del Rin, Alemania y Holanda, donde tuvo lugar un despertamiento general independiente de Roma.

Los gobernantes Carlovingios, sucesores de Carlomagno, asociados a Roma, deseando inclinar a estos pueblos a pensar como el obispo de Roma, trataron de hacer callar a estos frailes venidos del norte. Las doctrinas y métodos de estos misioneros de Irlanda y Escocia del V, VI, y VII Siglos representaban el tipo de vida de los cristianos primitivos mucho mejor que el de la Iglesia Romana de aquella época al principio de la Edad Media. Parece que no tenían ninguna idea de la adoración de los santos ni de los dogmas añadidos a la fe cristiana, como la confesión, el purgatorio, etc. Tenían, empero, ideas respecto a las ordenanzas cristianas parecidas a las de los cristianos del III y IV siglo.

Ulfilas y la evangelización procedente del Sur

Ulfilas nació cerca del año 311, en el seno de una distinguida familia de Capadocia y en la infancia fue secuestrado por los godos, de quienes recibió el nombre de «Wulfila» que significa (Zorrito). Hacia el año 332 fue enviado a Constantinopla donde se educó y convirtió al Cristianismo de tipo arriano.

En el año 341 y a la edad de 30 años Ulfilas fue consagrado obispo misionero por un grupo de obispos arrianos en Antioquía, y fue a llevar el Cristianismo a los visigodos más allá del Danubio, antes de que estos invadieran el imperio Romano. Ulfilas tuvo el gozo de asistir a la conversión del rey Atanasio, su antiguo perseguidor, y fue el primero que tradujo las Sagradas Escrituras al idioma de los godos, el cual, igual que los misioneros modernos tuvo que reducir a un lenguaje escrito, pues estos no poseían literatura.

Sin duda, Ulfilas fue auxiliado por otros cristianos misioneros cuyos nombres no han quedado en la historia, pues nadie puede convertir por sí solo a una nación o una raza como sucedió con los pueblos del Norte, y tras él fueron Ansgar y Bonifacio de quienes hablaremos en un próximo capítulo.

17

LOS PAULICIANOS

En el año 660, vivía cerca de la ciudad de Samosata un cristiano llamado Constantino, el cual, habiendo hospedado a un diácono que volvía de su cautividad en Siria, recibió un regalo de gran valor, sobre todo en aquellos tiempos por la escasez que de él había. Era un Nuevo Testamento. Este libro vino a ser su maestro y su regla de conducta cristiana. Constantino se enamoró especialmente de los escritos y carácter de Pablo. Por tal motivo cambió su propio nombre en el de Pablo,¹⁶ y dio el de Tito, Timoteo, Epafrodito, Silvano, Lucas, etc., a sus colaboradores, con los cuales formó una activa sociedad misionera evangélica. Gibbon, historiador católico romano dice: «En el Evangelio y las epístolas del apóstol Pablo investigaron estos herejes las doctrinas del cristianismo primitivo».

Algunos historiadores han dicho que los Paulicianos rechazaban el Antiguo Testamento; pero no es cierto. No lo aceptaban como regla de fe y práctica a causa del abuso que sus enemigos habían hecho de esta parte de las Sagradas Escrituras para justificar la unión de la Iglesia con el Estado, a imitación de la teocracia israelita. Ellos afirmaban, como los evangélicos de tiempos posteriores, que, Cristo nos trajo una revelación superior, a la cual debemos atenernos, y que no existe vestigio alguno en el Nuevo Testamento de religión sacerdotal, ni de Iglesia del Estado.

Los Paulicianos, dice Gibbon, eran tan opuestos a las costumbres de los católicos como adheridos al Nuevo Testamento.

Las imágenes eran para ellos: «una manufactura común de un artesano mortal, sin ningún otro valor que el artístico».

Las reliquias milagrosas: «un montón de huesos y cenizas destituidos de vida y de virtud, o de alguna relación con las personas a las cuales eran atribuidas».

«La cruz verdadera y vivificadora» —según el historiador católico— «un pedazo de madera sólida o podrida».

«La santa Eucaristía, un pedazo de pan y su sangre un vaso de vino; solamente un símbolo de la gracia».

«La madre de Jesucristo, era despojada por los Paulicianos de sus honores divinos y de su perpetua virginidad. Los santos y los ángeles no eran solicitados por ellos para ejercer su oficio de mediadores».¹⁷

Esto dice un historiador católico-romano acerca de estos cristianos del siglo VII, y con ello ¿no los identifica con los cristianos evangélicos de todos los tiempos?

Los Paulicianos condenaron los escritos y las opiniones de la secta de los Maniqueos y se quejaron de la injusticia de que se les aplicara ese nombre tan odioso a ellos, humildes seguidores de Cristo y de san Pablo.

¹⁶ Conviene no confundir a este Pablo, fundador del movimiento Paulinista cuyo nombre original era Constantino, con otro Pablo de Samosata, unitario que fue nombrado obispo de Antioquía en el año 260 del cual nos habla Eusebio en su «Historia Eclesiástica», Libro VII, cap 27.

¹⁷ Gibbon, «Historia de Roma», vol 4, págs. 595-596

Estos cristianos evangélicos ejercieron una poderosa influencia sobre la Iglesia corrompida de su época. La tremenda lucha por si debiera o no haber imágenes en las iglesias, que duró más de dos siglos, y dio lugar a las guerras civiles de Oriente llamadas de los Iconoclastas, tuvo su base en las predicaciones de estos cristianos. No todos los Iconoclastas eran Paulicianos, ni mucho menos, pues muchos hicieron del asunto de las imágenes una bandera política, sin atender a los demás puntos de doctrina y práctica cristiana que proclamaban los Paulicianos. Pero los argumentos que éstos usaban para condenar la adoración de las imágenes eran adoptadas por los católicos Iconoclastas aunque no aceptaran el resto de la doctrina evangélica.

Después de 27 años de tolerancia y constante desarrollo de su labor evangélica, Constantino cayó víctima de la persecución. Un sacerdote griego llamado Simeón, apareció investido de poder legal para matar al gran reformador evangélico del siglo VII y restaurar al redil católico las ovejas «extraviadas». Para colmo de crueldad quiso que el pastor fuese ejecutado por sus propios fieles, pero estos le devolvieron la espada con dignidad prefiriendo sufrir cualquier castigo antes que cometer tan abominable crimen. Sólo un traidor pudo ser hallado, el cual llevaba por irónica paradoja el nombre de Justo. Este, temeroso por las amenazas de los enviados reales, asesinó a su pastor y denunció a otros Paulicianos no conocidos por los perseguidores.

Pero el ejemplo de los que fueron fieles y sobre todo del piadoso mártir Constantino, conmovió de tal manera al perseguidor Simeón que abrazó las doctrinas que había sido mandado perseguir, y cual nuevo Saulo de Tarso renunció a todos los honores y privilegios para trabajar como celoso misionero de la fe evangélica durante algunos años, después de los cuales murió mártir, al igual que aquél a quien en su ceguera había hecho quitar la vida.

Los católicos romanos argumentan en contra del Cristianismo Evangélico posterior a la Reforma por la diversidad de sectas evangélicas que existen en el mundo, pero ésta es una característica del verdadero cristianismo. Ello es debido a que, la corrupción de la verdad cristiana, obligó a ciertos hombres fieles a protestar y adherirse a la verdad a través de los tiempos. No es lo ideal, pero es lógico y humano que los que recibieron un concepto más claro del Evangelio, por medio de tales servidores de Dios, tuvieran en estima a sus ministros, y que sus enemigos les designaran con el nombre de aquellos, cuando no lo hacían ellos mismos. Esto ocurría ya en los días de san Pablo cuando en una misma iglesia, la de Corinto, cada fiel se sentía adherido a la persona por la cual había recibido el conocimiento de la verdad.

Sin embargo, como existía gran parecido entre las diversas sectas evangélicas primitivas, una daba fácilmente lugar a otra en su desarrollo a través de los siglos, constituyendo en el fondo una sola iglesia, aunque no orgánica, sí esencial en espíritu y doctrina; tal como ocurre hoy día con las diversas sectas evangélicas, que somos varias en organización, pero una en el espíritu y en la proclamación de la doctrina, salvadora de Cristo.

Montanistas, Novacianos y Donatistas, se funden con los Paulicianos.

Las iglesias llamadas montanistas, novacianas y donatistas, existieron desde el siglo III hasta el siglo VII. Cuando estos tres nombres desaparecen de la vista de los historiado-

res, surgen por todas partes del mundo iglesias paulicianas. Es decir: el nombre de pauliciano fue sobrepuesto a los disidentes del Catolicismo Romano, cuando los Montanistas, Novacianos y Donatistas en lugar de estar extinguidos contaban todavía con centenares de miles de miembros. Esto constituye una prueba poderosa de que los Paulicianos no eran todos descendientes espirituales de Constantino de Samosata, sino que fueron Montanistas, Novacianos y Donatistas bajo otro nombre. El historiador Guericke declara: «Esta secta notable y numerosa se levantó formada por elementos de los tiempos pasados». Otro historiador, Robinson, dice: «Cuando estos sectarios fueron obligados por la persecución de los católicos a buscar refugio en diversas partes del mundo, continuaron la propagación de sus doctrinas y fueron distinguidos por diversos nombres. Una sucesión de ellos continuó hasta la Reforma».¹⁸

Los iconoclastas.

El punto culminante de las persecuciones sufridas por los Paulicianos tuvo lugar durante el reinado de la Emperatriz Teodora, fanática partidaria del culto de las imágenes. Se dice que durante su corto reinado, no menos de cien mil evangélicos Paulicianos fueron exterminados por la espada y la hoguera. Sus perseguidores se jactaban de decir que habían matado este número en nueve años, y que además de los que murieron, muchos fueron dispersados a otros países a donde llevaron sus doctrinas. Esta dispersión de cristianos evangélicos procedentes del Oriente extendió la semilla del puro Evangelio de Cristo por Bulgaria, Rumania, Italia, Suiza, Alemania, sur de Francia y norte de España, como tendremos ocasión de ver.

¹⁸ Robinson, «Ecc, Resgm», págs 126-127

EL CRISTIANISMO EN RUSIA Y ORIENTE

Los godos, que invadieron el sur de Europa, fueron pronto ganados por la fe cristiana pero quedaban en el norte de Alemania y Escandinavia las tribus germanas en la oscuridad del paganismo.

Irlanda, que había sido evangelizada, como hemos explicado, independientemente de Roma, contaba con un gran número de conventos que eran en realidad escuelas misioneras. Aun sus conquistadores ingleses una vez evangelizados, cuando deseaban una buena preparación bíblica sobre el Cristianismo, se trasladaban a estos conventos o escuelas, donde se empaparon del espíritu misionero.

En 716 vino, mandado por el obispo de Roma el célebre Bonifacio, apóstol de Alemania como ha sido llamado. Este misionero firmó una declaración de lealtad al obispo de Roma y efectivamente fue su mayor paladín no sólo para evangelizar a los paganos, sino también para someter a Roma a los ya cristianos que habían recibido el conocimiento del Evangelio de los misioneros irlandeses, independientes de la Sede Romana. Dinamarca y Suecia también aceptaron el Cristianismo debido a que de allí salieron Colomba que fue a evangelizar a los pictos, Colombano a los borgoñeses, y Willibrord hizo una buena obra de evangelización entre los bretones que acababan de ser conquistados por Carlos Martel; pero a su fallecimiento, hubo una desbandada de regreso al paganismo de los que habían sido convertido por seguir la política de sus conquistadores francos.

Ansgar en Escandinavia

Arnoldo, rey de los dinamarqueses, en una visita que hizo a Luis el Pío, rey de Francia, en 826, fue ganado a la fe y bautizado juntamente con su esposa. De regreso a su país llevó consigo a dos monjes que se llamaban Ansgar y Anthbert. Este último enfermó y tuvo que volver a Francia pero Ansgar hizo una grande obra. Dos años después el rey de los dinamarqueses perdió el apoyo del pueblo, fue depuesto y tuvo que huir a Francia. El misionero, comprendiendo que su vida corría peligro tras el destronamiento de su protector, se trasladó a Suecia donde bautizó a algunas personas. Volvió a Dinamarca y después de un año y medio de estar allí pasó a Francia y consiguió que el emperador, que había conquistado aquellos territorios del norte, fundase un centro misionero en Hamburgo. Cerca del año 829 visitó Roma y fue consagrado por el Papa como arzobispo de las naciones del Norte. En el año 853 volvió a Suecia donde logró el apoyo del rey y de su corte. Consagróse a la obra misionera durante 34 años y falleció en febrero de 866.

Era, aunque católico, un asiduo estudiante de las Sagradas Escrituras y hombre de conducta ejemplar. El doctor Muirhead dice: «Si todos los monjes de la Edad Media hubiesen tenido el carácter de Ansgar, la historia del monasticismo sería muy distinta de lo que es. Su conexión con Roma, era, a su entender, una necesidad y conservóse limpio de sus errores más repulsivos. La misma iglesia de Roma de entonces no era tan corrompida como lo fue un siglo después».

En cuanto a Rusia debemos decir que la raza eslava se dividió muy pronto en distintas naciones, Bulgaria, Moravia, Bohemia, Polonia, Rusia, las cuales recibieron el cristianismo de la iglesia griega, llamada desde su división con la sede romana, iglesia ortodoxa.

La Iglesia Ortodoxa Rusa

A fines del siglo IX, Vladimiro rey de los rusos, abrazó el Cristianismo y en los dos próximos siglos el grande territorio de Rusia fue evangelizado hasta las tierras frías de Laponia y Finlandia, estableciéndose un patriarcado en Kiev, que en el año 1305 fue trasladado a Moscú. Después de la caída de Constantinopla en manos de los turcos, se declaró independiente del patriarcado de aquella ciudad.

Los monasterios, cuyos edificios figuran aún entre los más sólidos de aquel gran país, se convirtieron en puestos avanzados de la civilización y de la cultura, sirviendo tanto para la defensa en casos de guerra, como para la enseñanza y la religión.

El monasticismo ruso no tiene la gran variedad de órdenes religiosas como existen bajo el catolicismo romano. Todos los monasterios están bajo un mismo régimen, cuyo modelo es el de San Basilio. Los obispos proceden de los monasterios y son célibes, mientras que los sacerdotes, educados en los seminarios, se casan.

El Cristianismo en China

Hay muchos indicios de que durante este corto período había un buen número de cristianos en el sur de Siberia y de China. El rumor difundido por todas partes de que había un reino cristiano en el norte de China gobernado por Preste Juan, carece de confirmación histórica; pero se dio tanto crédito a tal rumor que el Papa mandó una embajada al interior de Asia en busca de tal príncipe cristiano.

Un siglo más tarde, cuando los mongoles extendieron sus conquistas hacia occidente fueron enviados algunos misioneros y exploradores al Asia. Estos exploradores, como Marco Polo, hallaron que los mongoles eran tolerantes con todas las religiones, pero el budismo y el mahometismo estaban ya mucho más extendidos que la fe cristiana. Los misioneros católicos llegaron a la corte del gran

Kan en Pekín, en 1303, donde recibieron permiso para edificar dos iglesias cerca del palacio real. Tradujeron los Salmos y el Nuevo Testamento a la lengua Tártara y lograron bautizar a ó.000 personas. Pero en la dinastía de Ming, en 1368, fue suprimido el Cristianismo, hasta el siglo XVIII en que pudo ser reemprendida la obra misionera por protestantes y católicos.

19

DIVISIÓN ENTRE LA IGLESIA ROMANA Y LA ORTODOXA

El Imperio Romano en sus últimos años estuvo políticamente dividido entre diversos emperadores que alternaban el dominio de Oriente y Occidente. La conversión de Constantino y sus victorias sobre los demás generales elevados al gobierno del Imperio, dieron a éste una unidad transitoria.

Pero había grandes diferencias de raza y de lengua entre las regiones del este y el oeste. Estas diferencias se hicieron patentes en el campo religioso. Hasta entonces, aunque había un respeto especial por el obispo de Roma, por ser el obispo de la capital del Imperio, y no haber ningún otro que asumiese el obispado de una capital tan importante, pero al trasladar Constantino la capital del imperio desde Roma a Bizancio, que desde entonces hizo llamar Constantinopla, creó este obispado, suscitándose una fuerte rivalidad, desde el año 887 hasta el 1054, cuando el obispo de Roma y el patriarca de Constantinopla se excomulgaron mutuamente. Esto fue realizado por Miguel Cerulario, obispo de Constantinopla y León IX, obispo de Roma.

Sin embargo, las diferencias entre las dos iglesias eran más de carácter práctico que doctrinal. En el fondo ambas creen básicamente lo mismo, pero la Iglesia oriental permite el matrimonio del clero inferior, o sea, sacerdotes, no a obispos; la iglesia romana no. En el Occidente, los sacerdotes se afeitan, mientras que en Oriente es obligatorio para los miembros del clero dejarse crecer la barba. Los de Occidente usan pan ázimo en la comunión, en forma de obleas; los de Oriente usan pan fermentado. Los templos de la comunión católica se llenaron de imágenes, las de Oriente usan nada más que cuadros planos con imágenes a los que llaman iconos. En Oriente se practica el bautismo de los niños por triple inmersión. En Occidente se bautiza derramando agua sobre la cabeza...

Después del rompimiento, se hicieron tentativas infructuosas para unir de nuevo a las dos grandes iglesias oficiales de la cristiandad en los concilios de Lyon (1274) y de Florencia (1439).

El patriarca de Constantinopla ejerció al principio jurisdicción religiosa sobre todos los obispos de Oriente, cuyas iglesias empezaron a llamarse ortodoxas.

La iglesia católica romana no puede ufanarse de ser la única iglesia apostólica, descendiente por tradición del movimiento cristiano que levantaron los apóstoles en el mundo romano, ya que todas las iglesias fundadas por san Pablo en el Asia Menor y Grecia se adhirieron a la iglesia ortodoxa griega. Así que la Iglesia Cristiana es un conjunto de iglesias adheridas a las dos grandes organizaciones históricas, o bien grupos independientes, y generalmente, en estos últimos ha existido siempre la mayor proporción de verdaderos cristianos que han entendido mejor los principios básicos del Evangelio, Aunque figurando en la historia bajo diversos nombres puede decirse que ha sido la Iglesia auténtica de Cristo en su mayor proporción.

Los iconoclastas

Ya hemos observado los movimientos espirituales que tuvieron lugar en los primeros siglos con iglesias llamadas Montanistas, Novacianos, Donatistas y Paulicianos, en los cuales, por los documentos que han llegado hasta nosotros, podemos constatar su profunda arraigambre evangélica. Del movimiento a que vamos a ocuparnos ahora, no tenemos documentos que nos permitan juzgar a fondo las creencias de quienes lo promovieron, pues no fue un movimiento organizado como secta especial, sino una tendencia de una buena parte de la cristiandad a oponerse a la veneración y adoración de imágenes.

Iconoclastas fueron nuestros antepasados españoles cristianos de los primeros siglos, como se deduce del Canon 36 del Concilio de Elvira por lo menos lo tenían que ser, evidentemente la mayoría de pastores u obispos que acudieron a dicho Concilio. Sin embargo, la tendencia a la adoración de imágenes fue aumentando de tal modo después de la conversión de Constantino y la entrada de las iglesias de multitudes de paganos, que finalmente, una buena parte de la cristiandad atenta al segundo mandamiento de la Ley de Dios, particularmente en la parte bizantina del Imperio, donde había muchos judíos y mahometanos que echaban en cara a los cristianos nominales semejante costumbre anti-bíblica, se levantó una protesta general en contra de tal costumbre pagana, por más que se le había dado una aplicación cristiana, sustituyendo los ídolos por imágenes de Cristo, de la bendita virgen y de los apóstoles. La oposición se hizo tan fuerte que llegó a ganar a temporadas a los mismos gobernantes.

El emperador León, el italiano, llegó a prohibir en el año 526 la adoración de las imágenes, ordenando que fuesen retiradas de todos los templos grandes y pequeños y destruidas. Este decreto fue ejecutado violentamente con el auxilio del ejército, pero Germanio, patriarca de Constantinopla, no se sometió a la orden imperial, razón por la cual fue detenido y desterrado. Igual suerte tuvieron los monjes que persistían adorando imágenes, cuando en el año 780 Irene se hizo virtualmente emperatriz por la menor edad de su hijo, que contaba 7 años. En 787 convocó el Sínodo de Nicea que se declaró en favor de las imágenes, haciendo una sutil distinción entre el culto a las imágenes que fue llamado culto de «dulia» y el ofrecido a Dios, al que se llamó culto de «latria».

Esta distinción excusatoria adoptó la iglesia occidental católica romana y los cánones del Concilio de Elvira quedaron sin efecto por orden del pontífice romano.

Oponentes a las imágenes fueron también Clemente Alejandrino, Epifanio, Orígenes, san Cipriano, san Anastasio, san Agustín y Eusebio de Cesarea, y aun el Concilio de Frankfurt, celebrado el año 794, al que concurrieron 300 obispos, mayormente españoles y franceses, derogó solemnemente las decisiones del II Concilio de Nicea que se había pronunciado en favor de la veneración de imágenes. Y aún el Concilio de París, celebrado en fecha tan avanzada como en el año 824, se declaró del mismo modo contra la adoración e invocación de imágenes.

En el imperio bizantino tras los concilios que se pronunciaron en uno u otro sentido se desató la más fiera persecución en contra de los que no se sujetaban al acuerdo oficial, unas veces de venerar las imágenes y otras veces de destruirlas. Entre los oponentes a la veneración de imágenes se contaban los Paulicianos, quienes, como hemos visto se

distinguían también de los Ortodoxos y de los Católicos en otros detalles de la fe cristiana. Por esto no podemos saber cuántos de los millares de mártires iconoclastas que perecieron en aquellas persecuciones eran cristianos evangélicos y cuántos eran simples iconoclastas, cuya protesta no iba más allá que el asunto de la veneración de imágenes.

20

PODERÍO MUNDANO Y DECADENCIA ESPIRITUAL DE LA IGLESIA CATÓLICA

Como hemos visto anteriormente, al principio del Cristianismo, eran los grupos de creyentes que se formaban en cada ciudad quienes elegían sus propios obispos, pero después que Constantino se hizo protector oficial de los cristianos, los reyes tenían que aprobar, y más tarde, asumieron la prerrogativa de nombrar a los dirigentes de las iglesias por decreto imperial. El obispo de Roma pretendía, por su parte, lo mismo y los metropolitanos, o sea, obispos de las grandes capitales, no se conformaban con ser suplantados totalmente por un obispo lejano, como el de Roma, en esta prerrogativa que se había hecho tradicional. Más tarde los metropolitanos fueron descartados por el crecimiento de autoridad y poder que fue obteniendo el obispo de Roma y entonces la pugna se agudizó entre el Papa y los emperadores, degenerando en lo que se llamó «la lucha por las investiduras», a tal propósito dice el historiador católico Boulanger:

«Al considerarse los reyes y señores feudales como propietarios de los obispados y abadías, encontraron muy natural explotarlos en provecho propio. Así, pues, los beneficios eclesiásticos —obispados, abadías; iglesias— como acontecía con todos los feudos, eran vendidos en subasta y entregados al mejor postor».¹⁹

Carlos Martel, dio de premio a varios oficiales del ejército las mejores sedes que había en el imperio. El ensueño de muchos de aquellos audaces guerreros, era pasar los últimos años de su vida tranquilamente en alguna basílica, como obispos, y llevar la cruz alta en la diestra llena de cicatrices de los campos de batalla. Debido al prestigio de Carlo Magno y los servicios que había prestado a la Iglesia, no se opuso el papa a los nombramientos que aquel monarca hizo de obispos. Empero, sus descendientes fueron gobernantes débiles que no podían alegar servicios semejantes y aquel privilegio de los reyes degeneró en la más terrible corrupción de la Iglesia.

Por otra parte, el reinado de los papas no ha sido nunca uniforme, puesto que unos han sido varones sabios que supieron apreciar las necesidades de su época, y lucharon en contra de los abusos, al paso que otros se ocuparon exclusivamente de fortalecer su autoridad. Lo mismo puede decirse respecto de su carácter: Algunos merecieron por sus virtudes el respeto de toda la Iglesia; mientras que otros fueron totalmente lo contrario y recurrieron a medios indignos, no sólo para asegurar su elección, sino también durante su pontificado.

LAMENTABLE CORRUPCIÓN EN ROMA

En ningún período de la historia llegó empero la corrupción a tal extremo como durante la época en que dominaron el papado ciertas mujeres degradadas, es decir, del año 904 al 962 de nuestra era. El reino de Italia estaba dividido en dos partidos hostiles. El papa reinante era fuerte o débil según el éxito de los nobles a quienes patrocinaba.

¹⁹ Boulanger, obra citada, pág. 276.

Una mujer vil, de familia noble, llamada Marozzia, manejó el papado durante 50 años. Rivalizaba con ella en genio y crímenes, su hija María. Esta última hizo sofocar en el castillo de San Angelo en el año 928 al propio pontífice, antiguo amante suyo. Inmediatamente después, colocó a su hijo Juan XI en la silla papal.

Fue también en este período que se dio Roma el escándalo de tres Papas diferentes que se disputaron el dominio de la iglesia católica ostentando, los tres a un tiempo, las insignias del pontificado en otras tantas iglesias de la llamada ciudad santa. Benedicto IX en la de S. Juan, Silvestre III en la de San Pedro y Juan XX en Santa María la Mayor. Apareció entonces un fraile astuto quien bajo pretexto de evitar el escándalo propuso a los tres que lo eligieran a él, La propuesta fue aceptada y lo eligieron de acuerdo, tomando el nombre de Gregorio VI.

Esta breve división del pontificado no fue sino un preludio de la división más larga y notoria que tuvo lugar tres siglos después cuando Urbano VI fue Papa en Roma, Clemente VII en Avignon (Francia) y Benito XVII en Peñíscola (España), excomulgándose el uno al otro.

Podríamos llenar página tras página, narrando, de fuentes católicas, una historia espantosa de escándalos, crímenes y lascivias de todas clases que ensombrecieron el papado durante este período de la Edad Media; pero preferimos no hacerlo, por razones que son fáciles de comprender ya que el objeto de este libro no es ensañarnos con ninguna de las ramas del Cristianismo, sino destacar la fe y el heroísmo de aquellas personas u organizaciones, a través de los siglos, a quienes podemos considerar por sus tendencias o conducta, como cristianos evangélicos, o inclinados a la fe evangélica, aun en medio de los inevitables errores y oscuridad de que se hallaban rodeados. Pero aconsejamos al lector que desee conocer la historia del papado en este período, leer otras obras históricas, protestantes o católicas, ya que, ni aun estos últimos pueden disimular la terrible corrupción que se había apoderado de la Iglesia Católica por todas partes en ese período, si bien en ningún otro sitio asumió una forma tan escandalosa como en la misma Roma.

UN PAPA ORGULLOSO Y REFORMADOR

El Papa más grande de este período y que más luchó para subsanar el corrupción en que había caído el papado y la Iglesia fue el monje Hildebrando, quien tomó al ascender al papado el nombre de Gregorio VII.

Creemos necesario detenernos un poco en este Papa, ya que aparte de sus defectos tiene algunas cosas buenas, las cuales los cristianos evangélicos, al juzgar imparcialmente la Historia, no podemos dejar de apreciar.

Hildebrando, era de origen humilde, hijo de un carpintero, el cual le mandó a estudiar en el Monasterio de la Colonia Albertina en Roma, pasando más tarde al más notable monasterio de Cluny en Francia, donde practicaba un ascetismo riguroso.

El monasterio le mandó a Roma para arreglar algunos asuntos con el peor de los papas, el infame Benedicto IX. Lo que le dio ocasión de conocer la necesidad de reforma de la Iglesia. Cuando León IX tomó el gobierno papal llamó a Hildebrando a su lado para que le sirviera de consejero haciéndole superior del monasterio de San Pablo. De

este modo ejerció un influencia favorable para la Iglesia Católica además de reformar el mismo Monasterio, restaurando la regla-antigua y una disciplina severa.

Cuando en 1073 Alejandro II murió, Hildebrando fue elegido Papa.

Sus dos grandes ideales fueron, hacer la Iglesia suprema sobre todos los poderes seculares y- reformar la vida moral del clero. Se oponía a que los obispos fueran nombrados por el poder civil. Asimismo, resistió los vicios que se practicaban en los conventos y monasterios, y el concubinato del clero célibe. Desgraciadamente se oponía con igual fuerza a que los sacerdotes se casaran legítimamente, uso que persistía aún en esta época a pesar de los decretos de varios papas de siglos pasados en favor del celibato. Por supuesto, Hildebrando, tenía que encontrar opositores muy fuertes a sus planes. Cada obispo que había comprado su título, mientras temblaba ante Hildebrando, secretamente buscaba cómo arruinarlo, asimismo cada monje o sacerdote libertino.

Por otra parte le ayudaba la mentalidad supersticiosa de su tiempo. La creencia en el «Poder de las llaves» era muy viva. Todos pensaban que el Papa podía mandar sus almas al infierno. Este hecho, unido a la energía y visión de Hildebrando explica cómo él sólo, pudo establecer su poder sobre todo Europa.

Entre las luchas que este Papa tuvo que sostener, la más novelesca fue la que tuvo lugar con Enrique IV emperador de Alemania. Este reunió un Concilio en Worms en 1075 el cual declaró que Hildebrando era un monje apóstata que se había apoderado del papado contra la ley.

La respuesta de Hildebrando fue un decreto destronando a Enrique, librando su pueblo del voto de obediencia a él y llamando a los príncipes cristianos a unirse contra el emperador. Enrique se halló de repente ante una rebelión poderosa de sus mismos súbditos y no halló otro recurso que pedir perdón al Papa, a quien fue a encontrar ante el castillo de Canosa. El papa le obligó a pasar tres días en el patio del castillo de la gran condesa Matilde de Toscana, descalzo, en la nieve, y sin comer nada hasta anochecer; al cuarto día fue admitido en la presencia del pontífice vestido de penitente. Echándose en tierra le pidió perdón.

Entre las ceremonias de la reconciliación fue el canto del salmo 51. Se dice que al terminar cada estrofa el Papa daba un azote al Emperador con una vara que tenía en la mano. Después de la absolución hizo preparativos para celebrar la eucaristía y propuso a Enrique que la tomaran juntos, bajo la condición de que, el inocente en la pasada contienda sería limpiado de los crímenes falsamente imputados contra él, mientras el culpable moriría en el acto. Enrique lleno de temor supersticioso rehusó tomar la eucaristía con el Papa en estas condiciones.

Sin embargo no tuvo temor para vengar su humillación 4 años después juntando otro Concilio que depuso a Hildebrando y al frente de un ejército entró en Roma poniendo en el trono pontifical a un individuo que se conoce en la historia con el nombre de Clemente III. Hildebrando logró reunir otro ejército con el cual entró de nuevo triunfante en Roma, pero como sus soldados se excedieran en saquear y quemar la ciudad, el pueblo encendido de ira se insurreccionó e Hildebrando tuvo que huir a Salerno donde murió en 1085. Sus últimas palabras fueron estas: «He amado la justicia y he odiado la iniquidad, por esto muero desterrado».

Como hemos indicado antes, el papado tiene estos contrastes. A un Papa extraordinariamente perverso, puede suceder un Papa enérgico y virtuoso; sin embargo, la bondad de la cabeza nunca ha bastado para producir la verdadera Reforma espiritual que la Iglesia necesitaba, y por tanto, buenos deseos, no significan infalibilidad o acierto en todas las cosas. Los mejores hombres están expuestos a equivocarse y así ha ocurrido en los papas. Lo que más les ha faltado, cuando se juzga su actuación a través de la historia, es que, el don de la infalibilidad dogmática que se les atribuye, fuera real en sus hechos.

21

LOS ALBIGENSES

En estas circunstancias aparece en la historia de Francia la poderosa secta de los Albigenses o Cátaros (o sea, puros) como se denominaban, los cuales al lado de las ideas cristianas sostenían conceptos dualistas propios de las religiones orientales que habían florecido siglos atrás bajo el nombre de maniqueísmo.

El «Diccionario Enciclopédico Universal SALVAT», juzga del siguiente modo el fenómeno religioso de los albigenses:

«El sur de Francia conoció en el siglo V influencias maniqueas procedentes del norte de Africa, pero la concepción dualista no cristalizó en la Galia hasta siglos más tarde. En el siglo XI predicadores bogomilitas expulsados de Bulgaria por el emperador, extendieron por Europa sus ideas, mezcla de maniqueísmo, gnosticismo y cristianismo. En Occidente la confluencia de espiritualidad bogomilita y cristiana dio lugar al katarismo, que arraigó predominantemente en Provenza y Languedoc. El hecho de que el katarismo se asentara con sorprendente rapidez en esta área tradicionalmente católica, fue debido, entre otras causas, a una cierta predisposición espiritual de los pobladores del sur de Francia a toda innovación, mentalidad abierta, originada por el extraordinario desarrollo del país. Los más cultos, comerciantes, médicos, clérigos instruidos, artistas, se sintieron atraídos hacia el katarismo por el anhelo de perfección, recogido en la evidencia “katara” fundamental de la oposición irreconciliable entre el alma del hombre y el mundo material... pero el clero inferior y el pueblo no se sentían unidos la jerarquía de ricos preladados culpables de Simonía y Nicolaísmo; los predicadores insistían mucho sobre el pecado y la condenación eterna. Las altas autoridades eclesiásticas prohibían la traducción de los evangelios a las lenguas nacionales, en cambio la predicación del Evangelio de los albigenses en lengua popular eran en general de un nivel culto y elevado, frecuentemente superior al de los predicadores católicos. Los kataros ponían en entredicho el derecho de propiedad, lo que les dio la adhesión de las clases populares. Por otra parte los nobles, que pugnaban para anular la influencia política y económica de monasterios y preladados, les protegieron.

»Desde su mismo principio los albigenses estuvieron divididos en diversos partidos, desde los dualistas moderados que incorporaban numerosos elementos cristianos, a la de los dualistas radicales; entre los que predominaban los elementos maniqueos y anticristianos.

»Inocencio III decidió emplear toda la fuerza para aniquilar a estos sectarios y convocó toda la nobleza del norte de Francia y de Alemania a la lucha contra los albigenses. Esta maniobra político-religiosa planteaba un difícil problema a la corte catalano-aragonesa, ya que el vizconde de Carcasona y el conde de Foix eran vasallos del rey catalano-aragonés».²⁰

²⁰ Véase «Diccionario Enciclopédico, Salvat Universal», art., ALBICENSES tomo I, pág. 383.

Hasta aquí el juicio de la Enciclopedia Salvat, de carácter secular y más bien inclinado al catolicismo romano, como todas las principales editoriales de España.

Por otra parte, el doctor H. H. Muirhead, pastor y profesor evangélico bautista declara: «Algunos historiadores tratan el origen de los albigenses como habiendo provenido de los paulicianos, en tanto otros afirman que se hallaban en el sur de Francia desde los primeros días del Cristianismo. Sea cual fuere el origen, es un hecho histórico que diversos grupos, unos más y otros menos evangélicos, florecieron en el sur de Francia desde principios del siglo XII en adelante. Infelizmente, los escritores católicos incluyen bajo el nombre de albigenses a todos los que en esta época protestaron del dominio papal, dándoles dicho nombre. De esto nace mucha confusión; es como si se diese el nombre de evangélicos a todos los que en un país combaten las pretensiones de la jerarquía católica de unir la Iglesia al Estado. En este grupo figurarían muchos credos, tales como los espiritistas, positivistas, teósofos, etc., que no tienen ninguna pretensión de ser considerados como evangélicos. Casi la única cosa que tienen en común con los de la fe evangélica es que no son católicos. Roma odiaba a todos los que no, rezaban conforme a su cartilla y se levantó en contra de todos los, para ella, herejes.

»Al estudiar los grupos disidentes medievales, no evangélicos antes afiliados a las viejas herejías sobrevivientes, recordemos que las informaciones históricas que tenemos proceden casi totalmente de sus inflexibles opositores. Si poseyésemos la historia verídica es muy posible que nuestra valuación fuera más favorable».

El historiador Alfonso Torres de Castilla cuenta el acontecimiento histórico de la eliminación de los albigenses en Europa, con las siguientes palabras:

«Al llamado del Papa los frailes de más de mil conventos se- desparramaron por Francia, Alemania e Italia, llamando a nobles y plebeyos a las armas. Se concedía a todos los que se alistaban para combatir a los herejes remisión de todos los pecados, desde el nacimiento del cruzado y ta autorización de no pagar interés de ninguna deuda mientras durase la empresa».

Se juntó un ejército formidable que durante 20 años desoló el mediodía de Francia. Al llegar a las inmediaciones de Beziers los jefes militares mandaron al antiguo obispo de aquella ciudad para parlamentar.

El obispo reunió a los habitantes en la catedral y les presentó el gran peligro que corrían, exhortándoles a que se rindieran al legado del Papa y a su ejército, ya que éste se conformaba con la simple condición de que entregasen a los herejes, que él conocía muy bien, y cuyos nombres tenía escritos; pero, ¡cosa extraordinaria en aquellos tiempos de intolerancia! El pueblo católico tuvo el gesto noble y cristiano de rehusar semejante condición, declarando que primero se comerían sus hijos antes que entregar a la muerte a personas que no habían cometido otro delito que el de entender y explicar el Nuevo Testamento de otra manera que como el obispo y los sacerdotes lo explicaban. El legado papal al conocer esta respuesta, juró que no dejaría en Beziers piedra sobre piedra y que no haría gracia a ninguno de sus habitantes, católico o hereje. Y así fue. La ciudad atacada por 20.000 caballeros y 200.000 plebeyos, según un poema de la época, no pudo resistir. Cuando empezó el asalto los vencedores preguntaron al Nun-

cio cómo se haría para distinguir los católicos de los herejes, y este respondió aquellas célebres palabras: «Matadlos a todos, que Dios conocerá y separará a los suyos».

Otro rasgo semejante de cristiana nobleza se dio con el Vizconde de Beziers, quien sitiado en Carcasona, pidió condiciones de entrega. El abad del Cister, Amauri, replicó: «Que por la intercesión del rey de Aragón dejarían salir vivo al Vizconde y a doce de los suyos que él podría elegir, con armas caballos y bagajes, pero que los cruzados harían con los demás lo que mejor les viniera en talante».

A esto replicó el noble Vizconde:

«Mejor que acceder a lo que proponen el legado y los cruzados, me dejaría desollar vivo, antes que abandonar al más pequeño de mis compañeros y de los que se han refugiado en la ciudad».

Esta respuesta le costó al Vizconde el ser detenido a traición, contra las leyes de la caballería y de humanidad, tratándose de un parlamentario, pero salvó la vida de todos, pues siendo Carcasona plaza extraordinariamente fortificada los sitiados lograron con una heroica defensa que se les concediera salir vivos sin más bagaje que la ropa puesta.

Este extraordinario aprecio por los «herejes Albigenses» de parte del pueblo católico que les rodeaba, habla altamente en su favor, apoyando el supuesto de que eran evangélicos, más que maniqueos, a pesar de todo lo que dijeran sus enemigos y opositores, que no podían comprender ni juzgar rectamente el espíritu evangélico.

Otra prueba en el mismo sentido es que los numerosos refugiados de esta cruzada que se introdujeron en los Alpes, confundándose con los Valdenses, no llevaron ideas maniqueas a los valles del Pragelato, Perosa, San Martín y Lucerna. O, si las traían, no las propalaron, sino que se adaptaron pronta y perfectamente a aquella fe tan netamente evangélica que revelan los documentos de los antiguos Valdenses.

El historiador antes citado, de la Editorial secular Salvat, termina su artículo sobre los albigenses con el siguiente comentario:

«Los albigenses que pudieron escapar a la persecución se refugiaron principalmente en Cataluña, Italia y Bohemia. Los capitales que los refugiados introdujeron en Cataluña contribuyeron decisivamente al desarrollo del comercio catalán y la mentalidad abierta de los albigenses influyó en el espíritu liberal que caracterizó a la historia medieval catalana.

»En Bohemia los albigenses prepararon el terreno a la rebelión Hussita. Los hugonotes de los siglos XVI y XVII lo rehabilitaron, viendo en ellos a los representantes de la Iglesia Primitiva. Si bien el movimiento albigense quedó desecho, su espíritu arraigó en occidente, donde surgió a través de múltiples manifestaciones político-religiosas».

22

LAS CRUZADAS

Las cruzadas son las expediciones que emprendió la cristiandad para libertar los santos lugares de la dominación de los musulmanes. La palabra «Cruzada» proviene de que los que tomaban parte en tales expediciones llevaban una pequeña cruz de tela roja en el hombro derecho. Los musulmanes no se oponían a las numerosas peregrinaciones que de todas partes de Europa iban a visitar los lugares santos, pero cuando Palestina cayó en poder de los turcos, vino a ser peligroso para los cristianos intentar la peregrinación a Tierra Santa. Aparte del propósito de hacer posible esta expansión de carácter sentimental o más o menos espiritual, había otros motivos como el de abrir paso a las relaciones comerciales entre Europa y el Oriente, y sobre todo el espíritu de aventura que animaba a las turbas de los señores feudales.

Hubo siete cruzadas:

LA PRIMERA fue la que predicó Urbano II en el Concilio de Clermont Ferran el 28 de noviembre de 1095. La invitación fue aceptada por todos los oyentes que unánimemente gritaron: «¡Dios lo quiere; Dios lo quiere!» Urbano II concedió una indulgencia plena a los que tomaran parte en la cruzada asegurándoles la remisión de todos los pecados, y la salvación eterna a los que muriesen en aquella guerra.

Para que fuese más fácil el abastecimiento del inmenso ejército, la cruzada se dividió en cuatro ejércitos que emprendieron la marcha por cuatro itinerarios distintos. Los franceses del norte y los alemanes, a las órdenes de Godofredo de Boullion, pasaron por Alemania y Hungría, otros fueron por mar y todos se reunieron en Constantinopla en el año 1096. El emperador de Oriente, Alejo Commeno se espantó ante la inmensa multitud que había de alimentar, pero unidos los cuatro ejércitos conquistaron primero Edessa y Antioquía (1098) y por fin llegaron a Jerusalén, en cuya ciudad entraron el viernes 15 de julio de 1099. De los 600.000 mil hombres que contaba la expedición en el momento de la salida, quedaban entonces escasamente unos 40.000 completamente extenuados, por los sufrimientos que habían experimentado. Quisieron nombrar a Godofredo rey del estado latino, pero Godofredo no consintió llevar corona de oro en donde Jesucristo la había llevado de espinas y rehusó el título de rey, llamándose simplemente Defensor del Santo Sepulcro. Un año después, moría víctima de la peste, de modo que el verdadero fundador del reino de Jerusalén fue Balduino, su hermano y sucesor (1100 a 1118).

LA SEGUNDA cruzada se promovió con motivo de la pérdida de Eddesa (1194) que comprometía la seguridad de los cruzados en Antioquía y Jerusalén. Esta segunda cruzada resultó un fracaso por la división entre los ejércitos francés y alemán, así que los cruzados regresaron a su país sin haber logrado nada.

Siguieron cinco cruzadas más, a cual más desastrosa, hasta que finalmente, en 1212 se organizó una cruzada compuesta nada menos que de niños dirigida por un muchacho llamado Esteban, en la que tomaron parte 30.000 pequeños franceses que marcha-

ron a la guerra llenos de entusiasmo sin la menor idea de los peligros a que se exponían, pues dada la incultura de aquellos tiempos desconocían totalmente la distancia que se hallaba la tierra de Israel y fueron miserablemente engañados. El resultado de esta empresa fatal fue el total aniquilamiento de los infelices pequeños que tomaron parte en ella. Unos murieron de enfermedad y privaciones, otros fueron presos por los árabes y vendidos como esclavos.

Las cruzadas fueron el mayor desastre político para las naciones de Europa. ¿No sería por haber desoído las enseñanzas de Jesús que prohibió a Pedro usar la espada?

Fueron el gran engaño de Satanás para distraer la cristiandad de su deber principal de anunciar las Buenas Nuevas a toda criatura usando medios pacíficos. Sin duda hubo sinceridad y heroísmo, que Dios habrá tenido en cuenta, particularmente en el caso de la cruzada de los niños de quienes afirmó Jesucristo que «de ellos es el Reino de los Cielos», y también para muchos mayores que mostraron tanto entusiasmo y fervor a toda prueba pensando que hacían el mayor servicio a Dios, pero en realidad fueron dirigidos por el gran enemigo de Cristo y de su Reino espiritual a quien se refería el Señor al decir que «las puertas del infierno no prevalecerían contra ella» (es decir, contra la verdadera Iglesia, o sea, los fieles testigos del plan de la Redención, que Dios ha tenido siempre de este mundo) ya que el Señor Jesucristo enseñó que «su Reino no es de este mundo» y de ningún modo puede defenderse ni promoverse con la espada, sino por la fe y el amor, en ese período de prueba, hasta que El venga.

23

PROTESTANTES ANTERIORES A LA REFORMA

SAVONAROLA

En el año 1452 nació Jerónimo Savonarola, quien se dedicó de muy joven al estudio de la Filosofía. Rechazado en un amor juvenil, entró en un monasterio dominicano y se hizo predicador.

Al principio sus sermones no tenían mucho éxito, hablaba en la terminología del escolasticismo, sin que le entendieran sus oyentes. Pero dejó la teología por la religión, y Aristóteles por la Biblia. Lentamente creció en el poder de expresarse y de conmover a sus oyentes. A la edad de 28 años ingresó en el Monasterio de S. Marcos, de Florencia, famoso por sus antigüedades y el rigor de su disciplina.

Florencia entonces, aunque república de nombre, obedecía a Lorenzo de Médicis, como un dictador. Este usaba los fondos del Estado para sus extravagancias privadas y vivía una vida depravada.

Savonarola se sublevó contra la corrupción pontificia de sus días. Sin temor expresó la indignación que sentía, no solamente a los alumnos de su escuela, sino también en una convención de su orden en Reggio. En esta asamblea y en predicaciones que hizo en varios pueblos de Italia por ese tiempo, afirmó que la Iglesia iba a ser castigada y regenerada. En todas parte fue saludado por inmensos auditorios y durante la cuaresma de 1491 sus predicaciones fueron trasladadas a la catedral de Florencia por ser la iglesia del Convento demasiado pequeña para los que querían oírle.

No se limitó a exponer la corrupción del clero; lanzó también sus anatemas contra la tiranía de Lorenzo de Médicis. Este, esperando cambiar el ánimo del predicador por su presencia, asistió a las predicaciones y mandó grandes cantidades de dinero al monasterio del cual Savonarola había sido nombrado Abad. El dinero fue recibido y distribuido entre los pobres y Lorenzo recibió una contestación que decía: «Un perro fiel no deja de ladrar en defensa de su amo porque le echen un hueso».

Savonarola continuó sus predicaciones y profetizó en el púlpito y en presencia del mismo Lorenzo que éste, el rey de Nápoles y el Papa iban a morir dentro de poco por sus pecados. Y en verdad; al poco tiempo el Magnífico se encontraba moribundo. Al encontrarse cerca de la muerte, llamó a un sacerdote y recibió la absolución; pero su alma seguía atormentada. Recordando la sinceridad de Savonarola pensó que la absolución de éste valdría más -que la del sacerdote que le había absuelto y lo mandó llamar.

El fiel sacerdote le dijo que eran tres las condiciones de su salvación.

—Primera: Fe en la misericordia de Dios en Cristo.

—La tengo —contestó el Magnífico.

—Segunda —le dijo Savonarola—: Devuelve el dinero mal adquirido y encarga a tus hijos hacer lo mismo.

Lorenzo no esperaba condición tan dura, pero prometió cumplirla.

—Y ahora —exclamó Savonarola levantándose sobre el moribundo—: Tienes que restaurar sus libertades al pueblo de Florencia.

Lorenzo, al oír esto volvió la espalda sin dar respuesta, y poco después murió, rebelde hasta el fin.

Tres meses después, el Papa Inocencio VIII murió también. La muerte de estos dos personajes, inmediata a la profecía de Savonarola, elevó mucho su fama en la opinión popular.

El sucesor de Lorenzo fue Pedro de Médicis, el cual quedó destronado por una revolución popular, constituyéndose una república en la que Savonarola tuvo una parte importante como consejero. Se estableció una verdadera democracia en conformidad con la moral cristiana más estricta. Su programa incluía cuatro puntos:

- 1.° Predicar el temor de Dios y la reforma de las costumbres.
- 2.° Poner el bien público en preferencia sobre cualquier interés particular.
- 3.° Perdonar a todos los enemigos del gobierno anterior.
- 4.° Hacer que el pueblo entero eligiera sus magistrados y formara sus leyes.

Savonarola pudo ver realizadas todas estas reformas sin verter una sola gota de sangre. El pueblo entero estaba conmovido de amor al bien y a la justicia por la elocuencia de este insigne predicador. Las mujeres dejaban sus joyas y vestidos lujosos. Jóvenes que habían sido esclavos de nefastos vicios se transformaron en hombres piadosos. Se oían himnos en las calles en lugar de los cantos obscenos de tiempos anteriores, y se veían en las tiendas y plazas a las gentes en corro, en sus ratos desocupados, leyendo y oyendo leer las Sagradas Escrituras o los sermones de Savonarola. Banqueros y comerciantes devolvían sus ganancias ilícitas y todos asistían con frecuencia a las iglesias. Esta reforma de costumbres llegó a su colmo en los días de carnestolendas de 1497 cuando siguiendo los consejos de Savonarola, en lugar de los jolgorios acostumbrados en este tiempo se hizo un montón en la plaza central de Florencia de objetos de vanidad. Allí se juntaron máscaras, vestidos de carnaval, pelucas, postizos, libros obscenos, etc., y al canto de himnos piadosos quemaron todo aquello.

Pero el nuevo gobierno tuvo sus dificultades. En la misma Florencia había tres partidos. Los piagnone, o sea, los convertidos por las predicaciones del gran servidor de Dios, que favorecían a Savonarola y a la República; el partido político opuesto, los bigí que deseaba el regreso de Pedro de Médicis, y otro partido que, más que por convicción política, por su falta de piedad religiosa, resistía el puritanismo de Savonarola y deseaba el libertinaje de antes: era el de los arrabbiati. También los príncipes de los demás estados italianos, viendo un peligro para ellos mismos en la ejemplar república florentina, trataban de hacer regresar a Pedro de Médicis. El mismo Papa tomó parte en estas conspiraciones, prohibiendo a Savonarola el predicar. Savonarola obedeció por un tiempo. dedicándose a escribir libros y tratados. Su obra literaria es considerable. Escribió sobre Filosofía, sin quedar atrás de los mejores pensadores de la época. En Teología asentó la doctrina de la salvación por la fe, no por las buenas obras; y en moral cristiana, basando ésta solamente en las enseñanzas del Nuevo Testamento y no en tradiciones y costumbres. Entre sus libros debe mencionarse «El triunfo de la Cruz» que presenta la doctrina de la salvación al igual que los mejores predicadores evangélicos de cualquier época.

A repetidos ruegos de los ciudadanos de Florencia se consiguió el permiso del Papa para que Savonarola predicase en la cuaresma, y pensando cohecharle le ofreció, junto

con el permiso, el birrete de cardenal. En lugar de aceptarlo Savonarola dirigió sus sermones en esta cuaresma directamente contra el Papa y el sistema de penitencias a base de indulgencias de la iglesia romana.

«¡Dios no quiere ayunos —decía—, sino que evitéis el pecado en vuestra vida...! Huid de Roma, porque Babilonia significa confusión, y Roma confundió las Sagradas Escrituras... Confundir la virtud con el vicio es confundirlo todo... Huid de Roma y venid al arrepentimiento...» Tales son algunas de las frases del gran predicador florentino que le hicieron ganar más y más la confianza del pueblo. De Alemania Inglaterra y Francia llegaron cartas preguntando por la nueva enseñanza. El mismo Sultán de Turquía mandó traducir los sermones de Savonarola a su idioma.

El Papa le mandó callar otra vez; pero en este tiempo la peste negra hacía sus estragos en Italia y Florencia, y las predicaciones de Savonarola parecían necesarias para tranquilizar el ánimo del pueblo. La mayor parte de los ciudadanos huyeron de la ciudad, pero Savonarola quedó predicando a los afligidos, cuidando los enfermos y consolando a los moribundos con la Palabra de Dios. El Papa no toleró más esa desobediencia y le excomulgó.

Los florentinos querían a Savonarola, pero el interdicto significaría la confiscación de los bienes de los florentinos repartidos por todo el mundo y la ruina del comercio de que vivía la ciudad. Por un tiempo las autoridades se mantuvieron firmes. Savonarola continuaba sus predicaciones y escribía cartas a los emperadores y reyes de Europa incitándoles a convocar un concilio general para deponer al Papa y reformar la Iglesia.

Casi todas estas cartas cayeron en manos del mismo Alejandro VI y la situación se hizo más difícil para Savonarola.

El pueblo, cansado de la lucha que ponía en peligro sus intereses, vio una solución en la prueba de las ordalías de fuego. Partidarios de Savonarola y de los franciscanos, sus opositores, debían pasar conjuntamente a través de una hoguera de 60 metros de largo. Demostrarían tener razón en sus creencias los que salieran vivos de la prueba. Todo el día estuvieron disputando sobre detalles del acto. Afortunadamente para franciscanos y dominicos, las nubes, sin necesidad de milagro, lanzaron sobre Florencia una espesísima lluvia que haciendo imposible la prueba dispuso la reunión.

El fracaso de la prueba fue achacado a Savonarola. Una persona sensata hubiera podido decir que el fanatismo hacía perder a todos la cabeza, pues cuando los verdaderos servidores de Cristo han querido probar su fe les ha bastado el testimonio de las Sagradas Escrituras, sin la temeraria idea de tentar a Dios, repudiada por Cristo en el caso de su propia tentación en el desierto.

PRISIÓN Y MUERTE DE SAVONAROLA

Al día siguiente el magistrado de Florencia decretó que Savonarola debía salir del territorio de la República en el término de 12 horas. El pueblo atacó el convento de San Marcos y metieron a Savonarola en una cárcel.

Alejandro VI mandó cuatro breves para felicitar y dar las gracias a los que habían cooperado a la prisión de los excomulgados, haciendo grandes promesas al magistrado de Florencia si quería mandar los presos a Roma.

Durante diez días atormentaron a Savonarola poniéndole carbones encendidos debajo de los pies.

El 9 de abril de 1498 le juzgaron, presentándole las declaraciones arrancadas en el tormento. Savonarola declaró que no podía responder sino de aquello que él había escrito estando en libertad y todos los medios para que firmase las acusaciones de sus enemigos fueron inútiles.

El 23 de mayo, Savonarola y dos de sus mejores discípulos, Silvestre y Bonviccini, frailes de su convento, fueron llevados a la plaza pública sobre un tablado cubierto de materias combustibles. Hiciéronles, primeramente, la ceremonia de degradación. El obispo de Vaisón tomó a Savonarola por la mano y le dijo:

—Te separo de la iglesia militante y de la iglesia triunfante.

—De la iglesia triunfante, no —contestó Savonarola—, esto no está en vuestro poder.

Llegados al cadalso se arrodillaron para orar a Dios.

Encendieron la hoguera y colgaron de la horca que se alzaba sobre ella a fray Silvestre, que murió el primero entonando el versículo del salmista. «En tus manos, Señor, encomiando- mi alma». Después tocó el turno a Bonviccini, que dio las mismas muestras de piedad y ánimo esforzado. Reservaron a Savonarola para el último, a fin de que viera las supremas convulsiones de la agonía de sus dos amigos. Sostenido por la esperanza de la vida eterna no decayó en su firmeza ni dejó escapar palabra alguna de abjuración o de protesta.

Algunos historiadores pretenden que dijo antes de morir: «¡Ah, Florencia, qué haces tú hoy!»

Los mejores «Piagnone», reconociendo en este santo varón, excomulgado por la Iglesia, el medio de su conversión e iluminación espiritual, continuaron honrando su memoria a pesar de las persecuciones. Celebraron sus cultos en secreto y cada año en el aniversario de su muerte ponían flores por la noche en el lugar donde fue quemado, hasta 200 años después de aquel injusto martirio.

Es notorio que, entre los ilustres precursores del gran movimiento espiritual, que tuvo lugar en el siglo XVI, Savonarola no fue tan adelante en el camino de la reforma evangélica como Juan Huss, y que éste se quedó un tanto detrás de Wicklife. Por su parte el célebre profesor de Oxford, a pesar del gran camino que recorrió de retorno a la verdadera fe y práctica cristiana, no fue tan adelante como Pedro de Bruis, Enrique de Lausanne y otros predicadores y mártires de su época, los cuales parece tuvieron el privilegio de ser iniciados e instruidos en la interpretación del Nuevo Testamento, por otros disidentes de siglos anteriores, en una cadena que se extiende hasta los tiempos apostólicos. Es notable observar que las ideas dogmáticas de estos más antiguos heraldos de la verdadera fe, fueron mucho más radicales y estuvieron casi del todo libres de los resabios e influencia del Catolicismo Romano. Ciertamente era difícilísimo recorrer el espinoso camino de Reforma Religiosa, sobre todo en aquellos tiempos, en que la Iglesia Católica parecía ser un poder indiscutible, a pesar de sus visibles errores y abusos, sin la guía de otros mejor iluminados e instruidos en la Verdad.

Es muy comprensible, por otra parte, que siendo tales y tan grandes los males que aquejaban la Iglesia, aquellos heroicos servidores de Dios fijaran más su atención en combatir los abusos externos del clero romano, que tanto deshonoraban al Cristianismo,

que en los errores dogmáticos a que la misma Iglesia había llegado en su apartamiento de la verdad evangélica.

Sin embargo, todos estos grandes precursores de la Reforma, coinciden con los cristianos evangélicos de siglos anteriores y con los que les siguieron, en estos tres puntos esenciales:

1.° La salvación es una obra realizada de un modo absoluto y perfecto por el sacrificio redentor de Cristo, y es obtenida por la fe, independientemente de las obras, las cuales son tan solamente una demostración de la sinceridad de la fe y un medio para corresponder agradecidamente al amor salvador de Dios en Cristo; no un medio de salvación por sí mismas.

2.° La responsabilidad directa de cada alma ante Dios en oposición a la doctrina del sacerdocio católico medianero indispensable entre Dios y los pecadores.

3.° La falta de base para la pretensión papal de perdonar los pecados o distribuir gracias a los fieles a cambio de dinero.

En estos tres puntos se unen todos los grandes precursores eclesiásticos de la reforma evangélica del siglo XVI, desde Claudio de Turín en el siglo X hasta Savonarola en el siglo XV. Ello nos permite ver en estos notables servidores de Dios y en sus convertidos discípulos, hermanos nuestros y mártires de la verdad evangélica, tal como a ellos fue dado concebirla dentro de sus circunstancias.

PEDRO DE BRUYS

Este intrépido misionero evangélico fue cura de una pequeña parroquia de los Alpes: pero cuando la luz del Evangelio iluminó su mente no pudo quedarse en su aldea y empezó una labor itinerante de evangelización por todo el sur de Francia.

Dios se sirvió del gran filósofo de su época Abelardo para darle el deseo de conocer más profundamente las verdades de la religión; el Nuevo Testamento, y probablemente la influencia de algunos descendientes de los antiguos paulicianos refugiados en los Alpes, hicieron el resto. Se cree que millares de personas fueron convertidas por su ministerio itinerante, que duró veinte años.

Un concilio fue convocado en Toulouse (Francia), en el año 1119, el cual condenó como herejía a los: «Bonnes hommes, Peterinos y Paulicianos».²¹

Ellos contestaron públicamente con una confesión de fe o declaración de sus doctrinas en 14 artículos, la cual les identificó con los mejores cristianos evangélicos de todos los tiempos. Según dicho documento, creían en la eficacia y suficiencia del sacrificio de Cristo para la salvación de los fieles; que la virgen María, fue santa, humilde y llena de gracia, pero que ni ella ni los demás santos deben ser adorados; que después de la muerte sólo hay dos lugares, uno para los salvos y otro para los condenados, y negaban el purgatorio como «un lugar imaginario, inventado por el Anticristo en oposición a

²¹ En esta declaración del Concilio se puede observar la identidad de estos grupos evangélicos, que difieren en nombre, según la localidad y la persona que promovió el movimiento; pero mantenían la misma doctrina de fidelidad al Evangelio interpretado con toda sencillez. Es de notar la diferencia cuando los procesos inquisitoriales nos hablan claramente de albigenses de tendencia maniquea.

la verdad». Condenaban el uso del agua bendita, los ayunos según el sistema romano y la transustanciación. Reconocían solamente dos sacramentos, el Bautismo y la Cena del Señor. Enseñaron que el matrimonio «es honroso y necesario no sólo para los cristianos en general, sino para los sacerdotes. Que la silla del Papa no era la de Pedro el apóstol». Por una reacción muy explicable contra la idolatría reinante, condenaban de un modo muy especial la adoración y veneración de la cruz. Por todas partes el pueblo quemaba sus imágenes y crucifijos cuando llegaban a descubrir que estas cosas les habían estado impidiendo la relación espiritual y sincera con el Cristo Salvador que está en los cielos.

Todos los que aceptaban el Evangelio, predicado por Pedro de Bruys y sus fieles evangélicos, eran bautizados después de hacer pública profesión de su fe según declaran todos los historiadores, incluso los no bautistas.

El entusiasmo del pueblo, por la recién descubierta verdad del Evangelio, les hacía cometer imprudencias, como la que llevaron a cabo en Arlés al quemar públicamente sus crucifijos y cocer carne sobre su fuego el día de Viernes Santo. Con ello trataban de demostrar su adhesión y obediencia al segundo mandamiento de la ley de Dios, y a lo que enseña Jesucristo acerca del ayuno en san Mateo 15. Pero los cristianos evangélicos modernos, sin dejar de admirar el valor y la fe de estos antepasados nuestros, hemos aprendido, por un más detenido estudio del Nuevo Testamento (véase Romanos 14), el deber de la tolerancia y el respeto a las conciencias de los que no comprenden las verdades del Evangelio como nosotros las comprendemos.

Pedro Bruys fue apresado mientras estaba predicando en San Gilles cerca de Nimes en un motín promovido por los católicos, y quemado vivo en el año 1124.

ENRIQUE DE LAUSANNE

Entre los muchos predicadores y servidores de Dios con que debió contar el movimiento evangélico del siglo XII, se destaca por su sabiduría y elocuencia Enrique, piadoso monje del Monasterio de Cluny el cual fue convertido al evangelio diez años antes de la muerte de Pedro Bruys y estuvo predicando hasta el año 1148, o sea, por espacio de 34 años.

Se nos describe a este hombre como de gran dignidad en su apariencia personal. Con mirada ardiente y voz sonora, hablaba impetuosa y poderosamente de las Sagradas Escrituras. Se nos dice que siempre tenía pasajes de ella adecuados para probar sus afirmaciones.

Al principio tuvo permiso del obispo Ildeberto, católico liberal que había sido discípulo del célebre Berengario²² para predicar el Evangelio en su diócesis.

El pueblo le recibió con admiración porque no estaba acostumbrado a una predicación tan clara del Evangelio de parte de un sacerdote romano, sobre todo en aquellos tiem-

²² Berengario fue otro gran evangélico que no llegó a romper con la Iglesia Romana, a pesar de que los católicos le consideraban como medio hereje, y le obligaron a comparecer ante varios concilios para justificarse de las enseñanzas religiosas evangélicas que daba al pueblo.

pos, y porque condenaba los abusos y errores del clero que la gente repudiaba en su corazón. Así que, cuando otros sacerdotes se le oponían, el pueblo solía ponerse de su parte.

Las gentes se arrepentían convencidas por su predicación y enmendaban sus vidas. Muchos que vivían en inmoralidad se casaron legalmente. Gran número de mujeres de mala vida quemaban sus vestidos y aderezos cuando fueron convertidas a Dios por su predicación.

En 1134 fue aprehendido por orden del obispo de Arlés y llevado ante el Concilio de Pisa el cual le condenó a perpetuo silencio y encierro en el Monasterio de Clairvaux, del cual el célebre san Bernardo era Abad. Pero Enrique supo escaparse pronto. Se cree que la verdad del evangelio que predicaba le ganó en el mismo convento amigos que le facilitaron la fuga. Pronto se le encontró predicando en Toulouse y su región, donde eran numerosos y fuertes para protegerlo.

24

MOVIMIENTOS PRECURSORES DE LA REFORMA.

PEDRO WALDO Y LOS VALDENSES

Los movimientos evangélicos de la Edad Media recibieron un valioso refuerzo con la conversión de Pedro Waldo, debido a la impresión que le produjo la muerte repentina de un amigo con el cual estaba conversando. Dicho incidente hizo que este rico comerciante, dejando sus negocios, pensara sólo en la salvación de su alma.

Un sacerdote a quien preguntó sobre el gran asunto, le respondió que había varias maneras de salvar el alma, pero que la más segura era poner en práctica las palabras de Jesús al joven rico: «Si quieres ser perfecto vende todo lo que tienes y dalo a los pobres». Se cree que el cura lo dijo con ironía, porque Waldo era un hombre muy rico; pero éste, que se hallaba decidido a conseguir la salvación, lo cumplió al pie de la letra. Su gran acierto fue que, en lugar de ir a profesar el voto de pobreza en un convento, resolvió deshacerse de sus bienes empleándolos él mismo para beneficio de los pobres y la extensión del Reino de Dios. Consideró que una obra muy buena a los ojos de Dios podía ser el mandar traducir y poner en manos del pueblo las Sagradas Escrituras. Hizo escribir a mano muchas copias que eran llevadas por cristianos fieles de un pueblo a otro. El clero empezó al mirar con recelo a aquellos hombres humildes que de dos en dos, descalzos y pobremente vestidos, iban con el volumen sagrado en la mano predicando la palabra de Dios, y el arzobispo Guichard les prohibió predicar.

Pedro Waldo apeló al Papa, esperando que su justa y noble causa sería reconocida y compareció con uno de sus colaboradores ante el Concilio de Letrán en marzo del año 1179. El Papa los trató amablemente, pensando que «los pobres de Lyon», como les llamaban, permanecerían dentro de la Iglesia Católica, quedando convertidos en una orden monástica. El Concilio nombró una comisión para examinarlos, y según testimonio que tenemos de uno de sus jueces, los hallaron muy piadosos y austeros en su modo de vivir, pero ignorantes, según ellos, e incapaces de predicar. Esto fue porque en lugar de examinarlos sobre las Sagradas Escrituras y las doctrinas vitales del Cristianismo, les interrogaron en lenguaje filosófico sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Por esta causa les prohibieron predicar.

Vueltos a Lyon resolvieron que era «menester obedecer a Dios antes que a los hombres» y se lanzaron a la obra desafiando la persecución. Esto les unió a sus hermanos, los antiguos Paulicianos, descendientes de los cristianos primitivos, a los Pedrobrusianos, Enriquistas, Albigenses, etcétera, y todos juntos vinieron a formar la Iglesia Evangélica Valdense que subsistió y se extendió por toda Europa por varios siglos antes de que apareciese la Reforma.

El edicto de excomunión que se lanzó contra ellos en el año 1181 les obligó a salir de Lyon, lo que fue tan beneficioso para la causa del Evangelio como lo había sido la pri-

mera persecución que sobrevino a la iglesia cristiana de Jerusalén, la cual obligó a los primeros cristianos a extenderse por todo el mundo antiguo predicando el Evangelio. Pedro Waldo, huyendo de la intolerancia llegó hasta Polonia, en la misma frontera de Rusia, donde murió en el año 1217, después de 57 años de servicio para el Señor.

LOS VALDENSES

Las predicaciones de Pedro de Bruys, Enrique de Cluny, Pedro Waldo y sus obreros evangélicos, llamados «Los pobres de Lyon», cristalizó en un movimiento evangélico que ha perdurado, desde 300 años antes de la Reforma hasta nuestros mismos días, y son las iglesias evangélicas denominadas Valdenses.

Este nombre no se sabe si deriva de Pedro Waldo o del hecho de que a causa de las persecuciones tuvieron que refugiarse estos cristianos en los profundos valles del Piamonte, cuyas altas montañas les ofrecían protección, y del nombre de «vallenses» (gente de los valles) se derivó el de Valdenses.

Su labor misionera en España

Los Valdenses, animados por su celo misionero, recorrieron el sur de Alemania, Suiza y Francia llegando a España y se establecieron en las provincias del norte. El hecho de que dos concilios y tres reyes se hayan ocupado de expulsarlos de nuestra patria, demuestra que su número tenía que ser considerable. El clero era impotente para detener el avance, y alarmado pidió al papa Celestino III, que tomase medidas en contra del movimiento. El Papa, entonces, mandó un legado, el año 1194, quien convocó una asamblea de prelados y nobles, la cual se reunió en Lérida asistiendo personalmente el mismo rey Alfonso II. Allí se confirmaron los decretos papales contra los herejes y se promulgó otro nuevo concebido en estos términos:

«Ordenamos a todo Valdense que, en vista de que están excomulgados de la Santa Iglesia, son enemigos declarados de este Reino y tienen que abandonarlo, e igualmente los demás estados de nuestros dominios. En virtud de esta orden, cualquiera que desde hoy se permita recibir en su casa a los susodichos Valdenses, asistir a sus perniciosos discursos, o proporcionarles alimento, atraerá por esto la indignación de Dios Todopoderoso y la nuestra; sus bienes serán confiscados, sin apelación, y será castigado como culpable del delito de lesa Magestad; además, cualquiera noble o plebeyo que encuentre dentro de nuestros estados a uno de estos miserables, sepa que si los ultraja, los maltrata o los persigue, no hará con esto nada que no nos sea agradable».

Este decreto fue renovado tres años después en el Concilio de Gerona por Pedro II, quien lo hizo firmar por todos los gobernadores y jueces del Reino. Desde entonces la persecución se hizo sentir con violencia y en una sola ejecución, 114 Valdenses fueron quemados vivos y sus cenizas echadas al río en Gerona. Muchos, sin embargo, lograron esconderse y seguir secretamente la obra de Dios en el reino de León, en Vizcaya y en Cataluña. Eran muy estimados por el pueblo a causa de la vida y costumbres aus-

teras que llevaban, y hasta se menciona al Obispo de Huesca, uno de los más notables prelados de Aragón, como protector decidido de los perseguidos Valdenses.

Pero las persecuciones contra ellos no cesaban, llegando a su apogeo por el año 1237. Cuarenta y cinco de estos siervos de la Palabra de Dios fueron arrestados en Castellón y 15 de ellos quemados vivos en la hoguera. El odio llegó a tal punto, que hicieron quemar en la hoguera los cadáveres de muchos sospechosos de herejía que habían fallecido en años anteriores, entre los que figuraban Arnaldo, Vizconde de Castellón y Ernestina, Condesa de Foix. En Francia, el movimiento era tanto más denso y fuerte que en Cataluña y norte de España.

Su desarrollo en Alemania

En Alsacia y Lorena hubo desde el año 1200 tres grandes centros de actividad misionera; en Toul el obispo Eudes ordenaba a sus fieles que prendiesen a todos los «Waldos» y los trajesen encadenados ante el Tribunal Episcopal. En Metz el Barba (pastor) Crespín y sus numerosos hermanos, confundían al obispo Beltrán, quien en vano se esforzaba por suprimirlos. En Estrasburgo, los inquisidores mantenían siempre encendido el fuego de la intolerancia contra la propaganda activa que hacía el «barba» Juany y más de quinientos hermanos que componían la iglesia mártir de esa ciudad.

En Alemania los Valdenses sembraban la Palabra de Dios en el norte, sur, este y oeste. Tres siglos después aún se hallaban los frutos de sus heroicos esfuerzos.

En Bohemia, donde se supone que el mismo Pedro Waldo terminó su gloriosa carrera, los resultados de las misiones fueron fecundos. A mediados del siglo XIII, los cristianos que habían sacudido el yugo del papismo eran tan numerosos que, el inquisidor de Passav nombraba 42 localidades ocupadas por los Valdenses. En Austria era también muy activa la obra de propaganda, y a principios del siglo XIV el inquisidor Krens hacía quemar 130 Valdenses. Se cree que el número de éstos en Austria no bajaba de ochenta mil.

En Italia los Valdenses estaban diseminados y bien establecidos en todas partes de la península. Tenían propiedades en los grandes centros y un ministerio itinerante perfectamente organizado. En Lombardía los discípulos de Arnaldo de Brescia s>habían unido a «los pobres de Lyon», y bajo la dirección espiritual de Hugo Peroni mantenían viva la protesta contra la corrupción Romanista. En Milán poseían una escuela que era el centro de una gran actividad misionera.

En Calabria se establecieron muchos Valdenses del Piamonte en el año 1300, en las vastas posiciones de Fuscaldo, en Montecarlo, para cultivar las tierras y transformar en un jardín esta región inculta, construyendo también algunas villas como San Sixto y Guardia. Habían conseguido cierta tolerancia, y se les permitía celebrar secretamente sus cultos con tal de que pagaran los diezmos al clero.

En tres de los valles del Piamonte: Lucerna, Perusa y San Martín, los Valdenses se establecieron en las primeras décadas del siglo XIII. Encontraron esta región muy poco habitada y al principio disfrutaron de relativa tranquilidad, pero en 1297 empezaron las persecuciones, que a pesar de ser crueles y constantes, no lograron abatir ni dominar al ejército heroico que fue llamado: «El Israel de los Alpes» y que mantuvo el culto cris-

tiano con sencillez y espiritualidad en aquellos días de densas tinieblas y groseras supersticiones.

Estos datos históricos y los que consignaremos después, basados en la abundante literatura que poseemos de los Valdenses, anterior a la época de la Reforma, prueban, de un modo irrefutable, cuán equivocada es la afirmación católica romana de que, el Protestantismo fue inventado o tuvo su origen en Lutero. Centenares de años antes de que se produjese el gran movimiento espiritual de la Reforma, existían ya muchos miles de cristianos que no comulgaban con los dogmas de la Iglesia Católica Romana y eran tanto más protestantes de los errores del Catolicismo que el famoso fraile sajón.

Costumbres de los Valdenses

Los trabajos misioneros de los Valdenses, eran el fruto de una consagración general de todos los miembros de las iglesias, y se llevaba a cabo bajo planes bien definidos y sistemáticamente ejecutados.

La base de todas las operaciones era el Hospicio o casa Valdense. En todas las ciudades donde podían, los valdenses tenían una casa atendida por un rector, y hermanas que se ocupaban del trabajo interno, en la que los misioneros itinerantes encontraban no sólo hospedaje, sino un lugar de culto, donde convocaban a los creyentes del distrito para oír la predicación de los barbas o pastores.

Cuando se sentaban a comer pronunciaban la siguiente oración: «El Dios que bendijo los cinco panes de cebada y a los dos peces para sus discípulos en el desierto, bendiga los alimentos que están sobre esta mesa y los que serán traídos». Al levantarse de la mesa decían: «Dios recompense abundantemente a todos los que nos hacen bien, y que después de darnos lo material, nos dé el pan espiritual. ¡Que siempre esté con nosotros!»

Los colportores

El inquisidor de Passau presenta a los colportores valdenses viajando de pueblo en pueblo, vendiendo mercaderías para ganar entrada en las casas y así poder anunciar el Evangelio, después de preparar sabiamente el terreno. A las casas ricas entraban ofreciendo joyas. Después de mostrar los anillos, prendedores, aros y otras prendas, si les preguntaban qué otras joyas tenían, contestaban:

«Sí, tenemos joyas más preciosas que las que ustedes han visto; se las mostraremos si se comprometen a no denunciarnos al clero». Cuando obtenían la promesa formal de que se mantendría el secreto, proseguían: «Tenemos una piedra preciosa, tan brillante que por su luz el hombre puede ver a Dios; y tan radiante que puede encender el amor de Dios en el corazón del que la posee». Así continuaban hablando hasta presentar el pergamino sobre el que estaban escritos algunos trozos de la Palabra de Dios.

El culto entre ellos, consistía principalmente, en la lectura del Nuevo Testamento, seguido de explicaciones y exhortaciones. Terminaban repitiendo de rodillas el Padre Nuestro. La lectura de la Biblia ocupaba un lugar muy importante en la vida de este pueblo. El inquisidor mencionado, pone en sus labios estas palabras:

«Entre nosotros enseñan los hombres y las mujeres, y los alumnos de una semana ya enseñan a otros. Entre los católicos se encuentra difícilmente un maestro que pueda

repetir de memoria, letra por letra; tres capítulos de la Biblia; pero entre nosotros, es difícil hallar un hombre o una mujer que no pueda repetir todo el Nuevo Testamento en su idioma nativo».

Su doctrina

Las creencias religiosas de los Valdenses, según se desprende de sus escritos y de los de sus adversarios, eran en el fondo las mismas que profesan las iglesias evangélicas actualmente. Las Sagradas Escrituras eran para ellos la única regla de fe y práctica; todo lo que podía demostrarse por medio de ellas era aceptado como divinamente revelado, pero lo que se enseñaba sin esa base era rechazado como doctrina de hombres e innovaciones peligrosas. Sostenían que las Escrituras debían ser leídas por todos los creyentes y no sólo por los que tenían el don de enseñar la doctrina.

He aquí un extracto de sus doctrinas, según se desprende de sus propios escritos y de los de sus adversarios, estudiados por don Juan Francisco Gay en la tesis teológica que presentó a la Academia de Lausanne en 1844.

«La fe verdadera va siempre acompañada de buenas obras, pero no son las obras las que salvan. El pecador es justificado delante de Dios solamente por la fe en Cristo Jesús. Lo que se llama «méritos» hechos por los hombres, no pueden expiar el pecado y dar la salvación. La misa es una abominación a Dios; Cristo fue ofrecido una sola vez por los pecados de muchos».

«Las indulgencias que concede la iglesia romana no tienen ningún valor. El purgatorio es invención humana».

«Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres, según la enseñanza de san Pablo en su Primera Epístola a Timoteo, y otros pasajes de la Biblia. En lugar de invocar a los santos debemos imitar sus virtudes. El culto de los santos y de las imágenes es una idolatría que Dios desapruueba. La virgen debe ser venerada e imitada, pero no adorada, pues el culto se debe a Dios únicamente», (sin embargo, jamás una palabra que no fuera reverente hacia la madre de Jesús escapó a los Valdenses, aún cuando era invocada contra ellos por sus perseguidores).

«Sólo es iglesia verdadera aquella que profesa la doctrina pura, que se distingue por la santidad de sus miembros, y administra las ordenanzas del bautismo y de la santa cena en conformidad con la institución primitiva».

«La iglesia de Roma no es la iglesia de Jesucristo; es la ramera apocalíptica, embriagada con la sangre de los santos, y hay que salir de ella para escapar de los castigos que sobrevendrán a los que participan de sus abominaciones».

«El Papa es el Hombre de pecado e Hijo de perdición, mencionado en Segunda Tesalonicenses, cap. segundo».

«La gracia de Dios se recibe por medio de la fe, y no por virtud sacramental».

«La consagración sacramental no obra la pretendida transubstanciación. La adoración de la hostia es un acto idolátrico. La misa es un sacrilegio que fue inventado para abolir la cena del Señor».

«Hay que confesar los pecados tan solamente a Dios».

«Las penitencias no son necesarias; Cristo perdonaba y enviaba en paz a los hombres sin imponerles penitencias».

«Hay que rechazar los ritos papistas del matrimonio».

«La extremaunción como preparación para la muerte no fue establecida por Cristo ni por los apóstoles».

«Es absurdo el uso de una lengua desconocida en los actos del culto».

«No hay sacerdotes en las iglesias cristianas del Nuevo Testamento. Todos los creyentes son profetas y deben asegurarse, por medio de las Escrituras, de la verdad que predicán. Todos los creyentes son reyes y sacerdotes, espiritualmente hablando, y deben tomar parte en el gobierno de la iglesia que no reconoce autoridad clerical despótica».

Basados en el sermón del monte, interpretado literalmente, condenaban el juramento civil, el servicio militar, la pena capital y todo derramamiento de sangre y peleas.

Su carácter

A la pureza doctrinal, unían una santidad de vida que confundía a sus más encarnizados enemigos. Oigamos lo que el inquisidor de Passau dice acerca de ellos:

«Se les puede conocer por sus costumbres y conversación. Ordenados, modestos, sencillos en sus vestidos, que son de paño, ni lujoso, ni burdo. No comercian por no exponerse a mentir jurar o engañar. Viven del trabajo de sus manos; sus «maestros» mismos son tejedores o zapateros; se conforman con lo necesario. Son castos, sobrios, no frecuentan las tabernas, ni los bailes, porque no les agradan tales frivolidades. Asiduos al trabajo, encuentran, sin embargo, tiempo para estudiar y enseñar. Se conocen hasta en sus conversaciones, precisas y modestas; rehúyen toda calumnia y hablar chancero, ocioso, como también la mentira. No juran; ni siquiera dicen «en verdad» o «ciertamente», porque, para ellos, eso sería lo mismo que jurar».

Para comprender cómo un inquisidor, pudiese escribir de esta manera, es necesario tener presente que su relación no estaba destinada al público, sino tan sólo a los demás agentes de la policía eclesiástica.

¡Admirable sabiduría de Dios que dispuso que el elogio de sus siervos fuese escrito por sus mismos verdugos, y conservado a través de los siglos, hasta nuestros días!

Su literatura

Las bibliotecas públicas de muchas de las grandes ciudades de Europa, poseen preciosos manuscritos que contienen escritos valdenses de gran antigüedad.

La mayor parte de estos escritos son sermones o tratados de edificación sobre temas como estos: «El Padre Nuestro»; «Los Diez Mandamientos»; «Las Virtudes»; «Las Penas y los Goces del Paraíso»; «La Invocación de los Santos», etc.

En El Anticristo, se ve que los Valdenses tenían sobre este punto la misma idea que siglos más tarde fue una creencia vital de todas las iglesias reformadas, es decir, que cuando el Nuevo Testamento habla del Anticristo no se refiere a un individuo sino a un

sistema de error, el cual se ha manifestado en la iglesia de Roma. Dice así, entre otras cosas, en el ingenuo lenguaje, propio de su época:

«El Anticristo es una falsedad o engaño barnizado con la apariencia de verdad, y de la justicia de Cristo y de su esposa, pero en oposición al camino de verdad. No se trata de una persona en particular, establecida en algún rango, oficio o ministerio, sino de un sistema de falsedad que se opone a la verdad, cubriéndose y adornándose con apariencia de hermosura y piedad, pero inconveniente a la Iglesia de Cristo.

»Es llamado Anticristo porque, cubierto con los nombres de Cristo y de su Iglesia y miembros fieles, combate la salvación que Cristo hizo, y que es verdaderamente administrada en su Iglesia, y de cuya salvación los creyentes participan por medio de la fe, la esperanza y el amor. Se opone a la verdad por medio de la sabiduría de este mundo, por medio de la falsa religión, por medio de la santidad aparente, por medio de los poderes eclesiásticos, por la tiranía secular, y por las riquezas, honores, dignidades, con los placeres y comodidades de este mundo.

»Cristo nunca tuvo peor enemigo; tan capaz de pervertir el camino de la verdad en la mentira, a tal punto que la verdadera Iglesia y sus hijos fuesen hollados bajo sus pies. El culto que pertenece sólo a Dios, el Anticristo lo transfirió a sí mismo —a la criatura muerta, macho y hembra— imágenes, esqueletos y reliquias. El sacramento de la Eucaristía está convertido en un objeto de adoración, y se prohíbe adorar sólo a Dios. Despoja al Señor de sus méritos, y la suficiencia de su gracia en la justificación, regeneración, remisión de pecados, santificación, establecida por la fe y alimento espiritual; atribuyendo estas y otras cosas a su propia autoridad, en la forma de palabras, a sus obras, a la intercesión de santos, y al fuego del purgatorio.

»Enseña a bautizar niños a la fe, y atribuye a esto la obra de la regeneración; confundiendo así la obra del Espíritu Santo con el rito externo del bautismo, y sobre esta base concede órdenes, y hace descansar todo su cristianismo. Hace depender toda la religión y la santidad, en ir a misa, y ha mezclado toda clase de ceremonias, judías, paganas y cristianas; y así el pueblo está privado de alimentos espirituales, apartado de la verdadera religión y de los mandamientos de Dios, y confiado en vanas y presuntuosas esperanzas. Todas sus obras son hechas para ser vistas de los hombres, y poder engullir con insaciable avaricia, y por eso todas las cosas se ponen en venta.

»Por lo que se ha dicho, podemos ver en qué consiste la perversidad y maldad del Anticristo, y que Dios manda a su pueblo separarse de él, y unirse a la santa ciudad de Jerusalén. Habiendo sido la voluntad de Dios que conociésemos estas cosas, por medio de sus siervos, creyendo que es su voluntad revelada, según las Sagradas Escrituras, y amonestados por los mandamientos del Señor, nosotros, interior y exteriormente, nos separamos del Anticristo».

De los escritos valdenses más notables, mencionaremos los siguientes:

La Barca. Contiene 56 estrofas de 6 versos cada una, representando la vida del creyente bajo la figura de una barca navegando hacia el puerto celestial. Los viajeros llegan salvos, solamente si toman a Jesucristo por piloto y confían en sus méritos. Es la misma idea que se expresa en nuestro himno titulado *La Nave Evangelista*.

Le Novel Sermón. Consta de 408 versos divididos en 21 párrafos. Llama la atención sobre los caminos engañosos del mundo y expone la necesidad de servir a Cristo. *Le Novel Confort.* Es una exhortación dirigida a los cristianos para que vivan separados del mundo, y demuestra que el Evangelio es el único camino seguro de salvación.

La Noble Leyczon. Consta de 479 versos. Es una exposición de las tres leyes dadas por Dios: la ley natural, la ley mosaica y la ley evangélica. Se presenta a los apóstoles de Cristo como modelos de abnegación y pobreza voluntaria. En sus días los que deseaban vivir piadosamente estaban constantemente expuestos a persecución, lo que se expresa en esta estrofa:

«Que non vogli maudir ni jurar, ni mentir,
N'occir, ne avoutrar, ne prendre de autrui,
Ne s'avengear deli suo ennemi,
Loz dison qu'es Vaudes e los feson morir».

Persecución de los Valdenses

La existencia de pueblos Valdenses en los valles protegidos por los Alpes data del año 1184, o sea, inmediatamente después de la excomunión de Luci III y la expulsión en Lyon, de los creyentes evangélicos. Pero las numerosas bandas de fugitivos vinieron una tras otra hacia los desfiladeros de los Alpes, bajo la presión de aquella terrible cruzada de 1208, que había segado más de sesenta mil víctimas en la Francia meridional. Mezclados a los Albigenses, varios Valdenses habían buscado su salvación en la huida.

Todos fueron acogidos bien por los señores locales, especialmente por los Condes de Lucerna, no por generosidad de sentimiento o simpatía religiosa, sino por interés, ya que necesitaban labradores para cultivar los agrestes lugares de los valles.

Por algunas décadas vivieron allí tranquilamente, pero el Papa Gregorio XI, no se cansaba de incitar a Amadeo VI de Saboya a combatir a los herejes.

En el invierno de 1386 el inquisidor Borelli, llegó con sus esbirros a la garganta de Castrieres, los habitantes aterrorizados retiráronse al monte Algergian; pero la nieve era mucha y el viento soplaba glacial en aquellas alturas de tres mil metros. Los fugitivos pasaron la noche al descampado, sin abrigo y no menos de ochenta niños murieron helados en los brazos de sus madres. Era la noche de Navidad. ¡Mientras que allá en el valle sus perseguidores se holgaban!...

En el siglo XV, se sucedieron algunos años de relativa calma y tolerancia, porque el primer duque de Saboya, Amadeo VIII, que fue Papa al final de su vida con el nombre de Félix V, trató de mitigar los rigores de la Inquisición. Hay que hacer honor a la verdad cuando ésta es favorable a nuestros oponentes.

Pero en 1484, Carlos I, hijo de la duquesa Yolanda aún imberbe, mas ya conocido por «El Guerrero», reunió sus tropas en Pinerolo y les dio órdenes de invadir el valle desalojando a los Valdenses. Las tropas del duque sumaban mil ochocientos hombres pero estaban reforzadas por un considerable número de voluntarios atraídos por la esperan-

za del saqueo. Los Valdenses tenían por únicas armas arcos y hondas, corazas de pieles y escudos de madera.

Los heroicos montañeses valdenses, resistieron tan valientemente la invasión que, después de infructuosos asaltos, Carlos I consideró oportuno entablar negociaciones de paz. Con tal motivo una delegación valdense fue recibida por él en su castillo de Pinerolo. En aquella entrevista se puso de manifiesto cómo eran engañados los príncipes por los partidarios de la intolerancia, pues Carlos Alberto les hizo preguntas ingenuas tal como si era verdad que sus hijos nacían con el aspecto de demonios, con un ojo en medio de la frente, cuatro hileras de dientes, y peludos como bestias salvajes, etc. Durante el coloquio pudo cerciorarse de lo absurdo de tales calumnias.

25

WICLIFE Y LOS LOLLARDOS

Wicliffe ha sido llamado «La estrella matutina de la Reforma», porque adelantándose dos siglos a su tiempo, anunció el glorioso amanecer de la verdad cristiana, tras la oscura noche del error y de la superstición de la Edad Media.

Sin embargo, es justo consignar que Wicliffe no fue el primero que predicó en Inglaterra el puro Evangelio de Cristo, sino que había sido precedido por lo menos en dos siglos por gentes más humildes. Por ejemplo: Se halla en los anales de la historia antigua de Inglaterra, el caso de unos treinta hombres y mujeres que hablaban la lengua alemana, descendientes de los Valdenses que aparecieron en Inglaterra allá por el año 1150 y pronto atrajeron la atención del gobierno por la singularidad de sus doctrinas y prácticas religiosas. Fueron aprehendidos y llevados ante un concilio del clero en Oxford. Interrogados acerca de su religión, su ministro, llamado Bernard, contestó que eran cristianos y creyentes en las doctrinas de los Apóstoles. Haciendo un examen minucioso de sus opiniones se vio que rechazaban muchas de las doctrinas en boga en la Iglesia Católica, adhiriéndose al Nuevo Testamento. «Cuando rehusaron abandonar, dice el cronista, estas herejías condenables, fueron entregados a los oficiales civiles para ser castigados. El rey Enrique II mandó que fueran sellados en la frente con hierro candente; azotados por las calles de Oxford llevando sus vestidos hasta la cintura. Después fueron echados al campo prohibiéndose a toda persona bajo las penas más severas ayudarles a socorrerles. Esta sentencia fue ejecutada con extremo rigor y siendo época de invierno todos estos desgraciados perecieron por el frío y el hambre».²³

Esto es lo que dice el cronista de la época, sin embargo, cabe la esperanza de que no sea la verdadera historia sino que desapareciendo de la vista del público, todos, 6 por lo menos algunos de aquellos intrépidos misioneros valdenses del siglo XI, pudieron sembrar ocultamente la Palabra de Dios. Que ellos u otros evangélicos procedentes del continente prosiguieron la obra, parece demostrarlo el extraordinario favor con que recibió el pueblo inglés las doctrinas de Wicliffe.

Este, que era catedrático de la Universidad de Oxford y director de uno de sus colegios, debió su notoriedad y su éxito en evitar la suerte de los mártires, a que, como en el caso de Lutero, algunos nobles se pusieron de su parte. Su afición al estudio de los Padres de la Iglesia y de las Sagradas Escrituras, le hizo merecer el título que sus contemporáneos le dieron de Doctor Evangélico.

Wicliffe comenzó por atacar los abusos del clero y muy especialmente los vicios de los frailes mendicantes; que, abandonando el espíritu de san Francisco de Asís, habían caído en la avaricia, la holgazanería y la soberbia.

«Cristo nos manda que demos limosna, decía, a los pobres, a los impedidos, a los ciegos; pero es olvidar este mandamiento, dado a unos hipócritas que se fingen necesitados siendo robustos y poseyendo grandes casas e inmensas riquezas, hermosos vestidos, joyas y objetos preciosos». También negaba el Purgatorio, la transubstanciación,

²³ «Martyr's Mirror», pág. 211, citado de «Beneg. hist.», pág. 394.

la invocación a los santos y la supremacía del Papa, todo lo cual decía no haberlo hallado en las Sagradas Escrituras.

En 1374 el rey Eduardo III, le envió a Flandes para gestionar con los delegados del Papa que se librara a Inglaterra de un pesado tributo impuesto por Roma en los días de Juan Sintierra. Aquellas negociaciones hicieron conocer a Wicliffe la avaricia de la Roma papal. Cuando volvió a Inglaterra no designaba al Papa con otro nombre que el de Anticristo.

No tardaron en venir de Roma bulas que ordenaban a Wicliffe comparecer ante una reunión de obispos en la catedral de San Pablo de Londres, para responder de sus herejías. Le acompañaron el duque de Lancaster y Taylor Percy, fieles amigos. Al principiar la vista se suscitó una violenta disputa entre Lord Percy y el obispo de Londres. Aristócrata y prelado se denostaron de tal manera que el pueblo se alborotó y hubo de levantarse la sesión sin haber hecho nada.

Un año más tarde fue citado Wicliffe ante el arzobispo de Canterbury, pero el pueblo estaba de su parte y sus enemigos no pudieron hacer otra cosa que amonestarle a que no predicara, sentencia que el fiel predicador evangélico no guardó por largo tiempo. El número de los partidarios de Wicliffe aumentaba sin cesar. Para hacer resaltar mejor el lujo y la falta de humildad de los sacerdotes católicos, los Wiclefistas iban con los pies desnudos y ropaje muy sencillo, lo que dio lugar a que los llamasen *lollards*. Wicliffe se dedicó entre tanto y con gran ilusión a la traducción del Nuevo Testamento. Es de esta época la anécdota en la cual se cuenta que disputando con un sacerdote fanático, le dijo: «Si Dios me da vida haré que el gañán que guía el arado conozca el Nuevo Testamento mejor que tú».

Lleno de excomuniones por los católicos, pero amado por los millares que habían encontrado en su predicación el conocimiento del Evangelio, murió pacíficamente en su parroquia de Lutterworth en el año 1385.

Un año después, los cristianos evangélicos conocidos con el nombre de Lollards, se dirigieron al Parlamento de Inglaterra pidiendo la reforma de la iglesia bajo la base de los artículos siguientes:

- 1.º Supresión del celibato de los sacerdotes.
- 2.º De la creencia en la transubstanciación.
- 3.º De los exorcismos.
- 4.º De los exagerados ornamentos eclesiásticos e imágenes.
- 5.º Del agua bendita.
- 6.º De las oraciones por los muertos.
- 7.º De las romerías y peregrinaciones.
- 8.º De las misas pagadas y otros negocios.
- 9.º De la confesión auricular y de otras cosas menos importantes.²⁴

Este programa tan completo de Reforma Religiosa, presentado por los Lollardos parece confirmar la hipótesis de que, los ingleses habían sido instruidos en la «Herejía de la Verdad» por los Valdenses del continente, los cuales proclamaban idénticos principios,

²⁴ Alfonso Torres de Castilla, «Historia de las Persecuciones», obra cit., pág. 831.

y ello habla en favor de la continuidad del movimiento evangélico de protesta desde los primeros siglos del Cristianismo.

Sin embargo, de no ser este el caso, probaría aún más que el estudio del Nuevo Testamento, leído sin prejuicios, produce siempre el mismo resultado de oposición a los dogmas y costumbres introducidos por el Romanismo en la fe cristiana.

Al empezar el siglo XV, Enrique IV de Inglaterra, se declaró abiertamente protector de los Católicos y empezó a perseguir a los Lollardos, o protestantes de su siglo, haciendo adoptar al Parlamento una ley por la cual se mandaba hacer una pesquisa para descubrir a todos los Lollardos del reino y entregarlos a disposición de los obispos de sus respectivas diócesis, quienes deberían juzgarlos y entregar a la autoridad civil a los que fuesen pertinaces para ser ejecutados. Los que abjuraban de su fe evangélica, o Wiclifista, como la llamaban sus enemigos, eran dejados en libertad; con lo que esta Inquisición inglesa se mostró mucho más benigna que la del continente que no perdonaba a los arrepentidos por temor a que volviesen a reincidir. Sin embargo, muchos fueron quemados vivos, lo que demuestra en cuánto apreciaban aquellos heroicos cristianos su fe evangélica, ya que no quisieron salvar sus vidas cuando tan fácil les era con una mentira.

Una de las víctimas más ilustres fue el conde Juan Oldcastle cuya historia es una verdadera odisea. Oldcastle se negó a dejarse juzgar por el obispo, cuya sentencia conocía de antemano, pidiendo ser juzgado por cien caballeros nobles como él, ante los cuales demostraría la razón de su fe evangélica. Como el rey no accediese a su petición se fortificó en uno de sus castillos. El obispo lo excomulgó y decretó su prisión, que fue llevada a cabo arteramente.

Oldcastle se defendió con argumentos que sirvieron sólo para confirmar su sentencia de muerte por hereje. El rey, empero, le concedió cuarenta días para arrepentirse, los cuales aprovechó para escaparse y empezar una guerra que le fue adversa. Después de cuatro años de hallarse refugiado en Gales fue otra vez aprehendido por traición. Colgáronlo desnudo y con las manos amarradas a la espalda, por la cintura, a una horca debajo de la cual encendieron una hoguera, y según las crónicas persistió hasta el último momento en las creencias a que debió su trágico fin, acaecido en el año 1418.

JUAN HUSS Y LOS HUSSITAS

El catolicismo romano se hallaba a principios del siglo XV dividido en tres facciones y ello no por motivos doctrinales, sino siguiendo las ambiciones de tres hombres que se titulaban papas a un mismo tiempo: Baltasar Cosa, llamado Juan XXII, en la ciudad de Roma; Angel Corario, llamado Gregorio XII, en Rímini y Pedro de Luna que se llamaba Benedicto XIII en el castillo de Peñíscola, en la costa levante de España, desde donde gobernaba las parroquias y conventos de Cataluña y Aragón, poniendo sus mutuas excomuniones y anatemas en perplejidad a los mejores católicos de todos los países.

Fue en este tiempo cuando cayeron en manos del célebre profesor de la Universidad de Praga algunos escritos de Wicliffe. El mismo hecho de que estos manuscritos llegaran tan lejos, en un tiempo cuando era tan difícil producir abundantes copias, y no menos expuesto llevarlas de un lado a otro de Europa, prueba cuán profundamente había arraigado el movimiento evangélico, aparentemente aniquilado en Inglaterra, y la tenacidad con que sus piadosos partidarios se esforzaban en proclamar las buenas nuevas en el continente.

Dícese que Juan Huss, quedó espantado de las doctrinas del heresiarca inglés, por su oposición a la fe tradicional del catolicismo romano, hasta el punto que aconsejó quemar los libros a un joven que le pidió su opinión acerca de ellos.

Pero Juan Huss era un cristiano recto y sincero, hecho de la madera de los héroes. Su piedad y su fervor religioso se habían manifestado en él desde su juventud. Dícese que leyendo una noche, cerca de su chimenea, la vida de san Lorenzo, puso su mano en el fuego para probar hasta dónde sería capaz de soportar los tormentos que sufrió el santo. No es extraño que un hombre de semejante temple fuera pronto ganado a la verdad evangélica proclamada en los escritos de Wicliffe, por el motivo de hallarse éstos tan bien fundados en las Sagradas Escrituras. Sin embargo, lo que menos pasaba por su imaginación era el presentarse como un reformador religioso. Condenaba más los abusos del clero que los mismos dogmas de la Iglesia. Estaba, empero, de acuerdo con Wicliffe en tres puntos principales.

Primero. En recurrir a las Sagradas Escrituras como única autoridad infalible.

Segundo. En la necesidad de restablecer la disciplina y las buenas costumbres del clero.

Tercero. En que no había poder espiritual en los sacerdotes por el mero hecho de serlo, sino cuando por su pureza de alma y de conducta demostraran poseer el Espíritu Santo.

El Papa Alejandro V publicó una bula condenando tales doctrinas. Juan Huss respondió con un escrito titulado «De Alejandro mal informado, a Alejandro informado mejor».

El arzobispo de Praga había exigido que todos los que tuviesen las obras de Wicliffe se las entregasen. Hicieronlo muchos y sin otra información hizo quemar 200 volúmenes bien escritos y encuadernados. Además hizo comparecer a Juan Huss ante sí. Este de-

claró: «Si por error o por olvido he hecho alguna cosa contraria a la fe cristiana yo prometo enmendarme». Cómo interpretaba Juan Huss su propia respuesta lo demuestra con lo que dijo en su primer sermón después de su entrevista con el arzobispo: «Esas sepulturas particulares, esos cirios encendidos y ese tañer de campanas, no sirven más que para llenar el bolsillo a los sacerdotes avaros, y a lo que llaman no es más que a confusión».

El arzobispo excomulgó a Huss y a toda la ciudad de Praga prohibiéndose celebrar la misa, bautizar a los niños y dar sepultura a los muertos en tanto que Huss permaneciese en ella. Esta sentencia, que hacía responsable a todo un pueblo de las ideas de un hombre, engendró un odio profundo contra el Papa. Huss tomó el partido de abandonar su capilla de Belén en aquella ciudad y retirarse a su pueblo natal. Desde allí escribió a sus discípulos:

«Sabed queridos míos que si me he separado de vosotros ha sido para seguir el precepto de nuestro Señor Jesucristo, para no dar a los malos ocasión de incurrir en una condenación eterna y pura liberar a los buenos de aflicciones... pero yo no os he abandonado para renegar de la verdad divina, por la cual, con la asistencia de Dios deseo morir».

La curiosidad por conocer al hereje y las mismas predicaciones de sus enemigos en su contra llevaban a Hussinetz un tropel de gente a las cuales predicaba el Evangelio. Maravillábanse de que un hombre tan modesto, tan grave y tan piadoso fuese considerado por el clero como un demonio y arrojado de la Iglesia.

En Praga la multitud pedía a gritos su predicador. Corrió la sangre, los sacerdotes fueron insultados y el arzobispo abandonó la ciudad para implorar el apoyo del nuevo emperador.

Juan Huss volvió a Praga donde continuó su predicación del Evangelio. El Papa Juan XXII, uno de los tres pretendientes al papado, había proclamado una bula en la que ofrecía indulgencia plenaria a los que se alistaran en una cruzada para luchar en contra del rey Ladislao que se oponía a sus pretensiones. Huss sintió ser un deber de conciencia amonestar al pueblo contra semejante abuso, y predicaba en los siguientes términos:

«Si no fue permitido a los discípulos el defender a mano armada a su Maestro, jefe de la Iglesia, contra los que se apoderaban de Él a viva fuerza, y el mismo san Pedro fue severamente reprendido por esta causa, ¿con cuánta más razón no deberá estar prohibido a un obispo hacer la guerra?»

Del mismo modo condenaba las indulgencias prometidas por tal motivo: «Dios sólo, decía él, puede perdonar los pecados de una manera absoluta, porque sólo El lee en los corazones y sabe si el pecador está realmente arrepentido». Después de citar a san Gregorio y a san Agustín, que declaran la imposibilidad de dar la absolución a ningún pecador, declara:

«Si pues, estos dos grandes santos no se atrevieron a perdonar los pecados, aun a los que habían hecho penitencia, ¿cómo el Papa Juan se atreve en su bula a prometer el más completo perdón y la recompensa de la salvación eterna a los que tomen parte en la cruzada contra el rey Ladislao y sus cómplices? Si a pesar del ejemplo de nuestro Señor Jesucristo el Papa combate por un poder temporal, es evidente que peca, lo

mismo que los que le asisten en la empresa. ¿Cómo podría ser válida la indulgencia concedida en gracia de cometer un nuevo pecado?»

Como la bula que condenaba a Ladislao a la excomunión se extendía a la tercera generación, Juan Huss la consideraba contraria al precepto de Dios que dice: «El hijo no llevará las iniquidades del padre» (Ezequiel 28), y añadía:

«Un hombre ha sido un malvado toda su vida, pero con tal que de dinero para que el Papa Juan XXIII haga la guerra a sus enemigos se salvará, y otro hombre que sólo cometió pequeños pecados, como no contribuye a la cruzada será condenado. De lo que resulta que si estos dos hombres mueren, el criminal se salvará y se condenará el justo. Si tales indulgencias fueran válidas en el tribunal del cielo, sería preciso pedir a Dios que siempre hubiese enemigos haciendo la guerra al Papa, para que siempre estuviese éste concediendo indulgencias por cuyo medio alcanzaran tan fácilmente los hombres la gloria eterna».

Poco más tarde escribió Juan Huss varios libros que le colocan indudablemente al lado de los cristianos evangélicos protestantes. Fue el primero un pequeño tratado titulado «Seis errores» que obtuvo gran popularidad en Bohemia. Otro que lleva por título «La abominación de los frailes», y otro que tituló «Miembros del Anticristo», violenta diatriba contra el Papa y su corte.

El Concilio de Constanza

En medio de tales circunstancias se reunió el famoso Concilio de Constanza en 1414 para extirpar la herejía que Juan Huss y sus sectarios predicaban y concluir con el cisma producido por la existencia simultánea de tres papas en la Iglesia. Concurrieron a este concilio treinta cardenales, veinte arzobispos, cien obispos, una multitud de abades y unos ochocientos curas. Había además gran número de condes y barones entre los que descollaba por su rango el emperador Segismundo.

Se requirió a Juan Huss comparecer ante el Concilio y éste se encaminó allí dominado por los más tristes presentimientos, aun cuando iba provisto de dos salvoconductos, uno de Wenceslao, rey de Bohemia y otro del emperador Segismundo.

Veintitrés días después de la llegada de Juan Huss a Constanza, dos obispos, acompañados del gobernador de la ciudad y de un caballero, se presentaron en la casa donde se hospedaba diciendo que eran enviados por el Papa y los cardenales para invitarle a ir en persona a dar cuenta ante ellos de sus doctrinas Juan Huss respondió:

«No he venido con la intención de defender mi causa privadamente delante del Papa, sino para comparecer ante el Concilio General y en presencia de todos responder sobre todos los puntos lo que Dios me inspire en su defensa; sin embargo, no me negaré a presentarme antes delante de los cardenales y si se condujeran mal conmigo, yo confiaré mi alma en manos de nuestro Señor Jesucristo y me consideraré más dichoso muriendo por su gloria que viviendo por negar la verdad tal como la enseñan las Sagradas Escrituras».

Y diciendo y haciendo los siguió hasta el palacio del Papa acompañado del noble Juan de Chlum.

Allí le interrogaron sin llegar a entablar discusión. Después le enviaron el fraile Didacus, el más sutil teólogo de la Lombardía, quien fingiéndose un hombre sencillo e ignorante le hizo varias preguntas capciosas sobre la transubstanciación y la divinidad de Cristo, que Juan Huss evitó.

Hasta las cuatro de la tarde permanecieron en el palacio papal, a cuya hora presentóse el preboste de la corte pontificia y dijo al noble Chlum que podía marcharse libremente, mas que Huss quedaba preso.

Fuera de sí de cólera e indignación, Chlum se quejó amargamente de la emboscada que se había tendido a su amigo con menosprecio de su palabra y de la del emperador. Pero Juan Huss fue mantenido preso y ocho días después fue trasladado a un calabozo en el convento de los Dominicos, el cual se hallaba inmediato a un receptáculo de inmundicia, por lo cual el fiel mártir de Jesucristo fue acometido de una fiebre violenta que amenazó su vida. Chlum lo puso en conocimiento del emperador, quien dio orden de que fuese puesto en libertad de inmediato y que si había resistencia de parte de los frailes fueran rotas las puertas. Pero éstos hallaron manera de que estas órdenes nunca fuesen cumplidas.

Cuando se supo en Praga la prisión de Juan Huss la emoción fue general. Muchos nobles e intelectuales escribieron al emperador recordándole su salvoconducto; pero sus enemigos no eran menos activos y trataron de convencerle de que no estaba obligado a sostener la palabra dada a un hombre acusado de herejía, y que el Concilio podía dispensarle del cumplimiento de su promesa.

Privado el noble reformador de toda comunicación libre, acabado por males físicos y morales, pidió que le concedieran un defensor, pero le fue respondido que según los cánones era un crimen la defensa de un hombre acusado de herejía. «He pedido a los comisarios —decía Juan Huss— que me concedan un abogado; me lo han ofrecido primero; pero me lo han negado después. Yo pongo mi confianza en el Señor Jesucristo; que El sea mi abogado y mi juez».

Su humildad y resignación le ganaron las simpatías de sus mismos carceleros que acudían a pedirle instrucción y consejo. A su petición escribió algunos tratados, como los que llevan por título: «Los diez Mandamientos»; «La Oración Dominical»; «El Matrimonio»; «Los tres Enemigos del hombre»; y «Del Cuerpo y de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo», en cuyas portadas se leen los nombres de Roberto, Gregorio y Jaime, que eran los carceleros a cuya petición los había escrito.

Tres meses hacía que el reformador bohemio se hallaba preso cuando un suceso extraordinario vino a agravar su situación. El 20 de marzo de 1415, el Papa Juan XXII temeroso de que el Concilio le fuera adverso y le condenara, ya que había abundantes razones para ello se escapó disfrazado, en medio de una fiesta dada a propósito por el archiduque de Austria, bajo cuya protección se puso en su villa de Schaffhausen.

Aquella fuga daba la razón a Juan Huss sobre mucho de lo que había escrito en contra del papado. ¡Qué oportunidad se presentaba entonces al Concilio para emprender una verdadera reforma religiosa, libertando a Huss y buscando en las Sagradas Escrituras la norma de conducta a seguir! Pero no fue así. Los orgullosos cardenales y prelados

que vieron escaparse el Papa de sus manos procuraron desquitarse de su contrariedad ensañándose contra el otro «enemigo de la Iglesia», que había quedado bajo su poder y pusieron a Huss mejor custodiado en las prisiones del castillo de Gottleben que alza sus siniestras torres a orillas del Rin. En una de ellas fue encerrado, pusieronle grillos en los pies y de noche lo amarraban a una cadena sujeta en la pared.

Prisión de Jerónimo de Praga

Se presentó entonces al Concilio la ocasión de duplicar la injusticia que se cometía con Juan Huss en la persona de su fiel discípulo Jerónimo de Praga. Este era un conocido doctor, profesor de varias Universidades de Europa y ardiente partidario de la fidelidad evangélica.

Conmovido por la suerte desgraciada de su amado maestro, deseaba acudir a Constanza para defenderlo, esperanzado con la idea de que su elocuencia acrecentada por su amor fervoroso y la justicia de su causa, había de triunfar en el Concilio. El mismo Huss en sus cartas le exhortaba a permanecer en Praga, pero llevado por su lealtad acudió solo y sin salvoconducto, mezclándose entre la multitud y sin darse a conocer. Los más siniestros rumores le dieron a comprender que eran vanas sus ilusiones. Decíase que Juan Huss no sería admitido en el Concilio; que le juzgarían en secreto, que sólo saldría para morir, y se fugó de la ciudad conociendo lo peligroso de su situación. No desistiendo empero, todavía, de su propósito, detúvose en Uberlinge, desde donde escribió al emperador pidiéndole un salvoconducto para acudir a defender a su maestro. Este se lo negó, convencido de su impotencia moral para hacerlo efectivo, y concediósele el Concilio en tal forma que viniese a ser una trampa para el incauto discípulo; pues el salvoconducto aseguraba libertad para entrar y salir de Constanza: «Salvo, sin embargo, la justicia y en tanto que de nosotros depende y que lo requiere la fe ortodoxa». Jerónimo comprendió que semejante documento no era una garantía y volvióse triste a Bohemia. Pero había cometido la imprudencia de dar a conocer su paradero a sus enemigos, y apenas reanudado el viaje fue preso y llevado a Constanza amarrado en una carreta.

La prisión de Jerónimo fue una prueba cruel para Juan Huss. Se les negó el consuelo de estar juntos en la prisión; mas el carácter del mártir se enaltecía con la prueba. Su resignación y su dulzura estuvieron a la altura de su desgracia. Si la indignación se había manifestado en otros tiempos en algunos de sus actos o escritos, las virtudes opuestas vinieron a ocupar su lugar a medida que fue mayor el rigor de sus enemigos. Constantemente citaba en sus cartas las palabras de Jesucristo: «Gozaos y alegraos cuando os persiguieren por mi causa, etc». «Estas palabras del Salvador, decía, son un gran consuelo para mi».

Juan Huss ante el Concilio

Nueve meses hacía que el noble mártir de Cristo languidecía en su prisión cuando fue presentado ante el Concilio. Trajeron algunos de sus libros y dijéronle si los reconocía como suyos. Los examinó y dijo:

«—Míos son, y si alguno de vosotros me hace ver en ellos alguna proposición errónea la rectificaré con la mejor voluntad».

Empezó la lectura y la acusación. Quiso Huss responder, mas apenas había dicho una palabra cuando se levantaron de todas partes tan confusos clamores que fue imposible oír lo que decía. Cuando se apaciguó el tumulto, hizo Juan Huss una cita de los Santos Evangelios- pero interrumpiéronle de nuevo, diciendo:

«—Esa no es la cuestión».

Unos le acusaban, burlábanse otros, y él tuvo que guardar silencio.

«—Ved —decían— cómo calla; claro es que ha enseñado esta proposición herética».

A lo que él respondió

«—Yo esperaba aquí otro recibimiento; creí que sería escuchado. No puedo dominar tanto ruido, pero si me escucharan hablaría».

Mas el ruido continuaba y los mismos padres del Concilio no se entendían entre sí, por lo que hubo que levantarse la sesión.

Los amigos de Huss escribieron lo ocurrido al emperador Segismundo, y éste, a pesar de su repugnancia por entender en el asunto, presidió la próxima sesión. En ella Juan Huss negó haber predicado y enseñado las doctrinas de Wicliffe, pues efectivamente no había llegado tan lejos en el camino de la reforma evangélica como el célebre reformador inglés. Se le acusó por haberse opuesto a la condenación y quema de sus libros y dijo valientemente:

«—He rehusado reconocer por falsos y escandalosos todos los artículos extraídos de las obras de Wicliffe porque muchos de entre ellos los tengo por verdaderos».

Dijo también que no había aprobado la condenación de dichos libros porque no se hizo con razones sacadas de las Santas Escrituras.

Le acusaron de haber puesto en duda la condenación eterna de Wicliffe, a lo cual replicó:

«—He aquí mis palabras: Yo no puedo afirmar si Wicliffe se condenará o se salvará; mas quisiera, sin embargo, que mi alma estuviere donde está la suya».

También se le acusó de orgullo por haber dicho que si no hubiera venido de su voluntad al Concilio nadie habría podido sacarle de Bohemia. A lo que su amigo Juan de Chlum replicó por él diciendo:

«—Juan Huss ha dicho la verdad. Comparado con lo que otros pueden yo no valgo gran cosa en Bohemia, y sin embargo, si me hubiese puesto en ello no me habría sido difícil defenderlo un año entero contra estos grandes soberanos. ¿Qué habrían hecho los señores que son más fuertes que yo y disponen de fortalezas inexpugnables?»

La próxima guerra de los hussitas que la condenación de Huss provocó, demostró la realidad de esta afirmación.

El emperador le exhortó a someterse y Juan Huss respondió:

«—Magnánimo emperador, daré gracias a V. M. por el salvoconducto que me ha concedido.

Y tras esta sutil ironía añadió:

«—Yo no he venido aquí, excelentísimo Príncipe, con la intención de sostener nada tercamente; que me enseñen cualquier cosa demostrándome ser mejor y más santa que lo que yo he enseñado y estoy pronto a retractarme».

Pero nadie estaba dispuesto a emprender semejante demostración y apenas dichas estas palabras terminó la segunda sesión.

En la tercera sesión le presentaron 26 artículos que declararon contrarios al dogma de la Iglesia. Huss reconoció como auténticamente suyos 21 y dio acerca de ellos explicaciones que no satisficieron al Concilio. Acerca del artículo que se refería al gobierno de la Iglesia dijo:

«—Yo afirmo que la Iglesia fue mucho mejor gobernada en tiempos de los apóstoles que hoy. Y ¿quién impediría a Jesucristo que la gobernase hoy por medio de sus verdaderos discípulos sin necesidad de esos jefes monstruosos? Pero ¿qué digo? La Iglesia está hoy sin cabeza visible (refiriéndose a la fuga y reposición de Juan XXII decretada por el Concilio) y, sin embargo, Jesucristo no deja de gobernarla».

El emperador le amenazó con la hoguera a él y a su discípulo Jerónimo, con objeto de intimidarle, pero su amenaza produjo efecto contrario, pues respondió poco después:

«—Como he apelado a Jesucristo, el Juez Todopoderoso, me atengo a su sentencia, seguro de que no me juzgará ni por falsos testimonios, ni según Concilios sujetos a error, sino según la verdad».

En una carta que escribió a sus amigos de Bohemia, decía:

«Amados míos, os conjuro que obedezcáis a Dios y que glorifiquéis su palabra... cuando con la ayuda de Cristo nos volvamos a ver en la dulce paz de la vida futura sabréis hasta qué punto se ha mostrado Dios misericordioso conmigo y cómo me ha sostenido en medio de mis pruebas y tentaciones. Nada sé de mi buen amigo Jerónimo si no es que está como yo preso por causa de su fe y esperando la muerte... Rogad a Dios por nuestros enemigos. Amaos los unos a los otros, no apartéis a persona alguna de la verdad divina».

Entre los que emplearon toda su influencia para obtener la retractación de Juan Huss, el emperador fue uno de los primeros a causa del compromiso de su salvoconducto. Pero todo fue en vano; ni súplicas, ni seducciones ni amenazas, pudieron conmovier al valiente testigo de Cristo.

El emperador suplicó a sus amigos Juan Chlum y Wenceslao Duba que acompañados de cuatro obispos viesan a Juan Huss e inclinasen su ánimo a la sumisión. Juan Chlum le dirigió la palabra en la siguiente forma:

«—Querido maestro: yo no soy un hombre docto ni puedo auxiliáros con mis consejos. Vos debéis saber lo que os conviene y si sois o no culpable de los errores que os imputan. Si estáis convencido de haber errado no tengáis vergüenza en ceder, pero si en según vuestra conciencia os reconocéis inocente tened cuidado no abandonéis el sendero de la verdad por temor de la muerte».

Juan Huss respondió derramando un torrente de lágrimas:

«—Generoso señor y noble amigo, tomo por testigo a Dios Todopoderoso de que si yo supiera que había enseñado o escrito cosa alguna contraria a la doctrina ortodoxa de la Iglesia me retractaría con la mejor voluntad. Yo no deseo más que instruirme mejor en las Sagradas Letras».

«— ¿Creéis —le dijo el obispo— ser vos más sabio que todo un Concilio?»

«—Yo os pido en nombre de Dios Todopoderoso —respondió Juan Huss— que me deis para instruirme según la divina palabra el que consideréis menor en el Concilio. Yo suscribiré lo que dirá según las Escrituras y el Concilio quedará satisfecho».

«—Ved —dijeron los obispos— como es pertinaz en su herejía».

Marcháronse y Juan Huss volvió a ser conducido a su calabozo.

Martirio de Juan Huss

El 6 de julio de 1415 compareció Juan Huss por última vez para escuchar su sentencia. Se leyeron los treinta artículos, sobre los cuales quiso Huss hablar separadamente, pero no se lo permitieron diciendo que debía responder de todos de una sola vez. A lo que Huss replicó que le sería imposible un esfuerzo de memoria tan grande.

Como el cardenal de Florencia diera orden a los ujiers del Concilio para que le obligaran a callar, arrodillóse Juan Huss y elevando las manos al cielo encomendó su causa al soberano Juez del universo.

Como le acusaron de haber despreciado la excomunión del Papa dijo:

«—No la he despreciado; pero como no la creí fundada continué las funciones de mi sacerdocio. Envié a Roma mis procuradores y fueron presos, arrojados y maltratados. Por eso he venido a este Concilio libre y espontáneamente, bajo la garantía de un salvoconducto del emperador que está presente».

Al decir estas últimas palabras Juan Huss miró fijamente al emperador, al cual le subieron los colores a la cara ruborizándose hasta el punto de atraer sobre sí las miradas de todos los concurrentes.

Entonces empezó la ceremonia de la degradación. Lo revistieron con los hábitos sacerdotales y le pusieron un cáliz en la mano como si debiera celebrar misa.

Los obispos lo hicieron bajar de su banquillo y le arrebataron de las manos el cáliz diciendo:

«—¡Oh Judas maldito!, que abandonando el concilio de la paz has entrado en el de los judíos; nosotros te arrebatamos este cáliz lleno de sangre de Jesucristo».

«—Yo espero en la misericordia de Dios —respondió Juan Huss— que desde hoy beberé de su cáliz en su reino y que en cien años responderéis ante Dios y ante mí».

Los vestidos sacerdotales le fueron arrebatados con el mismo ceremonial y variedad de maldiciones. Cuando estuvo despojado le rasparon con una navaja las yemas de los dedos y en lugar de la tonsura le pusieron en la cabeza una corona piramidal de papel en el que había pintados diablos espantosos con esta inscripción en medio: «EI HERESIARCA». Entonces, los prelados le dijeron:

«—Animam tuam diabolis commendamus».

Pero Juan Huss encomendó su alma a Dios y dijo en voz alta:

«—Yo llevo con alegría esta corona de oprobio por amor del que por mí la llevó de espinas».

Marchó al suplicio seguido de los príncipes, escoltado por ochocientos hombres armados y rodeado de un pueblo inmenso.

Al pasar delante del palacio episcopal Juan Huss vio una gran hoguera en la que se quemaban sus libros y se sonrió al contemplarla.

Cuando llegó al lugar del suplicio Huss se arrodilló y rezó algunos salmos frente a la hoguera. El sacerdote destinado a confesarlo le dijo que abjurara sus errores a lo que Huss respondió:

«—No me siento culpable de ningún pecado mortal y pronto a comparecer ante Dios no compraré la absolución sacerdotal con un perjurio».

Quiso hablar al pueblo en alemán pero el elector palatino se opuso.

Mientras oraba con los ojos alzados al cielo pidiendo el perdón de sus enemigos, cayósele la corona de papel, pero los soldados la recogieron y se la volvieron a poner diciéndole que debía ser quemado con los diablos a quienes había servido.

Clavaron en tierra una gran estaca a la cual le amarraron, y como por casualidad estaba con la cara vuelta al oriente algunos tuvieron reparo en ello por ser hereje y le volvieron hacia el occidente.

El elector palatino invitó por última vez a retractarse pero él respondió:

«—Tomo a Dios por testigo de que nunca he enseñado herejía. Mis discursos y mis escritos han sido hechos con el único objeto de arrancar las almas de la tiranía del pecado. Por esto yo sellaré alegremente hoy con mi sangre la verdad que he enseñado, escrito y publicado y que está confirmada por la Ley Divina y por los santos padres».

Al encenderse la hoguera Huss exclamó:

«—Jesús, hijo del Dios vivo, ten piedad de mí».

Y en medio de sus crueles tormentos se puso a cantar un himno.

Las llamas lo rodearon por todas partes y todavía se le vio durante algún tiempo moviendo los labios como si orara, aunque el ruido y chisporroteo de la hoguera impedían oírlo.

A medida que consumidos por el fuego se desprendían los miembros del tronco, los verdugos los metían de nuevo entre las llamas hasta que no quedaron más que cenizas que fueron después arrojadas al río.

Cuando la noticia del suplicio de Juan Huss llegó a Praga, la multitud exasperada corrió a la capilla de Belén y honró como a un mártir y un santo a su predicador quemado en Constanza.

Reunióse la Universidad de Praga y sus doctores dirigieron un mensaje a Europa entera apelando ante ella de la sentencia del Concilio.

Los barones y nobles de Bohemia redactaron otro documento empleando un tono más fiero, el cual terminaron con las siguientes palabras: «Y declaramos además que a pesar de todas las leyes humanas sostendremos a los predicadores humildes, adictos y fieles, que anuncian la palabra de nuestro divino Señor Jesucristo y que los defendemos sin miedo hasta derramar nuestra sangre». Cincuenta y cuatro firmas se pusieron al pie de este documento.

Martirio de Jerónimo de Praga

La carta de los señores de Bohemia produjo en el concilio una viva agitación, moviéndoles a renovar sus esfuerzos para que Jerónimo abjurara.

Seis meses hacía que languidecía Jerónimo cargado de cadenas, sumergido en un profundo calabozo tan infecto que los pies se le habían llenado de úlceras sin curarlo. Le

metieron entonces los pies en un cepo más alto que su cabeza en una posición penosísima y en tal estado le propusieron el dilema de abjurar o de ser quemado vivo.

Jerónimo firmó un escrito sometiéndose al Concilio y condenando los artículos de Wicliffe y de Juan Huss exceptuando las santas verdades que estos santos hombres hubiesen enseñado, y añadiendo frases elogiosas para su noble maestro. Estas restricciones disgustaron a sus jueces, que exigieron una retractación más terminante; recobrando entonces nuevo vigor se negó a darla y pidió una audiencia pública para exponer en ella todo su pensamiento.

«—De todos los pecados que he cometido desde mi juventud, ninguno me causa más crueles remordimientos que el que cometí aprobando la inicua sentencia dada contra Wicliffe y contra el santo mártir Juan Huss, mi maestro y mi amigo. Sí, lo confieso y lo digo con horror, he flaqueado vergonzosamente por miedo a la muerte condenando su doctrina que tengo por verdadera y pido al Dios Todopoderoso que se digne perdonar mis pecados y éste, sobre todo, que es el más grave, según las promesas que nos tiene hechas diciendo que no quiere la muerte sino el arrepentimiento del pecador.

«—No habéis condenado a Wicliffe y a Juan Huss porque hubiesen quebrantado la doctrina de la Iglesia, sino porque condenaron los escándalos del clero, el fausto, el orgullo y los vicios de los prelados y de los sacerdotes».

«—El se condena a sí mismo —exclamaron de todas partes—. ¿Qué más pruebas se necesitan que sus propias palabras?»

Cuando se apaciguó el tumulto, Jerónimo continuó así:

«—Si en efecto sois hombres sabios y las luces del mundo, tened cuidado de no pecar contra la justicia. Yo no soy más que un débil mortal, mi vida vale poca cosa, y cuando os exhorto a no dar una sentencia inicua, lo digo más por vosotros que por mí mismo.

«— ¿Pensáis que temo la muerte? Me habéis tenido un año entero encerrado en un calabozo más horrible que la muerte misma, me habéis tratado peor que si fuese un turco, un judío o un pagano. Mi carne se ha podrido viva sobre mis huesos, y sin embargo no me quejo; pero me sorprende que se tenga conducta tan bárbara con un cristiano.

»Reverendos padres: Muchos hombres excelentes sufrieron en todos los tiempos tratamientos indignos y se vieron oprimidos por falsos testigos y condenados por jueces perversos».

Refirió a continuación la muerte de Sócrates, la cautividad de Platón, la fuga de Anexágoras, los tormentos de Zenón y de otros muchos grandes hombres del tiempo gentil. Enumeró enseguida los males de Moisés, las pruebas de José, de Isaías, de Daniel y de casi todos los profetas, víctimas de resentimientos injustos, y llegando a los santos de la nueva Alianza mostró a San Juan Bautista y al Redentor mismo condenados por falsos testimonios.

Expuso después los motivos porqué declaraban contra él diversas personas, y refiriéndose a las acusaciones de herejía, declaró que, en la Iglesia Primitiva, los doctores más sabios y más santos habían profesado diversas opiniones respecto a la doctrina, sin que esas disidencias produjesen la ruina, sino por el contrario, el progreso de la fe. San Agustín y san Jerónimo pensaron de diversa manera, y manifestaron libremente sus

opuestas opiniones sobre objetos importantes de la fe, sin que por eso se acusaran de herejes ni pretendieran quemarse el uno al otro.

En cuanto a Juan Huss insistió:

«—Le he conocido desde su infancia y jamás vi en él pensamiento ni acción mala. Fue un hombre excelente, un justo, un santo. Fue condenado a pesar de su inocencia y subió al Cielo como Elías de en medio de las llamas y desde allí hará comparecer a sus jueces ante el temible tribunal de Jesucristo. También yo estoy pronto a morir y no retrocederé ante el suplicio que preparan mis enemigos y esos testigos impostores, que darán un día cuenta de sus imposturas ante el gran Dios a quien nadie puede engañar».

«Su voz —dice Pogge— era conmovedora, sonora y clara; su actitud elocuente y digna». Estaba de pie en medio de todos con el semblante pálido pero rebosando energía. Respondía a todas las interrupciones, a todos los argumentos, con claridad y resolución; y cuando después de un larguísimo debate no pudo quedar la menor duda sobre la pertinencia en sus doctrinas anticatólicas, lo llevaron de nuevo al calabozo donde lo amarraron y cargaron de cadenas con más rigor que antes.

Cardenales y obispos lo visitaron en su calabozo conjurándole a que salvase su vida abjurando las doctrinas de Juan Huss.

«—Yo las abjuraré —respondió—, si con las Sagradas Escrituras me demostráis que son falsas.

«—¿Hasta tal punto sois vuestro propio enemigo? —le dijeron los obispos.

«—¡Cómo! ¿No sabéis —replicó Jerónimo— en vuestra calidad de sacerdotes, que Cristo ha dicho: “El que no se niega a sí mismo por causa de Mí no es digno de Mí”?»

El cardenal de Florencia le visitó y le dijo:

«—Jerónimo, vos sois un hombre sabio a quien Dios ha colmado de sus más grandes dones; no los empleéis en vuestra perdición sino en bien de la Iglesia. El Concilio tiene compasión de vos y teniendo en cuenta vuestro raro talento sentiría teneros que enviar al suplicio».

«—La única gracia que pido —respondió Jerónimo— y la que he pedido siempre es la de ser convencido por las Santas Escrituras. Este cuerpo miserable que ha sufrido ya males tan espantosos, sabrá soportar la muerte entre los horrores de la hoguera por amor de Jesucristo».

«—¿Os creéis más sabio que todo el Concilio?»

«—El que desea instruirse —respondió Jerónimo— no está infatuado con su propia sabiduría.

«—¿Y de qué manera queréis que se os instruya?»

«—Por las Santas Escrituras, que son nuestro lábaro».

«—Pero, ¿no es preciso recurrir a los santos padres para interpretarlas?»

«—¡Qué oigo! —exclamó Jerónimo—. Las interpretaciones de los hombres son ya más dignas de fe que la Santa Palabra del Señor. ¡Sagrados escritos inspirados por el Espíritu Santo, ya los hombres os estiman menos que los que ellos forjan todos los días! ¡Bastante he vivido, gran Dios! ¡Recibe mi vida Tú que has podido dármela!»

«—¡Hereje! —dijo el cardenal—. El diablo se ha apoderado de tu alma y me arrepiento de haber suplicado por ti durante tanto tiempo».

Se repitió con Jerónimo la misma ceremonia que había tenido lugar con Juan Huss y, extraña coincidencia, cuando vio traer la corona de papel llena de imágenes de demonios, tiró su sombrero al suelo, la agarró, se la colocó el mismo en la cabeza y repitió palabras muy semejantes a las que Huss había pronunciado en igual ocasión.

«—Jesucristo —dijo— llevó por mí una corona de espinas, yo llevaré esta de buena gana por su amor».

Le condujeron al suplicio rodeado de soldados. Durante el camino recitó con voz firme, los ojos elevados al cielo, el Credo de los apóstoles y se arrodilló con fervor ante el poste en el que iba a ser atado. Todavía oraba cuando los verdugos se apoderaron de él y lo amarraron.

Jerónimo cantó el himno *Salve, festa dies, toto venerabilis oebo*.

Viendo a un labrador que traía un haz de leña para la hoguera sonrió y dijo:

«—Oh, santa simplicidad. El que abusa de ti es aún más culpable que tú».

Como el verdugo encendía la hoguera por detrás, Jerónimo le dijo:

«—Adelante sin miedo, que si yo lo tuviera no estaría aquí».

Después exclamó:

«—Señor, ten piedad de mí y perdóname mis pecados. Tu sabes que siempre he amado la verdad».

Arrojaron sus cenizas al río; mas a falta de otra cosa, sus amigos llevaron a Bohemia la tierra sobre la que su suplicio había tenido lugar.

La guerra de los hussitas

La muerte de Jerónimo llevó a su colmo la irritación de los bohemios. La universidad, por decreto, estableció la comunión bajo las dos especies. En las iglesias no se oyeron más que lamentaciones. Señalaron un día festivo a la memoria de Juan y Jerónimo. Acuñaron monedas con sus efigies, los lloraron y pusieron sus imágenes sobre altares, aunque sin celebrarles misas.

Reuniéronse los grandes del reino y enviaron una diputación al rey pidiéndole que viniese a la capital a conjurar la tormenta.

Pero en su lugar llegó el cardenal Juan Domingo, legado de Martín V, encargado de la ejecución de los 24 artículos del Concilio y de la bula del Papa. Este inquisidor recurrió a las hogueras para convencer al pueblo de sus errores.

La cólera del pueblo desbordó entonces por todas partes. Ciska, el gran guerrero de Bohemia apareció como encarnación de la rebelión armada y tirando de la invencible espada no volvió a envainarla más.

Uno de los motivos porque fue condenado Huss, fue por haber sostenido la doctrina de la comunión en las dos especies, tal como la instituyó Jesucristo. Pues bien, Ciska muestra un cáliz a su ejército diciendo: «Ved aquí nuestro estandarte». Desde entonces éste es el emblema que lleva a los bohemios a las más grandes proezas. No tiene más que gente de a pie y por un golpe de mano arrebató mil caballos al emperador. Sube con sus soldados a una montaña y les dice: «¿Queréis casas? Pues levantad aquí vuestras tiendas y que este campo se convierta en una ciudad». Y en efecto, en ella se fundó la inexpugnable ciudad de Tabor.

El Papa Martín V hizo predicar una cruzada contra Bohemia y más de 140.000 hombres de las naciones alemanas se dirigieron contra Praga. A la llamada de Ciska acuden bajo sus banderas el pueblo, la universidad, la Bohemia entera.

Al principio de la guerra el emperador Segismundo llegó hasta las puertas de Praga; mas rodeado y acometido por los bohemios, se vio obligado a abandonar como fugitivo el reino en que entrara como amo.

Por fin el rey invitó a los bohemios a hacer la paz asegurando a los representantes que vinieran al gran Concilio de Basilea libertad para celebrar el culto según sus costumbres y que no se permitiría a los católicos predicar en contra de los principios evangélicos de los hussitas, mientras éstos permaneciesen en la ciudad.

Los hussitas no parecían muy dispuestos a tratar con los que habían condenado a sus maestros Juan y Jerónimo; mas por fin cedieron a tales instancias y entraron en Basilea formando una cabalgata de más de 300 caballeros, y la manera como fueron recibidos y tratados por los representantes de la Iglesia Católica y por el rey ofrece un curioso contraste con la humilde situación de su maestro. Se les escuchó en muchas conferencias públicas y particulares y tres años después se firmó un concordato entre el Concilio y los estados de Bohemia. Se les concedió completa libertad de cultos y que no se restablecerían los conventos ni se llamaría a los religiosos expatriados.

Estas promesas no fueron observadas largo tiempo por el rey Segismundo y sus sucesores, pero jamás han podido borrar las huellas del martirio de Juan Huss y de Jerónimo.

Cien años más tarde los evangélicos bohemios, recibieron gran aliento con el movimiento religioso triunfante de Lutero. Completados y perfeccionados los principios de su fe evangélica por el constante estudio de las Sagradas Escrituras, han sido una bendición espiritual para el mundo entero, siendo conocidos bajo el nombre de «Hermanos Moravos».

Carlos Wesley, el fundador del gran movimiento religioso metodista del que nos ocuparemos más adelante, fue convertido a Dios por los hermanos moravos. Ellos fueron, asimismo, los primeros en mandar misioneros a muchos países paganos. En el año 1822 ya habían mandado 2.170 misioneros a predicar el Evangelio en diferentes partes del mundo y especialmente al territorio inhospitalario de Groenlandia, en el Polo Norte.

CRISTIANOS EVANGÉLICOS DENTRO DE LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA

Tenemos que volver un poco atrás en el tiempo para poder incluir en este capítulo a los hombres de tendencia evangélica que vivieron antes que los reformadores de Bohemia, Juan Huss y Jerónimo de Praga.

El caso es que la relajación de la disciplina en la sede romana favoreció el que pudiesen brillar dentro de la misma Iglesia Católica personas fieles, que profesaban las doctrinas del Nuevo Testamento, y hasta se atrevían a protestar de las innovaciones del catolicismo sin que fueran objeto de la persecución que hubieran sufrido en otros tiempos, debido a que los altos dignatarios de la Iglesia Católica se hallaban demasiado ocupados en sus propias luchas políticas y en su vida depravada para prestar la debida atención al gobierno de la iglesia. En su obra: «La marcha del Cristianismo», escribe el historiador argentino Juan Varetto: «Muchas mentes se rebelaron secretamente en este oscuro período, a causa de los mismos absurdos inculcados como parte de la fe cristiana». Las leyendas y milagros mentirosos que se atribuían a imágenes y reliquias de un modo exagerado y escandaloso, no llegaron a convencer los mejores servidores de Cristo que en la paz y reposo de los conventos, o en sus mansiones particulares bebían directamente de las fuentes puras de la Sagrada Escritura, la cual algunos de aquellos piadosos varones se esforzaban en copiar e ilustrar con una paciencia y arte que nos admira, cuando los contemplamos hoy en los grandes museos.

CLAUDIO DE TURÍN

Este piadoso obispo nació en España en 832, o sea, 700 años antes de Lutero y la Reforma y fue discípulo del no menos famoso, por su fe evangélica, Félix, obispo de Urgel, quien le inició en el estudio del Nuevo Testamento y le enseñó a odiar la idolatría y superstición reinante. Claudio, rechazaba las tradiciones que no estaban de acuerdo con el Evangelio, y entre otras cosas las oraciones por los muertos, el culto de la cruz y de las imágenes, y la invocación de los santos, a la vez que condenaba la exagerada veneración al Papa y las peregrinaciones a Roma como medio para obtener la remisión de Pecados. ¿No era un verdadero protestante dentro de la Iglesia Romana?

«—Yo no establezco una nueva secta —escribía al abate Teodomiro— sino que predico la verdad pura, y tanto como me es posible, reprimo, combato y destruyo las sectas, los cismas, las supersticiones y las herejías; lo que nunca dejaré de hacer con la ayuda de Dios. Constreñido a aceptar el episcopado he venido a Turín donde encontré todas las iglesias llenas de abominaciones e imágenes, y porque empecé a destruir lo que todo el mundo adoraba, todo el mundo se ha puesto en mi contra diciendo: "no creemos que haya algo de divino en la imagen que adoramos sólo la reverenciamos en honor de aquella persona que representa» y contestó—: Los que han abandonado el culto de los ídolos, sólo han cambiado los nombres... si hubiese que adorar a los hombres sería mejor adorarlos vivos, mientras son la imagen de Dios y no después de

muerdos cuando se parecen a piedras; y si no es lícito adorar las obras de Dios, menos se deben adorar las de los hombres».

Combatiendo la adoración de la cruz, dice en otro lugar:

«—Si tenemos que adorar la cruz porque Jesucristo estuvo clavado en ella, debemos adorar muchas otras cosas... que adoren los pesebres porque Jesucristo al nacer fue puesto en un pesebre, que adoren los pañales porque Jesucristo fue envuelto en pañales; que adoren los barcos porque Jesucristo enseñaba desde un barco».

Condenando las peregrinaciones a Roma y la confianza de la gente en la protección papal decía:

«—Volved a la razón, miserables transgresores. ¿Por qué crucificáis de nuevo al Hijo de Dios exponiéndolo a ignominia...? Sé bien que entienden mal este pasaje del Evangelio: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y yo te daré las llaves del Reino de los Cielos». Es apoyándose locamente sobre esta palabra que una multitud ignorante, estúpida y destituida de toda inteligencia espiritual, acude a Roma con la esperanza de obtener la vida eterna. Ciegos, volved a la luz, volved a Aquel que alumbraba a todo hombre que viene a este mundo. Vosotros aunque seáis numerosos, estáis en las tinieblas y no sabéis a dónde váis, porque las tinieblas han cegado vuestros ojos».

La actividad literaria de Claudio fue grande, sobre todo en la publicación de comentarios a libros de la Biblia. Es de suponer que su extrema notoriedad y la valentía con que defendió la verdad evangélica le habrían valido persecución por parte de los obispos de Roma, a pesar de la floja disciplina de aquellos oscuros tiempos, de no haber gozado de la protección del emperador. Murió en Turín el año 839 sin haber sido excomulgado ni destituido de su puesto.

La influencia de Claudio de Turín se dejó sentir durante varios siglos en el norte de Italia, al mediodía de Francia y aun en España. Ya hemos visto que fue de un piadoso obispo español, Félix de Urgel, que Claudio aprendió las doctrinas del Evangelio, y sobre todo la aversión a la idolatría de las imágenes.

En contraste con lo supersticioso y corrupto del sistema papal, y sobre todo de su corte de Roma, había en este mismo período mucho cristianismo evangélico dentro de la misma Iglesia Católica Romana.

Naturalmente, la influencia de los buenos obispos católicos, era una preparación para la «herejía» evangélica, cuando las sillas de estos cristianos fallecidos eran ocupados por obispos asalariados, ambiciosos de poder y riqueza y sin ninguna luz espiritual en sus corazones. Estos, en lugar de predicar un Evangelio que ni comprendían ni sentían, se dedicaban a ponderar la importancia de las ceremonias externas, la obediencia ciega al clero, los milagros mentirosos y las supersticiones en todos los aspectos. Entonces el pueblo cristiano se sentía defraudado y desorientado, sin saber a dónde dirigirse. Esta es la razón porque, las nuevas órdenes de frailes predicadores tenían tanto éxito en su labor itinerante, porque el pueblo lleno de fe, estaba tan ávido de conocimientos espirituales como cansado del culto ritualista e ininteligible de la organización eclesiástica, que dominaba las conciencias sin educarlas.

Por la misma razón, cuando aparecía una nueva modalidad religiosa ya fuera en la persona de un filósofo, como Abelardo, o de evangelistas humildes y sencillos, como Pedro de Bruis o Enrique de Lausanna, las gentes iban tras ellos en busca de luz espiritual.

SAN FRANCISCO DE ASIS

Muchos cristianos fervorosos, comprendiendo y lamentando la relajación y corrupción de la Iglesia en aquella época no veían mejor camino que apartarse del mundo y entregarse ellos mismos a una vida de extremado misticismo, pero la idea de la autoridad de la Iglesia Católica y del romano pontífice, estaba tan arraigada en sus mentes que los mejores deseos de reforma concluían con la formación de un nuevo convento en el que se practicara una mejor regla de vida, o en la creación de una nueva orden, no en un esfuerzo para reformar toda la Iglesia.

Un ejemplo de ello, es la historia de san Francisco de Asís, hijo de un negociante de la citada ciudad, quien, después de haber pasado por la experiencia de la conversión a Dios, como consecuencia de una enfermedad, dejó sus costumbres y se entregó a una vida de santidad. Su iluminación espiritual tuvo lugar por la lectura de las Sagradas Escrituras que un sacerdote hacía, a petición suya, cerca de su lecho. Impresionado por las órdenes del Señor cuando envió a los 70 discípulos de dos en dos, hizo el voto de hacer lo mismo. Cuando comunicó esta decisión a su padre, éste se encolerizó de tal manera que Francisco llegó a despojarse del mismo vestido que llevaba para que éste no pudiera llamarle ladrón. Huyó, pues, desnudo, diciendo que desde aquel momento no tenía otro padre que el que está en los cielos. Un hortelano le dio una túnica vieja con la cual se cubrió y empezó su ministerio errante.

Predicando el evangelio del arrepentimiento logró algunas conversiones a Dios, entre ellas la de un rico comerciante que repartió todos sus bienes a los pobres y fue el primer compañero de Francisco. A éste se unieron otros, formándose la orden de los frailes mendicantes de San Francisco.

Su corazón ardía de celo misionero; pero la Iglesia Católica no estaba preparada para la sublime empresa de llevar el Evangelio a los pueblos paganos, pensando combatir a los infieles solamente con la fuerza de las armas.

Pero Francisco se unió a los cruzados que iban a conquistar Palestina, no con objeto de luchar, sino con el deseo de convertir si fuera posible, a los musulmanes por medio de la razón y el amor. Varias veces, antes de que entraran en combate los ejércitos. Francisco logró acercarse al mahometano y predicarle el Evangelio. Fue oído con todo respeto, pero no tuvo ningún éxito en la conversión de mahometanos, ya que los cristianos eran considerados, en general, como feroces enemigos.

Juntamente con la orden de Francisco se había fundado la de los Dominicanos. Estas dos órdenes monásticas se diferenciaron de las demás en el hecho de que mientras las otras huían del mundo, encerrándose entre paredes para buscar a Dios, estas se dedicaban a una actividad en medio del mundo. Su crecimiento fue rápido y muy pronto llegaron a ser los verdaderos guías espirituales de pueblos enteros que cansados de la corrupción y egoísmo del clero regular se hallaban desorientados, y muchos habían

empezado a entrar en la secta de los Albigenses. Estos monjes que predicaban el Evangelio con sencillez y bastante claridad se ganaron la estimación y confianza del pueblo.

El Papa, viendo la estimación que tenían de parte de las masas quiso sustituir el clero regular por hermanos de estas órdenes y así ganar la buena voluntad del público para con la Iglesia. Tomó esta disposición mientras Francisco estaba en Belén. Al oírla Francisco regresó inmediatamente a Italia, opiniéndose a semejante medida. El sabía que en el momento en que sus discípulos escalaran los elevados puestos en las grandes iglesias nacerían los celos, entraría la corrupción y serían odiados por las masas como lo era el clero regular.

Al ver sus convicciones contrariadas por el Papa no se separó de la Iglesia para formar una organización aparte. Lo que hizo fue retirarse de jefe de su orden, puesto que ya no andaban conforme con sus convicciones.

Los dos últimos años de su vida, los empleó predicando de pueblo en pueblo por la Italia central y cantando un himno de alabanza a Dios como Creador. Fue conceptuado como herético porque en él no se mencionaba sino a Dios sin alusión a la Iglesia ni a sus sacramentos; pero él lo cantaba de pueblo en pueblo y a la gente que acudía a escucharlo les predicaba el Evangelio del arrepentimiento. Exhortaba a las gentes a la fe y realizaba milagros de curación. Aunque puede haber habido exageración en la relación de éstos, es innegable que Francisco era un gran hombre de fe cuyas oraciones Dios atendía de un modo especial, y por lo tanto, los cristianos evangélicos no nos resistimos a aceptar algunos de los casos referidos como realmente milagrosos.

Ciertamente, el Evangelio es poder de Dios para dar la salvación a todo aquel que cree, y si por un lado Francisco y sus monjes anunciaban salvación por Cristo dentro de la Iglesia, muchos de los llamados herejes, Pedro brusianos y antiguos Valdenses lo hacían fuera de la Iglesia Católica.

SAN BERNARDO DE CLAIRVAUX

Es otra figura extraordinaria dentro del catolicismo romano. Como san Francisco de Asís, era católico de filiación, pero protestante de espíritu en ciertos aspectos.

Muchos ven en él la figura más alta del catolicismo de su siglo. Otros le consideran un protestante anterior a la Reforma de Lutero, pues participaba de muchas de las opiniones que han venido distinguiendo al Protestantismo a través de los siglos. Sin negar otras fuentes de revelación él se atuvo exclusivamente a la Sagrada Escritura. Sin negar tampoco la doctrina de la adoración a los santos, buscaba la unión mística con Dios mismo. Veía claramente el peligro que encierra el sistema papal, hasta el punto que, escribió una vez al mismo Papa:

«Yo no temo para ti ningún veneno, ninguna espada, tanto como tu deseo de dominación. Yo no le escatimo reprensiones para evitarte castigos. Pedro, cuyo representante eres tú, no supo nunca nada de ser llevado en procesión en un caballo blanco cargado de adornos de alhajas de seda y oro, rodeado de ayudantes que cantan tus alabanzas. En esto te muestras más sucesor de Constantino que de Pedro. Debías concentrarte a

tu misión de evangelista y pastor. Tú tienes a la verdad plenitud de poder, pero parece que no tanta justicia. ¿Eres tú por ventura más grande que tu Maestro quien dijo: “No he venido a hacer mi voluntad sino la del que me envió?”»²⁵

Otra cosa que une a Bernardo con el Protestantismo es su oposición al dogma de la inmaculada Concepción de María. Bernardo argüía, con mucha razón, que si era necesario admitir la inmaculada concepción de María para asegurar la de Cristo, por la misma razón tendría que declararse la inmaculada concepción de la madre de María para que María fuese sin pecado, y la de su abuela que lo fuese aquélla, y así por toda la línea de sus ascendientes. Una frase célebre de Bernardo de Clairvaux es su exclamación: «¡Oh, Dios mío, quién me diera ver antes de morir, la Iglesia tal como fue en sus primeros días!»

La tolerancia que el Protestantismo ha aprendido en el transcurso de su historia fue cosa que Bernardo predicaba constantemente. El sabía que el amor puede más que la fuerza. Quiso ganar prosélitos para la Iglesia pero sólo por medios persuasivos. Con tal propósito discutió con el filósofo de la época, Abelardo; con los Valdenses y Albiguenses sin apelar a la persecución, sino condenando a los que querían emplear el argumento de la fuerza. Más de una vez interpuso también su influencia para evitar matanzas de judíos. ¡Lástima que este gran cristiano no llegara más allá en cuanto a retorno a la pureza de doctrinas del Nuevo Testamento!

Bernardo de Clairvaux se trasladó al mediodía de Francia y empezó una campaña de persuasión para hacer volver a los disidentes Albigenses al seno de Roma; pero ocurría que cuando predicaba el Evangelio con su característico fervor, el pueblo le escuchaba con atención, mas cuando trataba de defender los errores del catolicismo romano el mismo público le interrumpía citándole pasajes de las Sagradas Escrituras.

Bernardo volvió a su convento muy contrariado y escribió páginas pesimistas, en las que explica que pueblos enteros habían aceptado la doctrina predicada por los Pedrobrusianos y que en muchas ciudades las iglesias católicas estaban cerradas o vacías de imágenes. Se afligía sobre todo por la suerte de tantos infelices niños quienes por no haber recibido el bautismo estaban (según él) privados de la gloria por culpa de sus padres.

Por los mismos documentos procedentes del Convento de Cluny se sabe que el movimiento albigense se había extendido hasta el oeste de Alemania. Existe una carta de un magistrado de Colonia explicando su proceder para con los herejes de su pueblo. Pero todas las acusaciones que refiere contra ellos no son sino elogios para nosotros, los cristianos evangélicos que opinamos exactamente igual que aquellos hermanos nuestros anteriores a la Reforma. El documento termina diciendo que muchos de ellos fueron quemados públicamente y que fueron a la hoguera gozosos. Tendremos ocasión de ocuparnos de los Albigenses en un próximo capítulo.

²⁵ Burgess, «Los Veinte Siglos del Cristianismo», pág. 107.

RAIMUNDO LULIO

Filósofo místico y literato catalán conocido como el «Doctor iluminado», nació de una familia aristocrática de Barcelona que llegó a Mallorca con Jaime I el Conquistador. Se había entregado a una vida disipada, pero como consecuencia de una experiencia íntima respecto a una antigua amante que le mostró su seno roído por el cáncer reconoció lo miserable de la vida pecadora se convirtió a Dios y empezó un nuevo camino de estudio y ascetismo.

Por consejo de Ramón de Peñaflores célebre estadista catalán, se dedicó al estudio de la filosofía y teología cristiana, así como de la filosofía en lengua árabe. Compuso una «Ars Magna» en la que expone las principales ideas de su sistema metafísico y lógico. A este período pertenecen también el «Libre de contemplació amb Déu» (1912). Ingresó en la orden Franciscana e hizo un llamamiento al Papa y a las Cortes de diversos reyes para persuadirles en favor de un apoyo económico a la obra misionera para evangelizar y convertir a los mahometanos, en vez de combatirlos con las armas. No fue un protestatario agresivo del papado. Su elevado concepto del amor le impidió serlo, como se desprende de su obra «L'Amic i l'Amat». Pero su libro «Lo desconhort» (El desconsuelo) lo rubrica con las siguientes palabras:

«Aquest es lo desconhort Que mestre Ramon Llull feu en sa vellesa, Com viu que lo Papa, ne les altres senyors del món, No volgueren metre ordre en convertir los infaels Segons que ell los requerí moltes e diverses vegades».

(Este es el desconsuelo que el maestro Raimundo Lulio tuvo en su vejez, al ver que el Papa y los demás señores del mundo, no quisieron acceder a sus reiteradas súplicas en orden a la conversión de los infieles.)

Esta obra es una protesta a muchas de las ideas de sus días, contrarias al verdadero espíritu del Evangelio. Por tal razón podemos considerarle como un gran cristiano «protestante» (en un sentido práctico), del modo de ser y de pensar del Catolicismo romano de su tiempo.

Se embarcó para Bujia (Africa del Norte) en 1314 cuando contaba 78 años de edad, donde vestido de árabe iniciaba en secreto a muchos mahometanos en la fe cristiana. Bien puede imaginarse cuánta cautela sería necesaria para hacer una propaganda cristiana en tales circunstancias. Al cabo de 10 meses fue descubierto y el populacho enfurecido lo arrastró hasta la plaza de la ciudad, y allí lo apedrearon, dejándolo tan mal herido que falleció en su viaje de vuelta a Cataluña. Una frase muy citada de Raimundo Lulio parece ser la clave de su vida: «Qui no estima no viu, i qui viu per la vida, no pot morir» (El que no ama no vive y el que vive para la vida, no puede morir).

MARCELO DE PADUA

Setenta años antes que Wicliffe luchara contra la intervención papal en la vida inglesa, y despertara interés en el puro Evangelio, en la Universidad de Oxford, hubo un movimiento semejante en Francia.

Marcelo de Padua, se llamaba un rector de la Universidad de París (1213), posición ésta muy importante en aquellos días, pues dicha universidad era el mayor centro de saber y letras de Francia, y quizá de todo el mundo entonces. Ejercía Marcelo tan importante rectorado, cuando surgió la irritante cuestión entre el emperador Luis el Bávavo y el Papa Juan XXII. El notable universitario se puso a favor del emperador, adoptando una actitud sumamente hostil contra el Papa, y escribiendo en colaboración con Juan de Jandun, el «Defensor Pacis» (1324). En esta defensa sostuvo puntos de vista semejantes a los de los Valdenses, y francamente evangélicos. Marcelo, en un tiempo, fue médico del emperador, siendo probable que haya ejercido influencia sobre los sentimientos y los actos gubernamentales de Luis. Eso explica la amplia libertad concedida a los disidentes por el gobierno imperial, y por otro lado. su actitud severa contra el clero católico.

El rector de la Universidad de París sostenía la exclusiva autoridad de las Sagradas Escrituras canónicas, interpretadas sin la intervención de sacerdotes. Para definir los puntos dudosos sugería él, un concilio general de creyentes, y no una corporación parcial de hombres. No hay ningún precepto evangélico, decía él, que obligue a nadie, con pena y castigo, a observar preceptos de la ley divina. Sobre este particular su argumento es vasto, naturalmente, por causa de la fuerte oposición papal de aquellos días. Insistió en la igualdad de todos los obispos, inclusive el de Roma, negando a éste el derecho de impartir dignidad eclesiástica a otros. Sostenía que los términos «presbítero» y «obispo», eran sinónimos en la iglesia cristiana primitiva, refiriéndose el primero a la edad, y el segundo, a la dignidad del cargo.

La pretensión de la iglesia romana de ser la Cátedra Petrix, y de tener la superioridad sobre las demás iglesias tuvo en él un fuerte contradictor. En cuanto al apóstol Pedro, Marcelo aseguraba que no hay la más pequeña prueba bíblica, que demuestre que fuera obispo de Roma. Es además, probable, y casi fuera de duda que Pablo fue obispo de Roma y Pedro de Antioquía, decía él. Marcelo expuso con claridad, cuándo surgió y cómo se desarrolló el poder papal.

«No hay ninguna ley evangélica —escribía él— que obligue a nadie con pena y castigo material a observar los preceptos de la ley divina, pues esto es ponerse los hombres en lugar de Dios».

El Papa Juan XXII excomulgó al rey y relevó a toda la nación francesa de obediencia al monarca, prohibió la celebración del culto católico en Baviera esperando que la nación entera se levantaría en contra del rey. Fueron días difíciles cuando la gente supersticiosa se veía privada de los auxilios espirituales ritualísticos, a los que en aquellos días se daba tanta importancia. Las campanas no tocaban en las iglesias y éstas permanecían cerradas en su mayoría, por orden del Papa. Pero Luis IV era muy amado por sus súbditos. Levantó inmediatamente un ejército e invadió Italia en 1327, donde fue coro-

nado rey de los Lombardos, y emperador. Después de deponer a Juan XXII y nombrar al antipapa Nicolás V, logró en la dieta de Rens (1338) el apoyo de los príncipes alemanes frente al papado.

ECKART Y JUAN TAULER (1290-1361)

Estos heraldos de la piedad evangélica florecieron en Alemania mucho antes que Lutero.

El dominico Eckart abogaba por una vida religiosa más elevada, iniciada con la conversión. Acusaba al clero de inmoralidad, hablaba decididamente contra el culto tributado a María y negaba el Purgatorio.

El maestro Eckart fallecido en 1327 y Juan Tauler muerto en 1361, son los tipos representativos de esta corriente mística que inundó la Europa Medioeval.

El desarrollo del sacramentalismo ligando la gracia salvadora a meras ceremonias fue combatido por la gran mayoría de los místicos más eminentes, que eran fieles dominicos alemanes. Es paradójico que mientras en Francia, Italia y España, los dominicos se dedicaron, dos Siglos más tarde a perseguir a los disidentes de Roma, cristianos evangélicos, en Alemania, habían sido los afiliados a esta orden quienes proclamaban las doctrinas evangélicas.

Tauler censuró las pretensiones sacerdotales de su época, abogando con energía por el derecho de pensar y de sentir que tiene todo individuo. Enseñaba que todos los cristianos deben ejercer su sacerdocio, mostrando que el Señor Jesús mora en sus corazones. No obstante la amenaza de excomulgarlo continuó predicando en contra de las transgresiones prevalecientes en la Iglesia. Parece que viendo mayor peligro en perseguirlo del que había en permitirle que hablara, las autoridades de Roma le dejaron en paz. Cuando la muerte negra y el entredicho del Papa estaban sobre la ciudad de Estrasburgo, Tauler llamó la atención de los habitantes y atrajo las mentes con su predicación. Fue el único refrigerio que el público tuvo en aquellos días de angustia. Enseñaba que Dios manda las aflicciones, y que solamente el arrepentimiento y la pureza de vida pueden traer alivio. Su obra principal fue la «Imitación de la Vida de Pobreza de Nuestro Señor Jesucristo».

Juan Tauler (1290-1361), gozaba de mayor popularidad que su maestro porque usaba de un lenguaje sencillo y despertaba gran entusiasmo en los oyentes. Hízose el predicador más influyente y elocuente de su tiempo en Estrasburgo. Sostenía que el alma se halla en una de estas tres

condiciones, la de la naturaleza, la de la gracia, o la de la santificación. Abogaba por el derecho de cada individuo a sentir y pensar religiosamente por sí mismo, diciendo que los cristianos deben ejercer su propio sacerdocio, una vez que Jesucristo mora en el corazón del creyente.

Al venir los reformadores descubrieron en Tauler un predecesor suyo como Wicliffe y Juan Huss. Algunos literatos creen que la teología germánica que publicó Martín Lutero fue obra de Tauler. Lutero estaba tan familiarizado con los escritos de Tauler que lo conocía como un amigo íntimo. A Juan Monje les escribió: «Estudia mucho a Tauler». A su amigo Spalatino le dio este consejo: «Si quieres aprender en la lengua alemana la

teología sólida de los tiempos primitivos, lee los sermones de Juan Tauler. No he leído en latín, ni en nuestra lengua, teología más sana y conforme al Evangelio como ésta».

HERMANOS DE LA VIDA COMUN

Estas eran personas seculares profundamente religiosas dentro de la Iglesia Católica Romana que se proponían la reforma de la Iglesia por medio del renacimiento o conversión de los corazones. Para ellos la regeneración de las almas era mucho más importante que la organización exterior de la Iglesia. «La vida entera —decían— debe hallar su centro en el amor de Dios, en virtud del cual se santifica el alma».

Perteneció a dicho grupo el famoso Tomás A. Kempis, a quien se atribuye el libro «La Imitación de Cristo» y otras obras piadosas, de sana doctrina.

AMIGOS DE DIOS

Es otro grupo similar al anterior que constituyó una organización de laicos que floreció en la última parte del siglo XIV. A la par que eran fieles a la Iglesia Romana estaban alarmados por los vicios del clero y de las masas. El mero hecho de que existía esta sociedad, es una prueba muy clara de que los cristianos verdaderos que había dentro de la Iglesia Católica, aunque no se atrevían a romper con sus dogmas y organización eclesiástica, como hizo Lutero, veían y comprendían la decadencia moral de sus tiempos. El número de «los Amigos de Dios» creció de un modo extraordinario y se extendieron por la parte occidental del imperio alemán y casi por toda la Suiza, contribuyendo muy eficazmente a preparar el terreno para la venida de Lutero y sus coadjutores.

Un laico de la ciudad de Basilea que se había convertido oyendo predicar a Juan Tauler trabajó en compañía de los Amigos de Dios llegando a ser su representante más conocido en dicha ciudad. Contábase entre los «Amigos de Dios» a Conrado, el abad de Keisenherm. Las monjas de Unterlinden en Kolmar y Basilea; las hermanas de Hedeltal, los caballeros de Reinsel y muchos otros nobles y religiosos de Alemania y Austria.

LA REFORMA EN ALEMANIA

MARTIN LUTERO

Mientras las aguas del río Arno arrastraban al mar las cenizas de Savonarola y sus compañeros, vivía en Mansfield (Alemania) un niño, a la sazón, de cinco años de edad, elegido por la Providencia para llevar a término la obra de reforma, frustrada en días de Wicliffe y de Huss, y en parte vislumbrada por el monje de Florencia. Nadie hubiese adivinado, en el hijito del humilde minero Juan, al hombre que debería cambiar la faz de la Iglesia Católica Romana, volviendo a una mitad de sus adeptos a las doctrinas del Cristianismo primitivo y a un culto más simplificado, pero mucho más semejante al de la Iglesia de las Catacumbas.

Los padres de Lutero eran extremadamente piadosos, pero desconocedores, como tantos católicos, de la doctrina de la gracia y amor de Dios, como se revela en el Nuevo Testamento, infundieron en el ánimo de Martín tan sólo un sentimiento de temor religioso. El mismo nos cuenta que «temblaba incluso al oír pronunciar el nombre de Cristo». Cumplidos los catorce años, fue enviado Martín a Magdeburgo para concurrir a su escuela, y más tarde, con el mismo propósito, a Eisenach. Penosa fue la vida del joven en esta última ciudad, hasta el punto de tener que ganar su pan por amor de Dios cantando por las calles, hasta que fue recogido por una piadosa familia que patrocinó sus estudios. En 1505 recibió el «Magister», equivalente al título de doctor.

Su moralidad era pura, pero su espíritu desconocía la paz que da la verdadera religión, o sea la unión positiva del alma con su Dios. En frecuentes soliloquios se preguntaba a sí mismo: ¿Cuándo serás bastante piadoso para ganar el favor de Dios? Y jamás llegaba a convencerse de gozar ese divino favor.

Carácter de Lutero

Muchas han sido las calumnias inventadas contra Lutero por sus detractores, pero del libro titulado «Summa Católica contra los Sindiós», publicado por la editorial «Litúrgica Española» en 1943, con las naturales licencias copiamos las siguientes palabras:

«Lutero, espíritu complejo, ardiente, violento, extraordinariamente dotado, es atormetado, según parece, por una inmensa ambición que dirige toda su vida y que se manifiesta a la vez en su pasión de saber y en su vehemente deseo de llegar a ser perfecto. »Saber es para él, en efecto, no una satisfacción del espíritu, sino una necesidad. Su curiosidad infatigable iguala a su rapidez en asimilar o a su potencia en retener las cosas. Al principio, nos descubre él mismo una carta del 12 de julio de 1552: “Yo devoraba a Agustín, no lo leía” (Vocabam, non legebam). Está tan familiarizado con la Biblia, que cita de memoria pasajes enteros. A los 29 años es mirado como uno de los hombres más sabios de su orden.

»No hay que dudar que Lutero trabajó con todas sus fuerzas para llegar a la perfección. Sufre, se angustia por la distancia que del ideal soñado le separa su pobre vida arrasada y llena de tentaciones. Afligido por sus propias deficiencias, se duele igualmente al ver cuán olvidado está de las máximas y ejemplos de Jesucristo el mundo cristiano, y aun el mundo eclesiástico y religioso. Siéntese acuciado por un vivo celo de fustigar a vendedores y vendidos, y del deseo de restablecer el reino de Cristo entre los hombres. »También en su voluntad de llegar a ser perfecto encierra Lutero una impaciencia parecida. No solamente quiere llegar a ser un santo, sino que lo quiere conseguir aprisa, y lo más perfectamente posible, hasta excluir los movimientos involuntarios nacidos de la concupiscencia».

Así se expresa un autor católico, ecuánime e imparcial, acerca de Lutero. ¿Verdad que este lenguaje es algo diferente del que estamos acostumbrados a leer en libelos anti-protestantes? Pero esto lo afirma un profesor católico; no un escritorzuelo de rompe y rasga dispuesto a ganar méritos entre los suyos diciendo cosas truculentas en contra del Protestantismo.

Lutero monje

Fue estimulado este deseo de santidad, ya existente en Lutero en sus días de estudiante, por la muerte repentina de un compañero, lo que le hizo considerar la salvación del alma como el único y más urgente negocio de la vida, y decidió buscarla en el claustro. Los monjes agustinos, en uno de cuyos conventos ingresó Lutero, recibieronle con alborozo, placiéndoles mucho ver agregado a su Orden a un distinguido doctor de la Universidad, pero se propusieron hacerle sentir que allí era sólo un monje. Le hacían barrer los aposentos y desempeñar otros oficios serviles, amén de mandarlo por las calles con un saco al hombro pidiendo limosna. Todas estas humillaciones las sufría Lutero con mansedumbre y aún con fruición, considerándolas parte de la disciplina que había de atraerle el favor de Dios; mas proseguía lejos de hallar la paz del alma que se había prometido hallar dentro de los muros del monasterio.

¡Cruel desencanto! Había vuelto la espalda a todos los placeres y honores del mundo; había tomado su puesto entre santos monjes, y a pesar de todo, se veía imperfecto y sólo pensar en Dios le colmaba de terror. Sus esfuerzos para crucificar la carne mediante ayunos y vigiliias, solamente conseguían acrecentar su miseria, acarreándole enfermedad. Una vez fue hallado desmayado en su celda.

Staupitz, vicario general de los Agustinos en Alemania, se interesó mucho por el atribulado monje. Comprendió el vicario que aquellos temores nacían de contemplar el carácter de Dios bajo falsos puntos de vista, y partiendo de aquí le daba sabios y alentadores consejos.

«— ¿Por qué os afligís —le decía— con especulaciones y sutiles pensamientos? Considerad las llagas de Jesucristo y su sangre por vos vertida y allí veréis su misericordia. En vez de torturaros por vuestras faltas, arrojaos en los brazos del Redentor. No huyáis de El. Dios no está contra vos; vos sois el que está desviado de Dios».

Lutero escuchaba con tembloroso gozo las palabras de Staupitz, y con la lectura constante de la Biblia, la suave paz del Cielo iba tomando posesión de su alma. Las pala-

bras de la Biblia, que al principio le parecían preñadas de terror, se le ofrecían ahora llenas de esperanza, y según su propia expresión, «saltaban a él como buenos amigos».

Lutero en Roma

El año 1511 hubo de hacer un viaje a Roma por asuntos del convento. Allí esperó encontrar la completa paz del alma junto a las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo. En una ciudad esencialmente religiosa, asiento del Papa y de los cardenales, creyó hallar el perfecto modelo del Cristianismo; pero fue muy lejos de ser así. Oigamos otra vez al católico autor José Dorh en el ya citado libro «Summa Católica»:

«Muchas menudencias —dice— escandalizan al monje agustino. La falta de devoción de los sacerdotes que oficiaban en San Pedro, parece haberle deseducado especialmente. El belicoso Julio II había sucedido a Alejandro VI. El arte, que hace alarde por todas partes de sus esplendores, no oculta del todo la decadencia de las almas. Ante ese espectáculo, el poder del pecado se manifiesta de nuevo a Lutero. De vuelta a Alemania, se indigna más y más al ver las profundas taras de la vida religiosa de su tiempo».

La frase «el justo vivirá por la fe» martillea su mente mientras está cumpliendo la prometida penitencia de subir de rodillas la escalera de Pilato en Roma. Vuelve a Alemania desengañado de los hombres y de la Iglesia Católica como organización humana, pero más firme que nunca en las seguras Promesas de la Palabra de Dios.

Aún continuaba, sin embargo, hijo obediente de la iglesia romana, pues si bien había descubierto en Roma prácticas abusivas y aún sospechaba que los teólogos romanos sentían débil amor por la doctrina de la gracia, para él tan querida, confiaba que todos estos abusos disciplinarios o doctrinales serían reformados mediante la predicación del Evangelio dentro de la propia iglesia de Roma.

Aún seguía reverenciado profundamente al Centro de la Cristiandad occidental y a su Cabeza visible, el Pontífice romano, y sólo la actitud de éste y de sus representantes condujeron a Lutero al mismo camino que habían andado antes los Novacianos, Paulicianos, Valdenses, etc., o sea, a la posición de completa separación de Roma, pero de mejor unión con Cristo sobre la base de una más perfecta obediencia Su Palabra revelada en las Sagradas Escrituras.

Ocupaba la silla pontificia un jovial miembro de la célebre casa de los Médicis. Fue este Papa, plagado del escepticismo, que puso de moda la filosofía del Renacimiento, quien dijo en una ocasión que «la fábula de Cristo le producía grandes rentas». La causa de Roma no podía quedar bien parada teniendo tal cabeza y defensor. Su deseo de juntar dinero para terminar las obras de la Basílica de San Pedro, hízole echar mano del fácil recurso de las indulgencias. Tetzl fue encargado de su venta en Alemania, y Lutero se indignó por la desfachatez con que éste prometía a los fieles la fácil remisión de los pecados, presentes y aún futuros a cambio de dinero.

Las noventa y cinco tesis

El día de todos los Santos, 1 de noviembre de 1517, el pueblo que acudió a los oficios del templo del castillo de Witemberg encontró fijado en su puerta un documento que contenía 95 tesis o proposiciones contra las indulgencias. Aquel cartel había sido colocado por el mismo Lutero el día anterior. El pueblo leyó:

»Tesis 1.^a — Cuando nuestro Maestro y Señor Jesucristo dice «Arrepentíos» quiere que la vida de sus fieles en la tierra sea un continuo y constante arrepentimiento.

»Tesis 6.^a El Papa no puede anular ninguna sentencia, sino solamente declarar y confirmar la remisión hecha por Dios, a menos que sea en los casos que le pertenecen; de lo contrario la sentencia queda siempre la misma.

»Tesis 36.^a Todo cristiano que siente un verdadero arrepentimiento de sus pecados, consigue una completa remisión del castigo y de la culpa, sin que para esto se necesiten las indulgencias.

»Tesis 94.^a Conviene exhortar a los cristianos a que se dediquen a seguir a Cristo, su Jefe, llevando su cruz y sin temer la muerte y el infierno.

»Tesis 95.^a Porque es mejor que entren en el Reino de los Cielos sufriendo muchas tribulaciones que descansar en una seguridad carnal producida por los consuelos de una falsa paz».

Como éstas eran casi todas las tesis, y como puede verse, contenían muy poco que no pueda ser suscrito por un católico culto de nuestros días; pero en aquellos tiempos de oscurantismo y ciega sumisión a la autoridad eclesiástica parecieron extremadamente revolucionarias, y la extraordinaria fama que adquirieron muy pronto en Alemania y fuera de ella hicieron poner ceño adusto a los magnates de la Iglesia, viendo que había caído un golpe serio sobre su autoridad.

El cardenal Eck fue enviado a Alemania a discutir con Lutero acerca de sus proposiciones. El cardenal trataba de basar sus argumentos en las tradiciones de la Iglesia, pero Lutero le respondía que nada valían tales tradiciones al lado de la Palabra que lleva el aliento del mismo Dios. ¿No habían declarado los más grandes Padres de la Iglesia que ninguna opinión humana es superior a los escritos sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento? Lutero ofrecía someterse siempre que el Papa estuviese dispuesto a corregir los abusos de la Iglesia de acuerdo con las enseñanzas de la Sagrada Escritura. El Papa le excomulgó y Lutero respondió quemando públicamente la bula de excomunicación el 11 de diciembre de 1520.

En este acuerdo escribió su famoso «Recurso a su Majestad Imperial y a los nobles cristianos de la Nación Alemana acerca de la reforma de la Cristiandad». Siguió con «La Cautividad Babilónica de la Iglesia» y poco después escribía, «De la Libertad Cristiana», menos belicoso que los anteriores, pero más profundo en significado evangélico. Trata en él, el tema de la fe y las obras, afirmando que la salvación es por la fe sola, aunque las obras siguen a la verdadera fe y se hacen, no para comprar el Cielo, sino como prueba de gratitud al que nos amó y como evidencia de la nueva vida que es por la fe. Según una de sus bellas frases, el creyente «por la fe asciende hasta Dios, por el

amor desciende a su prójimo, quedando siempre unida Dios por el amor divino». ¡Qué contraste con el «cree mucho y peca más», que le atribuyen los enemigos de la fe evangélica!

La verdadera doctrina de Lutero en cuanto a la fe y las obras

Para que el lector pueda hacerse cargo del verdadero sentir de Lutero en cuanto a la doctrina de la justificación por la fe, queremos insertar aquí algunos párrafos del antes referido libro. De este modo no podrán argüir nuestros detractores que mutilamos los textos, dando frases sueltas, si citamos un trozo largo y completo en el que aparece claro el pensamiento del gran reformador. Nada mejor que sus propios escritos para desvanecer las calumnias inventadas en contra de su persona y de la doctrina que predicó. Dice así:

«Puede deducirse de lo expuesto que no basta con predicar superficialmente sobre la vida y obra de Cristo cual si se tratase de un mero hecho histórico, y aun es peor callarse sobre Cristo para, en su lugar, predicar el derecho eclesiástico u otras leyes y doctrinas humanas. También hay muchos que al predicar o escribir sobre Cristo se muestran llenos de compasión para con él, pero de odio contra los judíos, o se entretienen, en fin, con diversas puerilidades. Ahora bien, es menester predicar a Cristo de tal forma que la predicación brote en ti y en mí la fe y se mantenga en nosotros; una fe que sólo nace y permanece cuando se nos predica por qué vino Cristo al mundo, de qué manera hemos de valernos de él y de sus beneficios, qué es lo que él nos ha traído y donado... Se predicará de este modo cuando se interprete debidamente la libertad cristiana, que de Cristo hemos recibido, y cuando se nos diga de qué modo somos reyes y sacerdotes y dueños y señores de todas las cosas, y que Dios se complace en todo cuanto hacemos y lo atiende, según hemos venido diciendo.

»Y el corazón que esto oye de Cristo se gozará hasta lo más profundo, se sentirá consolado, se volverá blando para con Cristo, y le corresponderá amándole, cosas todas, en fin, a las que jamás podría llegar el corazón mediante el cumplimiento de leyes u obras. Por lo demás, ¿qué podrá dañar o atemorizar a un corazón que así siente? Si el pecado y la muerte se le allegan, le dice su fe que la justicia de Cristo es suya y que sus pecados tampoco son ya suyos, sino de Cristo; de esta guisa, el pecado se desvanece ante la justicia de Cristo por la fe, como antes se dijo, y el hombre aprende a desafiar a la muerte y al pecado como el apóstol, y exclama: “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? Tu aguijón es el pecado. Mas a Dios sean dadas gracias y alabanzas, al que nos ha otorgado ta victoria por Jesucristo, nuestro Señor. ¡Sorbida es la muerte con victoria...”»

»Baste lo hasta aquí expuesto acerca del hombre interior o espiritual, de su libertad y de su justificación esencial, para la cual él no precisa ley u obra buena alguna. Aún más, sería perjudicial a la justificación si se quisiera alcanzarla mediante leyes y obras. Pasemos ahora a tratar la parte referente al hombre externo o corporal. Al hacerlo, replicaremos a todos aquellos que, escandalizados de nuestros razonamientos, suelen exclamar: Bien; si la fe lo es ya todo y por sí sola basta para la justificación, ¿por qué

han sido ordenadas las buenas obras? ¡Pues vivamos alegres y confiados y sin hacer nada!

»No, amado hermano, eso es un error. Podría suceder lo que tú dices si fueras ya del todo un hombre interior, puramente espiritual y perfecto, cosa que no tendrá lugar antes del día del juicio final. En este mundo todo es comienzo y crecimiento, y el fin vendrá en el otro mundo. Por eso habla el apóstol de “primitias spiritus”, o sea, los primeros frutos del espíritu, y también por eso cabe aquí aplicar lo que antes se dijo: El cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos. Con otras palabras: Dado que es libre, nada necesita hacer; dado que es siervo, ha de hacer muchas y diversas cosas.

»Veamos cómo sucede esto.

»Aun cuando el hombre esté ya interiormente, es decir, por lo que a su alma respecta, bastante justificado y en posesión de todo cuanto precisa (aunque su fe y suficiencia tendrán que seguir creciendo hasta la otra vida), sigue, sin embargo, en el mundo y ha de convivir con sus semejantes. Y aquí comienzan las obras. El hombre, dando de lado toda ociosidad, está obligado a guiar y disciplinar moderadamente su cuerpo con ayunos, vigiliias y trabajos, ejercitándole a fin de supeditarle e igualarle al hombre interior y a la fe, de modo que no sea impedimento ni haga oposición, como sucede cuando no se le obliga. Porque el hombre interior va al unísono con Dios, se goza alegre por Cristo, que tanto ha hecho por él, y su mayor y único placer es, a su vez, servir a Dios con un amor desinteresado y voluntario. Empero en su carne late una voluntad inclinada a servir al mundo y a buscar lo que más le deleita. Mas la fe no puede sufrirlo y se le arroja al cuello amorosa, para apaciguarle y protegerle. Dice el apóstol Pablo: «Según el hombre interior me deleito en la ley de Dios, mas veo otra ley en mis miembros que me lleva cautivo a la ley del pecado. Asimismo: Castigo mi cuerpo y le inclino a la obediencia, para no ser yo mismo desechado, en tanto pretendo enseñar a los demás». Y otra vez: «Porque los que son de Cristo han crucificado la carne con sus afectos y concupiscencias».

»Pero dichas obras no se realizarán pensando que por ellas el hombre se justifica ante Dios, pues tal pensamiento es insoportable para la fe, la cual es y será siempre la única justicia a los ojos de Dios. Antes bien, se harán las obras con la sola intención de domar el cuerpo y limpiarlo de su malas inclinaciones deleitosas, poniendo toda la mira en desterrarlas. Precisamente por ser el alma pura por la fe y amante de Dios, anhela que también lo demás sea puro, sobre todo el propio cuerpo, y que todo, juntamente con ella, ame y alabe a Dios. Por consiguiente, al hombre le obliga ya su propio cuerpo a no andar ocioso, antes al contrario, habrá de realizar muchas obras para supeditarle. Sin embargo, no son las obras el medio apropiado para aparecer como creyente y justo delante de Dios, sino que se ejecutarán con puro y libre amor, desinteresadamente, sólo para complacer a Dios, buscando y mirando única y exclusivamente lo que a Dios agrada en tanto se desea cumplir su voluntad lo mejor posible.

»Valiéndonos de algunos símiles, diríamos: las obras del cristiano (el cual por su fe y por pura gracia de Dios es justificado y salvado gratuitamente) podrían compararse con las que Adán y Eva habrían hecho en el Paraíso, según está escrito en el Génesis. Dios colocó al hombre en el Paraíso para que lo trabajase y guardase. Ahora bien. Adán fue creado justo, bueno y sin pecado. Por consiguiente no le era preciso cuidar

del Paraíso para ser creyente y justificado. Sin embargo, a fin de que no anduviera ocioso, Dios encomendó la labranza y vigilancia del Edén. Tales obras de Adán habrían sido hechas por él voluntariamente, sólo por complacer a Dios, pero en modo alguno para alcanzar una justificación que él ya poseía y con la cual todos nosotros podríamos haber nacido. Pues bien, éste es el caso de las obras del hombre creyente, el cual, por su fe, es puesto de nuevo en el Paraíso y de nuevo creado: las obras que ejecute no le serán necesarias para su justificación, sino que le han sido ordenadas con objeto de evitar su holganza, haciéndole esforzar y cuidar el cuerpo, exclusivamente para agradar a Dios».

De «La Libertad Cristiana», por Martín Lutero, capítulos XVIII al XXII.

La dieta de Worms

El joven emperador Carlos V quería poner fin a las controversias religiosas. Para ello el camino más expedito era hacer correr al atrevido fraile la misma suerte que corrieron Pedro Bruis, Juan Huss, Savonarola y tantos otros cristianos bastante audaces para levantarse con la Palabra de Dios contra los dogmas de Roma; pero Lutero se había granjeado los corazones del pueblo germano y contaba con la protección del príncipe elector de Sajonia, razón por la que Carlos V no se sentía dispuesto a aumentar el número de sus enemigos y convocó a Lutero a comparecer ante la Dieta de Worms, concediéndole un salvoconducto para el viaje.

El 26 de marzo de 1521, Lutero recibió la citación del emperador Carlos V. Roto el sello imperial Martín Lutero leyó: «Honrado, apreciado y querido hijo» y tras las oportunas consideraciones vio que se le llamaba a comparecer ante la Dieta de los estados de Alemania, en la ciudad de Worms, a fin de «obtener información acerca de algunas doctrinas originadas en Vd. y ciertos libros escritos por Vd». —según decía el escrito.

Lutero no era cobarde, pero sabía a lo que se exponía, recordando el ejemplo de Juan Huss. Sin embargo, no retrocederá. Había nacido para esta hora. El emperador, el representante del Papa y el pueblo alemán, oirían de su boca la bendita doctrina. Su vida no importaba mucho ante tal oportunidad. Así que el 2 de abril partió para Worms.

Melancton quiso acompañarle pero Lutero no se lo permitió diciéndole:

«Querido hermano, si mis enemigos me condenan a muerte y no regreso, permanece tú firme en la verdad y sigue enseñando; si tú vives, mi muerte poco importa».

Una multitud le despidió. El heraldo imperial, cabalgaba delante llevando la cota de armas real y un pendón amarillo. Martín llevaba su laúd para cantar himnos a Dios en las largas horas de espera en las posadas.

Llegado a Worms se hospedó en la casa de los caballeros de San Juan donde acudió la multitud. El día siguiente a las 4 de la tarde, el heraldo y el maestro de ceremonias imperial llegaron en su busca.

La muchedumbre era tan densa en las calles principales que para poder entrar en la sala del palacio episcopal donde se celebraba la dieta tuvieron que pasar a través de los jardines de casas particulares, pues ni el heraldo del imperio ni los soldados lograban abrirse paso.

Cuando Lutero entró, Carlos V, joven de 20 años, estaba rodeado por todos sus consejeros y seis electores del imperio, entre ellos el propio Federico, señor civil de Lutero.

Lutero observó que uno de los representantes del Papa, Jerónimo Alejandro, le clavaba furiosamente la mirada. «Así han de haber mirado los judíos a Cristo», pensó.

Finalmente fijó la suya en el emperador, y éste le miró también. Ambos eran incapaces de reconocer su respectiva fuerza. El uno la fuerza de las armas, que tan favorable le fue; el otro la de las ideas, de la verdad, del Espíritu de Dios, que procuraba restaurar la doctrina pura del Evangelio en la Iglesia Universal.

Lutero escribió después que había visto a Carlos rodeado por tan numerosa corte, como «un pobre corderillo entre cerdos y sabuesos».

Un funcionario puesto en pie advirtió a Lutero que no podía hablar sino para responder a las preguntas que le formularan. Lutero quedó asombrado ante tan injusta exigencia. «Mal principio», pensó. Entonces el doctor Eck, en representación de la corte arzobispal, señalando un grupo de libros le preguntó si eran suyos, y si se retractaba de las ideas expuestas en ellos.

Lutero quedó perplejo por un momento. Su abogado Schurf acudió en su exilio exclamando:

«Que se lean los títulos de los libros».

Estos eran los tres antes citados: «Recurso a Su Majestad Imperial y a los Nobles Cristianos de Alemania acerca de la Reforma de la Cristiandad», «La Cautividad Babilónica de la Iglesia», y «La Libertad Cristiana». Inmediatamente Lutero respondió:

«—Su Majestad Imperial me pregunta dos cosas: Primero si estos libros son míos, y segundo, si me seguiré adhiriendo a ellos o me retractaré de parte de lo que ya he publicado. Primeramente: Todos estos libros son míos. Segundo, si me retracto o no de lo que se dice haber sido escrito sin la autoridad de las Sagradas Escrituras es cosa que concierne a la fe y la salvación del alma y también a la Palabra divina; y como no hay nada de más importancia en el cielo y en la tierra, a lo cual todos debemos reverenciar, sería imprudente y peligroso decir algo sin la debida consideración, pues, si yo dijera más de lo que se me pide y menos de la verdad me haría reo de la sentencia de Cristo: "Cualquiera, pues, que me negare delante de los hombres yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los Cielos." Por ello, ruego humildemente a su Majestad Imperial, me conceda tiempo para reflexionar de manera que pueda responder a la pregunta que se me hace sin perjudicar a la palabra divina o poner en peligro mi alma».

A estas palabras siguió una gran confusión en la que Carlos V conferenció con sus consejeros y con el doctor Eck, éste se dirigió luego a Lutero con las siguientes palabras:

«Aunque tú, Martín, sabes por el mandato oficial imperial para qué fuiste citado y por tanto no mereces que se te dé un plazo más largo, no obstante, la clemencia de su Majestad Imperial te concede un día más, ordenándote que compares mañana a esta hora y des tu respuesta oralmente, no por escrito».

Lutero pasó toda la noche en espíritu de oración.

El día siguiente se reanudó la sesión con la misma pompa y expectación. El doctor Eck, como el día anterior, lo interpelló de nuevo pidiéndole una retractación.

Lutero respondió retractándose de cualquier palabra demasiado dura u ofensiva que pudiera haber usado en sus escritos, pero en cuanto al contenido de los libros declaró:

«—Como soy hombre y no Dios, no reclamo otra defensa para mi doctrina que la que el Señor Jesús presentó cuando fue interrogado ante Anás y abofeteado por un sirviente: «si he hablado mal da testimonio del mal». Si el mismísimo Señor, sabiendo que no podía errar, no desdeñó oír el testimonio de un miserable sirviente con su doctrina. ¿Cuánto más yo, hez de los hombres, que estoy expuesto a errar, debo pedir y esperar que alguien testifique contra mí doctrina? Por lo tanto, ruego por la misericordia de Dios, que si su Majestad o sus ilustres señorías desde el más alto al más bajo, pueden hacerlo, quieran testificar contra mi doctrina y convencerme de mi error, vencéndome con pruebas sacadas del evangelio o de los profetas, pues yo estoy en mi posición de ser instruido, y en cuanto me convenza seré el primero en arrojar mis libros al fuego».

Después de otras consideraciones acerca de la importancia de los asuntos eternos y la autoridad de la Sagrada Escritura, declaró:

«—Debemos considerar que nuestro Dios es maravilloso y terrible en sus designios. Si arregláramos nuestras diferencias renegando de la Palabra de Dios únicamente conseguiríamos desatar un diluvio de infortunio».

El doctor Eck se puso en pie y dijo:

«—Lutero, no has respondido a la cuestión. No tienes por qué discutir, lo que ha sido decidido y condenado por los Concilios. Por lo tanto, te ruego que des una respuesta clara, sin cuernos. ¿Te retractas o no?»

Lutero dándose cuenta de que el momento crítico había llegado, dijo breve y concisamente:

«—Ya que Su Majestad y Su Señoría piden una respuesta clara, la daré sin cuernos ni dientes: A menos de que se me convenza por las Escrituras o por recta razón (ya que papas y Concilios a menudo han errado y se han contradicho entre sí), a menos pues, de que sea convencido de esta forma, yo estoy atado por los textos de la Biblia; mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios. No puedo ni quiero retractarme de nada, pues no es seguro ni justo actuar contra la conciencia. Que Dios me ayude. Amén».

Eck estaba furioso y volvió a pedirle una retractación. Lutero le contestó mientras el tumulto aumentaba. Carlos V abandonó la sala y el célebre ex fraile se retiró entre los silbidos de los católicos y los vítores de los protestantes.

Lutero en Watburgo

El 26 de abril de 1521 salió el reformador de Worms, garantizado su viaje por otro salvoconducto, pues Carlos V quiso hacer honor a su palabra, no cediendo a las insinuaciones de sus enemigos de apresarle mientras se hallaba en Worms. Pero el 26 de mayo el mismo emperador expidió contra él y sus adictos un decreto imperial que le condenaba a muerte.

Previniéndolo, su príncipe, el elector de Sajonia, dispuso que varios hombres a caballo salieran a su paso por las selvas de Eisenach y le secuestraran: sabiendo el elector que de buen grado no querría el valiente heraldo de la verdad evangélica esconderse. Fue un grato descubrimiento para Lutero cuando se le comunicó que se hallaba en poder de amigos de la Reforma.

En el castillo de Watburgo, a donde le condujeron sus aprehensores, apareció bajo el nombre de caballero Jorge. Para evitar que fuera conocido su paradero su correspondencia era fechada: «Desde Patmos», «desde la región del aire», «desde la región de los pájaros». En este tiempo escribió numerosos folletos y llevó a cabo la traducción del Nuevo Testamento en lengua vulgar.

Regreso a Witemberg

Lutero era un teólogo profundo y su obra avanzaba con excesiva lentitud para la impaciencia de muchas gentes más sencillas que habían recibido ya la influencia del puro Evangelio de Cristo por medio de la predicación popular de los evangelistas y pastores Valdenses y Hussitas.

Predicadores más radicales empezaron a predicar en Witemberg contra la idolatría, dando lugar a que el pueblo se entregase a actos de violencia rompiendo las imágenes de los templos. Lutero vio en ello un peligro para la Reforma, y arriesgando su vida salió de su refugio para actuar como moderador.

Tendremos ocasión de ocuparnos de ese movimiento más adelante. Aquí cábenos decir solamente que la Reforma fue avanzando en Alemania con la ayuda de los grandes príncipes que la apoyaron, pero sobre todo con la bendición de Dios que se sirvió de tal medio para evitar que el movimiento de restauración del Cristianismo, cada vez más necesario, quedara frustrado por medio de la persecución.

Matrimonio de Lutero

En abril de 1523 nueve monjas de un convento, persuadidas de la inutilidad de su encierro para alcanzar una salvación que en la Sagrada Escritura se ofrece como, «un don de Dios para que nadie se gloríe», rompieron sus imprudentes votos, fruto de su ignorancia del verdadero Evangelio. Encabezaba el grupo Magdalena Von Staupitz, hermana del vicario general de los agustinos, el que enseñó a Lutero a encontrar el camino de la salvación por la fe en Cristo, si bien él mismo nunca osó separarse de la iglesia de Roma, por su hermana fue más decidida. Reunidas la noche del 4 de abril en la celda de Catalina Bora, saltaron las monjas al jardín del convento, escalaron la muralla a la calle y escondidas en sendos toneles vacíos dispuestos en un carromato por un comerciante de Turgav, se presentaron en Witemberg buscando refugio.

Todas fueron alojadas en buenas casas, en las cuales trabajaron como domésticas. Catalina lo fue en la del secretario del Ayuntamiento, Reichebech. Allí estuvo prometida con un estudiante llamado Jerónimo y su más lejano pensamiento era el de llegar a ser esposa del célebre reformador.

Lutero había escrito en contra del celibato del clero, considerándolo contrario a la enseñanza de la Sagrada Escritura, según 1.^a Timoteo 3:1; sin expresar el propósito de dar tal paso el mismo, pero su padre Juan Lutero, que deseaba ardientemente tener nietos de su hijo Martín, le exhortaba sin cesar a hacerlo. Otros se lo desaconsejaban, creyendo que ello podría traer descrédito a la causa del Evangelio. Por fin Lutero se decidió, y a un amigo que le escribió en contra de tal proyecto le respondió que se casaría «para dar satisfacción a su anciano padre, demostrar su rompimiento con el Papa y poner en jaque al diablo». Su matrimonio fue pues un acto deliberado en el que en-

traban razones de conveniencia familiar y también la causa del Evangelio, al romper el último puente que le unía con las leyes de Roma.

Catalina Bora tenía un rostro vulgar que no se destacaba en belleza, pero era una muchacha hacendosa e inteligente. Escuchaba con admiración al gran predicador de Wittenberg, y un día cuando le proponían otro novio en sustitución de Jerónimo de quien había sufrido un desengaño, dijo que solamente había dos hombres que le simpatizaban los cuales eran, un tal Amsdorf y el doctor Lutero. Este se sintió interesado cuando alguien le refirió el dicho de la muchacha y se acercó a ella proponiéndole formar un hogar. Le hizo presente su situación recordándole que estaba sentenciado a muerte por el Papa y el emperador y que por cualquier azar o traición, tal sentencia podría cumplirse en el momento menos pensado. Pero Catalina aceptó el riesgo, poniendo su confianza en Dios.

El matrimonio se celebró en el mes de junio de 1523, seis años después de haber Lutero desafiado al Papa, clavando las tesis en las puertas de la Iglesia del Castillo. Es por lo tanto muy difícil relacionar un acontecimiento con el otro, si no es en el sentido más normal. El Evangelio predicado por Lutero liberó a Catalina de la esclavitud del claustro, y del modo más natural e inesperado se encontraron y llegó a ser la esposa del gran Reformador.

Mujer sencilla, sin estudios a los que solamente se aplicaban en aquel entonces jóvenes del sexo femenino excepcionalmente ricas y distinguidas, respetaba a «su doctor»; pero inteligente y práctica como era no dejaba de reprenderle por sus descuidos, y por su desprendimiento en cuanto al dinero, ya que muchas veces se veía apurada para dar lo conveniente a sus hijos. A tal objeto acrecentaba el reducido sueldo de que disfrutaba el hombre más célebre de su siglo, cuidando con sus propias manos una pequeña granja. Lutero solía responder a las reprensiones de Catalina con frases de buen humor. Aun sus más encarnizados enemigos han tenido que reconocer que la felicidad conyugal reinaba en el hogar del discutido reformados alemán. César Cantú, historiador católico, dice:

«Amó a la mujer que tomó por esposa, vivió bien con ella y trabajó con sus propias manos... era buen marido y padre cariñoso. En el seno de su familia reposaba de sus luchas exteriores; reía, bromeaba, amaba, y cuando su esposa se estremecía ante los peligros que le amenazaban, le inspiraba confianza en Dios y para dar distinto giro a sus pensamientos la colmaba de palabras dulces. La muerte de su hija le arrancó acerbos lágrimas».

La Dieta de Spira

En 1526 volvió a reunirse la Dieta Imperial de Alemania, esta vez en la ciudad de Spira. Las cosas habían cambiado desde la asamblea de Worms. El espíritu de reforma religiosa había invadido todo el norte de Alemania y otros países. El emperador Carlos V demasiado ocupado en la azarosa política de esta época no pudo acudir, haciéndolo su hermano Fernando en representación.

La Dieta, como de costumbre, tenía que iniciarse con pomposos oficios católicos, pero los príncipes partidarios de la Reforma se negaron a concurrir a ellos, celebrando sus propios cultos. Estas reuniones atraían más público que las ceremonias que se cele-

braban en la catedral católica. Los evangélicos llevaban bordados en la manga derecha las iniciales V. D. M. I. E. correspondientes al texto bíblico que en latín dice: «Verbum: domini manet in eternum» (La palabra del Señor permanece perpetuamente). La Dieta tuvo que disolverse dejando en libertad a los príncipes y ciudades sobre la cuestión religiosa a causa de la tensión política que se había suscitado entre el propio emperador Carlos V y el Papa. En efecto: Al escéptico Papa León X, sucedió Adriano VI que había sido capellán privado de Carlos V y estaba persuadido de que la Iglesia Católica necesitaba una reforma, haciendo algunos esfuerzos en este sentido durante su breve pontificado, pues hombre de delicada salud solamente vivió un año después de su elección. Algunos autores creen que la Reforma no hubiera tomado los cauces que tomó de haber vivido este pontífice algunos años más. Otros opinan que la Iglesia Católica Romana no podía volver sobre sus pasos y que una reforma religiosa realizada bajo auspicios papales habría sido tan débil que habría necesitado y suscitado nuevos conatos de reforma radical.

A la muerte de Adriano el colegio cardenalicio eligió a otro Médicis, Clemente VII, sobrino de León X, el cual era tan astuto, amante de los placeres y profano, como su tío. Este Papa puso el peso de su influencia pontificia en favor de sus parientes que reinaban en Francia, provocando la irritación de Carlos, que se hallaba en guerra con esta nación. Como consecuencia se dio el caso inaudito de que Carlos V, el paladín de la fe católica en Worms, diera orden a sus tropas de marchar sobre Roma. Este ejército estaba compuesto por soldados españoles y alemanes y los mismos hombres que habían aclamado y silbado a Lutero se encontraban ahora marchando juntos en contra del Papa.

Ante la aproximación del ejército del norte, el séquito papal buscó asilo en el castillo de Sant Angelo. Tal era la prisa con que tuvieron que escapar que las vestimentas del Papa quedaron sujetas a una puerta, que se cerró de golpe mientras huía de los soldados de Carlos V. Un cardenal tuvo que ser arrojado por una ventana por sus criados.

En tanto, tuvo lugar la peste en Alemania en la cual Lutero dio pruebas de gran heroísmo visitando a los enfermos y administrándoles la Santa Cena.

Por su parte Carlos V, vencedor en Italia y Francia pudo volver los ojos a Alemania en 1529. ¡Qué gran bendición habría sido si este rey español que no tuvo reparos en atacar con sus ejércitos a la «infalible cabeza de la Iglesia Católica», hubiese, con más consecuencia aceptado él mismo la Reforma! Pudiera bien hacerlo, siguiendo el ejemplo de sus propios capellanes que quedaron persuadidos de la verdad del Evangelio al tener que discutir con los reformadores.

Pero no ocurrió así. Reconciliado con el Papa creyó que podría favorecer más los intereses del Imperio y de la Cristiandad el sostener la causa de la Iglesia Católica, en vez de la Reforma, y ahora los mismos ejércitos que habían puesto en fuga al Papa eran la mayor amenaza de los estados protestantes, a causa del utópico afán del emperador de restablecer la unidad religiosa en Europa.

Origen del apodo «Protestante»

Como primera medida convocó a los príncipes alemanes a una segunda Dieta en Spira. El tono del vencedor de Europa era esta vez autoritario. La Dieta, bajo la presión imperial y católica votó por dos tercios de mayoría un decreto prohibiendo toda actividad protestante en los estados cuyos príncipes permanecían católicos, lo que significaba exilio o muerte para las minorías evangélicas en dichos territorios.

Por el contrario, los estados que habían adoptado la Reforma podían conservarla, pero con la condición de que no solamente darían a los católicos entera libertad para su culto, sino que los mismos príncipes protestantes habían de prohibir desde entonces en adelante el que más católicos aceptaran la fe evangélica. Asimismo habían de impedir toda clase de controversias públicas sobre religión, ya que a causa de éstas, pueblos enteros habían aceptado la fe evangélica.

Naturalmente, los magnates evangélicos se resistieron a aceptar «esta ley del embudo» y el 15 de abril de 1529 leyeron el famoso documento que daría el nombre de Protestante al gran movimiento religioso que sacudía a los cimientos del mundo.

Literalmente declararon:

«No podemos aceptar el decreto porque se trata aquí de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, y porque en estas cosas debemos mirar, ante todo, los mandamientos de Dios que es Rey de Reyes y Señor de Señores, teniendo cada uno de nosotros que dar cuenta por sí mismo, sin preocuparse para nada de la mayoría o minoría. Aceptar vuestra resolución sería obrar contra nuestra conciencia. . . sería renegar de nuestro Señor Jesucristo, rechazar su Santa Palabra... sería declarar que si Dios llama a un hombre a su conocimiento, este hombre no está libre de recibir el conocimiento de Dios.

»Por consiguiente estamos resueltos por la gracia de Dios a mantener la predicación pura y exclusiva de la Palabra tal como está contenida en los libros bíblicos del Antiguo y Nuevo Testamento, sin añadirle nada que le sea contrario. Esta Palabra es la única verdad; es la norma segura de toda doctrina y de toda vida, y no puede faltar ni engañar. Quien edifica sobre este fundamento, subsistirá contra las potencias del infierno; mientras que todas las vanidades humanas que se le oponen, caerán delante de la faz de Dios.

»Si vosotros no escucháis nuestra demanda PROTESTAMOS POR LA PRESENTE delante de Dios, nuestro único Creador, Conservador, Redentor y Salvador, quien será nuestro juez, así como delante de todos los hombres y de todas las criaturas, que no consentimos ni nos adherimos en ninguna manera, por nosotros ni por los nuestros, al decreto propuesto, en todas las cosas que son contrarias a Dios, a su Santa Palabra, a nuestra buena conciencia a la salvación de las almas y al último decreto aprobado por la dieta de Spira, al cual solamente nos atenemos».

Algunos días después los protestantes se retiraron de la ciudad, satisfechos del testimonio que habían dado ante la Dieta y ante el mundo pero conscientes de que ello iba

a lanzarles a una guerra contra fuerzas extraordinariamente superiores, de cuyas consecuencias sólo el poder de Dios podría librarles.

La confesión de Augsburgo

Nuestro gran monarca, Carlos, debía darse cuenta de lo injusto del segundo decreto de Spira, ya que no quería apelar a las armas para obligar a los príncipes protestantes a que lo adoptaran, sino encontrar alguna forma de concordia entre la doctrina reformada y la Iglesia Católica. A tal objeto convocó una nueva Dieta de los estados generales en la ciudad de Augsburgo.

Príncipes y teólogos, seguidos de numeroso ejército, empezaron a llegar a aquella ciudad a principios de mayo de 1530.

El emperador hizo llamar a su presencia a los príncipes evangélicos y les comunicó que prohibía a los teólogos protestantes ocupar los púlpitos durante su permanencia en la ciudad, y que esperaba que todos asistiesen a la procesión del Corpus que debía celebrarse el día siguiente. Pero ellos aunque tenían gran reverencia al acto de la Santa Cena, habían aprendido que Dios desea ser adorado en espíritu y rehusaron tomar parte en la procesión y sus ceremonias. El Margrave de Brandemburgo, se adelantó ante el Emperador y dijo:

«—Antes preferiría yo doblar mis rodillas ante su majestad imperial y hacerme decapitar, que renegar de mi Dios y su Santo Evangelio».

Hablaba con tal convicción, que el mismo Carlos se sintió constreñido a decir:

«—No, joven, decapitar no, eso nunca».

Sin embargo, tristes inconsecuencias de la intolerancia religiosa, muchos leales súbditos de Carlos V y de su hijo Felipe II fueron no sólo decapitados, sino atormentados y abrasados en las hogueras inquisitoriales, sin otro motivo ni causa que la que sostuvo el joven Margrave ante el emperador: La de no traicionar los sentimientos de su conciencia. La única diferencia es que los mártires del Cristianismo Evangélico en España no tenían un pueblo y un ejército detrás de sí, y el príncipe de Brandemburgo los tenía. Lutero no fue autorizado por el Emperador para asistir a la Dieta, pero los príncipes querían que estuviese cerca para consultarle y le alojaron en el castillo de Coburgo. Fue en este sitio que compuso su famoso himno «Castillo fuerte es nuestro Dios» que no tardó en ser cantado en toda Alemania.

Muchas fueron las discusiones que tuvieron lugar entre los teólogos protestantes y los católicos, y como consecuencia de ello, los más grandes teólogos españoles recibieron «el contagio de la herejía», no pudiendo resistir a los argumentos que les eran presentados por los evangélicos. Tendremos ocasión de volver sobre ello en el capítulo «La Reforma en España».

Melanchton escribió la inmortal declaración de fe que fue leída ante la asamblea, conocida con el nombre de «La confesión de Augsburgo».

Los católicos escribieron una réplica no muy fuerte, y hubo una nueva lectura de Melanchton, pero no se llegó a ninguna unidad de criterio. Hubo momento en que algunos de los protestantes se mostraban inclinados a ceder por amor a la paz, sacrificando algunas doctrinas, Melanchton, era uno de ellos. Pero Lutero se mantuvo firme, y asimismo algunos príncipes. La Dieta finalmente intimó a los estados protestantes al vol-

ver al Catolicismo y a extirpar la herejía; pero estos se negaron a acatar la orden, formando la Liga de Smalcalda para defenderse contra la imposición armada que les amenazaba.

Un error de Lutero

En estas circunstancias tuvo lugar un desgraciado incidente que puso en gran aprieto a Lutero, comprometiendo gravemente la causa de la Reforma. Felipe de Hesse se había casado a los 19 años con la hija del duque Jorge, de mucha más edad, enfermiza y de fétido aliento, con la cual, de común acuerdo apenas habían hecho vida matrimonial. Antes de aceptar la doctrina reformada, Felipe había resuelto el problema teniendo una amante, pero cuando conoció el Evangelio supo que ninguna confesión penitencia puede borrar el pecado cuando se realiza en plena conciencia o con reincidencia repetida. Por esto despidió a la amante a raíz de su conversión. Pero el elector era un hombre de temperamento sexual y apasionado y no tardó en sentirse perdidamente enamorado de una joven de su corte. Esta, aconsejada por su madre, se puso muy firme en rechazar a Felipe insistiendo en que este se divorciara de su primera esposa y que los predicadores del Evangelio legalizaran su nuevo casamiento.

Cualquier magnate de aquellos tiempo habría resuelto el problema de un modo fácil eliminando por puñal o veneno a la primera esposa. Pecado que según el sentir de la época podía ser redimido con alguna penitencia. Una limosna cuantiosa..., o una peregrinación a Tierra Santa.

Pero tal recurso no ha existido jamás en el verdadero Cristianismo Evangelio y Felipe temblaba al leer en Hebreos 10:26: «Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio para el pecado, sino una horrenda esperanza de juicio y hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios». Por esto deseaba que Lutero y los demás teólogos reformados le revelaran la voluntad de Dios, sin acertar a comprender que tal voluntad podía ser la de que aceptara con resignación la cruz de su matrimonio desgraciado, ya que ello podía ser permitido par su propio enriquecimiento espiritual. ¡Es tan humano pretender que la voluntad de Dios se avenga exactamente con la nuestra!

La esposa enfermiza asentía a todo arreglo que contribuyera a la felicidad de Felipe y ello era mayor motivo para que éste presionase a los reformadores para que le declararan que no condenaba su alma contrayendo nuevo matrimonio con el consentimiento de su primera esposa.

Los teólogos evangélicos juzgaron el asunto según ejemplos del antiguo Testamento. ¿No habían hecho lo mismo Abraham y Jacob? Por otra parte la misma Iglesia Católica había sostenido alguna vez que cuando la esposa estaba atacada de lepra o demencia entraba dentro de la ley moral que sin abandonar a esta, en lo que se refiere a protección y sostén material, se concediera al marido el privilegio de casarse con otra.

¿Por qué no acceder, pues, en este caso? Así la acordaron, realizando las ceremonias de divorcio y nuevo matrimonio bajo sigilo, para evitar escándalo, y oprobio a la primera esposa, que quedaba bajo la protección de su antiguo esposo en el mismo hogar de éste. Pero fue un error fatal. Era imposible mantener tal secreto y antes de que pasa-

sen muchos meses Lutero era el centro de una tormenta de protestas, que todavía siguen desde el campo católico.

Sin tratar de justificar el desagradable incidente, los autores evangélicos han tratado de hacer comprender a los católicos que no es justo acusar de inmoralidad al Protestantismo, a causa de esta debilidad en uno de los magnates de la época de la Reforma, ya que con su aquiescencia Lutero logró seguramente, evitar al príncipe Felipe de obrar de un modo mucho peor. Sobre todo insisten en que no pueden arrojar la primera piedra quienes cuentan en sus filas con personajes de tal conducta moral como los que figuran entre los mismos papas de la Edad Media. Bien decía el Salvador: «¿Cómo osas decir a tu hermano: Deja que te quite la paja del ojo, teniendo tú una viga en el tuyo? Hipócrita, quita primero la viga del tuyo y entonces verás de quitar la paja del ojo de tu hermano» (Evangelio de San Mateo, 3 y 4).

Desarrollo de la Reforma

No podemos seguir en detalle los acontecimientos que tuvieron lugar en Alemania en torno a la Reforma. Sólo diremos que por fin se declaró la guerra, en la cual, primeramente, los poderosos ejércitos de Carlos V vencieron a la Liga de Smalcalda, pero rehechos y apoyados por el Rey Gustavo Adolfo de Suecia pusieron últimamente los protestantes en fuga al mismo emperador Carlos V, el cual se salvó de caer prisionero «a uña de caballo». La guerra prosiguió con diversas alternativas hasta que por fin se firmó la paz de Utrech, la cual dejaba a cada estado en libertad para seguir la religión de su príncipe.

Lutero continuó por varios años sirviendo a la causa de la Reforma que continuaba progresando en Europa.

Compuso varios himnos, que todavía son cantados en las iglesias evangélicas y tradujo al alemán himnos latinos de la Iglesia Católica, porque tenía interés en que no fuera solamente el clero quien alabara a Dios, sino que pudiera hacerlo también el pueblo con perfecta inteligencia.

Muerte de Lutero

Había surgido una cuestión entre los condes de Mansfield y alguno de sus súbditos sobre unas minas y pidieron a Lutero que viniera para actuar como mediador. Acompañado de sus tres hijos se dirigió al pueblo de su nacimiento el 23 de enero de 1546. Aún predicó allí cuatro veces, e inauguró una escuela que ha venido funcionando durante siglos, pero al día siguiente se sintió indispuerto y fue obligado a guardar cama. Apretó la mano a todos sus amigos que le rodeaban afligidos, dándoles las buenas noches, y oró:

«—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Luego dijo:

«—¡Orad al Señor por su Evangelio, para que tenga éxito, porque el pobre Papa y el Concilio de Trento están hartos enojados contra El!»

Durmió un rato tranquilamente, mas a la una de la noche del 18 de febrero le despertaron crecientes dolores del pecho. Aún se incorporó con rostro alegre pronunciando con voz alta y clara estas palabras:

«—Me voy, mas tenemos un Dios que ayuda y un Señor que salva de la muerte».

Entonces volvió a echarse, cerró los ojos y juntó las manos.

Justo Jonás, y Coelio, le preguntaron últimamente:

«—Venerable padre, ¿queréis morir en Jesucristo y sus doctrinas que habéis predicado?»

Lutero contestó con un claro: «Sí». Este sí, fue su última palabra aquí en la tierra. A las 3 de la madrugada, entró el valiente guerrero de Dios en la paz eterna.

Los condes de Mansfield querían que fuera enterrado en Eisleben; pero el elector mandó llevar el cuerpo a Witemberg, sepultándolo en la iglesia de San Andrés, donde Lutero había pronunciado su último sermón en aquella ciudad.

En el año 1817 el rey de Prusia Federico Guillermo III

levantó a la memoria del gran reformador un monumento de bronce donde se hallan grabadas estas palabras.

La Palabra de Dios enseñó a Lutero

Por esto su nombre será imperecedero.

En efecto el Cristianismo Evangélico que antes de la famosa protesta de Lutero era, humanamente hablando, nada más que un conjunto de iglesias escondidas, sobre todo en los valles de los Alpes y en Bohemia (además del sentir evangélico que latía en el corazón de muchos buenos cristianos que no se atrevían a manifestar sus pensamientos), quedó convertido en poderosas organizaciones eclesiásticas nacionales, pero sobre todo cristalizó en millares de iglesias emancipadas de Roma, que consecuentes con el principio sostenido por la Reforma de que cada individuo y cada iglesia es responsable directamente ante Dios y no a autoridades humanas, se entregaron a escudriñar las Sagradas Escrituras para acomodar cada vez más la doctrina y la vida eclesiástica al modelo del Nuevo Testamento.

De acuerdo con esta solicitud, el Cristianismo Evangélico ha venido a realizar en estos últimos tiempos el ideal misionero que era mirado como una idea utópica e irrealizable cuando la propugnaban los más fervorosos católicos, como un san Francisco de Asís, Raimundo Lulio, o Francisco Javier. Cumpliendo el mandato de Cristo la buena nueva de la Redención es predicada hoy a todos los pueblos de la tierra, gracias a las misiones evangélicas, mucho más desarrolladas que las católicas. En esto, como en muchas otras cosas el Cristianismo Evangélico, tan odiado y perseguido en pasados tiempos por la Iglesia Católica Romana, ha sido un estímulo y bendición para ella misma.

Es justo decir que ante el acicate de la competencia y el ejemplo del Cristianismo Evangélico, la actual Iglesia Católica se ha levantado mucho del estado de postración y corrupción moral en que se hallaba sumida en la Edad Media, precisamente cuando era todopoderosa. Por desgracia no ha procedido a la necesaria revisión y rectificación en cuanto a errores de doctrina, pero ¿a dónde hubiese llegado el sistema eclesiástico romano de no haber sido estremecido en la Edad Media por el poderoso aldabonazo de la Reforma?

Esto es lo que están preguntándose algunos pensadores católico-romanos de nuestro tiempo, y su conclusión, aparentemente paradójica, es: que en lugar de odio debiera la

Iglesia Católica Romana abrigar hacia el Protestantismo los más vivos sentimientos de gratitud por el gran bien que ha hecho a ella misma y al mundo la Reforma Religiosa del siglo XVI.

LA REFORMA EN FRANCIA

La reforma francesa recibió un gran impulso con el despertar evangélico de Alemania y sobre todo, con el triunfo del cristianismo evangélico en la Suiza romanda, de habla francesa. Sin embargo, no depende ni de una ni de otro. Tiene un origen enteramente propio, anterior a la famosa protesta de Lutero.

Ya hemos visto en capítulos anteriores, cómo los Albigenses, Pedrobrusianos y Valdenses, etc., habían preparado el ambiente para la reforma religiosa, sobre todo en el sur de Francia, y es allí donde más se extendió el movimiento protestante en el siglo XV, y ha permanecido hasta nuestros días.

LEFEBRE DE ETAPLES

En 1455 nació en Etaples, pequeño puerto cercano a Boulogne, en el norte de Francia, Santiago de Lefebre, quien en 1493 era el más destacado profesor de la Sorbona de París. Aunque no se separó de Roma en este tiempo, se empeñaba en dar una nueva y más espiritual orientación a los estudios bíblicos y teológicos. Entre sus alumnos se hallaba Guillermo Farel, el que más tarde fue famoso reformador en Suiza.

Primeramente, Lefebre, que era muy devoto de las imágenes, se disgustó con este culto, cuando escribiendo un libro de biografías de santos se dio cuenta de cuántas leyendas sin fundamento histórico serio se hallan en el santoral romano.

Más tarde, comentando la carta de San Pablo a los Romanos, se aperció, años antes de que lo hiciera Lutero, de que el Nuevo Testamento enseña la doctrina de la justificación por la fe. La salvación por gracia mediante la obra de Cristo, llegó a ser el tema diario en la Universidad. Lefebre enseñaba en las aulas de la Sorbona la doctrina básica del protestantismo el mismo año en que Lutero fraile, se dirigía a Roma para ganar indulgencias subiendo la escala santa.

Cuando la Reforma se hizo famosa en Europa, las doctrinas de Lefebre resultaron más evidentes como herejía y fueron más combatidas. Como la Sorbona se declaró contra Lutero, Lefebre tuvo que abandonar su cátedra y refugiarse cerca del obispo Briçonnet de Meaux. Allí, comprendiendo la gran necesidad que el pueblo tenía de la Palabra de Dios, hizo una traducción del Nuevo Testamento en lengua francesa; más tarde, tradujo los Salmos.

El obispo y el profesor, continuaron con gran ímpetu la obra de la Reforma, hasta que, empezaron a ser combatidos por los frailes franciscanos (descendientes, ¡qué ironía!, de aquel humilde Francisco que de haber vivido en el siglo XVI se hubiera inclinado sin duda por el Evangelio de la salvación por Cristo, que él mismo predicara en su tiempo). Denunciados por éstos al Parlamento, le faltaron fuerzas al obispo para desafiar la persecución y morir en la hoguera, por lo cual aceptó claudicar, abjurando de sus ideas evangélicas. Lefebre tuvo que huir entonces de Meaux, refugiándose en Estrasburgo.

LOS PRIMEROS MÁRTIRES

El primer mártir de estos tiempos nefastos, fue un obrero cardador de lana, llamado Juan Leclerc, el cual iba de casa en casa anunciando el Evangelio. Durante tres días fue llevado por las calles de Meaux con las espaldas desnudas y azotado hasta que de sus carnes brotaba la sangre a borbotones. El tercer día fue marcado en la frente con un hierro candente. Su madre, que estaba presente, después de exhalar un ¡ay! de angustia, reaccionó exclamando: «Viva Jesucristo y sus insignias».

Marcado con esta señal de ignominia, que se aplicaba a los peores malhechores, en lugar de atemorizarse y esconderse para salvar la vida continuó predicando el Evangelio y protestando contra el culto de las imágenes. Fue preso en Meaux y condenado a serle arrancada la carne de su cuerpo con tenazas enrojadas al fuego. Mientras era destrozado su cuerpo de esta forma continuó repitiendo en voz alta: «Sus falsos dioses son de oro y de plata, obra de manos hombres; tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, etc». , hasta que tuvo aliento de vida.

A pesar de estas persecuciones el número de evangélicos creció tanto en esta misma ciudad de Meaux que poco más tarde fueron arrestados 62 creyentes. Mientras se les aplicaba la tortura, uno de los mártires, poseído de una santa alegría, exclamaba: «Valor, amigos míos, no os compadezcáis de este miserable cuerpo que tanto ha resistido al Espíritu Santo y que tan a menudo se ha rebelado contra su Creador».

Cinco jóvenes estudiantes de teología que volvían de Lausanne para consagrarse al pastorado clandestino en Francia fueron arrestados en Lyon donde se les quemó vivos en la plaza de Torreaux. No habiendo podido servir a Dios con su vida le sirvieron con su muerte cantando salmos hasta el último momento.

Un pobre artesano llamado Esteban, respondía al juez que le había condenado: «No, tú no tienes poder para darme la muerte; lo que haces es mandarme a la vida».

Muchos sacerdotes y religiosos abandonaban la Iglesia Católica abrazando la fe Cristiana Evangélica; a estos se les aplicaba los tormentos más crueles, considerándoles más culpables que el pueblo común.

EL EVANGELIO EN LA CORTE

La buena simiente estaba produciendo su fruto aun en la misma Corte. Entre los alumnos de Lefebre, se hallaba la propia hermana del rey Francisco I, Margarita, reina de Navarra, la cual convirtió su pequeño estado en refugio de cristianos evangélicos perseguidos. Allí llamó a su anciano profesor. En 1534 el joven Juan Calvino estuvo también en Navarra aprendiendo de labios de Lefebre los principios de la Reforma. Un día, a principios del año 1536, Lefebre se sentaba a la mesa de la reina con otros invitados; todos notaron en él un semblante triste. La reina le preguntó la causa de su abatimiento, y él contestó: «Es muy natural que cuando tantas personas mueren confesando el evangelio que yo les he enseñado, me aflija por no haber sabido merecer la misma suerte».

Después de la comida se acostó para no levantarse más. Murió en la paz del Señor. El pastor Roussel, otro refugiado, escuchó sus últimas palabras de confianza en Jesucris-

to, pero también sus lamentaciones por el hecho de tener que morir sobre un lecho rodeado de amigos, pues creía que su vida debía haberla terminado como sus discípulos, muriendo en la hoguera.

En aquellos tiempos se consideraba una vergüenza ser cristiano evangélico y no morir por la fe. ¡Cuánto tenemos que aprender de nuestros heroicos hermanos de los tiempos de la Reforma!

DESARROLLO DEL PROTESTANTISMO EN FRANCIA

A pesar de que la caída del obispo Briçonnet fue un gran golpe para la causa del Protestantismo en Francia, sus antiguas enseñanzas dadas en la Sorbona y en Meaux continuaron produciendo fruto, contribuyendo a ello las noticias y los libros que llegaban de Alemania y de Suiza.

He aquí cómo lo describen historiadores católicos de la época:

«Los primeros convertidos eran personas cultas de la Universidad, pero por medio de ellas la Reforma se apoderó pronto de las «gentes mecánicas» (quiere decir de los artesanos). Catalina de Médicis lo confirma irónicamente cuando afirma que “sus predicadores son albañiles, carniceros, hoteleros y otros venerables doctores de casta semejante”».

Pero también al igual que en España, la nobleza fue muy pronto afectada por la Reforma. Juan Michiel, embajador Veneciano, escribía:

«Si Dios no lo remedia las cosas llegarán aquí a los extremos más lamentables, porque no hay provincia que no esté infectada por la herejía... Los rigores del castigo han puesto un poco de orden, y el contagio no se ha manifestado más que entre las personas del pueblo, que no tienen casi nada que perder, como no sea la vida. Los que temen perder, al mismo tiempo, los bienes y la vida, no se apresuran tanto; pero Vuestra Serenidad puede creer que si se exceptúa la clase más baja del pueblo, que todavía frecuenta las iglesias con una piedad muy ferviente y permanece en la religión católica, todas las demás se hallan profundamente infectadas; los nobles están contaminados, sobre todo los que todavía no han pasado de los cuarenta años. Muchos de ellos siguen yendo a misa y observan las ceremonias católicas, pero es por miedo».

El mismo rey Francisco I, en su edicto de 1.º de junio de 1540 declaraba:

«Los sembradores de esta peste son inducidos y persuadidos por varios personajes importantes, quienes en secreto los esconden, apoyan y favorecen en sus falsas doctrinas, ayudándoles y prestándoles su auxilio con sus bienes, en lugares y sitios secretos y ocultos a los que se retiran los sectarios para instruirles en dichos errores de infección».

Hubo muchas ciudades donde las iglesias católico-romanas tuvieron que cerrarse por falta de asistencia. En París, como el número de reformados se contaba por miles, ce-

lebraban los cultos fuera de la capital en diferentes grupos. Se instituyó un tribunal llamado «la cámara ardiente» para entender en los procesos de herejía. No escaparon de la muerte algunos diputados del mismo parlamento.

UN JUICIO DIVINO

Un día se presentó el rey Enrique II delante de la alta Asamblea y pidió a sus miembros que expusieran su opinión sobre el movimiento protestante. Se puso en pie un diputado llamado Du Bourg y dijo: «Yo considero que es injusto condenar por su fe a hombres y mujeres que oran por el rey y que en medio de las llamas invocan el nombre de Jesucristo, mientras que en la Corte se tolera el perjurio, la impureza, el adulterio y la inmoralidad más escandalosa». Al oír estas palabras el rey quedó un momento suspenso mas lleno de ira ordenó encarcelar al atrevido noble y a otros dos diputados que se habían expresado en los mismos términos y juró ante todos que habría de «deleitar sus ojos» acudiendo personalmente a presenciar el suplicio de estos herejes.

Pero ocurrió que, con motivo de las bodas de su hermana Margarita con Manuel Filiberto, duque de Saboya, y de su hija con Felipe II rey de España, se había organizado un torneo en el que el rey se proponía brillar por su destreza y agilidad. Mientras se entregaba a tal ejercicio un fragmento de lanza le hirió en el ojo, que quedó reventado, y el otro no tardó en cerrársele para siempre como consecuencia del mismo accidente. Los mártires murieron en la hoguera, pero el rey no pudo verles. Poco después murió, el 10 de junio de 1559. En medio de su agitación los cortesanos extendieron sobre su cuerpo una cubierta o colcha en la que estaba bordada la imagen de San Pablo derribado por la aparición del Señor, con esta inscripción: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»

A pesar de estas sangrientas persecuciones el número de protestantes en Francia había aumentado de tal manera, que en 1560 se podía calcular en cinco millones y de ellos una buena parte eran nobles.

El clero y muchos católicos intransigentes se sentían defraudados y desesperados al ver que nada podía detener el avance del Protestantismo y aconsejaban a la reina regente, Catalina de Médicis, la expulsión de los predicadores y el exterminio a sangre y fuego de todos los que se resistiesen a volver al seno de la Iglesia Católica.

UN POLÍTICO SUPERIOR A SU ÉPOCA

Había empero en la corte un parisino que aunque católico no compartía semejantes opiniones y defendió en el seno del Gobierno el principio de libertad religiosa con palabras tan justas como las siguientes:

«Si el Gobierno se pone al lado de unos debería inmediatamente reunir un ejército para destruir a los otros y sería cosa difícil llevar a los soldados contra sus parientes y amigos. No se trata aquí de constituir la religión, sino de constituir los derechos públicos y muchos pueden ser ciudadanos aun sin ser cristianos. Un excomulgado no deja de ser un ciudadano; y puede vivirse en paz con los que profesan distintas religiones, como lo

estamos viendo en las familias en las que los que son católicos no dejan de vivir en paz y de comer con los de la nueva religión».

En enero de 1562 se publicó el decreto de Saint Germain por el cual se reconocía a todos los ciudadanos de Francia el derecho de vivir según su fe y de celebrar su culto en todas partes, excepto en las grandes ciudades. Calvino lleno de alegría exclamaba: «Si se observa este decreto, el Papado caerá hecho polvo».

MATANZA DE VASSY

Por desgracia el edicto no fue cumplido. El duque de Guisa fue quien lo violó, con la matanza de Vassy. Pretendía este príncipe tener quejas de los protestantes de esta pequeña ciudad, porque se habían burlado del obispo de Troyes, el cual en una discusión con su pastor se quedó corto y sin saber qué decir. Marchó pues el de Guisa contra ellos con 200 hombres armados de arcabuces y puñales. Los reformados se habían reunido en número de cerca de 2.200 en una granja que les servía de templo. Creían estar seguros protegidos por el edicto de Saint Germain. Mas apenas había empezado el culto se precipitaron las gentes de Guisa en medio de los fieles indefensos y durante una hora golpearon y mataron sin perdonar sexo ni edad. El juez recordó al de Guisa el edicto de Saint Germain, y el duque llevando a la mano la espada exclamó: «Yo me encargaré de cortar este pedazo de papel».

Durante la matanza, los arcabuceros recogieron la biblia de los hugonotes, trayéndosela al duque de Guisa. Este se la llevó después a su hermano el cardenal de Lorena, diciendo:

—Toma, mira los libros de esos hugonotes.

—No hay en él nada malo —le respondió—, son Las Sagradas Escrituras.

—¿Cómo?, ¡sangre de Dios! —exclamó Guisa—. 1.500 años hace que la Biblia fue hecha y este libro no hace más de uno que está impreso. ¡Esto no vale nada!

Vuelto a París llamó el duque a las armas a la burguesía fanática y levantó a espaldas del gobierno un ejército de 80.000 hombres para combatir a los protestantes. Comprendieron entonces los evangélicos que el gobierno no tenía fuerzas ni voluntad de protegerlos y que por lo tanto tenían que proveer ellos a su propia seguridad.

Por lo demás se sentían capaces de resistir a sus adversarios porque en sus filas había muchos hombres de guerra valientes y experimentados.

Entre los nobles que se declararon abiertamente por la Reforma figuraba el prestigioso almirante Coligny.

Los del bando hugonote que no se aprestaron a dejarse matar (pues había quienes sostenían ser preferible que morir matando), promulgaron un manifiesto, por el cual declaraban que, al tomar las armas, no tenían más objeto que defender las leyes ultrajadas por el duque de Guisa y que impedirían las blasfemias, las violencias, los robos, los saqueos, el asesinato de mujeres y niños, y que sólo emplearían las armas cuando fuesen atacados en alguna forma.

A los cristianos evangélicos que decidieron defenderse se les dio el nombre de «Hugonotes» derivado del alemán «Eidgenossen», que significa conjurado, apodo que se aplicó a todos los protestantes franceses por varios siglos.

El Papa predicó en Italia una «cruzada santa» contra los hugonotes, lo cual acabó de agravar la cuestión.

A pesar de la maldición papal antes del 2 de abril, estaban en su poder, sin apenas resistencia, Orleans, Tours, Bourges, Poitiers, El Havre, Lyon, Montauban, Nimes, Normandía, Poitou, Santonge y la Guayana del Languedoc y del Delfinado.

Pero el duque de Guisa, apoyado ahora por los mismos reyes, actuó de forma bien distinta. Puso sitio a Rouen, y después de cinco semanas, la tomó por asalto. El saqueo y degüello duró ocho días con sus noches.

UNA REINA ESPAÑOLA PROTESTANTE

Durante el sitio, Antonio de Borbón, uno de los dirigentes del ejército católico, fue herido gravemente. Antonio de Borbón era el esposo de Juana de Albret, reina protestante de Navarra, a la que había abandonado para pasarse con armas y bagajes a los católicos. Esta valerosa mujer, que dirigió lo que entonces era el Reino de la Baja Navarra, merecería por nuestra parte un libro entero. Pero como eso no es posible, vamos a dedicarle solamente unas líneas.

Cuando Antonio de Borbón se pasó al bando católico ella se consagró a velar por el bienestar de sus estados.

El Papa la ordenó comparecer ante el Oficio de la Inquisición en Roma para dar cuenta de su «herejía». Entonces formuló una queja internacional contra las pretensiones del papado. Visto esto, el Papa trató de usar la influencia del rey de Francia para ver de aprisionarla, pero Carlos IX, aconsejado por el nunca bien ponderado Canciller del Hospital, le escribió contestándole que él no tenía facultades como para sustraerla a su jurisdicción real, de no ser por medio de una guerra.

El Sumo Pontífice no insistió más. A pesar de su poder, el papado no se encontraba ya con la misma fortaleza del siglo precedente.

Sin embargo, el rey de España, Felipe II, trató de hacer lo que Carlos IX se negó a llevar a efecto. Como encontrara imposible entregarla por los medios que probó, envió espías disfrazados para que la sorprendieran y raptaran en alguna forma, conduciéndola a España prisionera. Pero la reina Isabel de Portugal, esposa de Felipe II, en un acto que no se puede llamar de traición a su esposo, sino de justicia y honradez, la libró de tan inminente peligro advirtiéndola a tiempo de lo que se tramaba.

Juana de Albret se distinguió por su fervor y espíritu de oración. Puede decirse que su estado se sostuvo libre durante su reinado por la vida de oración que la caracterizaba.

Su esposo murió como consecuencia de las heridas recibidas en Rouen y este hombre, que habiendo nacido en un hogar católico se hizo protestante, para pasarse después al catolicismo otra vez, antes de morir volvió otra vez a abrazar la fe hugonote. Dios es el único que sabe certeramente hasta qué punto fue genuina esa conversión de última hora.

TRIUNFO DEL PARTIDO EVANGÉLICO

Siguiendo adelante en su deseo de exterminar a los hugonotes, el duque de Guisa se dirigió a Orleans y la sitió. En la noche del 18 de febrero de 1563, Guisa fue herido de un pistoletazo y murió días más tarde. Al morir, manifestó que no había premeditado la matanza de Vassy, origen de esta guerra, sino que fue un accidente. La madre del duque, cuando murió, confesó asimismo, a modo de descargo de conciencia, que «durante la matanza exhortó a su hijo para que no degollara a las mujeres encintas».

Con la muerte del duque de Guisa cambiaron las cosas y la reina Catalina, considerando imposible el triunfo, varió de táctica, promulgándose el 19 de marzo de 1563 el edicto de pacificación de Amboise.

Este nuevo edicto disponía, entre otras cosas, lo siguiente:

«Libre ejercicio de la religión reformada en las ciudades que estaban en poder de los hugonotes el 7 de marzo de 1563.

»Permiso a los nobles de segunda categoría para celebrar los oficios en sus casas, sólo para sus familias; y en todos los balíos (territorios bajo la jurisdicción de un caballero de la Orden de San Juan) dependientes de los parlamentos, permiso para tener un solo sitio de reunión para celebrar culto».

Aunque se restringía el culto de tal modo, el edicto terminaba diciendo:

«Cada uno podrá vivir y permanecer en todas partes en su domicilio libremente, sin ser perseguido ni molestado, obligado ni maltratado por causas de conciencia».

BUENA FE DE LOS VENCEDORES

Este edicto era muy inferior al de enero y no tan favorable a los reformados como aquél, máxime teniendo en cuenta que el partido hugonote era el vencedor tanto en la paz como en la guerra. El almirante Coligny no estaba de acuerdo con la firma del mismo en esas condiciones y decía que «aquél rasgo de pluma destruía más iglesias que las que hubiera podido derribar la fuerza de las armas en diez años».

Sin embargo, los hugonotes, que no habían ido a la guerra por placer sino aceptándola como una calamidad irremediable, aceptaron esas condiciones con todo lo poco favorables que les eran.

Así terminó oficialmente esa triste guerra religiosa de Francia.

No obstante, lo peor estaba aún por venir.

Los católicos consideraban el edicto «demasiado bueno» para los vencedores, y siguieron produciendo atentados verdaderamente inenarrables, todo ello legalizado incluso por diversos decretos del Parlamento de París.

En la ciudad de Cahors, un domingo, fueron pasados a cuchillo, cuando se encontraban en sus cultos, 500 hugonotes en menos de dos horas y en virtud de una orden emanada del obispo católico Pedro Bertrandi.

Varias bandas de católicos se dirigieron a Montauban, pero los hugonotes no quisieron ofrecer resistencia ni tampoco entregarse en sus manos, por lo que abandonaron el

pueblo marchando al campo. Pero como allí fueran atacados y muertos muchos de ellos, entonces se encerraron en el pueblo donde sufrieron tres sitios valerosamente.

Para dar un reflejo de hasta qué punto había llegado el fanatismo de los católicos franceses en aquel tiempo, referiremos un simple hecho que sucedió en Tolosa, durante los días en que fueron asesinados al grito de: «Saquear matad, que el Papa y el rey lo mandan», más de 5.000 hugonotes.

Un muchacho, de aproximadamente doce años, llegó a la ciudad ignorante de lo que en ella pasaba y en seguida le sometieron a interrogatorio. Como no provenía de territorio hugonote ordenaron que rezase el «Ave María».

—No me lo han enseñado —respondió sinceramente el muchacho.

Sin otro trámite más, se lo llevaron a la plaza y lo ahorcaron públicamente.

El historiador (no protestante), de donde tomamos este dato, dice: «Imposible sería referir aquí minuciosamente tantos horrores. Beza ha llenado un volumen con su relación; Crespín, Juan de Serres, las memorias de Montluc, de Tavannes, de Condé, de Lanoue, y de otros cincuenta escritores, están llenas de tan horribles crueldades».

Nos vemos precisados a dar un buen salto y pasar por alto muchas páginas de la Historia sin entrar en detalles acerca de la tercera guerra civil, que, como todas las anteriores, fue provocada por los desmanes del bando católico que no se resignaba a ver a los hugonotes disfrutar de sus derechos.

Esta guerra fue una vez más favorable a los hugonotes, y la reina, al verles de nuevo vencedores y como solía hacer en tales casos para evitar que lo fueran totalmente, les ofreció la paz. Los hugonotes, que debieran haber escarmentado con todo lo que les había sucedido hasta entonces, cayeron otra vez en el lazo y el almirante Coligny firmó el 8 de agosto de 1570 el tratado de San Germán, en Laye. Este tratado fue el más favorable de todos los firmados hasta ese momento.

Sin embargo, dicho tratado, propuesto por escondidos y no muy nobles fines, habría de constituir tan sólo una tregua que permitiría ultimar los preparativos para la matanza de San Bartolomé.

PREPARATIVOS PARA LA MATANZA DE SAN BARTOLOME

Esta fue un horrible acto de perfidia que la historia no tiene palabras para condenar, y que sólo podía engendrarse en la mente de una mujer astuta y desalmada como Catalina de Médicis.

Mediante habilidades diplomáticas logró proyectar el matrimonio de su hija, la princesa Margarita, hermana de Carlos IX, con Enrique, el hijo de Juana de Albret, reina de Navarra.

Cuando a la reina Juana le pidieron formalmente su hijo en matrimonio, se sintió grandemente turbada. Para convencerla, Catalina de Médicis la escribió una carta llena de insultos contra Felipe II tratándole de criminal porque había, según ella, envenenado a la hija que le había dado en matrimonio. En dicha carta se leen frases tan violentas como ésta: «Yo confundiré el cielo y la tierra o me vengaré de esta injuria».

Mientras tanto enviaba a Flandes un ejército para luchar contra Felipe II en favor de la independencia de los Países Bajos, y trataba al duque de Alba como el más grande criminal político que ha conocido la Historia.

Pero Juana, ni quería ser parte en ningún plan vengativo ni veía tampoco claros los móviles de semejante cambio de actitud.

Así que escribió una carta a Coligny consultándole sobre el caso.

«Mi alma —escribía— está angustiada y no sé a qué atenerme. La reina Catalina de Médicis que ha sublevado España, Roma y Francia contra los pobres y viejos cristianos, y que desde hace diez años los entrega por centenares al verdugo, viene ahora suplicándonos q¿te aceptemos su hija para un hereje...».

La reina Juana se dedicó a orar por el asunto y pidió a todos los protestantes que orasen asimismo para que Dios les iluminara en tan grave decisión.

Cierta noche tuvo un macabro sueño. Se vio en mitad de las pompas nupciales en medio de invitados borrachos, manchados de sangre y vino por todas partes. Cuando percibió que se levantaban todos a una con la intención de asesinarla, se despertó sobresaltada, y pidió a gritos que llamasen al príncipe Enrique para abrazarle.

Coligny le escribió poco después con palabras tranquilizadoras y recomendándole que aceptase la oferta de matrimonio entre la princesa Margarita y su hijo Enrique, rey de Navarra.

Sin embargo, el almirante tenía también sus inquietudes. Confesó que muchas noches, sobre todo cuando oraba, le asaltaban negros pensamientos, y le machacaba en las sienes una pregunta acusadora: «¿Qué estás haciendo de Juana de Albret y de todos tus hermanos en la fe?»

La reina de Navarra estaba inclinada cada vez más a negar su hijo en tal matrimonio.

El rey llamó entonces a Coligny a la Corte y escogió una escolta de cincuenta caballeros protestantes para que le acompañaran a palacio. Trató el almirante de vencer sus oscuros presagios, pero no pudo evitar despedirse con pena de su mujer y parientes.

Por todas partes era recibido con el grito de «¡Plaza al almirante!». Las multitudes se agolpaban para verlo y su introducción en la Corte, que se encontraba entonces en Blois, se hizo con grandes fiestas y honores. Carlos IX propuso incluso un culto de acción de gracias por la llegada del almirante, como si hubiese ganado alguna reciente batalla.

TRÁGICA IRONÍA

Cuando el rey se vio frente al almirante, le dijo con cierta refinada ironía:

—Jamás hubo para mí día tan agradable. Ahora os tenemos y no escaparéis de aquí aunque quisierais.

Coligny lo miró con una mirada grave y escrutadora. Los circunstantes se miraron igualmente unos a otros.

Carlos IX percibió que había cometido un desliz. El almirante tenía los ojos arrasados en semicontenidas lágrimas, quizá de compasión e indignación al mismo tiempo. Pero

el rey reaccionó con aplomo. Abrazando al anciano almirante exclamó mientras acariciaba sus blancos cabellos:

—Padre mío, padre mío. ¿Es verdad que ya no me abandonaréis jamás?

Parecía verdaderamente conmovido. Coligny no acertaba a decir nada. Era una escena de teatro maravillosamente representada.

Cuando Coligny, después de tanto ajeteo, se retiró a descansar en la sala que se le destinaba, los encartados en el complot se reunieron secretamente. Hubo quienes propusieron asesinarlo inmediatamente, pero los más cautos consideraron eso una peligrosísima imprudencia.

Al día siguiente, el almirante, que sospechaba la traición entre tanta farsa, sorprendió a todos marchándose de la corte.

En estos momentos apareció en escena el duque de Guisa. Venía pidiendo justicia por la muerte de su padre que fue herido en un acto de guerra en Rouen, acusando de la misma al almirante Coligny. Esto vino a completar los planes que fraguaban los reyes. Hicieron al duque instantáneamente cómplice en el complot.

Ello tenía una doble ventaja: Realizar sus siniestros planes de exterminio de los hugonotes y salvar su responsabilidad haciendo recaer la culpa sobre el duque en caso de ser necesario.

Con nueva y bien estudiada farsa, lograron que Coligny volviera a la Corte.

Mientras tanto, Juana de Albret, no se decidía por el matrimonio que se le proponía. Coligny escribía carta tras carta a la reina de Navarra, suplicándola que accediera a los unánimes deseos de la Corte y de los protestantes. Ante tanta insistencia, la reina de Navarra se decidió por fin, y prometió ir a París al llegar la primavera.

OPOSICIÓN PAPAL APACIGUADA

El Papa se opuso al principio a este matrimonio de la princesa Margarita con un «hereje», y envió al Nuncio Apostólico Salviati para pedir al rey que renunciara al casamiento de la princesa con el hijo de Juana de Albret, y que casara a su hermana con el rey de Portugal.

«—Esperad y veréis cosas buenas —le dijo Carlos—. Antes de poco me darán la razón».

El enviado del Papa se marchó a los pocos días. Tiempo más tarde llegaba la dispensa del Sumo Pontífice para celebrarse el matrimonio.

¿Qué le dijeron al padre Salviati? No es necesario detallarlo.

MUERTE MISTERIOSA DE LA REINA DE NAVARRA

Mientras tanto Juana de Albret se había puesto en camino hacia la Corte de París, abrigando, no obstante, tristes presentimientos de los que no podía sustraerse a pesar de sus vanos intentos.

En la Corte parisina fue recibida con grandes honores. Pero el escandaloso libertinaje que allí vio, la impresionaron de tal forma que estuvo a punto de marcharse sin realizar el proyectado enlace de su hijo. Sin embargo, los preparativos estaban ya muy avanza-

dos, y Coligny la convenció de que siguiera adelante, que todo se arreglaría conforme a sus deseos.

A los cuatro días de su estancia en París, Juana de Albret entró en la perfumería de un tal Renato, con el propósito de adquirir unos guantes para la próxima boda real que estaba ya encima.

Al salir sintió que la atacaban fuertes mareos, y tuvieron que conducirla rápidamente a palacio. A las veinticuatro horas murió. Catalina de Médicis reunió sus médicos ordenándoles que efectuasen la autopsia. Los forenses informaron no haber hallado síntomas de envenenamiento.

Pero el pueblo protestante sospechaba de Renato. Tenía sus razones. Renato era guantero y perfumista de la reina madre, y había intentado por medio de su ciencia asesinar al príncipe protestante de Condé, fracasando porque se descubrió el peligro a tiempo. La inesperada y repentina muerte, con todos los síntomas exteriores de un envenenamiento, da como segura esta suposición. Lo que más adelante sucedió, nos lo confirma todavía más.

La boda se retardó por esto algunos días, aunque no muchos, fijándose el acto por fin para el día 17 de agosto de 1572.

Mientras tanto, varios amigos trataban de convencer a Coligny de la hipocresía con que obraban los reyes. Pero el almirante no podía creer que el rey y la reina fueran capaces de tanta bajeza.

El macabro plan estaba bien organizado. Cuando las fiestas de la boda real trajesen a París a la flor y nata de los protestantes se llevaría a cabo la destrucción de todos los reformados.

La princesa Margarita, quien entonces contaba unos veinte años de edad, no fue ni consultada ni informada debidamente y solamente aceptó obedeciendo órdenes de su madre.

Por fin llegó el esperado 17 de agosto. La boda se celebró con gran boato en la catedral de Notre Dame, de París.

Los protestantes no entraron en el templo, con gran escándalo de los católicos. Aún el mismo novio, Enrique de Navarra, en la misa de desposorios, permaneció fuera del templo conversando con algunos nobles protestantes. Millares de hugonotes habían venido de todos los lugares de Francia, y París parecía un hervidero. A las fiestas, bailes, mascaradas, banquetes que se sucedieron no asistieron más que los católicos. El ambiente estaba, a pesar del esplendor exterior, cargado de oscuras nubes. En medio del bullicio, la plebe repetía frases como éstas:

«No quieren bailar hoy; ya bailarán otro día».

Eso revelaba que era del dominio público, sino todo, al menos algo de lo que se tramaba.

ATENTADO CONTRA EL ALMIRANTE COLIGNY

El día 22, al pasar juntamente con varios de sus amigos delante de la casa del canónigo Pro Piles de Villemur, el almirante Coligny fue víctima de un atentado. Malherido lo llevaron sus amigos a casa.

El canónigo estaba ausente, la casa tenía dos puertas y por la que daba a otra calle huyó el asesino. Se supo después que se trataba de un tal Maurevel, pagado anticipadamente para cometer el crimen. El rey de Navarra y otros jefes protestantes corrieron al lado del lecho de Coligny. También lo hicieron varios católicos. Enrique de Navarra abrazó a Coligny sin importarle mancharse en su sangre. Todos lloraban. A pesar de su estado, Coligny se mostraba sereno:

«—¿Por qué lloráis? —dijo mientras el capitán Abonins le sostenía la cabeza y Cornatón las manos—. Yo me considero feliz de haber sido herido por el nombre de Jesús. Oremos todos unidos para que nos conceda el don de la perseverancia».

Todos inclinaron las cabezas para orar, pero apenas pudieron hacer otra cosa que verter lágrimas.

«—Os aseguro —añadió el almirante— que perdono de buena voluntad al que me ha herido y a tos que te han inducido a cometer el crimen; porque aunque me matasen no podrían hacerme un mal, sino un bien: La muerte no es más que ta puerta para ta vida eterna».

Después pronunció una oración a la que se unieron todos los presentes, protestantes y católicos, diciendo:

«Señor Dios mío: Tened piedad de mí y no queráis acordaros de mi vida pasada, ni de mis pecados... Yo no invoco ni adoro más que a Vos sólo, Padre eterno de Jesucristo, Dios eterno» Yo os suplico por el amor de vuestro Hijo, que me enviéis con vuestro Espíritu Santo el don de la paciencia; yo he puesto mi confianza en vuestra misericordia; sólo en ella se apoya mi esperanza, sea que Vos queráis que yo muera ahora o que conserve la vida. Heme aquí... Yo obedezco vuestra voluntad, seguro de que, si debo morir, Vos me recibiréis entre los bienaventurados en el Reino Eterno. Si Vos queréis que yo quede todavía en el mundo, hacedme la gracia, Padre Celestial, de que emplee el resto de mi vida en el aumento de la gloria de vuestro Nombre».

El pastor Merlín, que le acompañaba, oró a continuación del almirante.

Poco tiempo después llegó el rey y la Reina que, ¡claro!, no podían faltar.

El espectáculo era de lo más impresionante. El almirante estaba pálido sobre el lecho, las sábanas ensangrentadas, sobre ellas y también manchada de sangre, estaba la Biblia abierta.

«—Señor—dijo al rey con voz cansada pero firme—, vos habéis jurado guardar la fe prometida a tos de mi religión; pero no podría decirse en cuántas partes de vuestro reino ésta promesa ha sido villanamente atropellada; no sólo por algunos particulares, sino por vuestros oficiales y gobernadores... Algunas veces os he dicho lo mismo también a vos, señora; sin embargo, todos los días se cometen asesinatos, robos y sediciones contra los de mi fe. No hace mucho tiempo que cerca de Troyes los católicos degollaron, en los brazos de su nodriza, a un niño que traían de bautizar. Señor, os su-

plico que pongáis más atención en tales asesinatos, lo mismo que en el reposo y salud del reino y en la fe que habéis prometido».

«—Señor almirante —dijo el rey—. Sé que sois hombre de bien, buen francés y que deseáis el engrandecimiento de mi reino. Yo he procurado con gran diligencia hacer observar siempre y religiosamente mi edicto de pacificación y todavía deseo que sea bien observado, y al efecto he enviado comisarios a todas las provincias de mi reino; y aquí está mi madre que os dirá lo mismo.

»—En verdad, vos lo sabéis bien, señor almirante, vos lo sabéis bien.—Era lo que acertaba a decir Catalina de Médicis en aquellos momentos.

»—Sí—añadió Coligny—, se han enviado comisarios, es verdad, y entre ellos los hay que me han condenado a la horca y ofrecido 50.000 escudos por mi cabeza... No hay que ir muy lejos para buscar al que me ha procurado este bien. Que Dios no me ayude jamás, si pido venganza de tal ofensa».

Los médicos llegaron para hacer la cura del almirante, y los reyes se despidieron diciéndole:

«—Juro a Dios que vengaré este ultraje tan duramente que la memoria será eterna... Adiós, adiós, buen ánimo, señor almirante».

El rey de Navarra, Cornatón, el príncipe de Condé, y otros, tuvieron un consejo secreto, en el que se discutió la conveniencia de abandonar París y la Corte ante el peligro que parecía rodearles. Esto sucedía cuando todavía resonaban los ecos de las fiestas nupciales. Mientras tanto el rey de Francia promulgó la orden siguiente:

«El rey considera como un ultraje a SS.MM. el crimen cometido en la persona del almirante. Que sus buenos y leales vasallos no se conmuevan, que estén tranquilos, se descubrirá quién disparó el tiro y el castigo no se hará esperar».

Esta orden tranquilizó a los protestantes y decidieron no marchar tan pronto. Eso era precisamente lo que buscaba el rey y sus confabulados.

MATANZA DE SAN BARTOLOMÉ

Catalina de Médicis y Carlos IX comprendieron que no había ya tiempo que perder. Celebraron una reunión secreta con sus cómplices, y acordaron entrar en acción lo más pronto posible. Con el mayor sigilo se fueron transmitiendo consignas y armas. Era el día 24 de agosto de 1572. A las doce de la noche sonarían las campanas de las iglesias dando la señal. Primero debería ser muerto Coligny, luego todos los demás, incluso Enrique de Navarra y el príncipe de Condé, si no aceptaban el catolicismo por la fuerza, luego precederían a asaltar las casas de los protestantes que habían sido señaladas de antemano con una cruz blanca. Para reconocerse entre sí los del bando atacante deberían llevar también una cruz blanca sobre el sombrero y un brazalete blanco en el brazo izquierdo.

A las once, la gente ya estaba en grupos próxima a cada casa donde residían los hugonotes. Pero por muchas precauciones que se tomaran, no podía pasar todo ello tan oculto, y muchos hugonotes se despertaron bajando a la calle y preguntando:

—¿Qué significan estos hachones encendidos a estas horas?

—Duerman tranquilos, señores —les respondían—. Es una fiesta nocturna que van a dar SS.MM. los reyes.

Un grupo de hugonotes marcha hacia palacio, y un centinela les da el alto. A sus preguntas contestan con burlas. La guardia echa mano a las espadas y el primero que se acerca lo atraviesan de lado a lado. Los demás intentan huir, pero son asimismo alcanzados, al grito de: ¡Mueran los hugonotes!

Catalina dice al rey que ya ha llegado el momento de dar la orden definitiva. Pero Carlos está temblando y no sabe qué hacer. La Reina indica a uno de sus pajes que vaya a transmitir la orden, pero el rey alcanzó a cogerle por la capa cuando se disponía a salir corriendo, y después de haber permanecido unos momentos en esa situación, tambaleándose de un lado para otro como un borracho, al fin, sin mirarle siquiera, le dijo:

—Bueno... vete... y... que empiecen.

Las campanas comenzaron a sonar. La turba se lanzó a la calle gritando: ¡Viva Dios, su Madre y el Rey! ¡Mueran los Perros hugonotes!

El duque de Guisa se dirigió inmediatamente con sus tropas a la casa del almirante para vengar —según él— con su propia mano la muerte de su padre, en el sitio de Rouen. Cuando Coligny oyó los gritos en la escalera de «Mata, mata, ¡mueran los hugonotes! ¡Viva el rey!», se dio perfecta cuenta de la magnitud de aquella inimaginable traición.

El pastor Merlin y su criado no se habían despertado y los llamó a gritos. Con la ayuda de ellos se levantó, y los tres se arrodillaron. Coligny dijo:

«—Jesús, Salvador mío, encomiendo mi espíritu en tus manos».

Merlin y el criado Yolet repitieron las mismas palabras. Cornatón entró en la sala.

«—Almirante, es que Dios nos llama. Han forzado las puertas y no hay medio de resistir».

«—Vosotros no podéis librarme de la muerte —dijo Coligny con esa serenidad que le caracterizaba—. Libraos de ella si podéis. Yo confío mi alma a la misericordia de Dios». Merlin y Cornatón escaparon milagrosamente. Todos los demás fueron muertos a tiros por los tejados de las casas. Acompañando a Coligny, solamente permaneció hasta última hora un criad*o alemán, llamado Nicolás Muss, quien se negó a huir y que mostró la misma sangre fría que el almirante.

Cuando entraron los asesinos, Coligny se hallaba sentado en un sillón con las manos cruzadas y los ojos mirando al cielo.

Muss estaba tranquilamente detrás de él.

Más tarde confesarían los propios asesinos del almirante que no había lanzado ni una queja al morir, que miró la espada desnuda que brillaba ante sus ojos sin la menor muestra de inquietud. Perpetrado el asesinato el duque de Guisa dio orden de que arrojaran el cadáver por la ventana, y dióle puntapiés en la cabeza para asegurarse de que estaba muerto.

Copiamos del historiador Alfonso Torres de Castilla la siguiente reseña de lo que sucedió después:

«En las altas horas de la noche, la matanza se hizo general: y a medida que el día se aproximaba, parecía crecer la furia de los asesinos. Al principio asesinaron a los jefes; después ya no repararon en la condición; más tarde siendo de protestante, toda sangre les parecía buena para ser vertida. Mujeres, ancianos niños, todos son pasados a cuchillo y martirizados bárbaramente. Los mismos católicos no se libran de su saña. El que cierra su puerta, o huye al acercarse una banda armada, es hereje y tratado como tal; el que no responde, al que pide la vida, el que no lleva una cruz blanca marcada en el brazo izquierdo, el que no presta su ayuda al asesino que lo llama, es también hereje y debe morir. Los asesinos no entran en averiguaciones; nadie es juez, todos son verdugos».

Pero... ¿qué pasaba mientras tanto en palacio? Cuando empezaron a sonar las campanas, varios soldados de la guardia real, se deslizaron sigilosamente hasta el departamento del rey de Navarra. Sus servidores, preceptores, gentiles hombres, guardas y empleados fueron sacados al patio y asesinados a la vista del rey y la reina que contemplaban tal carnicería desde el balcón principal, rodeados de cortesanos y damas de la Corte.

Lerán, cortesano del rey de Navarra, corrió hacia el camerín de la reina Margarita, y la despertó gritando: «¡Navarra! ¡Navarra!»

La reina se levantó y medio desnuda se enfrentó con los perseguidores:

— ¿Qué queréis?

— Matar al hugonote —respondieron, refiriéndose al rey de Navarra.

Al ver la joven reina lo que sucedía, se desmayó, perdiendo el sentido. Cuando lo recobró, se armó de valor y sin aguardar a vestirse, se presentó a la reina madre cubierta solamente con un manto, pero lo único que consiguió como gracia especial por ser reina de Navarra, fue que no mataran a su esposo y perdonaran la vida a Lerán y a Moissont, primer gentilhombre del rey Enrique.

La matanza duró tres días consecutivos con sus tres noches. Todas las tiendas estuvieron cerradas, los trabajos suspendidos, solamente existía la ocupación de matar. Aun muchos de los católicos honrados no se atrevían a salir a la calle siquiera, porque tampoco se sentían seguros, y fueron bastantes también los que murieron por negarse a participar en la matanza o simplemente por mostrar horror hacia lo que veían.

El balance de esta trágica epopeya, queda resumido de la siguiente forma:

Las víctimas en París pasaron de 10.000. Algunos historiadores hacen ascender su número a 50.000.

Más de mil hombres estuvieron ocupados, durante dos días, en arrojar cadáveres al Sena, o darles sepultura en fosas comunes.

Un año o más no bastó para terminar de descubrir cadáveres en tejados, graneros, cuadras, bodegas, etc.

FESTIVIDADES REPROBABLES

En Roma y en Madrid se declararon varios días festivos cuando se recibió la noticia. Felipe II envió una felicitación a Carlos y a su madre, por tan «bienhechora acción». Y el Papa Gregorio XIII envió al cardenal Fabio

Orsini para felicitar al rey; celebró con todo el Sacro Colegio un «Te-Deum» de agradecimiento al Señor, publicó un jubileo universal, ordenó se hicieran salvas de artillería en el Castillo de San Angelo, y por la noche se iluminara la ciudad.

Copiamos el resumen del discurso pronunciado en Roma y dirigido a Gregorio XIII, en ocasión de las fiestas organizadas con motivo del exterminio de la noche de San Bartolomé, por Antonio Mureti:

«¡Oh, noche memorable y digna de celebrarse al par de las más gloriosas hazañas! Por la muerte de algunos sediciosos, has salvado al rey amenazado de un inminente peligro y has librado a la patria del temor siempre renovado de las guerras civiles. ¡Las mismas estrellas han brillado aquella noche con más vivo esplendor y el Sena precipitaba su curso para arrojar al mar con mayor rapidez los cadáveres de aquellos hombres impuros, y para librar de ellos más pronto sus ondas...!

»¡Oh, día lleno de alegría y de placer en que has recibido, oh Santísimo Padre, la buena nueva, y en que has venido a pie a rendir las acciones de gracias prometidas al Dios inmortal y al rey Luis de santa memoria, que vio la víspera de su santo cumplirse tan glorioso suceso! Y en efecto, ¿qué noticia más feliz podías tú recibir? Y nosotros, ¿qué votos más ardientes podíamos formar al principio de tu pontificado que el de ver disiparse las odiosas tinieblas de la herejía ante la luz del sol naciente?»

Finalmente, el Papa mandó acuñar una medalla para perpetuar la memoria de tal hazaña.

Cuando concluyó la matanza de hugonotes en París, empezó la misma obra en las provincias, lo cual duró seis semanas. Pero no sucedió exactamente como en París. Había pueblos donde la mayoría, por no decir todos, eran protestantes. Aquí los católicos no se atrevieron a atacar. Además, unos diez gobernadores se negaron a efectuar tan sacrílegos crímenes.

NOBLE ACTITUD DE UN OBISPO CATÓLICO

La gran mayoría del clero católico quería a toda costa que se repitiera en cada rincón de Francia la masacre de París, pero un obispo católico se opuso con entereza a todo esto. Su nombre no lo podemos ni debemos silenciar, y aún menos sus palabras. Fue el obispo de la diócesis de Lisieux, Juan le Hennuyer, recibió la visita del lugarteniente real comunicándole la orden de muerte para todos los hugonotes. El obispo le respondió:

«—De ninguna manera, señor. Yo me opongo y me opondré siempre a la ejecución de semejante orden. Yo soy pastor de Lisieux, y esas gentes que vos decís os mandan degollar, son mis ovejas. Aunque ahora están extraviadas, han salido del redil del que nuestro Señor Jesucristo, Soberano Pastor, me ha confiado la guarda, y ellas pueden volver. Yo no veo en el Evangelio que el pastor deba permitir que derramen la sangre de sus corderos; por el contrario, encuentro que está obligado a derramar su sangre y dar su vida por ellas».

¡Exacto! Pero su ingenuidad causa asombro. Porque aquellos que él creía extraviados no habían hecho otra cosa que abandonar el redil regido por un pastor que había ordenado festejar el derramamiento de la sangre de miles y miles de esas mismas ovejas, para seguir más de cerca al verdadero Buen Pastor: Jesucristo. El gobernador pidió al obispo que le diera la negativa por escrito, y éste se la dio sin titubeos.

VERDUGOS EJEMPLARES

Las cosas estaban en tal estado, que incluso algunos verdugos dieron el mejor ejemplo de justicia que menos cabía esperar en ellos.

El verdugo de Troyes contestó al gobernador que le dio la orden de ejecutar a todos los presos hugonotes, diciéndole:

«Eso sería contrario al deber de mi oficio. Yo no he aprendido a ejecutar a nadie sin que precedan la correspondiente sentencia y condena competente».

En Lyon también se negó el verdugo, contestando:

«Después que los sentencien, ya sabré yo lo que debo hacer. Mientras tanto hay en la ciudad tantos verdugos como necesiten».

Cierto historiador comenta estos casos con una bien acertada frase: «¡Cuánto mejor orden hubiera habido si el verdugo hubiera sido gobernador, y el gobernador verdugo!»

EL VERDUGO DE LA CONCIENCIA

Pero otro verdugo más implacable y silencioso, se encargó de ejecutar la justicia correspondiente en la persona de los reyes: la Conciencia, verdugo siempre justo.

Catalina no podía dormir. Tantos crímenes llegaron a constituir para ella una pesadilla, a pesar de la dureza de corazón que había manifestado. En cuanto a Carlos IV su cara se llenó de arrugas, sus cabellos se tornaron blancos y se convirtió en una piltrafa humana. Atormentado por el recuerdo de la noche de San Bartolomé, cuyas víctimas se presentaban a su imaginación bajo la forma de espectros sangrientos, se inclinaba visiblemente al sepulcro. En los últimos días de su vida, se la escuchaba gritar: «¡Ah, pobres súbditos míos, ¿qué me habéis hecho...? Me forzaron, me forzaron!» La cabeza se le hinchó como un monstruo y no podía mantenerla levantada mucho tiempo por el

peso. Tenía miedo hasta de que su propia madre lo envenenase y repetía sin cesar, la misma petición que gritaban los hugonotes vanamente: «¡Misericordia! ¡Misericordia!»

En esos momentos solamente una mujer no se separaba de la cabecera de la cama, era la que había sido un día su nodriza, la cual no cesaba de hablarle del Evangelio de Cristo exhortándole al arrepentimiento sincero y a recibir a Jesús como su único Salvador. Esta mujer... era protestante.

Dirigiéndose a ella algunas veces el desgraciado Carlos exclamaba: «¡Ay! ¡Ay chacha mía, cuánta sangre, cuánta sangre!»

Torturado por los remordimientos exhaló el último suspiro el 30 de mayo de 1574.

Le sucedió su hermano Enrique III, bajo cuyo reinado continuaron las guerras civiles. Este rey hizo asesinar alevosamente al duque de Guisa en un banquete que ofreció en el castillo de Blois, y dio un puntapié en la cabeza sin vida del herido, para asegurarse de su muerte; exactamente como el mismo Guisa había hecho al almirante Coligny la noche de San Bartolomé.

Enrique III sucumbió el año siguiente bajo el puñal del dominico Santiago Clemente. El 24 de abril del mismo año Catalina de Médicis terminaba su vida llena de crímenes y cargada de maldiciones.

EL EDICTO DE NANTES

La corona de Francia correspondía ahora a Enrique de Navarra, yerno de Catalina, cuyas bodas dieron lugar a la matanza de San Bartolomé, pero como era hugonote los católicos que dominaban en la capital le cerraron las puertas.

Enrique, para evitar una nueva guerra, decidió pasarse al bando católico, desde el cual creyó podría favorecer mejor a sus hermanos protestantes, y haciendo uso de una de sus salidas gasconas, exclamó: «¡Cáspita! París, bien vale una misa». Pocos días después apostató del Protestantismo en la iglesia de San Dionisio.

Sumió en consternación a los cristianos evangélicos (de los cuales tantos se hallaban dispuestos a mantener su fe en la hoguera), esa debilidad del hijo de la valiente Juana D'Albret. Pero los fines de Enrique eran nobles aunque el procedimiento no fuera bueno, ya que en 1598 publicó el célebre Edicto de Nantes, por el cual autorizaba a sus antiguos correligionarios para celebrar su culto con toda libertad.

Este acto tan justo era demasiado para aquellos tiempos, y muy pronto la «Liga Santa», formada por católicos fanáticos, halló manera de deshacerse del «peligroso» monarca poniendo en las manos del asesino Ravaillac el puñal que puso fin a sus días el 14 de marzo de 1610.

Sucedieron nuevas guerras civiles, pero por fin los protestantes disfrutaron de relativa paz, porque Francia estaba cansada de luchas y los evangélicos, aunque disminuidos a una tercera parte de lo que habían sido antes de San Bartolomé, todavía eran bastante fuertes para imponer respeto a cualquier gobierno. Pero más que por sus armas se habían impuesto por su bondad. La administración de los fondos públicos les era confiada antes que a los demás ciudadanos. Estaban en la cabecera de las industrias francesas, en la preparación del hierro, del cuero, del tejido, de la seda y de la lana y en la fabricación del vidrio.

Desgraciadamente este aumento de bienestar entibió su celo religioso y no se hallaban muchos de ellos en estado de soportar con la firmeza de sus padres una era de nuevas persecuciones.

En estas circunstancias subió al trono Luis XIV quien al principio de su reinado fue favorable a los hugonotes, cuya fidelidad le sostuvo en momentos difíciles.

Un jefe político llamado Condé, que ambicionaba la corona para sí, les hizo las ofertas más seductoras, pero los hugonotes rehusaron y se declararon por el rey, de tal modo que un alto funcionario declaró más tarde: «Cuando la corona bamboleaba en la cabeza del rey, la sujetaron los hugonotes».

REVOCACIÓN DEL EDICTO DE NANTES

Pero a medida que Luis XIV se hizo fuerte, el orgullo y el espíritu de dominio le llevaron a la idea de que había que acabar en su reino con un partido que tachaba a su religión de errónea. En tal sentido era presionado por su fanático confesor, el padre La Chaise, que le exhortaba a exterminar a los herejes como un medio para complacer a Dios. Ello interesaba a Luis XIV para compensar los pecados de su vida inmoral. Son conocidos en la historia los desvaríos de ese monarca con numerosas favoritas y particularmente con la famosa Mme. de Maintenon, quien había abjurado al Protestantismo en su más temprana juventud, y era cruel enemiga de la fe de sus mayores.

En 1685 el orgulloso «Rey Sol» publicó la infame «Revocación del edicto de Nantes», que fue la ruina de Francia.

Dicho decreto prohibía el ejercicio del Protestantismo en todo el país. Declaraba que ningún protestante sufriría por el solo hecho de serlo, pero todo culto público había de ser absolutamente suprimido. Todos los pastores debían abandonar el país en el término de 15 días y los que fueran hallados después de este plazo sufrirían la pena de muerte.

Como ocurre generalmente en tales casos, la práctica del decreto fue mucho más severa que la letra del mismo, pues regimientos de soldados franceses llamados «dragones» inundaron los pueblos y ciudades desnudo el sable y gritando: «El rey ordena robar y saquear a estos perros hugonotes». Ni la edad, ni la condición, ni el sexo protegían contra su furor.

MÁRTIRES HUGONOTES

Inventaban toda clase de tormentos para hacer abjurar de su fe evangélica a los hugonotes. A un labrador llamado Charpentier le introdujeron agua en la boca por medio de un embudo conminándolo para que abjurase. A cada negativa le echaban un nuevo chorro de líquido, hasta que el infeliz murió ahogado entre sus manos. Una viuda noble fue sumergida hasta el cuello en un pozo de agua helada, y después atada medio desnuda a una estufa candente. A las madres lactantes se impedía dar el pecho a sus hijos durante días enteros, hasta que vencidas por los gritos de aquellas criaturas prometían hacerse católicas.

El pastor Honnel, de 71 años de edad, fue condenado a morir atado a una rueda. Estando en el suplicio exclamaba: «Durante 43 años no he enseñado más que la Sagrada Escritura y yo os exhorto a que jamás la abandonéis. Mis sufrimientos son horribles; pero si mil vidas tuviera otras tantas sacrificaría por el amor de mi Señor que sufrió en la cruz.:

El verdugo le dijo:

«— ¿Quieres predicar aún?» —Y con un golpe le rompió el brazo derecho.

«— Señor, Dios mío, ten piedad de mí —exclamó el mártir—. Dame fuerzas para sufrir. Tú me las concederás».

Y el Señor se la otorgó; pues durante cinco horas le quebrantaron todos los huesos, uno tras otro, y no se le escapó ni una queja.

En París se instituyó una «caja de conversión» espléndidamente dotada por el rey. Se establecía una tasa para cada categoría de individuos según su clase social. El católico que lograba convencer a un protestante recibía una cantidad conforme dicha tarifa.

Los aduladores de Luis XIV le llamaban: un nuevo Constantino, y segundo Carlo Magno, por su obra de aplastar la cabeza del dragón de la herejía, pero lo que logró fue solamente el empobrecimiento de Francia, a causa de los centenares de miles de honrados trabajadores que tuvieron que emigrar. Este empobrecimiento abrió paso a la revolución francesa del año 1789 en la que Luis XVI pagó con su cabeza los actos de violencia de sus predecesores.

En cambio Suiza, Inglaterra, Holanda, y Norteamérica se enriquecieron por la llegada, tantos miles de industriosos ciudadanos arrojados de su país por la intolerancia religiosa.

En el sur de Francia, donde los hugonotes eran más numerosos y fuertes, tuvo lugar alguna resistencia, provocándose una guerra de guerrillas en las montañas de las Cevennes, que duró diez años, del 1700 al 1710.

LA IGLESIA DEL DESIERTO

Aun cuando en 1715 Luis XIV publicó un edicto en el que declaraba que la religión protestante había desaparecido del suelo francés, y aparentemente era así, ya que no quedaba ni un solo templo y los predicadores habían sido todos muertos o desterrados, Dios tenía no siete mil hombres, sino más de setenta mil que no habían doblado la rodilla delante de Baal, y suscitó al héroe que debía encargarse de reunir de nuevo a los creyentes evangélicos desalentados y dispersos para formar una nueva organización eclesiástica clandestina. Se llamaba Antonio Court. Este valiente hombre de Dios reunió el 21 de agosto de 1715, pocos días después de la muerte de Luis XIV, a nueve jóvenes en una cantera abandonada de los alrededores de Nimes y después de una oración fervorosa les expuso sus planes de restauración clandestina de la Iglesia Evangélica en Francia, pidiéndoles su cooperación.

Esta empresa fue combatida con ferocidad por los sucesores de Luis XIV. Los cultos celebrados en despoblados eran objeto de especial persecución. A los que eran apresados se les condenaba; los hombres a remar en las galeras, las mujeres a prisión y los pastores ejecutados inexorablemente.

De los siete pastores que se reunieron en el primer «Sínodo Secreto», también en la cantera de Nimes, cinco fueron presos y ejecutados en el transcurso de su primer año de ministerio, pero otros valientes campeones de la fe se apresuraron a tomar su lugar. Los matrimonios que no habían sido bendecidos por los sacerdotes católicos, sino por los «pastores del Desierto» se consideraban concubinatos y los hijos nacidos de los mismos, ilegítimos; el cura tenía derecho de arrancárselos a sus padres y de imponerles una educación católica en un convento. Los novios que hacían bendecir su unión por un pastor eran condenados a prisión con pérdida de todos sus bienes. El matrimonio de los evangélicos, pues, en Francia, era un paso muy serio, ya que se exponían a pasar una triste existencia conyugal.

El riesgo de cada acto religioso de los cristianos evangélicos era terrible; sin embargo se celebraban cultos, matrimonios y bautizos por pastores que tenían que esfumarse inmediatamente, trasladándose a otra parte, y sus servicios eran más solicitados de lo que podían atender, y no eran pocos pastores. Court tuvo el privilegio de educar en su Seminario de Suiza a más de un centenar de tales adalides de la fe, que se disponían a servir a Dios y a sus hermanos, sabiendo que con toda probabilidad su ministerio terminaría en el cadalso.

Estos abnegados servidores de Dios iban visitando a los cristianos evangélicos, sobre todo en el sur de Francia, y les organizaban en congregaciones. Cada iglesia tenía sus «ancianos» encargados de determinar el lugar y el momento en que debían verificarse los cultos del desierto, informar secretamente a los miembros, invitar a los pastores, y proveer a su abrigo y seguridad. Debían dirigir las colectas que se hacían en favor de los presos y administrar los fondos destinados a los viajes y sustento de pastores.

LOS MÁRTIRES DE LAS GALERAS

Muchos cristianos evangélicos dieron sus vidas a causa de las penalidades que tenían que sufrir en las prisiones o remando, juntamente con otros condenados por delitos comunes, en las galeras de la armada francesa.

Las horribles torturas que padecían han sido descritas por un evangélico llamado Juan Marteilbe, que llevó esta vida durante trece años por el solo delito de haber intentado huir de su patria. Se encadenaba a los condenados de dos en dos, pasándoles por el cuello una gruesa cadena de tres pies de largo, y luego con otra cadena, en filas de ciento y de doscientos; estas cadenas eran tan pesadas que cada condenado tenía que arrastrar quintal y medio de peso. De esta manera eran llevados al puerto.

Marteilbe cuenta:

«Cuando se nos condujo a Charenton, muchos de nuestros hermanos nos esperaban al paso, en despoblado, y nos gritaban desde lejos “¡Valor queridos confesores de la verdad; sufrid por una causa tan gloriosa, pues nosotros no cesaremos de pedir a Dios que os conceda la gracia de sosteneros en vuestras rudas pruebas!” Estas palabras de aliento nos hicieron mucho bien.

»En los calabozos éramos atados a un tablón que nos impedía tendernos enteramente sobre el suelo, aun para dormir. Sin embargo, el barón de Montbeton que estuvo años encadenado en esta forma sintió tan vivamente la presencia de Dios que pudo cantar:

*“Prisión negra y sombría,
Eres de Dios morada;
De su gloria encantada
Palacio celestial;
A hacer a Dios la corte
Los querubines vienen;
Sólo los que la tienen
Comprenden dicha tal”.*

»Remar en las galeras, es un trabajo tan fatigoso —dice Marteilbe— que a la media hora se halla uno completamente rendido; sin embargo, yo me he hallado en casos en que nos ha sido preciso remar diez y doce horas, sin parar y sin comer ni beber. Para que no desfalleciésemos nos metían en la boca pedazos de pan mojados con vino. No se oía más que los aullidos de los infelices cuya sangre brotaba de las llagas causadas por los golpes y los chasquidos del látigo, acompañadas de las invectivas y horribles juramentos de los vigilantes.

»Nos gozábamos en declarar por todas partes:

»“Nosotros no somos forzados, sino que libremente servimos a nuestro Dios y sufrimos por El. Los mismos criminales tenían muchas consideraciones con nosotros y decían: “Estos señores son dignos de respeto, porque no han hecho nada por lo que merezcan sus penas”».

VERÍDICO ROMANCE DE AMOR

Diéronse muchos actos de heroísmo destacándose entre ellos el siguiente:

Un venerable ciudadano de Nimes llamado Fabre, de 80 años de edad fue preso porque con su cuerpo había ocultado el estrecho sendero por entre las rocas por el cual escapó el pastor. Cuando su hijo lo advirtió volvió tras sus pasos rogando al oficial que le tomase a él en lugar de su padre.

«—Es tan anciano que morirá —exclama—, antes de llegar a su destino y entonces ¿qué servicios podrá prestar al rey? Tomadme a mí en su lugar para que yo pueda trabajar en las galeras por muchos años».

El padre, empero, exclamaba:

«—De ningún modo, tú te consumirás durante 20 o 30 años en estos sufrimientos, mientras que a mí muy pronto me libraré Dios de todos mis males».

Cuando los feroces soldados se disponían a encadenar a los dos, el joven se apoderó del sable de uno de ellos, y apoyando la espalda contra una roca se defendió con valentía hasta que el padre, para salvar la vida del hijo, consintió en el cambio. Bajo la promesa de que el padre sería libertado el joven arrojó el sable; fue apresado y arrastrado a la galera.

El joven Fabre logró la libertad al cabo de 16 años, gracias a la influencia de un católico de espíritu tolerante en la corte. Su novia esperó el retorno del sentenciado, rehusando todo otro matrimonio. Este incidente fue llevado a la escena por un autor francés bajo el título de «Los Hugonotes» y contribuyó a mover la opinión pública en favor de la tolerancia religiosa y la consiguiente libertad de los últimos condenados que quedaban en las galeras y de las mujeres que languidecían en la torre de Constanza, que todavía alza sus siniestros muros al pie del Mediterráneo.

El autor tuvo la oportunidad de visitar en 1931, esta fortaleza.

UNA HEROÍNA FAMOSA Y TENAZ

En dicha torre estuvo presa desde la edad de 18 años María Durán. Su crimen no era otro que el de ser hermana de un predicador del Evangelio. Su padre había sido también encarcelado, porque creían que al saber prisioneros a los suyos el joven pastor abandonaría su misión; pero fue en vano. Las últimas palabras del padre fueron una exhortación a todos para que quedasen fieles en su fe. El hijo siguió predicando hasta el 22 de febrero de 1732, cuando pagó su fidelidad en el cadalso.

María Durán quedó en la torre hasta el año 1758 siendo el ángel consolador de sus compañeras. Más instruida que otras les ayudaba, escribía las cartas para las que no sabían hacerlo, leíales la Palabra de Dios, entonaba salmos, y animaba a todas con su fervor. En sus horas de ocio se dedicó a grabar con un clavo en la piedra la palabra «RESISTEZ» como una exhortación a perseverar a las mujeres que fueran allí encerradas, cuando Dios la hubiese llamado a su presencia y no pudiera hacerlo personalmente.

Pero no fue así. Cuando el príncipe de Beauvan nombrado gobernador de las provincias del mediodía, visitó esta prisión, quedó tan conmovido por los sufrimientos de aquellas pobres mujeres que se echaron a sus pies implorando su piedad que dijo: «El rey puede retirarme el cargo, pero no puede impedirme que yo haga lo que me ordena mi honor y mi conciencia», y abrió la prisión para todas. La más joven de aquellas infortunadas tenía más de 50 años y había sido encerrada allí con su madre a la edad de 8 años.

María Durán volvió a su casa paterna pero no halló más que un montón de escombros. Todos sus parientes habían muerto o emigrado. Pasó a Rotterdam, donde la Iglesia Reformada le concedió una pensión de 100 escudos que ella repartió generosamente con un anciano indultado de galeras que tenía 80 años.

MARTIROLOGIO PASTORAL

Si tuviéramos que hacer un relato de los numerosos pastores que dieron su vida como mártires de la fe, haríamos esta historia interminable, sólo mencionaremos a:

Luis Ranc, de 26 años de edad que fue ahorcado en Grenoble el 16 de enero de 1745. Marchó al suplicio entonando el versículo 12 del salmo 118, que en su versión francesa dice así:

*He aquí el día dichoso
Que responde a nuestro deseo;
Alabemos a Dios que nos lo ha dado
Alegrémonos y regocijémonos en él.*

*A ti clamo oh Dios mio;
Guarda y sostén a tus ungidos
A ti solo acudo, mi Dios
Guarda y defiende a tu pueblo.*

Su cabeza fue expuesta por escarmiento en la punta de un poste. Su cuerpo arrojado a una cloaca, donde quedó hasta que una mujer católica le dio sepultura en una de sus propiedades.

El anciano Jacobo Roger, que pudo servir al Señor por 40 años y fue presto el 29 de abril de 1745, a la edad de 60. Al oficial que le preguntaba quién era le contestó: «Yo soy el que hace 39 años que buscáis, ya era tiempo que me encontraseis».

Cuando vio al verdugo exclamó: «He aquí el día dichoso, el momento feliz que tantas veces he deseado, regójate alma mía, porque este es el día feliz en que vas a entrar en el gozo de tu Señor».

Mateo Mezal, más conocido con el nombre de Desubas, su lugar natal. Era tan elocuente que por todas partes sus oyentes estaban pendientes de sus labios; por esto la noticia de su arresto causó tal consternación que los evangélicos descendieron en masa de las montañas a Vernoix donde se hallaba detenido, pidiendo su libertad. Les recibieron a tiros y mataron a 30 hiriendo a más de 300. El preso mandó un recado a sus correligionarios rogándoles que se retirasen, asegurándoles que estaba resignado con su suerte. Al día siguiente vinieron empero los paisanos en masas tan importantes que se hubiera derramado mucha sangre de no haber sido por la intercesión de Desubas y otros colegas que apoyaban sus peticiones de dejar la venganza en las manos de Dios. El prisionero fue llevado a Montpellier donde el juez, después de oír su emotiva defensa, le condenó con las siguientes palabras: «Señor, me veo obligado con sentimiento a condenaros; tal es la orden del rey».

«—Ya lo sé»— respondió tranquilamente el pastor—. El juez Lenain sollozaba y otros magistrados presentes no podían dominar su emoción.

El 2 de febrero de 1764 fue conducido a la hoguera. El recinto estaba lleno de una inmensa muchedumbre. Los tiempos habían cambiado tanto desde la Edad Media, que ahora los mismos católicos se deshacían en lágrimas, y los protestantes bendecían a Dios por haberles dado este santo mártir. Desde la hoguera quiso hablar a la muchedumbre, pero un redoble de 14 tambores ahogó su voz.

Desde el mismo pie de la hoguera partieron dos jóvenes al Seminario de Lausanne para inscribirse en la lista de los candidatos a la muerte a fin de volver a ocupar el lugar que dejaba vacío el noble mártir en el ministerio clandestino de la Iglesia Reformada de Francia.

Uno de los últimos pastores mártires fue Juan Rochette, quien después de algunos años de fiel ministerio fue detenido en Caussade. Al tener noticias de su detención acudieron para libertarle más de 200 paisanos evangélicos, entre ellos tres hermanos pertenecientes a una antigua familia noble del condado de Foix, fabricantes de cristalería, los cuales fueron hechos prisioneros y condenados a morir con su pastor. Cuatro curas les acompañaron al cadalso exhortándoles a convertirse para librar sus almas de las penas eternas. A estas importunidades respondió Rochette:

«Nosotros estamos a punto de comparecer ante un juez más justo que vosotros. Él es el que ha derramado su sangre para salvarnos; si queréis hablarnos de Él estamos prontos para escuchar, pero no nos vengáis con vuestras supersticiones».

Al pasar ante la catedral obligaron al pastor a arrodillarse para pedir perdón a Dios y al rey «por el crimen de haber intentado desempeñar indebidamente el ministerio eclesiástico». Arrodillóse en efecto Rochette, mas para decir con voz firme:

«Pido perdón a Dios de todos mis pecados y creo firmemente que soy lavado de ellos por la sangre de Jesucristo que nos ha rescatado a gran precio. No tengo que pedir perdón al rey porque siempre le he honrado como ungido del Señor y le he amado siempre como a padre de la Patria. He sido siempre un súbdito honrado y fiel y me parece que los jueces que me han sentenciado están bien convencidos de ello. He predicado siempre a mi rebaño la paciencia, la obediencia y la sumisión, y mis sermones que andan en manos de muchos se resumen en estas palabras: “Temed a Dios y honrad al rey” “Si he contravenido a sus leyes en lo tocante a las asambleas religiosas, fue porque Dios me lo ordenaba. Por lo que mira a la justicia, yo no la he ofendido y ruego a Dios que perdone a mis jueces”».

Cuando el verdugo le exhortaba a morir al menos en la fe católica, le respondió: «Juzga tú mismo cuál religión es la mejor, la que persigue o la que es perseguida».

Los cuatro condenados subieron valerosamente al cadalso, entonando en alta voz el himno de los mártires franceses que empieza diciendo: «He aquí el hermoso día».

Mas pronto el canto iba siendo más débil porque las voces de los cantores eran apagadas por la espada del verdugo. El más joven, que tenía 20 años, quedó solo cantando los versos siguientes:

Heme aquí, a pesar de la envidia Rescatado de las manos de la muerte, El Dios fuerte me ha devuelto la vida Y yo celebraré su bondad.

Quiero celebrarla con nuevo ardor. Porque El en mi dolor mortal Ha sabido socorrerme.

El mismo verdugo estaba conmovido y le dijo: «Acabas de ver morir a tus hermanos; abjura para no perecer como ellos».

—«¡Abjura, conviértete!»— gritaron miles de voces salidas de la muchedumbre que llenaba la plaza. El mártir respondió con toda calma al verdugo: «Cumple con tu deber».

Así podríamos llenar millares de páginas, pero estos ejemplos son suficientes.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Poco a poco la tenacidad de los protestantes ablandó el corazón de sus convecinos católicos o indiferentes en religión, los cuales, en su inmensa mayoría no les denunciaban sino que procuraban ayudarles a burlar las injustas leyes de intolerancia. Pero el alto clero se oponía todavía a las reformas que, para suavizar la suerte de los evangélicos, querían introducir en la legislación algunos ministros ilustrados del nuevo soberano Luis XVI. No se daban cuenta de que con su intransigencia con respecto a ésta y otras libertades, no hacían sino favorecer el escepticismo religioso preconizado por Voltaire y los intelectuales enciclopedistas. De este modo preparaban el terreno para la terrible revolución francesa en la que millares de clérigos católicos y tantos otros franceses perdieron la vida. Sabido es que esta revolución cambió la figura política de Francia y afectó a todas las naciones de Europa y del mundo.

RESURGIMIENTO CONTEMPORÁNEO DEL PROTESTANTISMO

Las matanzas, las hogueras, los destierros, las galeras, las cárceles, las conversiones forzadas, el raptó de niños para ser educados en conventos. Todo ello no podía menos que mermar a los reformados franceses.

De las 2.150 iglesias que existían a mediados del siglo XVI (según una lista que Gaspar de Coligny presentó a Catalina de Médicis en 1562), ya no quedaban más que 950 en 1598, 760 en 1603, 701 en 1626 y sólo 171 en el año 1802, cuando Napoleón reconoció a la Iglesia Protestante.

Pero según una estadística hecha por el pastor Alberto Segond el Protestantismo francés se ha repuesto de esta decadencia desde que empezó a gozar de libertad, a pesar del profundo escepticismo en que la infausta conducta de los llamados cristianos y las tendencias del siglo han sumido a la sociedad francesa. Es muchísimo más difícil en este siglo de materialismo el desarrollo de cualquier religión, que lo era en la Edad Media; sin embargo el Protestantismo francés contaba de nuevo el 31 de diciembre de 1927 con 1.032 iglesias, distribuidas en la siguiente forma: Reformadas, 643; Luternas, 263; Libres, 48; Bautistas, 28; Metodistas, 22; Independientes, 28.

Sentimos no tener otra estadística más reciente, pero nos consta que el número de iglesias de algunas de las ramas del Cristianismo Evangélico ha crecido bastante en Francia, y sin error puede calcularse en un 30 a un 50 por ciento sobre los datos estadísticos de Luis Segond.

Uno de los detalles más interesantes, sobre todo para los lectores hispano-americanos, es saber que, como arrepentidos del nefasto proceder de sus antepasados, los católicos franceses y aun los mismos miembros del clero son hoy día extraordinariamente amables con el Protestantismo. También en Alemania y Suiza se dan muchas muestras de fraternidad entre católicos y protestantes.

Los tiempos han cambiado. Quiera Dios, empero, que no se hayan mudado para dar cada vez menos importancia a la religión, sino que se levante en otras circunstancias pero con el mismo fervor el espíritu religioso de los cristianos evangélicos en Francia y

sobre toda la tierra de Europa regada con tanta sangre de mártires de la verdadera fe cristiana.²⁶

²⁶ Estos dos últimos párrafos fueron escritos en la primera edición impresa clandestinamente en el año 1945, cuando existía intolerancia y persecución religiosa, tanto en España, bajo la dictadura del General Franco, como en Colombia, donde los cristianos evangélicos, a pesar de las leyes de esta República, sufrían numerosos atropellos, pero al publicarse esta segunda edición en 1982 ya no existe intolerancia religiosa en España, bajo el régimen democrático del rey don Juan Carlos I, y ha mejorado indeciblemente la situación de nuestros hermanos en Colombia, donde apenas se produce ninguno de los desafueros de aquella época. En el mundo hispano existen hoy crímenes y persecuciones crueles, pero es por motivos políticos, no religiosos. Desgraciadamente tenemos que atribuir este cambio, no a mejoramiento del corazón humano, que sigue bajo el poder de Satanás, sino al escepticismo e incredulidad que existe hoy día en cuestiones de religión. (N. de la Red).

LA REFORMA EN SUIZA

Desde tiempos remotos, Suiza había sido dividida en cantones o distritos. Esta condición política, era muy favorable a la introducción de la Reforma. Pues cada cantón era independiente de los demás y se gobernaba democráticamente, de modo que la introducción de las nuevas ideas no tenía que temer la oposición de un Gobierno poderoso o de un noble que pudiera oponérsele por interés. Bastaba que la mayoría del pueblo se convenciese de la verdad evangélica, para que fuese completo el triunfo de las nuevas ideas.

En Zurich, la ciudad más populosa de Suiza oriental, las enseñanzas de los reformadores alemanes y especialmente los escritos de Lutero, tuvieron muy buena acogida. Las masas que hablaban alemán leyeron con gran interés los primeros escritos protestantes y entraron en correspondencia con los campeones de la revolución religiosa.

ULRICO ZUINGLIO

Sin embargo, el verdadero jefe de la reforma religiosa en Suiza, fue Ulrico Zuinglio, cuya conversión a la fe evangélica fue totalmente independiente de la obra de Lutero.

A la edad de 22 años, recibió las órdenes sacerdotales en la ciudad de Glaro en 1506, donde permaneció 10 años estudiando con gran empeño. Escribió por aquel tiempo lo que sigue: «Si Dios me lo permite, voy a dominar el griego, no para adquirir fama de sabio, sino para leer el Nuevo Testamento en su lengua original».

En 1517, Zuinglio visitó la famosa Abadía de Einsiedelo, adonde iban anualmente miles de peregrinos atraídos por la fama de una virgen reputada como milagrosa. En la puerta del monasterio se leían estas palabras: «Aquí se obtiene una plena remisión de los pecados». Conmovido por la idolatría ciega de sus habitantes, se estableció en aquella población y empezó a predicar contra la superstición de las imágenes.

Por otra parte, se entregaba a una lectura devota de la Biblia. Copió a mano las epístolas de San Pablo, de la biblioteca de Zurich, a fin de poder tenerlas siempre consigo. El administrador del convento reconoció, juntamente con él, la doctrina del Evangelio y de común acuerdo hicieron sacar la inscripción ya mencionada y enterrar las reliquias que allí se adoraban. Establecieron la práctica de leer el Nuevo Testamento en lengua alemana y permitieron a los frailes que desearan hacerlo dar por nulos los votos monásticos, habiendo reconocido que la salvación del alma es obra de Cristo y no alcanzada por esfuerzos humanos.

En 1519 aceptó el cargo de primer predicador de la catedral de Zurich donde predicaba maravillosamente sobre los episodios más interesantes de los evangelios. Decía: «La vida de Jesús ha sido escondida al pueblo: yo quiero beber en la fuente fresca de las Escrituras, y sin recurrir a las explicaciones de los lectores, daré a los oyentes lo que yo mismo encontré por medio del estudio y la oración».

Todavía no había atacado directamente al Papado, pero con la predicación del Evangelio, estaba minando los cimientos de este sistema, que pronto se derrumbaría en Zurich y en otros cantones de Suiza.

Habiendo conocido por sí mismo el Evangelio, protestaba de que lo llamasen luterano. Con tal motivo decía:

«A Lutero lo considero un excelente soldado de la causa de Dios, conocedor de las Escrituras, serio y admirable como no ha aparecido otro en la tierra desde hace mil años, pero... buenos cristianos, no cambiemos el nombre de Cristo por el de Lutero; él y yo predicamos la misma doctrina de Cristo sin que nos hayamos concertado, si bien yo no me estimo su igual; en fin, cada uno hace conforme a la medida del don de Dios».

Los vendedores de indulgencias hicieron su aparición en Zurich en mal momento. Zuinglio predicó:

«Ningún hombre puede perdonar pecados. Cristo sólo, que es el verdadero Dios y el verdadero hombre, tiene ese poder. Comprad indulgencias si queréis, pero tened por cierto que no os traerán ninguna absolución, es decir, los que venden por dinero la remisión de pecados, son compañeros de Simón el mago, amigos de Balaam, y mensajeros de Satanás».

ASAMBLEA HISTÓRICA

La ciudad de Zurich estaba alborotada porque había una lucha entre el partido romanista y los que se inclinaban a la predicación de Zuinglio. El Consejo de la ciudad resolvió que, en enero de 1523, tuviese lugar una conferencia pública para escuchar a los representantes de ambos partidos. La asamblea se componía de 600 representantes. Zuinglio se hallaba sentado ante una mesa donde estaba la Biblia. Al tomar la palabra, dijo: «He predicado que la salvación se encuentra solamente en Cristo, y a causa de esto me llaman hereje, seductor y rebelde. Ahora, aquí estoy y conjuro a todos mis acusadores, que me consta se hallan en esta sala, a que se levanten y demuestren la verdad». Todo el mundo esperaba que Faber, vicario general del obispado, aceptaría el reto, pero declaró que se hallaba presente no para discutir sino para informar a su obispo. Zuinglio volvió a conjurar a sus adversarios, entonces Faber se excusó declarando que la Iglesia Católica celebraría algún concilio para resolver la cuestión religiosa y que todos debían esperar el fallo del mismo. El Consejo de la ciudad declaró que «no habiéndose demostrado que la doctrina que Zuinglio predicaba fuese falsa, quedaba con toda libertad para predicarla».

El 16 de octubre de 1523 empezó otra discusión pública sobre la misa y el culto a las imágenes. Los obispos, las universidades y doce cantones fueron invitados a enviar a sus representantes. Los más prominentes eclesiásticos católicos resolvieron abstenerse para hacer fracasar el debate, no obstante la asamblea contó con unos novecientos miembros, de los cuales 350 eran sacerdotes.

Durante el debate uno de los curas dijo irónicamente:

«—Hasta aquí he creído a los doctores antiguos, desde hoy habré de creer a los modernos».

«—No es a nosotros— respondió Zuinglio— a quien debes creer, sino a la palabra de Dios».

El presidente de la asamblea dijo que en vista de lo que había oído declaraba que correspondía al Consejo abolir el culto de las imágenes.

La conferencia fue del todo favorable a la Reforma. Se suprimió el ritual católico y restablecido el culto cristiano en su primitiva sencillez. En la Pascua de 1524, se celebró por primera vez la Santa Cena bajo las dos especies. Zurich se independizó del obispado de Constanza y el pueblo fue declarado depositario del «tesoro del Evangelio».

Se tomaron serias disposiciones contra el juego, el lujo desmedido y todo lo que fuese una relajación de las costumbres.

La reforma se extendió pronto a otros cantones. Berna Basilea, Saint Gall, etc., abrieron las puertas al Evangelio. En Berna, Baden y otras ciudades, tuvieron lugar parecidas discusiones abiertas que terminaron siempre con la adopción de la Reforma.

LA CONFERENCIA DE MARBURGO

Lutero había abandonado muy lentamente la doctrina de la transubstanciación, enseñando que el comulgante recibe realmente a Cristo en las especies del pan y el vino, pero sin transformación de éstas; Zuinglio enseñaba que los elementos son sólo símbolos representativos del cuerpo y de la sangre del Señor.

El príncipe Felipe de Hesse quería unir las dos tendencias e hizo reunir a los dos reformadores en el castillo de Marburgo en el mes de octubre de 1529. No lograron ponerse de acuerdo.

Lutero escribió con tiza sobre la mesa: «Hoc Est Corpus Meum». Zuinglio y Olecampade pusieron de relieve otros textos en que la palabra «Est» tiene un sentido figurativo como: «La piedra era Cristo». «Yo soy la vid». Lutero quedaba inmovible en su posición y señalando el escrito decía: «El diablo no me moverá de aquí; tratar de comprender es destruir la fe».

El príncipe de Hesse temblaba por la división del Protestantismo, e invocando mil razones cristianas les rogaba que se pusiesen de acuerdo. Lutero declaró que era imposible. Zuinglio no pudo menos que ponerse a llorar y sin llegar a ningún acuerdo terminó la primera conferencia.

Una cosa quedaba bien demostrada para la gloria del Protestantismo, y es que los reformadores eran hombres de convicción, sinceros en sus creencias, que no obedecían a sentimientos personales ni obraban por intereses políticos. Obedecer a Dios, conforme a la conciencia, costase lo que costase, era la divisa de la Reforma.

El príncipe de Hesse no podía reconciliarse con la idea de que los adalides de la buena causa se separasen en desacuerdo, y continuaba rogando. Volvieron a tener otra conferencia: «Confesemos nuestra unidad en las cosas que estamos de acuerdo —dijo Zuinglio— y respecto a las otras recordemos que somos hermanos. La paz no existirá entre las iglesias, si manteniendo todos la doctrina de la salvación por la fe, no se puede diferir en puntos secundarios».

De momento Lutero rehusó, diciendo: «Vosotros sois de otro espíritu», pero por fin dijo que, «aunque no podía unirse a ellos con una base de fe doctrinal, podía hacerlo sobre la de la caridad cristiana». Los suizos se gozaron y en seguida extendieron a los alemanes la diestra de compañerismo. Lutero, conmovido, dijo: «Que la mano de Jesucris-

to quite de entre nosotros el último obstáculo que nos separa. Hay entre nosotros una buena concordia y si oramos con perseverancia la fraternidad vendrá».

A fin de hacer una manifestación ante el mundo, resolvieron firmar los artículos de fe sobre los cuales estaban de acuerdo. Lutero se retiró a meditar para poder escribir con calma y cuando volvió para leer el pliego que, con oración había redactado, todos lo firmaron con regocijo, descubriendo que estaban concordes en todo lo que es fundamental y esencial a la salvación y que aún sobre el artículo de la Santa Cena había más puntos de unión que de desacuerdo.

MUERTE DE ZUINGLIO

Suiza estaba dividida entre cantones que habían aceptado la Reforma y los que habían permanecido católicos.

Estos invadieron el cantón de Zurich y el ejército protestante que se improvisó reclamó la presencia de su gran predicador como capellán. Los protestantes tuvieron que aprender que: «No con ejército ni con fuerza, sino por mi espíritu, dice el Señor...». pues fueron derrotados en Cappel donde Zuinglio murió.

Sin embargo el Cristianismo Evangélico había echado tan profundas raíces en la Suiza de habla alemana que los católicos tuvieron que firmar la paz sin imponer su religión a dichos cantones que han permanecido protestantes hasta nuestros días.

LA REFORMA EN LA SUIZA FRANCESA

La Reforma en la Suiza-Romana vino naturalmente de Francia, donde se hablaba la misma lengua, más que de Alemania. Pero, a la grande nación vecina repercutió, como un eco poderoso, cuando la causa del Evangelio hubo ganado totalmente aquellos cantones, sobre todo el de Ginebra que se constituyó en baluarte del Protestantismo y sede del gran reformador Juan Calvino.

La obra fue impulsada mayormente por Farel, discípulo de Lefevre, como hemos visto. Este, al salir de Meaux empezó a predicar en los pueblos de Francia. En Gab sé hallaba predicando en la iglesia del pueblo cuando acudieron las autoridades para arrestarle. Dice una vieja crónica capuchina que «la gente estaba tan embobada escuchando al hereje que, aun cuando las puertas estaban cerradas y los alguaciles tuvieron que romperlas, nadie se movió ni volvió la cabeza al verlos entrar».

Farel fue puesto en prisión por algún tiempo, pero libertado por la influencia de sus parientes volvió a predicar, dirigiéndose por fin a la Suiza Alemana. En Basilea halló una iglesia de refugiados franceses de la que fue pastor; pero por ser demasiado agresivo con el catolicismo disgustó a Erasmo, quien era partidario de una reforma moderada. Por tal causa, le expulsaron las autoridades de Basilea.

Pero Farel era agresivo por temperamento y ello le hizo triunfar en los cantones de habla francesa. Un día, viendo una procesión católica que llevaba en andas un santo, no pudo contenerse y gritando: «Pobres idólatras, abandonad este culto que Dios condena», se apoderó de la imagen y la echó al río. Milagrosamente pudo escapar de la enfurecida multitud y llegó a Neuchatel, donde el pueblo secundó en masa su indoma-

ble energía. Se puso a predicar por las calles y seguido de la muchedumbre llegó a la grande iglesia del Hospital, donde la multitud hizo pedazos las imágenes, poniendo en las paredes esta inscripción: «El 23 de octubre de 1530 fue abatida y quitada de este lugar la idolatría por los ciudadanos».

En Ginebra predicó a cinco mil personas, las cuales pronto invadieron el convento de Rive. El 8 de agosto de 1535, el pueblo le llevó a la catedral de San Pedro donde predicó, y el día siguieron derribadas las imágenes convirtiéndola en catedral protestante.

JUAN CALVINO

Este gran paladín de la reforma nació en Noyon (Francia) el 10 de julio de 1509.

En París fue condiscípulo de Ignacio de Loyola. Aunque su plan era estudiar derecho, cuando fue convertido, asistiendo a cultos secretos que se celebraban en la capital de Francia bajo la dirección de Teodoro de Beza, decidió dedicarse a la predicación del Evangelio.

Después de visitar a Lefebre de Etaples, en Neirac (Navarra), fue a Suiza, alojándose una noche en la casa de Farel quien le conminó a quedarse en Ginebra para ayudarle en la predicación del Evangelio.

El caso es que muchos de los convertidos por la fogosa predicación de Farel lo habían sido al Protestantismo, pero no a Cristo. Hallaban placer en romper imágenes y sacudir el pesado yugo de Roma, pero sin entender el plan de la salvación de Dios ni aceptar el yugo de Cristo. Ello consumía a Farel y le enardecía en el deseo de tener a una persona capacitada que le ayudara a explicar el Evangelio a los ciudadanos de Ginebra, hasta el punto que cuando Calvino rehusó su invitación, llegó a decirle: «Tú estás siguiendo tu propia voluntad y te declaro en el nombre del Dios Omnipotente, que si no ayudas en esta obra del Señor, El te castigará por buscar tu propio interés y no el suyo». Ante estas palabras Calvino decidió quedarse y el Consejo de la ciudad lo nombró predicador y profesor de literatura sagrada.

Calvino estaba lleno de ideas teocráticas, pero contaba con muy mal elemento para realizar sus planes de una ciudad santa. Como exigía de las autoridades medidas enérgicas contra las malas costumbres, se levantó un partido llamado de los libertinos opuesto a tales medidas. Calvino y Farel se negaron a administrar la Santa Cena a estos convertidos a la Reforma, pero sin profunda vida espiritual y fueron expulsados de la ciudad. Calvino se estableció en Estrasburgo donde pastoreó una iglesia de habla francesa, y se dedicó a otras actividades intelectuales.

El cardenal Sadolet, viendo que los ginebrinos estaban divididos creyó que era momento oportuno para hacerlos volver al redil católico, y dirigió una epístola al Consejo y al pueblo de Ginebra, sin omitir en ella ningún argumento para tal fin.

¿Quién era capaz de contestar? Todos pensaron en Calvino, y éste, olvidando las ofensas recibidas, escribió una respuesta magistral.

Cambió la política en Ginebra y los partidarios de un puritanismo severo se encontraron de nuevo en el poder, gestionando el regreso de Calvino que volvió a Ginebra el 13 de septiembre de 1531. Tenía entonces 32 años y aunque enfermizo se entregó a la obra

de reforma con gran entusiasmo. Toda la vida pública y privada de los ciudadanos debía acomodarse al espíritu cristiano como él lo juzgaba.

Se prohibieron muchas diversiones. Las penas que se aplicaban por la violación de estas ordenanzas eran muy severas.

En 1559 fundó un seminario con la colaboración de Beza y otros maestros. Algunos años tuvo en el curso de teología más de mil alumnos que venían de todas partes y salían luego para esparcir la Palabra de Dios.

Por medio de estos predicadores del Evangelio, se fundaron millares de iglesias en Francia. Acerca de ellos escribe Bullinger: «Se disputan el salir a predicar como si el reino de Jesucristo estuviese apaciblemente establecido en Francia. Muchas veces procuro retenerles. Les muestro el atroz edicto que manda destruir toda casa donde se haya celebrado un culto. Les recuerdo que en más de 20 ciudades los fieles han sido asesinados en masa. Pero nada puede detenerles».

La persecución religiosa traía a Ginebra a millares de creyentes de todas las naciones de Europa que organizaban iglesias para celebrar cultos en sus respectivos idiomas. Estos traducían los libros de Calvino y se las ingeniaban para hacerlos llegar a sus compatriotas.

La obra inmortal de Calvino fue la Institución de la religión cristiana que hubo de ser traducida al inglés, alemán, holandés, italiano, español, húngaro, griego y árabe.

La dirigió al rey Francisco I, acompañada de un prefacio elocuente en el que demostraba que, aquellos a quienes hacía morir en la hoguera, no eran herejes ni revolucionarios, sino seguidores de Cristo y creyentes en sus enseñanzas.

Para tener una idea del volumen de las ediciones de esta obra bastará citar la denuncia dirigida a las autoridades de España, en la cual se avisaba que revisasen bien los buques procedentes de Amberes porque, según los espías, se remitían 30.000 volúmenes de biblias e Instituciones de Calvino.

Miguel Servet

Sin embargo Calvino, como la mayoría de los hombres de su tiempo, no supo hacer distinción entre el orden civil y el religioso. Rompió con la Iglesia Romana, pero no con el dogmatismo autoritario que en ella había aprendido. Creyó que el Estado tenía el deber de castigar a los herejes. Ello dio lugar al triste incidente de Miguel de Servet, médico español, quien sostenía ideas unitarias, negando la divinidad esencial de Jesucristo. En Viena, Servet fue condenado a muerte por la Inquisición católica, pero logró escaparse de la prisión huyendo a Ginebra.

Un caballero católico residente en Lyon, procurando convertir a un amigo suyo llamado Guillermo Trie que se había refugiado en Ginebra, escribió: «Ahí tenéis a este hereje antitrinitario». Esta correspondencia privada dio lugar a que Servet fuese encarcelado en Ginebra, y después de muchas discusiones dogmáticas, condenado a morir en la hoguera.

Servet murió heroicamente negándose a una retractación que, según él, no podía hacer en conciencia. Sus últimas palabras fueron: «Jesús, hijo del Dios eterno, ten piedad de mí». Julio Gindraux dice: «Con sólo haber dicho: “Hijo eterno de Dios”, podía haber escapado de la muerte». Prefirió ser sincero. Alabemos esta rectitud aunque fue errónea.

El Protestantismo ha rectificado con respecto a la intolerancia religiosa y en 1903 fue levantado un monumento a Servet en el sitio donde fue quemado que dice lo siguiente:

FILS RESPECTUEUX
DE CALVIN
NOTRE GRAND REFORMATEUR
MAIS CONDAMNANT UNE ERREUR
QUI FUT CELLE DE SON SIECLE
ET FERMEMMENT ATTACHES
A LA LIBERTÉ DE CONSCIENCE
SELON LES VRAIS PRINCIPES
DE LA RÉFORMATION ET DE L'ÉVANGILE
NOUS AVONS ELEVE
CE MONUMENT EXPIATOIRE
LE XXVII OCTOBRE MCMIII

«Hijos respetuosos de Calvino, nuestro gran reformador, pero condenando un error que fue el de su siglo y firmemente adheridos a la libertad de conciencia, según los verdaderos principios de la Reforma y del evangelio, hemos levantado este monumento expiatorio el 27 de octubre de 1903».

Muerte de Calvino

Un día, después de una reunión del Consistorio, Calvino se sintió enfermo. Los pastores de la ciudad le visitaron y oyeron de sus labios palabras serias de amonestación y también de confesión personal de sus propios errores, así como de su gloriosa y segura esperanza en Cristo. Farel tuvo tiempo de llegar desde Neuchatel a pesar de sus 80 años y pudo ver, por última vez, al colaborador en la principal obra de su vida.

Murió el 25 de mayo de 1564.

Como una prueba para nuestros lectores católicos de la solidaridad evangélica en nuestro propio siglo, nos sentimos impulsados a citar de nuevo al pastor y escritor bautista argentino don Juan Varetto, quien declara: «La influencia que el pensamiento de Calvino ejerció en la posteridad, ha sido grande. Su sistema religioso, severo, lógico, positivo, atrevido y consistente, tuvo la virtud de modelar el genio de muchos pueblos y llevarlos a la grandeza. El Calvinismo llegó a ser el alma del protestantismo inglés; levantó el cristianismo evangélico en Holanda, alimentó el presbiterianismo de Escocia, y tanto los puritanos que van al nuevo mundo como las huestes de Cromwell que destronan monarquías carcomidas, obran bajo su poderoso influjo. América le debe sus instituciones democráticas, y los principios de igualdad civil. Por eso dijo el historiador americano Bancroft: «Quien no honra la memoria y la influencia de Calvino descubre su ignorancia acerca del origen de la libertad americana».

Esto escribe un bautista, desde lo que llamaríamos el ala izquierda del Protestantismo, con respecto a Calvino. ¿Cómo puede afirmar el Catolicismo Romano que los cristianos evangélicos somos una multitud de sectas antagónicas anatematizando las unas a las otras? Nuestra libertad evangélica nos permite opinar en cosas no esenciales de un

modo diferente a nuestros hermanos, sin dejar de sentir el más profundo respeto y admiración por su obra en aquello que es más esencial.

LA REFORMA BAUTISTA EN EUROPA

Para muchos de los cristianos del siglo XVI, no era nuevo el mensaje de Lutero, pues la labor de los Valdenses, Hussitas y Lollardos, tenía muchos adeptos en toda Europa. Envervino, un antiguo escritor católico, nos dice que los anabaptistas alemanes existieron en Colonia antes del año 1140. El historiador Orchard dice que en el año 1223 una gran multitud de herejes fueron quemados en la hoguera en diferentes partes de Alemania por las cruzadas y la Inquisición combinadas. Mosheim dice: «Cerca del año 1510 (o sea, siete años antes de que Lutero fijara las 95 tesis) los anabaptistas alemanes pasaron en gran número a Holanda y en el transcurso del tiempo se confundieron con los modernos bautistas holandeses».

REPERCUSIONES SOCIALES DEL MOVIMIENTO EVANGÉLICO

En los principios de la Reforma, los millares de evangélicos ocultos, existentes en Alemania y en otros países de Europa, se sintieron regocijados por los grandes éxitos públicos de Lutero y por el apoyo que éste recibía de los príncipes; pero no pocos se sentían impacientes por la lentitud con que se desarrollaba el movimiento de Reforma. Ciertamente es que Lutero predicaba la verdadera doctrina evangélica en cuanto a la justificación por la fe, pero muchas iglesias continuaban llenas de imágenes, y las ordenanzas no se practicaban del todo como aparece en el Nuevo Testamento y según habían venido observándolas los Paulicianos, Valdenses y otros cristianos disidentes de Roma en siglos anteriores.

Sentían también que los grandes señores que apoyaban las doctrinas evangélicas de la salvación por la fe, no se daban mucha prisa en poner en práctica las doctrinas sociales del Evangelio, y ello causaba descontento a los cristianos humildes que veían en la Reforma, no tan solamente una liberación espiritual, sino también libertad humana y práctica.

Varios hombres eminentes de la Reforma se pusieron al lado de los Bautistas, distinguiéndose el doctor Carlostadio, íntimo amigo de Lutero, el profesor Stork y fray Gabriel, antiguo monje agustino.

«— ¿Vosotros creéis —decía Stork— que el sabio reformador que nos ha librado de la tutela de Roma ha manifestado hasta ahora sus opiniones en toda su extensión? ¿No podemos creer que ha escogido tiempos más favorables para descubrir su corazón sin reserva alguna? A Lutero somos deudores de la sensata doctrina sobre la naturaleza de los sacramentos. Los sacramentos, nos dice, no justifican, sino solamente la fe del que los recibe. ¿Qué eficacia, pues, creéis que el bautismo pudo tener sobre nosotros cuando lo recibimos como niños inconscientes?»

Los ataques en contra de la misa y de las imágenes exaltaron algunas veces al pueblo, induciéndolo al saqueo de iglesias para limpiarlas de ídolos.

Indudablemente, algunos anabaptistas eran culpables de un fanatismo extremado que les hacía ver en la Reforma la llegada del Milenio con el cumplimiento de todas las profecías bíblicas; y algunos, de temperamento nervioso, perdieron la cabeza hasta el extremo de creerse profetas de la Nueva Era. Pero el movimiento anabaptista no puede ser representado por estos pocos, sino por los muchos millares que, como Denk, Mantz, Huebmaier, Wagner, Setter y tantos otros, murieron gozosamente por Cristo y por la verdad evangélica en toda su pureza.

La influencia moderadora de Lutero era necesaria, y así lo comprendió éste al abandonar secretamente el castillo de Watburgo, sin el permiso del elector, y corriendo todos los riesgos, para ponerse otra vez, visiblemente, al frente de la Reforma a que él creía amenazada.

Lutero no tenía mucho que decir en contra de las doctrinas de los anabaptistas; así lo prueba su comentario sobre el capítulo ó de la Epístola de San Pablo a los Romanos, y Melancton se hallaba de tal modo indeciso que declaró que si el movimiento era de Dios, lo perdería todo gustosamente, antes que oponerse.

REVOLUCIÓN CAMPESINA

Pero la predicación bautista entrañaba, no solamente cuestiones dogmáticas y rituales, sino también algunos principios sociales que hoy día son considerados como la esencia misma del Cristianismo, pero que en aquel entonces parecían peligrosas proposiciones subversivas. Lutero, temeroso de perder el favor de los señores feudales, a quienes necesitaba, humanamente, para salvar la Reforma de sus poderosos enemigos exteriores, se opuso a los anabaptistas, no tanto por religión como por política.

Los predicadores anabaptistas se alejaron de Witemberg después de infructuosas discusiones con Lutero y empezaron obra itinerante en los pueblos rurales. Estos, a la sazón bullían de descontento por ciertas medidas opresoras de los señores feudales. Hallábanse los ánimos muy exaltados, tanto entre los campesinos que habían aceptado la Reforma como entre los que permanecían católicos. Por esto los predicadores anabaptistas fueron recibidos con entusiasmo por unos y otros. Para los más, la cuestión religiosa era lo de menos, viendo en los nuevos predicadores, apóstoles de una revolución social. Como natural consecuencia, algunos anabaptistas fueron llevados a capitanear un movimiento que, si tenía ríjulo de justo, no era en realidad religioso ni bautista, ya que en el mismo se sumaban católicos, luteranos y anabaptistas, sin otro lazo común que sus comunes reivindicaciones sociales.

Stork redactó la siguiente carta de peticiones a los señores:

«1.º Que se les permitiese escoger sus pastores de entre los que no predicasen más que el Evangelio puro.

»2.º Que no se cobrase diezmo más que sobre el trigo y que su producto se emplease, parte en mantener a los ministros de la Palabra y parte en socorrer a los pobres.

»3.º Que no se les tratase como a esclavos, puesto que habían sido redimidos por la sangre de Jesucristo.

- »4.º Que se les permitiese la caza y la pesca, puesto que el Señor en la persona del primer hombre les había dado el imperio sobre todos los animales.
- »5.º Que los bosques fuesen comunes y que se permitiese a todo el mundo cortar la leña necesaria para calentarse y para construir casas.
- »6.º Que se moderasen los tributos con arreglo a la caridad evangélica.
- »7.º Que se les permitiese tener propiedades y vivir de ellas, y se les asegurase por medio de contratos un justo salario por las tierras ajenas que ellos quisiesen cultivar.
- »8.º Que los impuestos no excediesen a los rendimientos de tierras para que no se volviese a ver a los campesinos reducidos a la mendicidad.
- »9.º Que en las multas se atendiese más a la justicia que al odio y al favor.
- »10.º Que cesasen las usurpaciones de los prados y de los pastos comunes que la nobleza se atribuía.
- »11.º Que se aboliese la costumbre de pagar a los señores cierto tributo a la muerte de un padre de familia, pues con esto las viudas y huérfanos se veían reducidos a la miseria.
- »12.º Que si se engañaban en las peticiones que hacían, estaban dispuestos a conformarse con citas claras de la Palabra de Dios, en cuyo caso los señores tendrían también derecho de exigir cuanto les pareciese conforme con los textos de los libros santos».

Cualquier católico o protestante de nuestros días se sonreiría ante la modestia de tales peticiones, pero los señores feudales de aquella época negáronse a hacer a sus vasallos la más mínima concesión y desesperados los campesinos, iniciaron la revuelta, apoderándose de varias ciudades, pero fueron por fin derrotados por las tropas feudales en batallas muy desiguales en las que los campesinos apenas pudieron defenderse por falta de armamento.

No obstante, la semilla del puro evangelio de Jesucristo estaba echada, y en su día había de producir los frutos de justicia social que los labriegos y obreros alemanes querían anticipar en su propia generación. Hoy podemos ver que son los países del norte de Europa y de América donde triunfó el movimiento religioso de la Reforma, aquellos en que los obreros disfrutaban del más alto nivel de vida, apenas diferente del de sus propios amos o jefes de industria; y ello sin la necesidad de revoluciones violentas y sangrientas como han tenido lugar en otros países que no supieron ver en la Reforma la voz de Dios llamando a la Cristiandad a una reconsideración de los principios sociales y éticos predicados por Jesucristo, el cual dijo: «Todo lo que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros así haced vosotros con ellos», y más tarde, con justa razón, tuvo que exclamar y ha estado repitiendo a sus discípulos de todos los siglos: «¿Por qué me llamáis Maestro y Señor y no hacéis lo que os digo?» (Evangelio de San Juan 13:13.)

El movimiento político-religioso de los campesinos alemanes fue ahogado por la fuerza de las armas, pero los mejores anabaptistas no anduvieron confundidos con el movimiento revolucionario social, sino que procuraban la extensión del Reino de Dios por la predicación del Evangelio y buscaron completar la Reforma en un sentido más bien espiritual.

Augsburgo fue un centro de estos anabaptistas moderados y espirituales en la Alemania meridional. En 1527, la iglesia tenía allí 800 miembros bajo el pastorado de Hetzer, y más tarde de Juan Denk quien fue un erudito en latín, griego y hebreo.

LOS BAUTISTAS EN ALEMANIA Y SUIZA

Clemente Sender, contemporáneo católico, en su Levantamiento y progreso de la herejía en Alemania, escribió que: «En ciertos jardines acostumbraban reunirse más de 1.100 hombres y mujeres, ricos, medianos y pobres, todos los cuales fueron bautizados por inmersión».

En agosto de 1527 hubo una convención de 60 ministros anabaptistas en Augsburgo, de la cual el propio Denk fue presidente. El resultado de esta convención fue la unificación de su fe y un gran entusiasmo misionero hasta lograr que todo el imperio sintiera su celo.

Las ciudades y pueblos de Alemania, tanto del norte dominado por príncipes protestantes, como del sur, regido por los católicos, se llenaron de anabaptistas, quienes afrontando la cárcel y la muerte se levantaban a predicar en las plazas y los mercados llamando las almas al arrepentimiento, porque decían haber llegado ya los últimos tiempos y que la puerta de la gracia pronto sería cerrada para siempre.

Sus discursos eran sencillos y sin arte. Dios —como decían— ha revelado a los niños los misterios que escondió a los sabios y entendidos.

A veces, bastaban unas cuantas horas para echar los cimientos de una iglesia. Los que se convertían a Dios arrepintiéndose de sus pecados, eran bautizados, generalmente por aspersion, pues se daba más importancia a la profesión de fe que a la forma del rito. Sin embargo, se generalizó el bautismo por inmersión cuando era posible, y en las afueras del Rin fueron millares los que confesaron su fe mediante el bautismo celebrado de esta forma.

El avance del anabaptismo produjo verdadera alarma en las esferas oficiales, tanto católicas como protestantes. Los católicos vieron en estos nuevos herejes enemigos tanto o más peligrosos que los luteranos. Los luteranos veían en ellos sectarios que podían traer turbación con sus exageraciones y retrasar el triunfo de la Reforma, y aunque no les persiguieron con la misma saña que los católicos, se opusieron también a ellos con las medidas propias de la época, si bien en la mayor parte de los casos la pena fue solamente de destierro.

Por ejemplo: En Suiza florecieron varios creyentes reformados de tendencia bautista como los ex sacerdotes católicos Guillermo Reublin, Simón Stuph, Luis Hetzer, Juan Broedli, que al ser expulsado de su parroquia católica, continuó predicando el Evangelio, ganándose la vida con el trabajo de sus manos; y el cura Baltasar Huebmayer, más tarde insigne apóstol y mártir de la causa.

En Zurich se distinguió especialmente Conrado Grebel, hijo de una de las familias más distinguidas de la ciudad, quien estudiando en Viena se entregó a una vida licenciosa, pero cuando volvió a Zurich por haberle retirado sus padres, católicos, su ayuda, fue convertido por Zuinglio, causando a éstos un nuevo disgusto. Algunos creen que este hombre habría sido para Zuinglio lo que Melancton para Lutero de no haberse inclina-

do por el bautismo de inmersión. Por tal motivo tuvo lugar una controversia pública en Zurich, pero el Consejo de la ciudad se inclinó por la opinión de Zuinglio en contra de los reformadores más radicales, ordenando que todos los niños fuesen bautizados en el término de ocho días, y que quien no quisiese respetar esa ordenanza debía salir de la ciudad y de las tierras de los señores que ocupaban, con su mujer, sus hijos y sus bienes, sin perjuicio de que se tomaran medidas ulteriores.

A Grebel se le ordenó que guardase silencio sobre el tema del bautismo, y a los otros que no eran ciudadanos del cantón, se les pidió que abandonasen el territorio.

Naturalmente, la Reforma no podía llegar en dos o tres años de existencia a tener conceptos de libertad religiosa que muchos pueblos aun no tienen después de varios siglos.

Pero la dispersión de los Bautistas no lograba sino hacer reaparecer esta opinión doctrinal en otras regiones, porque los que huían de un lugar a otro iban dando testimonio de su fe y ganando nuevas almas para Cristo y para sus puntos de vista en cuanto a las ordenanzas y gobierno de la iglesia.

Muchos de estos creyentes bautistas sufrieron martirio a causa de su fe. En 1521 un prominente miembro de la iglesia de Augsburgo, llamado Hut, fue ejecutado porque rehusó bautizar a su niño. Lo propio ocurrió a Leonardo Snyder en 1524, y en 1527 el duque de Moravia publicó un decreto exigiendo la prisión de todos los anabaptistas. Muchos de ellos murieron en la cárcel; otros fueron atenazados con tenazas enrojadas al fuego, quemados en la hoguera o ahogados en el Isar.

LA PRUEBA DE JORGE WAGNER

En Munich causó gran impresión el martirio de Jorge Wagner, uno de los hombres más ilustres de la ciudad. Cuando se convirtió el elector de Baviera le visitó y le exhortó en vano a que renunciase a la herejía. Fue arrestado cuando se perdieron las esperanzas de verlo apostatar. El príncipe y muchos de sus amigos le visitaron frecuentemente en la cárcel y todos quedaron sorprendidos de la firmeza de sus convicciones. Entonces el príncipe, gran amigo suyo, resolvió que lo hiciesen morir para escarmiento de otros que podían sentirse inclinados a la herejía.

El día señalado para la ejecución tuvo que soportar una de las pruebas más duras, la de ver a su mujer e hijos arrodillados a sus pies implorando que abjurase para salvar su cuerpo y su alma.

Llegado al lugar del suplicio levantó los ojos al cielo y dijo: «Padre Santo tú me eres más querido que mi mujer e hijos, y que tu misma vida. No permitas que los horribles sufrimientos que me esperan me aparten de ti. De ti yo tengo el ser, te lo entrego, contento de no vivir ni morir sino para ti». «Mientras pueda abrir los labios —había dicho a los amigos que le acompañaron a la hoguera— pronunciaré el nombre de Jesús». Las llamas pronto envolvieron el cuerpo del ilustre mártir, quien entregó su alma a Dios pronunciando estas palabras: ¡Jesús! ¡Jesús!»

MÁRTIRES AUSTRIACOS

Fernando, rey de Hungría y Bohemia, promulgó en 1527 un edicto estableciendo la pena de muerte para los anabaptistas, edicto que los curas tenían que leer desde los púlpitos cada tres meses durante diez años.

Entre otros muchos casos de persecución destaca el de nueve hermanos y tres hermanas que fueron encerrados en la prisión de Alfein, siendo llevados juntos al suplicio donde fueron los hombres decapitados y ahogadas las mujeres. Por haber penetrado en la prisión y haber exhortado a los cautivos a perseverar en la fe de Jesucristo, otra hermana fue denunciada, arrestada y quemada en la hoguera.

En 1539 la policía austríaca sorprendió a una numerosa congregación que estaba celebrando culto en Asteinborn. Los creyentes fueron rodeados por una poderosa caballería y conducidos en masa a la fortaleza de Falkestein. Allí los tuvieron encerrados cinco semanas, mientras numerosos y hábiles sacerdotes hacían grandes esfuerzos para que volviesen al Romanismo. Cuando se dieron cuenta de que nada conseguirían, les notificaron que las mujeres y los niños serían puestos en libertad y los hombres condenados a remar en las galeras. 90 hombres encadenados de dos en dos; fueron conducidos a pie hasta Trieste, ciudad que distaba unos 150 kilómetros de la fortaleza.

El momento de la separación de los esposos, hijos, hermanos, fue desgarrador. Sólo por la gracia de Dios podían soportar una prueba tan dura. Los mismos soldados de la guardia estaban bañados en lágrimas y conmovidos por el llanto y los gemidos de los que se abrazaban sin esperanza de volverse a ver más en este mundo.

Emprendieron la marcha y a través de ciudades, aldeas y campiñas, rodeados por los gendarmes imperiales, iban cantando himnos y predicando el Evangelio. Las oraciones de las madres, esposas e hijos que habían quedado en el mayor desamparo, seguían a estos fieles testigos de la verdad y mártires de quienes el mundo no era digno.

Los sufrimientos del trayecto fueron duros, pero en medio de esta prueba tuvieron el consuelo de ver ablandarse los corazones de los soldados, quienes les permitieron celebrar cultos de mañana y de noche y ocuparse libremente de las cosas espirituales. Los soldados daban de ellos el mejor testimonio y al llegar a las poblaciones les pedían que cantasen y predicasen a la gente, oportunidad que nunca desperdiciaron. Por este medio algunas personas fueron ganadas a la fe y llevaron el conocimiento de la verdad hasta Italia, donde los anabaptistas llegaron a ser numerosos.

Durante los quince días que estuvieron en Trieste, la mayor parte de ellos consiguió evadirse y finalmente llegar a los suyos.

Sería interminable referir los innumerables casos de martirio, y aparte de aquellos de los cuales se conserva fiel memoria en los documentos, es mayor el número de los que dieron su vida por amor a la verdad, sin conservarse el menor rastro de ellos.

Dos jóvenes que habían sido bautizadas en Banber, fueron arrestadas y sometidas a crueles torturas; finalmente fueron condenadas a muerte. Al ser conducidas al suplicio, para hacer escarnio de ellas, les pusieron coronas de paja “Cristo llevó por nosotras — dijeron— corona de espinas; ¿por qué no llevamos en su honor una de paja? Nuestro Dios es fiel y la reemplazará por una de oro y por guirnaldas de gloria”. Y rebotando de alegría soportaron la muerte.

Es cierto que algunos fanáticos exaltados con las promesas del evangelio creyendo muy cercano el Reino de Dios se entregaron a extravagancias. Unos trataron de poner a Dios a prueba con milagros, y otros llegaron a establecer un efímero reinado milenarismo en la ciudad de Munster Pero no puede juzgarse el sentido y alcance espiritual del movimiento anabaptista por estos lamentables errores de algunos hombres fanáticos, sino por los que, sin excesos de ninguna clase, tuvieron una visión muy clara de la verdad evangélica la cual creyeron y practicaron con sinceridad y fidelidad

Bullinger el sucesor de Zuinglio, en un libro que escribió en contra de sus enseñanzas en cuanto al bautismo, dice: «Manifiestan vida espiritual, tienen carácter excelente suspiran muchos no mienten; graves y serios, hablan con dignidad Y autoridad, de modo que ganan la admiración el aprecio Y la consideración de las almas simples y piadosas Porque —dice— dígame lo que se quiera de los anabaptistas no vemos en ellos sino cosas buenas y honestas, exhortaciones a no jurar, a no hacer mal, a vivir piadosa y santamente y a hacer lo justo». Y Erasmo, que los observa desde su prudente retiro de Basilea, les rinde este homenaje. «se les puede recomendar, sobre todo, a causa de su conducta irreprochable».

BALTASAR HUEBMAYER

Entre los Anabaptistas más distinguidos se encuentra Baltasar Huebmayer, colega de Zuinglio, en sus primeros años, el cual tomó parte con este reformador en la discusión pública que tuvo lugar en el año 1523, la cual dio por resultado la abolición del Catolicismo Romano en el cantón de Zurich. Predicó con tal éxito en Saint Gall que no hubo iglesia que pudiera contener las multitudes, teniéndose que levantar una tribuna pública en la plaza.

Más tarde, fue encarcelado por las propias autoridades reformadas a causa de sus ideas sobre el bautismo, pero fue puesto en libertad en 1526; mas en 1528 cayó en manos de los católicos de Austria y fue conducido a Viena donde después de largas discusiones con teólogos que no lograron convencerle, y de haber remitido al emperador Fernando una elocuente exposición de su fe, fue condenado a muerte y lleno de valor marchó al lugar del suplicio, donde, primeramente, la espada del verdugo le cortó la cabeza, y luego fue reducido a cenizas.

Aun cuando es notorio que Lutero combatió a los campesinos que se levantaron en armas contra los señores feudales, viendo en ellos revolucionarios peligrosos que comprometían la causa de la Reforma, parece que no sentía la misma aversión para los anabaptistas que, como Huebmayer, se limitaban a predicar el Evangelio de un modo un poco más radical, pues se dice que derramó lágrimas cuando la triste nueva de su muerte llegó a sus oídos.

Este hecho es altamente significativo teniendo en cuenta que la tolerancia religiosa era un factor desconocido en aquellos tiempos y Huebmayer no era un luterano sino un sectario de los que pretendían llevar «demasiado lejos la Reforma Protestante». Ello era un preanuncio del respeto a la conciencia y la fraternidad cristiana a que habían de conducir inevitablemente los principios evangélicos sacados a luz por la Reforma.

LA REFORMA EN HOLANDA

Durante el reinado del emperador Carlos V se daba el nombre de Países Bajos al conjunto de 17 provincias o estados cuyos territorios se encontraban más o menos situados bajo el nivel del mar. Comprendían lo que actualmente es Holanda y Bélgica, juntamente con una pequeña parte de territorio que ahora es de Francia.

Holanda no es un país especialmente privilegiado por la naturaleza, pero la laboriosidad y tesón de sus habitantes han hecho de ella, a pesar de todas las vicisitudes, tanto naturales como políticas, un territorio fértil y bello como un jardín. Mucha parte de su geografía ha sido arrebatada al mar, en una lucha entre el hombre y los elementos, quizá sin precedentes en la historia del mundo.

Amsterdam se había convertido en el puerto más importante de aquel mundo de la Edad Media, y la cultura de Holanda estaba sobrepujando en todos los órdenes a la de otros países más privilegiados, tanto por su situación como por sus posibilidades.

Cuando España era todavía la nación más poderosa del mundo, de tal forma que se hizo proverbial el dicho de que «sobre el Imperio español nunca se ponía el sol», los Países Bajos estaban bajo el dominio absoluto del emperador Carlos V, que a su vez era también Carlos I de Alemania.

Un Estado como éste, que iba poniéndose a paso de gigante a la cabeza del mundo a pesar de la opresión, no podía vivir indiferente a una evolución tan trascendental como era la Reforma.

EL RECTOR DE LOS AGUSTINOS

Amberes fue la primera ciudad donde prendió el espíritu restaurador del Cristianismo en su esfuerzo por volver a los cauces antiguos. Fue el padre rector del Convento de los Agustinos, Jacobo Spreng, quien comenzó a predicar los principios de la Reforma, exactamente al año de haber clavado Lutero en Alemania sus famosas 95 tesis.

Spreng fue detenido pronto, acusado de herejía, y no teniendo el valor de afrontar la muerte, se retractó públicamente de sus doctrinas. Más adelante se rehabilitó, y refugiado en Bremen, pastoreó la congregación que allí se había constituido.

OBRA Y MARTIRIO DE ENRIQUE ZUTPHEN

Mucho más valiente fue Enrique Zutphen, también del Convento de los Agustinos de Amberes, quien asumió la tarea de seguir la predicación del puro Evangelio a pesar de la experiencia sufrida por su antecesor. Según él ya esperaba, fue preso a los pocos días de comenzar su labor. Con una serenidad admirable se dispuso a enfrentarse con lo que él consideraba inevitable: el martirio.

Pero una noche sucedió algo inesperado. Un gran tumulto de gente asaltó la cárcel, redujo sin grandes esfuerzos a la guardia y le pusieron en libertad. A partir de aquí, hubo de estar deambulando lo más secretamente posible de pueblo en pueblo, aprovechando para predicar el Evangelio puro de Cristo, y así se constituyeron distintos grupos de

cristianos que aceptaron la Reforma. En una pequeña ciudad llamada Holstein, donde la influencia católica no parecía ser muy fuerte, se estableció definitivamente. Pero un día varios frailes planearon su muerte, para lo cual se valieron de una turba a la que seduciendo con ofrecimientos y calumnias, lograron que lo atacaran y mataran cruelmente, sin saber siquiera (como suele pasar en semejantes casos) ni quién ni por qué lo hacían.

DEMOLICIÓN DEL CONVENTO HERESIARCA

Como los primeros líderes de la Reforma empezaron a surgir de los Agustinos, y que detrás de uno se sucedía otro predicando las mismas doctrinas, con esa superstición propia de la Edad Media, pensaron que debía ser «el terreno» donde estaba edificado el convento el que producía tales «herejes», así que por una orden emanada de las altas jerarquías eclesiásticas, en octubre de 1522, el convento de los Agustinos de Amberes fue derruido, removida la tierra y sembrado de sal para su esterilización.

EDICTOS PERSECUTORIOS

Carlos V de España había tenido ocasión de comprobar que en Alemania no tenía todo el omnímodo poder que hubiera deseado para exterminar el Protestantismo, pues muchos príncipes y el pueblo en general estaban por la Reforma. Así que pensó debía actuar rápidamente en Holanda antes de que fuera demasiado tarde. Empezó promulgando varios edictos, que prohibían la publicación de cualquier libro sin autorización eclesiástica, la celebración de cualquier clase de reunión en la que se leyese la Biblia, la facultad de abandonar libremente los frailes sus conventos; y ordenaba quemar todos los libros de Lutero, bajo la pena de muerte a quienes no denunciaran su existencia o los conservaran en su poder. Todo «hereje» pertinaz debía ser quemado vivo, y confiscados sus bienes, concediéndose en caso de retractación solamente la gracia de morir por la espada en vez de por la hoguera. A los que denunciaran protestantes se les ofrecía la mitad de lo que pudiera serles confiscado, y en caso de ocultamiento, les era aplicada a los tales la misma pena que si fueran protestantes convictos. Además se suprimían las formalidades lentas y escrupulosas de los procesos judiciales ordinarios, lo cual tendía a crear un estado de terror asombroso.

Un sacerdote llamado Juan Von Bakker, de la localidad de Woerden, fue la primer víctima. Tenía 27 años y tuvo la osadía de atacar los edictos del Emperador como anticristianos. Ni que decir tiene que fue condenado a muerte, ejecución que se efectuó el 15 de septiembre de 1525, y mientras la hoguera hacía pasto de él, recitó las palabras de San Pablo: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?» Poco antes de morir, dijo: «Señor Jesús, perdónalos porque no saben lo que hacen.»

Las víctimas, a partir de aquí, fueron innumerables. Aunque no nos ha sido posible señalar, debido al hecho de suprimirse todo trámite judicial, una estadística exacta, en los últimos años del reinado de Carlos V, se elevaba a más de 50.000 el número de los mártires que murieron por sus convicciones basadas en la Biblia.

FELIPE II

Por abdicación de Carlos V, Felipe II, nacido en Valladolid cuando esta ciudad era capital del Imperio, vino a ser rey absoluto sobre España, Países Bajos, parte de Italia y otros dominios.

Con su reinado, la persecución se recrudeció aún más. Felipe II no reparaba en medios.

EL PRÍNCIPE GUILLERMO DE ORANGE

Pero el pueblo no estaba dispuesto a soportar aquello por más tiempo. El príncipe Guillermo de Orange, que entonces era católico, reclamó ante el Consejo del Estado la suspensión de tales crímenes y la correspondiente declaración de libertad religiosa. A él se sumó más tarde el conde de Egmont, el cual fue a España para entrevistarse con el rey y solicitar la libertad. Como cabe suponer, no fue oído, y el milagro está en que se le respetase por aquella ocasión la vida.

Entonces se constituyó una Liga de Emancipación, compuesta por diversos nobles protestantes y católicos moderados, doscientos de los cuales se dirigieron a Bruselas el mes de abril de 1556, presentándose en el palacio para pedir a la reina regente, Margarita de Parma, hermana de Felipe II e hija natural de Carlos V, inmediatas medidas que suprimieran en absoluto las persecuciones y que respetaran libremente las ideas religiosas de todos.

El ambiente era tal, que el 14 de junio del año 1556, más de 7.000 personas se reunieron al aire libre en Ghent para escuchar el Evangelio por boca del predicador Herman Modet. En la localidad de Tournay, toda la población, como un solo hombre, se congregaba para oír predicar a un tal La Grange. Amberes se convirtió en un foco donde miles y miles se agolpaban en la calle para escuchar el Evangelio ante la impotencia de las autoridades fanáticas y el beneplácito de aquellas que simpatizaban con el movimiento. El pastor Ambrosio Wille, por cuya cabeza se había ofrecido una buena cantidad de dinero, llegó a predicar ante multitudes de 20.000 personas.

En toda Holanda sucedía lo mismo. En la ciudad de Overeen, en un culto con asistencia de más de 5.000 almas, en el que se cantaron himnos a voz en grito sin temor alguno, Pedro Grabiell estuvo predicando por espacio de cuatro horas consecutivas, sin cansarse ninguna de las dos partes.

UNA REINA ESPAÑOLA FAVORABLE A LA TOLERANCIA

Ante la marcha de los acontecimientos, la reina Margarita se vio precisada a dar una orden permitiendo el ejercicio del culto protestante. Escribió a su hermano, pidiéndole que diese libertad, o que fuera allí a gobernar en lugar suyo.

Algunos exaltados fueron demasiado lejos, y empezaron a destruir las imágenes de los templos. Los predicadores evangélicos se opusieron instantáneamente a tales excesos, sosteniendo que había de quitarse antes los ídolos del corazón por la predicación de la verdad y que lo demás vendría por sí solo, sin necesidad de actos violentos.

Felipe II juró, por el alma de su padre, vengar tales «crímenes», no considerando más crimen el matar sin miramiento hombres y mujeres que el de destruir estatuas al fin y al cabo hechas de madera o barro.

EL TRIBUNAL DE LA SANGRE

En su consecuencia envió al duque de Alba con un poderoso ejército. Este, a su llegada, creó un Tribunal llamado de los Tumultos, el cual ha pasado a la Historia con el más acertado de «Tribunal de la sangre». Los condes de Egmont y Horn fueron decapitados en la plaza pública de Bruselas, todos los habitantes del país declarados enemigos del emperador y por lo tanto dignos de muerte.

En el poco tiempo que gobernó el duque de Alba, 18.000 personas fueron ejecutadas y más de 30.000 deportadas y privadas de sus bienes.

El príncipe Guillermo de Orange, que había logrado sustraerse de tan tremenda represión, decidió por fin jugarse el todo para evitar que siguiese adelante aquella situación y después de reunir un numeroso ejército de paisanos, se levantó en armas contra el duque de Alba. Hubo muy cruentas batallas y Orange fue vencido, pudiendo escapar de la muerte atravesando la frontera.

En el extranjero organizó un nuevo ejército en mejores condiciones que el anterior, con el cual invadió los Países Bajos por el norte. Sus huestes fueron aumentadas con los patriotas que se agregaban voluntariamente de las provincias que iba conquistando, y el duque de Alba no pudo esta vez dominar la avalancha de aquellas tropas enfervorizadas por sus anhelos de libertad.

EL PROTESTANTISMO ESTABLECIDO EN HOLANDA

En 1648 se declaró la independencia de Holanda. Aunque el Catolicismo pudo mantenerse en muchos lugares del sur gracias a la libertad concedida por los vencedores, el país aceptó en su mayoría el Protestantismo.

Hoy día es aún proverbial en muchos hogares holandeses la frase «que viene el duque de Alba», con la cual se pretende atemorizar a los niños para que no cometan sus travесuras. ¡Tan tremendo fue el recuerdo que la intolerancia religiosa dejó en aquel país, que los siglos no han podido borrarlo!

Sin embargo, nos complace mucho a los cristianos evangélicos españoles cuando visitamos Holanda observar que no existe sentimiento de odio hacia el Imperio Español del cual los Países Bajos formaron parte un día, sino tan sólo a las personas que tomaron parte en la persecución religiosa. Una buena prueba de ello es que se enseñe a los mismos niños que «Papa Noel» viene de España. Ello significa que España es todavía para Holanda una patria lejana de la cual se reconoce vinieron beneficios.

Ojalá que éste fuera el único recuerdo que existiera en el corazón de los holandeses y de todos los pueblos regidos por nuestro Imperio. Un recuerdo de los privilegios en comercio y cultura que heredaron de la «Madre de naciones». ¡Que nunca hubiese habido en España un rey que dijera: «Prefiero perder todos mis estados antes que reinar sobre

herejes»! Mejor aún, que ese mismo gran monarca español, tan fervoroso y sincero, hubiera comprendido al Cristo a quien pretendía obedecer y honrar.

Quiera Dios que nuestra amada Patria pueda hacer olvidar a los pueblos esta mancha de su historia; y que los ciudadanos de otras naciones sientan más comprensión por nuestros grandes reyes, que con equivocado celo quisieron servir «tan sólo a Dios» y sirvieron solamente a una nefasta política religiosa que arruinó la grandeza de España.

LOS VALDENSES ACEPTAN LA REFORMA

El eco de la poderosa voz que Martín Lutero en Alemania, y Zuinglio en Suiza, levantaron en favor de la Reforma, no tardó en llegar al Piamonte. Ya puede imaginarse con qué regocijo acogieron los Valdenses las noticias de los rápidos progresos de aquellas ideas que ellos habían sido hasta entonces los únicos en sostener heroicamente. Decidieron pues entrar en relación con los reformadores.

En 1526 el Barba (o sea, pastor) Martín Ginin, fue enviado junto con un joven colega de Calabria para tomar informes en Suiza y en Alemania, de cuyo viaje volvió trayendo abundantes noticias y numerosos escritos que circularon bien pronto entre las comunidades valdenses.

Cuatro años más tarde, los valdenses de Provenza vieron la necesidad de entrar en relaciones personales con los reformadores más próximos, de los cuales recibieron todas las explicaciones que deseaban, además de una respuesta escrita al cuestionario de que era portadores. Se trataba de aclaraciones referentes a la Trinidad, la predestinación, los sacramentos, el matrimonio y otros puntos sobre los cuales no se encontraron diferencias sustanciales. «Demos gracias a Dios porque, no obstante las densas tinieblas que os circundan, habéis guardado el conocimiento y el amor a la verdad—les dijeron los reformadores—. Nosotros reconocemos ciertamente que Cristo está en vosotros y por eso os amamos como a hermanos».

La gran mayoría de los valdenses aprobó las conclusiones de los enviados, pero algunos hicieron reservas. Entonces se decidió convocar un sínodo general para tratar el asunto a fondo, invitando a algunos teólogos reformados de Suiza a tomar parte en él.

SÍNODO DE CHANFORAN

A esta grande reunión asistieron, además de los barbas o pastores en su totalidad, tan gran número de fieles, aun de muy lejos, que la imponente asamblea tuvo que reunirse al aire libre a la sombra de magníficos castaños. De parte de los reformadores acudieron: Farel, Saunier y Pedro Robert, llamado Olivetan, de Nolon, primo del reformador Juan Calvino.

Las sesiones se prolongaron por seis días consecutivos y las conclusiones acordadas pueden resumirse así:

- 1.° Institución por los valdenses de un culto público, en vez de las reuniones secretas realizadas hasta entonces.
- 2.° Condena explícita y absoluta de la simulación por la cual algunos creían poder asistir al culto romano, aunque reprobándolo en su interior, a fin de evitar mayores persecuciones.
- 3.° Adhesión a las ideas de los reformadores sobre los siguientes artículos: La predestinación, las buenas obras, el juramento, la confesión hecha a Dios únicamente el reposo dominical, el ayuno no obligatorio, el matrimonio libre para todos, los dos sacramentos.

El Sínodo de Chanforan tomó además la importante decisión de imprimir una nueva versión francesa de la Biblia. Las traducciones en lengua vulgar, que entonces estaban

en uso entre los valdenses, eran insuficientes, ya sea porque siendo manuscritas servían para pocos, ya porque habían tenido por base la Vulgata Latina. Farel y Saunier persuadieron a los barbas de que en lo sucesivo les era indispensable tener una Biblia revisada según los textos hebreo y griego, y en el acto contrajeron un compromiso: Hacer una revisión de la reciente traducción francesa de Lefevre d'Étaples. Los valdenses ofrecieron los recursos para la impresión, juntando inmediatamente mil quinientos escudos de oro.

Así, en el histórico Sínodo de 1532, fue votada la adhesión de los valdenses a la Reforma.

ARRECIAN LAS PERSECUCIONES

Empero la situación empeora en toda Francia en contra de la Reforma, especialmente después de la lamentable provocación suscitada por un imprudente al poner un cartel favorable al protestantismo en la puerta de la cámara de Francisco I en Blois.

Indignado el rey, procedió contra todos los herejes en general.

En vano los reformadores se esforzaron en conjurar la inminente calamidad, particularmente Calvino, en la noble dedicación de su Institución Cristiana, con la que trató de «apaciguar el corazón y obtener la gracia» del irritado monarca.

El 18 de noviembre de 1540, el parlamento de Aix publicó un edicto por el que se ordenó fuesen arrasadas las ciudades y las aldeas de los valdenses, abatidos los bosques que pudiesen servirles de refugio, condenados a muerte sus jefes y desterrados a perpetuidad todos, inclusive las mujeres y los niños. La impresión de horror que tal noticia produjo en todas partes, hizo titubear a Francisco I quien mandó suspender su ejecución. Entre tanto, el cardenal Sadoleto tenía frecuentes coloquios con los valdenses y abrigaba la esperanza de atraerlos al regazo de la iglesia por vía de persuasión, haciéndoles comprender que aún él admitía la necesidad de algunas reformas.

Pero los implacables enemigos de los valdenses, consiguieron el 13 de enero de 1545 sorprender al rey, en aquel entonces débil a causa de su enfermedad y hacerle firmar la ejecución del decreto, de lo que se encargó el barón Juan Menier de Oppede. En una quincena de días fueron masacrados 4.000 valdenses, sus mujeres secuestradas y vendidas, 600 prisioneros conducidos a las galeras y 250 a la hoguera.

Un grito de indignación se elevó en toda la Europa protestante. Margarita, hermana primogénita de Francisco I, estalló en llanto. El rey, ya en su lecho de muerte, tuvo remordimiento por lo ordenado y mandó a su hijo Enrique II que ordenase la revisión de los procesos de los valdenses.

LA PERSECUCIÓN EN EL PIAMONTE

Si de Provenza pasamos al Delfinado y al Piamonte, encontramos no tanto matanzas en masa, sino una serie ininterrumpida de mártires, entre ellos está el pastor Matín Bonin y Esteban Brum, quien declaró a sus jueces: «¿Qué queréis hacer de mí, condenarme a muerte? ¡Os engañáis, me dais la vida!»

En 1556 los valdenses enviaron un mensaje al Parlamento de Turín que decía: «Si toleráis a los hebreos y los sarracenos que son los enemigos del nombre de Cristo, dejadnos vivir en paz en nuestros montes, tanto más que debéis convenir en que adoramos a Dios y creemos en el Redentor». «Eso no viene al caso —les dijeron—, os ordenamos que entreguéis a vuestros ministros y maestros».

Ellos rehusaron enérgicamente tal condición.

El mártir más ilustre de este período fue Godofredo Varaglia, un fraile capuchino a quien por su elocuencia se le confió la misión de predicar en toda Italia contra «las herejías de los protestantes». Pero a medida que estudiaba más de cerca estas pretendidas herejías, nacía y se consolidaba en él la convicción de que ellas encerraban, por el contrario, la Verdad Cristiana. ¡Cuántos honestos buscadores de la verdad han hecho la misma experiencia!

Sus predicaciones empezaron a traicionarle y por tal motivo fue sometido a cinco años de vigilancia especial. Más tarde, fue capellán ante el nuncio apostólico de París, hasta que en 1556, sintiendo que no podía resistir más los impulsos de su conciencia, decidió abrazar abiertamente la fe Evangélica y se trasladó a Ginebra.

Calvino le tuvo en grande estima, tanto que no titubeó en mandarlo en mayo de 1557 a predicar en italiano en el templo de Chabat, recientemente edificado por los fieles de San Juan. Durante cinco meses Varaglia anunció el Evangelio con gran eficacia. Pero, desgraciadamente, un día de noviembre de ese mismo año cuando volvía de Basbusca su pueblo nativo, donde había sido invitado para exponer las doctrinas de la Reforma fue arrestado.

Conducido a Turín, estuvo durante cuatro meses en el fondo de un oscuro calabozo desde donde escribió a sus hermanos de los valles dos preciosas cartas. «Fui llevado —dice— a un antro subterráneo y encerrado allí, aherrojados los pies en cadenas de 60 libras, y a causa de la humedad pronto se me hinchó la cabeza. Pero Dios, Padre de misericordia, no se alejó de mí».

A sus jueces amonestó afirmando que se manchaban inútilmente con su sangre, pues, agregaba: «faltará primero leña en los bosques para quemar herejes antes que los ministros de Cristo dejen de predicar el Evangelio».

La hoguera preparada en la plaza Castello había atraído una multitud inmensa. Un testigo escribe: «Marchó de la cárcel al suplicio con tanta firmeza y serenidad, habló con tanta alegría, que no creo yo que los apóstoles y los mártires marchasen más seguros y con mayor coraje a la cruz y a la muerte. No cesaba de enseñar a los presentes, exhortándoles a leer las Sagradas Escrituras. Ya en la hoguera, expuso, en presencia de diez mil personas, el motivo de su muerte; justificó su fe y proclamó su esperanza en la vida eterna por Jesucristo. Después de haber hablado durante una hora del reino de Dios y de la fe, y orado por todos los presentes sin excluir a sus perseguidores, fue estrangulado y quemado por la causa de Cristo, recibiendo así la corona del martirio. Y mucha gente atraída a la luz por su muerte, se convirtió a la fe cristiana. Era el 29 de marzo de 1558».

Otro heroico mártir valdense fue Juan Luis Pascale, quien escribía desde la prisión inquisitorial de Cosense:

«Si alguno no se siente con fuerzas para morir por Jesucristo y ha de ser vencido combatiendo, busque la victoria huyendo; el huir os es lícito, pero doblar las rodillas ante los ídolos, ¡nunca jamás!»

«Cuanto más cerca entreveo la hora de ser sacrificado a mi Señor Jesús, tanto más rebosa mi corazón de gozo y de alegría. A Dios os recomiendo, rogándoos no pongáis vuestra felicidad en las cosas de la tierra, sino por el contrario viváis de modo tal que pronto podamos volver a vernos en el cielo».

A su prometida escribió: «No os aflijáis por mi prematura partida, sino alegraos por la esperanza cierta de alcanzar el cielo donde yo os voy a esperar. Por lo demás, Jesucristo será vuestro querido y bondadoso esposo, el que os proveerá de todo lo que os será necesario pues no abandona a ninguno de los que en él confían».

En la cárcel de Tour de Nona, recibió la visita de su hermano Bartolomé; éste, como buen católico y hermano suyo, no escatimó súplicas y lágrimas para conmoverlo y así el mártir tuvo que apurar el dolor de resistir no sólo a sus implacables jueces, sino también a su amante hermano y el recuerdo de su madre. Esta había muerto pero su hermano le ocultó la noticia para hacerle creer que ella se desesperaba por no verle regresar, «por lo cual se contristó mucho —dice un cronista—, pero se mantuvo inconmovible. Por fin el hermano le confesó la verdad, pero conjurándole a retractarse y ofreciéndole la mitad de sus bienes». «A este ofrecimiento, el prisionero se enterneció y lloró —escribe el propio hermano a su hijo Carlos—, viéndome, según decía él, tan afechado a la tierra y sin preocupación ninguna por el cielo». El 16 de septiembre, Pascale fue llevado a la hoguera, que se levantaba en la plaza del puente de Roma, frente al castillo de Santangelo. Se dirigió a ella con paso firme y comenzó a hablar al pueblo explicando que no era reo de ningún delito, sino que sufría el suplicio porque defendía la verdadera doctrina de Aquel de quien «el Papa no es vicario, sino más bien el peor enemigo». Entonces se dio orden al verdugo de apresurarse para que esa importuna voz callara, y el mártir pereció en las llamas, allá en la ribera del Tíber, como Arnaldo de Brescia.

LA CRUZADA DE EXTERMINIO

Cerca de dos meses después del martirio de Pascale, el inquisidor Valerio Malvicino llegó a Costenza el 13 de noviembre y pasó el invierno visitando a los colonos de San Sixto y La Guardia, tentando inútilmente de convertirlos. En los primeros meses de 1561 consideró necesario apelar a la violencia. Más de 60 personas fueron desplomadas desde lo alto de las torres; otras fueron embetunadas con pez o untadas con trementina y luego quemadas a fuego lento, renovándose el espectáculo de las atrocidades del tiempo de Nerón. Muchas mujeres de San Sixto, arrastradas a Contenza, estuvieron atadas, tanto tiempo y con tanta fuerza, que las sogas penetrando en las carnes les produjeron heridas sanguinolentas en las que los gusanos se multiplicaban, aumentando el espasmo; algunas de ellas fueron despedazadas, otras quemadas, otras que

habían abjurado, eran despedidas, entre desprecios, con el hábito amarillo que llevaba una cruz roja delante y otra detrás.

La espantosa matanza que tuvo lugar en Montalto el día 11 de junio, está descrita del siguiente modo por un testigo ocular católico: «Hoy, a primera hora se reanudó el horrendo juicio de estos luteranos, que sólo pensarlo horroriza. Estaban todos encerrados en una cárcel; venía el verdugo, los tomaba uno por uno, les ataba una venda delante de los ojos y luego los llevaba a un sitio espacioso poco distante de la casa, los hacía arrodillarse y con un cuchillo les cortaba la garganta y los dejaba así; luego tomaba esa venda ensangrentada y con el cuchillo humeando volvía a buscar otros y hacía lo mismo. Siguió de esta manera hasta el número de 88. Ya están aquí los carros y todos serán descuartizados y esparcidos de trecho en trecho a todo lo largo del camino hasta los confines de Calabria. En once días se han ejecutado 2.000 personas y están prisioneros 1.600 condenados.

LAS PASCUAS PIAMONTESAS

El 18 de abril de 1655 era Domingo de Ramos; la soldadesca de Pianezza saludó la Semana Santa con el grito de: «¡Viva la Santa Iglesia Romana! ¡Ay de los barbetos!» Habíanse armado precipitadamente los valdenses bajo la dirección del capitán Bartolomé Jayer, rechazando en varias escaramuzas los primeros asaltos, pero Pianezza, pretendiendo parlamentar, engañó a los pobres montañeses, y a pesar de las sabias advertencias de Juan Leser les persuadió a que dejaran alojar en sus casas las tropas ducales por algunos días.

Los soldados se esparcieron por las aldeas, albergándose junto a las familias que temblorosas los recibieron bajo sus techos, pero algo tranquilizadas por las declaraciones del marqués de Pianezza, quien prometía solemnemente que en recompensa de tan evidentes pruebas de confianza y devoción al duque, la vida y propiedad de todos sería escrupulosamente respetada.

¡Qué despertar espantoso fue el 24 de abril!

Era la víspera de Pascua. Poco antes que aclarase el alba, una gran fogata encendida sobre las ruinas del Fuerte de Torres, dio la señal convenida para el horrendo estrago que con justicia fue llamado «la San Bartolomé valdense». Hombres inermes mutilados, despellejados, descuartizados; enfermos y ancianos duramente martirizados, criaturas arrancadas de los brazos maternos y estrelladas contra las rocas; jovencitas y mujeres ultrajadas y luego despeñadas por la soldadesca en los precipicios, cuando no decapitadas o ahorcadas a lo largo del camino o enterradas vivas.

Los niños escapados de la matanza fueron raptados y distribuidos por todo el Piamonte entre las familias que debían educarlos en la religión de aquellos que los habían hecho huérfanos.

El moderador Juan Leger había podido retirarse a tiempo con los fugitivos del valle de Angroña, a la ribera izquierda del Cruson, en Francia. Fue a París para denunciar a Europa entera las infamias que se estaban cometiendo contra el reducido pueblo valdense. El 1.º de mayo lanzó un manifiesto a las naciones protestantes suscitando una potente oleada de indignación y de solidaridad para con las víctimas. En Inglaterra, Olive-

rio Cromwell ordenó un ayuno nacional y abrió una suscripción pública en favor de los fugitivos. Milton, el célebre autor del «Paraíso perdido», compuso un famoso soneto que produjo una sensación extraordinaria, el cual comienza así:

¡Venga, Señor, la muerte de tus santos!
cuyos fríos huesos blanquean la alpina cuesta
son de aquellos que guardaron tu fe invicta...

34

LA REFORMA EN INGLATERRA

El gran factor que emancipó a Inglaterra de la tutela de Roma fue la lectura de las Sagradas Escrituras.

El sabio holandés Erasmo publicó en Basilea, el año 1517, el Nuevo Testamento griego junto con una traducción latina. Cuando este libro llegó a Londres, y de ahí pasó a Cambridge y Oxford, empezó para Inglaterra un nuevo capítulo de su historia.

Este Nuevo Testamento fue recibido con gran entusiasmo por todos los hombres de buena voluntad. Jamás libro alguno había producido tal sensación. Todos se lo arrebatában de las manos y su lectura iluminaba los corazones. Pero al mismo tiempo que sus páginas derramaban bendición para consuelo de unos, producía terrible alarma en otros. Obispos y frailes comprendieron que se aproximaban para ellos días peligrosos. Este libro, decían, engendrará horribles herejías.

Los frailes no atacaban el Nuevo Testamento griego, sino la traducción latina que lo acompañaba, poniendo el grito en el cielo porque Erasmo, en Mateo 4:17, no dice hacer penitencia sino convertirse.

El arzobispo Lee, de York, formó una liga de todos aquellos que se oponían a la lectura del Nuevo Testamento.

TOMAS, BILNEY, EL PRIMER MARTIR

Era éste un joven doctor de Cambridge, aventajado estudiante de derecho canónico, de alma seria y conciencia delicada.

Un día oyó hablar del libro nuevo que era objeto de animados comentarios. Venciendo el temor y los escrúpulos, guiado —dijo él más tarde— por la mano de Dios, se dirigió a donde lo vendían. Temblando, adquirió un ejemplar y fue en seguida a encerrarse en su habitación. Lo abrió y sus ojos cayeron en este versículo: «Palabra fiel es ésta y digna de ser recibida de todos, que Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero». (1. Tim. 1:15).

«¡Pablo —exclamó—, el primero de los pecadores, y Pablo con todo está seguro de su salvación!» Volvió a leer y dijo: «¡Oh, sentencia de Pablo, cuán dulce eres a mi alma!» Estas palabras del gran apóstol a su discípulo Timoteo quedaron grabadas en su mente y le instruyeron en el camino de la salvación. No sabía lo que le pasaba, se sentía como si un viento refrigerante corriese por su alma o como si un rico tesoro fuese puesto en su mano. «Yo también, se dijo, soy como Pablo; más que Pablo el más grande de los pecadores. Pero Cristo salva al pecador». Todas sus dudas se desvanecieron y su alma halló reposo en Cristo. Entonces se obró en él una admirable transformación.

Llegó en este tiempo a Cambridge Guillermo Tyndale, y fue ganado a la causa un joven de dieciocho años llamado Juan Fryth. Estos dos jóvenes, junto con Bilney, se pusieron a trabajar con entusiasmo. Iban progresando en el conocimiento de la verdad; se declararon contra la absolución sacerdotal y enseñaban que la salvación se consigue por medio de la fe en Cristo. Bilney comprendió también que no era la consagración epis-

copal la que constituía ministro del Evangelio, sino la vocación celestial, y caído de rodillas clamaba a Dios para que viniese en socorro de los que querían dejar el error y seguir la Palabra y el Espíritu. En su entusiasmo santo sentía arranques de profeta y decía: «Un tiempo nuevo ha empezado. La asamblea cristiana será renovada. Alguien se acerca... lo veo... lo siento, es Jesucristo... el rey; él es quien llamará a los verdaderos ministros encargados de evangelizar a su pueblo».

CONVERSIÓN DEL FUTURO MÁRTIR HUGO LATIMER

Había en aquellos días en Cambridge un sacerdote que se distinguía por un fervor que culminaba en el fanatismo. Era siempre el primero en las procesiones y se le veía llevar con mucho orgullo la cruz de la Universidad. Se llamaba Hugo Latimer; tenía unos treinta años de edad y a su celo infatigable unía un humor mordiente que lo usaba para poner en ridículo a sus adversarios. Como un nuevo Saulo perseguía a los amigos de la Palabra de Dios y en algunos discursos tuvo tanto éxito que muchos creyeron que había aparecido el hombre capaz de medirse con Lutero y dar a la Iglesia de Roma un triunfo deslumbrante. Bilney concibió el plan de ganarlo al Evangelio para que sus dones fuesen puestos al servicio de mejor causa, y para dar comienzo a su difícil tarea se valió de un procedimiento un tanto extraño. Se dirigió a donde Latimer se encontraba y le pidió que escuchase su confesión. ¿Qué ocurría? ¡El campeón de la herejía pide confesarse ante el campeón del papismo! Latimer creyó que sus discursos habían conseguido convencerle y que una vez sometido Bilney, harían igual cosa todos sus compañeros. El presunto penitente se arrodilla delante del satisfecho confesor, pero hace una confesión muy diferente de la que están acostumbrados a oír los sacerdotes; le refiere cuán grandes fueron las angustias de su alma y cuán inútiles las obras, ceremonias y sacramentos para librarlo de ellas. Y en seguida, con voz emocionante y sinceridad contagiosa, le habla de cómo encontró la paz cuando dejando todo eso confió en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Habla a Latimer del espíritu de adopción que ha recibido y de la dicha que experimenta al poder llamar a Dios su Padre.

El confesor quedó estupefacto al oír tal testimonio en lugar de una rutinaria confesión. Su corazón se abrió y la palabra llena de unción del piadoso Bilney penetró hasta lo más íntimo de su ser. Esa palabra simple pero llena de vida lo traspasó como una espada de dos filos. El Espíritu de Dios obró en Latimer; la luz de la verdad lo alumbró en aquella hora por ese medio inesperado. Su conversión fue instantánea, como la de Saulo en el camino a Damasco. Latimer quiso aún levantar alguna objeción, pero pocas respuestas llenas de amor bastaron para que toda duda se disipase. «Aprendí más por medio de esta confesión —dijo más tarde— que antes por medio de muchas lecturas y en muchos años. Me deleito ahora en la Palabra de Dios, y dejo a los doctores de escuelas humanas con todas sus extravagancias».

Una conversión tan notable como la de Latimer, imprimió un nuevo impulso al movimiento evangélico. Desde entonces la juventud universitaria acudía en masa a escuchar a Bilney.

El y otro fraile convertido llamado Arthur, visitaban los conventos y al mismo tiempo que buscaban ganar a los religiosos, predicaban al pueblo, encontrando muchas veces for-

midable oposición. Más de una vez fueron sacados del púlpito por los frailes enfurecidos y éstos no descansaron hasta conseguir que Bilney fuese arrestado y conducido a Londres para ser juzgado. Arthur se encargó entonces de llevar adelante la obra, aunque no por mucho tiempo, porque fue sometido a la misma prueba que su compañero. El 27 de noviembre de 1527, el cardenal Wolsey y un gran número de obispos y teólogos se reunían en Westminster para juzgar a los dos acusados. Después de abrir el acto el cardenal se retiró diciendo que asuntos de estado reclamaban su presencia en otro lugar, indicando antes que debería conseguirse que los acusados abjurasen de sus errores y que si no lo hacían, fuesen entregados al poder secular. La retractación o la muerte, tal era la orden que recibía el obispo que debía continuar presidiendo el juicio.

DESFALLECIMIENTO DE BILNEY

Bilney tenía esperanza de salir bien de esta prueba porque sabía que el obispo era amigo y admirador de Erasmo. Consiguiendo papel y tinta se puso a escribir en la prisión cartas admirables, que han sido conservadas, en las que expone que es la lectura del Nuevo Testamento la que había engendrado en él la doctrina que predicaba. Bien sabía el obispo que los acusados estaban mucho más cerca de la verdad cristiana que los frailes acusadores y deseaba librarlos de la muerte, pero quería hacerlo sin comprometerse ni correr riesgo. Todas las tentativas para arrancar a Bilney una retractación encontraron respuesta negativa, pero presionado por el ruego de sus amigos que no lo abandonaban y con la idea de que viviendo podría servir mejor a su Maestro, terminó por someterse, cosa que también había hecho Arthur. Los amigos de Roma triunfaban y una ola de dolor y tristeza invadía las filas evangélicas.

Llegado el domingo, pusieron a Bilney al frente de una procesión, y el discípulo caído, con la cabeza cubierta y la mirada al suelo, marchaba con paso lento hacia la cruz de San Pablo, cargando sobre sus espaldas un lío de leña con la cual iba diciendo: «Yo soy un hereje que merezco ser quemado». Los verdugos se complacen en humillar a sus víctimas hasta el último grado. Una vez que llegaron al sitio señalado se oficiaron los ritos establecidos para estos casos de abjuración. Un predicador habló sobre la penitencia que tenía que hacer el reo y terminado el acto, le condujeron de nuevo a su prisión. Con su caída se había librado de la muerte, pero no de la cárcel.

SU VICTORIA

Empezó para el desdichado apóstata un tiempo terrible en la soledad del calabozo, el cual se le semejaba a un horno de fuego devorador. En el silencio de la noche, creía estar escuchando palabras de reproche y acusación. Las sombras fatídicas de Caín y de Judas le rodeaban, y los remordimientos de conciencia no le permitían un instante de paz. Vuelto en sí se había dado cuenta de su falta y se avergonzaba de sí mismo. Puesto en libertad volvió a Cambridge, donde los remordimientos más agudos continuaron persiguiéndole. Pero Cristo con una mirada lo restauró como en otro tiempo a San Pedro. Se levantó como uno que resucita de entre los muertos, dijo Latimer.

Una noche del año 1531 se puso en marcha y al llegar a Norfolk, empezó a predicar privadamente en las casas de unos antiguos discípulos, para quienes con su cobarde conducta había sido causa de tropiezo. Consideraba que su primer deber era confirmarlos en la fe. Una vez que consiguió restaurarlos se puso a predicar abiertamente en los campos que rodeaban la ciudad. Prosiguió a Norwick, donde continuó activamente su ministerio, exhortando a los creyentes a no recibir nunca el consejo de amigos mundanos como él había hecho.

Pronto los frailes tuvieron conocimiento de sus actividades, lo denunciaron y fue arrestado. Frente a sus jueces y acusadores, mostró una firmeza inquebrantable, confesó resueltamente su fe y negándose a abjurar, fue condenado a morir en la hoguera. La ceremonia de la degradación se cumplió con mucho aparato. La noche antes de su ejecución cenó en la prisión con sus amigos y hablaba con toda calma sobre su próxima muerte, repitiendo jubiloso este texto de Isaías: «Cuando pasares por el fuego no te quemarás, ni la llama arderá en ti».

A la mañana siguiente, sábado, los oficiales seguidos de una guardia armada se presentaron en la prisión. Bilney apareció acompañado del doctor Warner, vicario de Winterton, uno de sus viejos amigos a quien pidió que estuviese a su lado en sus últimos momentos. Seguidos de una multitud de espectadores se dirigieron al lugar de la ejecución, sitio donde muchos lollardos habían sufrido el martirio confesando su fe en Cristo. Como todavía no habían terminado de preparar la hoguera, Bilney dirigió la palabra al gentío, exhortándoles a confiar en Cristo. Cuando llegó la hora de morir se acercó resueltamente al poste en que tenía que ser atado y quemado y lo besó. Se puso de rodillas y oró con gran fervor, terminando con estas palabras de los Salmos: «¡Oh Dios, escucha mi oración; está atento a mis súplicas!» Tres veces repitió con acento solemne el otro versículo: «Y no entres en juicio con tu siervo; porque ante tus ojos ninguna carne se justificará». Terminó con este otro versículo de los Salmos: «Mi alma tiene sed de ti». Entonces fue atado al poste con una cadena. Con palabras entrecortadas por la emoción el doctor Warner se despidió de su amigo a quien hizo esta última recomendación: «Apacienta la grey, apacienta la grey». El mártir se dirigió a la gente rogándoles que no buscasen vengar su muerte castigando a los frailes que eran los causantes de ella.

La antorcha fue arrimada a la leña y las llamas envolvieron el cuerpo de Bilney, a quien se le oyó pronunciar estas últimas palabras: «Jesús, creo».

Así murió el primer mártir de la reforma en Inglaterra. Murió por predicar la fe del Nuevo Testamento y sostener que sólo Dios tiene que ser adorado; y que hay un solo Salvador el cual es Jesucristo; y que el perdón es un don gratuito que se obtiene por medio de la fe y no de las obras.

GUILLERMO TYNDALE, TRADUCTOR DE LA BIBLIA INGLESA

Oxford, donde Erasmo tenía tantos amigos, fue la ciudad inglesa donde el Nuevo Testamento tuvo mejor acogida. El joven estudiante Guillermo Tyndale, atraído por el estudio de las letras, leyó este libro que tanto interés despertaba en la cristiandad. Al princi-

pio le interesaba sólo su valor filológico, pero no tardó en interesarse en lo que tiene de más precioso. Cuanto más lo leía, más sentía los saludables efectos de esta Palabra llena de virtud divina. Había encontrado un Maestro en quien no había pensado. Estas páginas que tiene ahora en las manos le hablan de Dios, de Cristo, de la regeneración, en un tono muy superior y diferente del de los doctores eclesiásticos.

Esto ocurría en 1517, el mismo año en que Lutero clavaba sus tesis en las puertas de la iglesia de Wittenberg, Alemania e Inglaterra empezaban al mismo tiempo la lucha por la Reforma. Tyndale, perseguido por los frailes, salió de Oxford y se dirigió a Cambridge donde se unió a los que en esta ciudad amaban la Palabra de Dios.

Poco tiempo después dirigió sus pasos hacia el valle donde estaba su casa paterna, para hacerse cargo de la educación de los hijos de un hombre encumbrado llamado sir John Walsh, señor de la comarca. En dicha casa se celebraban frecuentes tertulias a las que concurrían los vecinos más caracterizados, quienes eran agasajados por lady Walsh, mujer de gran cultura. Tyndale fue introducido a este círculo y como las conversaciones giraban a menudo sobre los asuntos religiosos que se discutían en toda la cristiandad, él tomaba buena parte haciendo hablar a su Nuevo Testamento que siempre llevaba consigo. Los frailes empezaron a impacientarse al ver que el preceptor de la familia sacaba constantemente a relucir el librito peligroso. Uno de ellos se lo reprochó un día diciendo:

—¡La Palabra de Dios! No la comprendemos nosotros; ¿cómo puede comprenderla el pueblo?

—Vosotros no la comprendéis —replicó Tyndale— porque buscáis en ella solamente apoyo para cuestiones necias, como si leyeseis libros de caballería andante. Las Escrituras son un hilo conductor que hay que seguir sin desviarse, hasta llegar a Cristo.

Los domingos, Tyndale acostumbraba predicar en una iglesia situada entre grandes árboles. Sir y lady Walsh ocupaban los asientos señoriales, como era costumbre, y los vecinos llenaban el modesto recinto. Exponía las Escrituras con tanta unción que sus oyentes creían estar escuchando al mismo San Juan, dice un cronista de aquella época.

Los curas se enardecían y no pudiendo soportar la popularidad que ganaba el preceptor, hicieron llegar sus protestas a sir y lady Walsh. Estos le aconsejaron ser más prudente en sus sermones para no llenarse de enemigos, pero él se limitó a contestar: «¿Qué puedo hacer yo? ¡No soy yo quien digo estas cosas: es San Pedro, San Pablo, el mismo Señor, quienes las dicen», y mostraba el Nuevo Testamento.

La capilla resultaba pequeña para satisfacer las aspiraciones misioneras del joven preceptor. Empezó a visitar otros lugares. En Bristol, celebraba reuniones en un prado. Pero los monjes seguían sus pisadas y destruían lo que sembraba. Cuando volvía a los lugares que había visitado, encontraba el campo arruinado por sus adversarios quienes lo tildaban de hereje y amenazaban con la excomuniación a los que se atreviesen a escucharle. ¿Cómo conseguir dar más estabilidad al trabajo? Nació entonces en él un ardiente deseo que seguramente le venía de Dios: dar al pueblo la Biblia en su propia lengua. «¡Oh, si los cristianos tuviesen por lo menos el Nuevo Testamento en su propia lengua! Con ella podrán responder a los sofismas. Sin ella no pueden afirmarse en la verdad». La traducción de la Biblia al inglés será la obra de su vida.

SU LABOR EN EL CONTINENTE

Se levantó en aquel entonces una persecución eclesiástica contra algunos que amaban la Palabra de Dios y Tyndale temió que la hoguera viniese a interrumpir su trabajo. Si castigan con la muerte a otros que poseen y leen unos fragmentos de la Biblia en latín, ¿qué no harán a quien la traduce para propaganda? Se convencía con dolor de que no había un lugar en toda Inglaterra donde podría estar seguro y decidió emigrar, partiendo hacia Alemania.

En Hamburgo el Evangelio se predicaba desde 1521 y un considerable número de personas lo habían abrazado; con éstas entró pronto en relación el inglés emigrado. En una de las tortuosas calles de la ciudad, estableció su modesta morada, y ayudado por Guillermo Roye, se puso a trabajar en la traducción, viviendo frugalmente con los pocos recursos que había traído de su patria.

En 1524 envió a Inglaterra los dos primeros evangelios y habiendo recibido algunos fondos se fue a Wittemberg, para poder seguir más tranquilamente su tarea y tal vez para entrar en contacto con Lutero y los helenistas alemanes, es decir, los profesores que conocían griego y podían ayudarle.

Poco tiempo después, para estar más cerca de Inglaterra, se estableció en Colonia, donde había buenas imprentas que tal vez se atreviesen a imprimir las Escrituras. Sabiendo que estaba rodeado de enemigos tomó muchas precauciones para mantenerse escondido.

Pudo entenderse con el impresor, y pliego tras pliego iba saliendo de la imprenta para hacer una reducida tirada de tres mil ejemplares. Seguía con los ojos la marcha del trabajo y lleno de optimismo se decía: «Quiera o no quiera el rey, pronto todos los ingleses alumbrados por el Nuevo Testamento obedecerán a Jesucristo».

TRAICIÓN Y SALVAMENTO

El cielo tan brillante repentinamente se llenó de espesos y negros nubarrones. Un día el impresor corre a verle y le dice que las autoridades acababan de ordenarle suspender la impresión. ¡Había sido descubierto! Seguramente el rey Enrique VIII, que ha hecho quemar los libros de Lutero, quiere también quemar el Nuevo Testamento y a su traductor. ¿Qué ocurría? Cochlee, el gran enemigo de la Reforma, habiendo entrado en relación con los impresores con motivo de una obra que deseaba publicar, oyó una conversación que despertó sus sospechas. «¿Qué? —se dijo—. Inglaterra, ésta fiel sierva del papado, este pueblo, el más religioso de la Cristiandad, cuyo rey se ha hecho ilustre por su libro contra Lutero, ¿será invadida por la herejía?»

Cochlee prosigue sus diligentes pesquisas; hace frecuentes visitas a los impresores; les habla amigablemente; los adula; los invita a su casa, y poco a poco les ganó la confianza. El mismo no se avergüenza de referir que les daba a beber en abundancia los ponderables vinos del Rhin; y de este modo les arrancó el tan deseado secreto. «El Nuevo Testamento —le dicen sus alegres visitantes— está traducido al inglés, y tres mil ejemplares están en prensa, ochenta páginas en cuarto ya están listas; algunos ne-

gociantes ingleses pagan los gastos; cuando la obra esté terminada será llevada a Inglaterra sin que ni el rey ni el cardenal puedan saberlo ni impedirlo».

La denuncia es hecha y se prohíbe la impresión. Tyndale se consterna al saberlo. ¿Se perderá el trabajo de tantos años? «¡Oh, lobos devoradores —exclama—, predicán que no hay que robar y ellos roban al hombre el pan de vida eterna!» Pero Tyndale era un hombre que poseía esa fe que traspasa las montañas y no tardó en sentirse reanimado. Corre a la imprenta, recoge los pliegos impresos y los manuscritos, sube a una embarcación y remonta el río llevándose la futura grandeza de Inglaterra.

Cuando Cochlee y las autoridades llegaron a la imprenta se enteraron de que el hereje había huido. ¿Dónde encontrarlo? Irá, sin duda, a ponerse bajo la protección de algún príncipe luterano. ¡Prenderle es imposible! El único recurso que queda es el de impedir que los libros lleguen a Londres. Escribe en el acto a Enrique VIII, al cardenal Wolsey y al obispo de Rochester. «Dos ingleses —les dice— quieren enviar a nuestro pueblo el Nuevo Testamento en inglés. Dad órdenes a todos los puertos de Inglaterra para que no puedan introducir la más funesta de las mercaderías». ¡Tal es el nombre que éste daba a la Palabra de Dios!

Mientras tanto Tyndale, con la mano puesta sobre los pliegos preciosos, remonta el río. Pasa frente a las antiguas y sonrientes aldeas que pueblan las márgenes del Rin. Las montañas, las rocas, los bosques sombríos, las ruinas, las iglesias góticas, las embarcaciones, las aves, las flores, no podían hacer que apartase su mirada del tesoro que llevaba consigo. Al fin, después de un viaje de tres o cuatro días, llegó a Worms, donde cuatro años antes Lutero había dado fiel testimonio de su fe, desafiando al emperador, al papa y a la muerte. Como viajero desconocido descendió del navío y puso su carga sobre la ribera.

En Worms consiguió los servicios de un imprenta y se entregó de nuevo a su tarea. Dos ediciones del Nuevo Testamento estuvieron listas a fines de 1525.

LLEGADA A INGLATERRA DEL NUEVO TESTAMENTO

En los primeros días de 1526 los libros ya estaban embarcados, escondidos entre la mercadería de cinco negociantes establecidos en ciudades marítimas. Llegaron a su destino y fueron secretamente depositados en un sitio llamado Steelyard. Surge ahora otro problema: ¿quién se encargará de hacer que estos libros, fruto de tantos desvelos y sacrificios lleguen a las manos del pueblo?

En una calle estrecha de Londres se levanta la vieja iglesia de Todos los Santos. Era vicario de la misma un hombre sincero, de viva imaginación, tímido por naturaleza, pero lleno de un coraje santo que más tarde le llevó al martirio. Este cura se llamaba Tomás Garret, y habiendo aceptado el Evangelio lo estaba predicando en la iglesia donde desempeñaba sus funciones. Se buscaba un sitio seguro donde guardar los ejemplares del Nuevo Testamento enviados por Tyndale, y otros libros que se introducían de Alemania. Garret ofreció esconderlos en su casa y constituirse en guardián de tan precioso tesoro. Una vez en su poder, día y noche los leía y reunía secretamente a muchos amigos para explicarles su contenido. Procuraba sigilosamente vender algunos, y los ad-

quirían tanto laicos como eclesiásticos, de modo que se diseminaron por la gran metrópoli y aun más allá.

Deseando llevar adelante su obra se trasladó a Oxford y consiguió introducir muchos ejemplares en los círculos estudiantiles. Cuando el cardenal supo lo que estaba sucediendo, reunió a los obispos y juntos tomaron la resolución de impedir que el libro continuase circulando. Llegaron a enterarse de las actividades de Garret y mandaron prenderle. Le buscaron en la iglesia, en todas partes, pero no aparecía. Un día, cuando estaba tranquilamente colocando libros en Oxford, llegan dos amigos apresuradamente y le dicen: «Huya, huya cuanto antes, si no será llevado ante el cardenal y de ahí a la torre». Comprendió que había llegado una hora de peligro y se dirigió sin demora a casa de Antonio Delaber, donde tenía el depósito de sus libros y se dispuso a huir. ¿A dónde? Delaber tenía un hermano en Dorsetshire, rector en Stabridge, que necesitaba un vicario. Convinieron en que Garret cambiase de nombre y que fuese a llenar esa vacante, y como dicho rector era un papista fanático, los perseguidores no lo buscarían en esa parroquia. Era la única puerta de escape, y más tarde podría seguir al extranjero. Estaba en marcha, pero en el camino se puso a reflexionar, y su conciencia se rebeló ante la idea de ocultarse bajo un falso nombre y vivir a la sombra de un enemigo de la verdad, ocultando sus convicciones y practicando actos que, según la Palabra de Dios, eran abominables. Se detiene. Lucha. Vence el temor a la muerte y retrocede llegando a Oxford donde cayó en manos de sus enemigos y más tarde sufrió el martirio.

Tyndale continuaba en el continente viviendo en Marburgo bajo la protección del príncipe protestante que allí gobernaba y donde tenía grandes facilidades para proseguir sus tareas de publicista, pues además de sus traducciones de la Biblia, compuso muchos escritos de controversia de un tono altamente subido, pues la actitud de la Iglesia Romana le había llevado a la convicción de que ella era la Babilonia apocalíptica y la ramera embriagada con sangre de santos.

PRISIÓN Y MUERTE DE TYNDALE

En 1535 Tyndale se hallaba en Amberes, posesión española, pero oculto en casa de algunos negociantes ingleses que le prestaban ayuda. Estaba pasando los días más tranquilos de su vida cuando fue traicionado por un falso amigo y encerrado en la prisión de Vilvorde, donde permaneció sufriendo durante un año y ciento treinta y cinco días. El proceso que se le formó fue muy lento y todo llevado por escrito. Muchos amigos influyentes trataron de salvarlo, pero nada pudo saciar la sed de sangre de sus perseguidores. Se ha encontrado una carta escrita por Tyndale al gobernador de la prisión en el último invierno de su vida, en la cual pide que le den la ropa gruesa que le fue sustraída, y la misma contiene este párrafo: «Pero mayormente ruego y suplico a Su Clemencia que interceda ante el procurador para que tenga la bondad de permitirme mi Biblia hebrea, mi gramática hebrea y mi diccionario hebreo, para que pueda pasar el tiempo estudiando». ¿Quién no ve en este ruego semejanza al de San Pablo cuando preso en Roma pedía el capote que había dejado en Troas y mayormente los pergaminos?¹

1.º 2.ª Timoteo, 4:13.

La sentencia de muerte fue pronunciada el 10 de agosto de 1536 y conforme a ella, Tyndale fue estrangulado y después quemado. Su última oración fue: «Señor, abre los ojos del rey de Inglaterra».

ENRIQUE VIII

Al mismo tiempo que entre la gente piadosa de Inglaterra la lectura del Nuevo Testamento iba produciendo un extraordinario movimiento espiritual, en la Corte tenían lugar algunos hechos que, en la providencia de Dios, estaban destinados a contribuir a la emancipación religiosa de la nación.

El fanático rey Enrique VIII había subido al trono en 1509. Sus padres le habían destinado a la carrera eclesiástica y en su juventud se dedicó con verdadero entusiasmo al estudio de la teología escolástica, siendo Tomás de Aquino su autor favorito.

Desde el principio de su reinado se constituyó en un ardiente defensor del Catolicismo y persiguió a los lollardos, quienes desde los días de Wicliffe, no cesaban de predicar el Evangelio por las calles, viajando por toda la isla.

Alarmado por la buena acogida que tenían en su reino los libros de Lutero y escandalizado por los ataques que éste dirigía al pontífice romano, Enrique VIII salió al encuentro del reformador alemán diciendo: «Yo combatiré a este Cerbero (monstruo mitológico) salido de las profundidades del infierno, y si rehúsa retractarse, el fuego consumirá sus herejías y al mismo hereje».

Tomó la pluma y armado de la Summa Teológica, escribió un libro titulado Defensa de los siete sacramentos contra Martín Lutero. El embajador de Inglaterra en Roma presentó al Papa un ejemplar magníficamente encuadernado y éste quedó tan encantado de su contenido que lo llamó un diamante del cielo. Preguntó a sus consejeros cómo podía premiar la meritoria contribución religiosa del «virtuoso» rey. ¿Qué título se le podía otorgar que estuviese a la altura de su piedad y celo religioso? Hubo varios pareceres, pero prevaleció la idea de concederle el título de Defensor de la fe, que llevan hasta hoy los soberanos ingleses. Desde entonces redobló su celo de perseguidor de protestantes y las cárceles se llenaron de las víctimas que no conseguían huir al continente.

DIVORCIO REAL

Enrique VIII se había casado con Catalina de Aragón, viuda de su hermano Arturo, la cual era sobrina de Carlos V. Este matrimonio era contrario a las leyes canónicas, pero se salvó este obstáculo consiguiendo una dispensa del Papa Julio II.

Después de dieciocho años de matrimonio, descontento por no tener un heredero varón, y locamente enamorado de Ana Bolena, una hermosa dama de la corte, el rey manifestó

tener escrúpulos de conciencia para continuar unido en un matrimonio que muchos eclesiásticos le decían que no era legítimo. Pidió entonces al Papa Clemente VII que lo anulase, pero éste, no queriendo contrariar a Carlos V, puso muchas dilaciones. El rey, por su parte, alegaba en su favor que no había cosa más común en la historia de las naciones que la anulación de matrimonios reales por parte del Vaticano. Recordaba el de Ladislao y la princesa Beatriz de Nápoles, acordado por Alejandro VI y también el de Luis XII que se separó de Juana de Francia.

En esta circunstancia aparece un hombre que estaba destinado a jugar un papel muy importante en la historia de Inglaterra: Crammer. Era éste un eclesiástico, doctor de Cambridge, que simpatizaba con las ideas de la Reforma. Aconsejó al rey que se dejase del Papa y consultase a las Universidades. El rey aceptó el consejo y despachó comisiones a todas partes y las universidades inglesas, francesas, alemanas e italianas se declararon por la nulidad del matrimonio del rey.

Mientras se efectuaban estas consultas, Crammer, que había ganado el favor real, fue nombrado arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra.

Así Enrique VIII, desentendiéndose del Papa, logró la anulación de su matrimonio y se casó con Ana Bolena.

Este divorcio real tuvo un largo alcance, pues terminó con el divorcio de Inglaterra con el papado, circunstancia que aprovecharon los partidarios de la Reforma para introducir las doctrinas evangélicas proclamadas por Lutero.

El Parlamento promulgó varios edictos aboliendo los diezmos que se pagaban al papa, prohibiendo toda apelación a Roma, y finalmente declarando al rey cabeza suprema de la iglesia de Inglaterra, la que tomaba el nombre de Ecclesia Anglicana.

El rey reunió al alto clero en una especie de Sínodo donde pronto chocaron las tendencias protestantes con las católicas. El rey, a pesar de romper con el Papa permanecía católico en sus creencias. Pero el partido protestante consiguió que la Biblia fuese publicada con autorización real y que se colocase un ejemplar en cada iglesia.

El Papa excomulgó a Enrique y puso al reino en entredicho. El rey, para demostrar que continuaba permaneciendo católico, hizo promulgar seis artículos antiprotestantes que recibieron la denominación de El azote de las seis cuerdas. En el decreto se amenazaba con la horca y con la hoguera a quienes se atreviesen a desconocer o a contradecir lo siguiente:

- 1.° La realidad de la transubstanciación, tal como la entienden los más acérrimos católicos.
- 2.° La privación del cáliz a los laicos.
- 3.° La obligación del celibato clerical.
- 4.° La conveniencia y perpetuidad de los votos monásticos.
- 5.° La misa católica, obligatoria.
- 6.° La confesión auricular, obligatoria en la iglesia del Estado.

Nadie podía ni puede negar que Enrique permanecía católico, aunque enemistado con el Papa, y es en su fe católica y no como protestante que cometió los horribles crímenes de su cruel reinado.

Recrudesció la persecución contra la fe evangélica y entre las muchas víctimas se encuentra un maestro llamado Lambert, quemado a fuego lento por haber negado la presencia real en la Eucaristía. Más de quinientos fueron encarcelados.

Enrique VIII tuvo nada menos que seis esposas. Se cansó pronto de Ana Bolena y acusándola de infidelidad la hizo decapitar. Al día siguiente de esta tragedia se casó con Juana Seymour, la cual murió. Se casó entonces con Ana de Cleves, pero se disgustó con ella porque amaba la música y hablaba sólo el alemán. Obtuvo el divorcio y se casó con Catalina Howard. Alegando que había descubierto en ella faltas cometidas antes del matrimonio la hizo condenar a muerte y se casó, por sexta vez, con Catalina Parr.

TESTAMENTO CATÓLICO DE ENRIQUE VIII

El reinado de este veleidoso rey fue un reinado de sangre. Hubo ejecuciones a miles, pues hacía dar muerte a los católicos que se resistían a negar la autoridad del Papa, y asimismo a los protestantes que se oponían a la misa. Nunca abandonó las creencias católicas como lo demuestran estos párrafos de su testamento:

«En nombre de Dios y de la gloriosa y bienaventurada Virgen, nuestra señora Santa María y de toda la Santa Compañía Celestial: Nos Enrique por la gracia de Dios, etc., muy humilde y sinceramente, encomendamos y legamos nuestra alma al Todopoderoso Dios. También rogamos con toda instancia a la bienaventurada Virgen María, Su Madre, con toda la Santa Compañía Celestial, que oren por nosotros mientras vivamos en este mundo y al tiempo de salir de él para que podamos alcanzar la vida eterna lo más pronto posible. También encargamos a nuestros albaceas que hagan limosna a la gente pobre para que oren por la remisión de nuestros pecados. Y queremos que tos deanes y canónigos de nuestra capilla de San Jorge, dentro de nuestro palacio de Windsor, reciban propiedades que den 600 libras esterlinas de rédito al año, para ellos y sus sucesores, para celebrar misa en dicho altar».

No se puede pedir un testamento más católico ni menos protestante. Lejos de ser Enrique VIII, como dicen los católicos deseosos de desacreditar la Reforma, el fundador del protestantismo en Inglaterra fue un católico, de carácter absolutista y voluntarioso, que persiguió a los protestantes todos los días de su reinado, hasta la muerte. Se hizo cismático, pero continuó siendo fanáticamente católico.

EDUARDO VI

Muerto Enrique VIII, heredó el trono Eduardo VI, pero como tenía tan sólo diez años de edad, fue nombrado un consejo de regencia, presidido por el duque de Somerset, tío del rey. Este era un hábil estadista y franco amigo de la Reforma religiosa. El joven rey, que fue llamado el Josías inglés, no puso obstáculos al programa protestante de las personas que le rodeaban, de modo que el partido católico fue por completo desalojado del poder. Crammer comprendió que había llegado la hora oportuna para introducir en

la iglesia muchas reformas saludables de carácter evangélico, y supo hacerlo con tacto y sabiduría. Fueron entonces abolidos los seis artículos que habían sido causa de tantos encarcelamientos y muertes durante el reinado de Enrique. Los partidarios de la Reforma que estaban presos fueron puestos en libertad y muchos volvieron del destierro, entre otros Juan Knox, quien fue nombrado capellán del rey, cargo que no le agradó debido a sus tendencias presbiterianas. Crammer eligió los predicadores más fogosos y entusiastas y los envió para enseñar al pueblo por todas las diócesis, tomó medidas para que la Biblia fuese más leída y explicada en las iglesias, abolió los ritos de la misa y las oraciones en latín, hizo que la comunión se administrase bajo las especies de pan y vino, y autorizó el matrimonio de los eclesiásticos.

Se reunió un importante Sínodo en 1551 y redactó cuarenta y dos artículos de fe, que respondían a los principios del protestantismo, que fueron reducidos más tarde a treinta y nueve, los que, con algunas modificaciones, sirven hasta hoy de norma a la Iglesia Anglicana.

JUANA GREY: LA REINA MÁRTIR

El rey vivió sólo hasta los diecisiete años, y antes de morir, influido por el duque de Northumberland, había designado a su hermana Juana Grey para sucederle en el trono, y evitar así que los católicos volvieran al poder. La nueva reina no tenía todavía veinte años y se distinguía tanto por su hermosura como por sus virtudes y cultura. Dominaba varios idiomas y leía en sus lenguas originales las obras maestras de la literatura antigua. Seguía por convicción la doctrina evangélica y mantenía correspondencia sobre temas espirituales con Zuinglio y Bullinger. Al morir Eduardo VI, los partidarios de la Reforma se apresuraron a colocarla en el trono, pero la mayoría de los miembros de la nobleza, por respeto al principio hereditario tan venerado en Inglaterra, se pronunció en favor de María, hija de Catalina de Aragón, primera esposa de Enrique VIII. La infortunada reina pagó con su vida el efímero reinado que sólo le duró diez días. Fue encerrada en la torre de Londres y terminó sus días alentada por la fe evangélica que había abrazado. Poco antes de ser decapitada envió a su hermana, la reina que decretó su muerte, un Nuevo Testamento con una dedicatoria en la que manifiesta sentimientos cristianos poco comunes. Extraemos algunas líneas de la misma:

«Te envío, querida hermana, un libro que aunque exteriormente no está cubierto de oro, no vale menos que todas las piedras preciosas. Contiene el mensaje bienhechor de Nuestro Señor, la expresión de su suprema voluntad y de su misericordia para con nosotros, pobres pecadores. Te enseñará, si lo lees con un sincero deseo de ser salva, el camino de la vida eterna... En cuanto a mí, tengo la seguridad, al abandonar esta vida mortal, de obtener la vida eterna, que ruego a Dios te conceda también a ti... En el nombre de Dios, no te apartes jamás de la verdadera fe cristiana, ni aun por salvar tu vida, porque si tú negares la verdad, Dios a su vez te negará... ¡Quisiera El introducirme en su gloria, y también a ti, cuando sea su voluntad! ¡Adiós, querida hermana! ¡Espera en Dios! ¡El te ayudará!».¹

1. ¿Puede pedirse más alto y conmovedor modelo de espíritu evangélico que el poder escribir en tales términos a una rival y cruel enemiga, causante de su inminente muerte por el verdugo? ¡Cuánto conviene a los que seguimos las pisadas de los mártires, ufanándonos de «profesar sus mismas doctrinas», imitar tales ejemplos de amor y perdón en nuestras insignificantes querellas! Por duro que sea a veces, debemos reconocer y recordar que tal espíritu y actitud forma realmente parte de la doctrina evangélica tanto como la doctrina de la justificación por la fe, y que «no todo el que dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos» —dice Jesús— «sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los Cielos» (Ev. de S. Mateo 7:21).

REINADO SANGRIENTO DE MARÍA TUDOR

La princesa María fue proclamada reina el 17 de julio de 1553. Tenía entonces treinta y siete años de edad. Había sido educada en el más pronunciado fanatismo catolicorromano. No bien se sentó en el trono despachó un mensajero a Roma manifestando al Papa que se ponía incondicionalmente a sus pies.

A los nobles que le ofrecieron la corona y trabajaron para que la obtuviera, les había manifestado hipócritamente que ninguno sería molestado por sus convicciones religiosas, y que lo único que pedía era que las suyas fuesen respetadas. Pero una vez en el poder se sacó la careta, cambió prontamente de tono, y dio a entender que tenía la inquebrantable resolución de suprimir el Protestantismo de su reino.

Su primer cuidado fue el de rodearse de colaboradores que apoyasen sus planes y los encontró en Gardiner y Bonner. Al primero hizo nombrar obispo de Winchester y Lord Canciller del reino; y al segundo obispo de Londres, en reemplazo de Ridley, el futuro mártir. Pidió, además, al Papa que el cardenal Pole, que se encontraba en Italia, fuese enviado en calidad de legado pontificio.

Todos los oficiales del gobierno que anteriormente habían mostrado alguna simpatía por la Reforma fueron sustituidos por papistas reconocidos.

El arzobispo Crammer fue no sólo destituido sino enviado a la torre bajo la acusación de herejía y alta traición, por haber tenido parte en la elevación al trono de Juana Grey. Fueron igualmente encarcelados, Ridley, obispo de Londres; Rogers, por haber predicado un sermón protestante en la cateclral de San Pablo; Latimer, que era el predicador más elocuente de Inglaterra; Hooper, de Gloucester, hombre activísimo que predicaba tres o cuatro veces por día; Coverdale, Bradford, Saunders, y otros.

Bajo el sangriento reinado de María las sentencias de muerte se pronunciaban con suma facilidad. Se interrogaba a los acusados sobre la transustanciación y el papado; y todo aquel que negaba que la hostia era realmente el cuerpo de Cristo y el Papa verdadero jefe de la Iglesia, era conducido a la hoguera sin ningún miramiento.

Mencionemos algunos mártires que figuran en la numerosa legión.

Juan Rogers

El 4 de febrero de 1555, Juan Rogers fue súbitamente despertado del sueño en la lúgubre prisión donde se encontraba encerrado, esperando que se cumpliera la sentencia que pocas semanas antes había sido pronunciada en su contra. Se le notificó

que había llegado la hora de morir. Cuando llegó a Smithfield, donde se había levantado la hoguera, vio entre el gentío a su esposa que lo esperaba con un niño en los brazos y diez a su alrededor. Sólo pudo despedirse de ella con una mirada. Sus perseguidores habían creído que ante el triste cuadro que le ofrecían su pobre esposa e hijos, no vacilaría en apostatar de su fe, pero se equivocaron. Confiando en «el padre de huérfanos y defensor de viudas», se dirigió resueltamente al poste. La leña ya estaba preparada y todo listo para la ejecución, cuando le ofrecieron el perdón si se retractaba. «Lo que he predicado —respondió Rogers heroicamente— lo sellaré con mi sangre». «Eres un hereje», le contestaron. «Eso lo sabremos en el último día», respondió. Se arrojó la antorcha, el fuego se encendió y pronto las llamas le rodearon. Levantó las manos al cielo y así las mantuvo hasta que exhaló su último suspiro.

Juan Hooper

Era obispo de Gloucester y había estado junto con Rogers en el juicio. Pensaba que le tocaría morir a su lado, pero los jueces católicos, con la idea de amedrentar a sus admiradores, resolvieron hacerlo ejecutar en la ciudad donde había actuado. Cuando lo supo saltó de alegría, porque estaba dispuesto a morir por Cristo en cualquier parte, pero especialmente en presencia de aquellos a quienes había predicado el Evangelio. Así coronaría su ministerio con una acción que confirmaría todos sus sermones. Acompañado por seis soldados de la guardia fue conducido a Gloucester donde le esperaba una multitud de personas que derramaban lágrimas. Le concedieron un día de gracia que lo pasó en oración y ayuno, y despidiéndose de los amigos que acudían a verle. Se acostó temprano y durmió algunas horas profundamente, después de las cuales se levantó para ir al encuentro de la muerte. A las ocho de la mañana, el 9 de febrero de 1555, fue conducido al sitio donde tenía que ser quemado, el cual estaba cerca de la catedral donde tantas veces había predicado a la misma gente que ahora se agolpaba para verle morir.

Frente a la pira, se arrodilló y los que estaban cerca pudieron oír esta oración: «Señor, tú eres un Dios misericordioso y clemente Redentor. Ten misericordia de mí, miserable e indigno pecador, según la multitud de tus miseraciones y la grandeza de tu compasión. Tú subiste al cielo: recíbeme para ser participante de tu gozo, donde te sientas en igual gloria que el Padre».

Rehusó el perdón que le fue ofrecido si volvía al seno de la Iglesia Romana, y entonces fue sujetado con una cadena al poste, y en medio de los sollozos y lamentos del gentío, se encendió la hoguera. La leña estaba verde y el fuego era muy lento, y entonces se le oyó exclamar: «Por amor de Dios, poned más fuego». Se trajeron algunos haces de leña seca y aunque el fuego se avivó el martirio seguía siendo lento. Se le oyó entonces decir: «Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí, y recibe mi alma».

Se agregó entonces una tercera porción de leña a la hoguera, pero habían pasado tres cuartos de hora antes que el fuego tomase fuerza. Por fin las llamas le rodearon y Hooper, inclinando la cabeza, entregó su vida diciendo: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Con no menor heroísmo murieron Lorenzo Saunder, en Coventry; Rolando Taylor, en Suffolk; y Bradford, en Smithfield.

Los tres mártires de Oxford

Las tres víctimas más ilustres que padecieron bajo la persecución de la reina María, fueron: Latimer, Ridley y Crammer. Los tres habían discutido con una comisión de los nuevos señores de Inglaterra en septiembre de 1554 y como permanecieron inconmovibles en las creencias de la fe protestante relativas a la transubstanciación y al papado, fueron declarados herejes obstinados y condenados a morir en la hoguera.

Permanecieron más de un año en la cárcel, y en octubre de 1555 se dio orden de que Latimer y Ridley sufrieran la pena a que estaban sentenciados. La noche antes de su muerte Ridley cenó tranquilamente con la familia del alcalde de la prisión sin dar señales de abatimiento por el próximo fin que le esperaba. Mostraba hasta cierta jovialidad invitando a los que le rodeaban a asistir a sus bodas. «Mañana —decía— mi almuerzo será duro, pero estoy cierto que será dulce».

Cuando terminaron de cenar, su hermano quiso pasar la noche a su lado. «No, no —respondió—, iré a ta cama y, Dios mediante, dormiré tan tranquilamente esta noche como en toda mi vida».

Al día siguiente, al ser conducido al sitio de la ejecución, pasó por la prisión donde Crammer estaba encerrado; lanzó una mirada ansiosa esperando verle en la ventana para darle su adiós, pero Crammer en ese momento estaba discutiendo con un fraile. Cuando supo que sus compañeros de causa habían pasado, subió apresuradamente al techo de la cárcel, desde donde pudo presenciar el martirio; y puesto de rodillas rogó a Dios que los fortaleciese en aquella hora y que lo preparase para seguirles en la misma prueba.

Ridley vio que Latimer venía detrás suyo. El fogoso campeón de la verdad tenía ya una edad muy avanzada y marchaba con paso lento, pero con la frente levantada, mostrando así la nobleza de su carácter. Ridley, al verlo, corrió a su encuentro, le dio un fuerte abrazo y lo besó diciendo: «Ten coraje, hermano». Ambos se arrodillaron, oraron y se cruzaron algunas palabras que nadie oyó.

Fueron asegurados a un poste con una cadena, y un montón de leña encendida fue arrojada a los pies de Ridley, y entonces Latimer le dirigió estas palabras que han resonado a través de los siglos: «Ten coraje, maestro Ridley, y pórtate varonilmente: en este día, por la gracia de Dios, encendemos una luz en Inglaterra, que nunca se apagará».

Caída y levantamiento del Obispo Crammer

Crammer también terminó su carrera con un glorioso martirio, pero tuvo antes una caída humillante. Sus enemigos le rodearon de respeto y consideraciones y le convencieron de que, salvando su vida, podía ser útil al reino y a la iglesia. Para esto sólo se requería reconocer la autoridad del papa. «¿Qué mal hay en reconocerla, hasta donde lo permitan las leyes de Dios y de la nación?», le decían los que buscaban su sumisión. Crammer se dejó vencer y firmó el pliego que sus enemigos le presentaban. La reina y el cardenal estaban contentísimos de este triunfo. Esta renuncia haría más por la causa del Papa que todas las hogueras. No por eso abandonaban la inicua idea de sacrificarlo.

El 21 de marzo de 1556 le sacaron de la prisión y le condujeron a la iglesia de Santa María, para que hiciese su retractación pública. Le colocaron frente al púlpito vestido con ropas eclesiásticas. Se cantaron los Salmos penitenciales y luego el doctor Cole pronunció un sermón exhortando a Crammer a que hiciese una pública confesión de sus faltas y errores para verse libre de toda sospecha de herejía. «Lo haré — contestó— y de muy buena gana». Se levantó resueltamente y, para gran sorpresa de todos, declaró que detestaba las doctrinas romanistas y que permanecía firme en la fe evangélica. «Ahora —añadió— vengo al asunto que ha turbado mi conciencia más que cualquier otra cosa; que haya hecho en mi vida». Declaró aquí que se arrepentía de la sumisión que había firmado y terminó diciendo: «En vista de que mi mano ofendió, escribiendo en contra de mi corazón, mi mano será la primera en ser castigada; porque cuando sea conducido a la hoguera, será la primera en ser quemada».

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando sus enemigos se arrojaron sobre él y violentamente lo condujeron a la hoguera que ya tenían preparada, porque estaba resuelto que le harían morir ese día a pesar de la retractación pública que esperaban. En el mismo sitio donde Ridley y Latimer habían sido quemados estaba el poste donde sería sujetado. No bien se encendió el fuego, extendió su mano a la llama diciendo: «¡Esta indigna mano derecha!» Las llamas envolvieron por completo su cuerpo y al llegar su último momento de vida en esta tierra, levantó los ojos al cielo y pronunció la oración de Esteban: «¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!»

ESTABLECIMIENTO DEFINITIVO DEL PROTESTANTISMO EN INGLATERRA

El morir la reina María, dejando tras ella un sangriento derrotero, subió al trono su hermana paterna, Isabel, quien profesaba la fe protestante, como lo había hecho su difunta madre, Ana Bolena. Inglaterra sintió entonces una sensación de alivio, pues su primera medida fue poner en libertad a los numerosos presos que esperaban de un momento a otro ser conducidos de la cárcel a la hoguera.

El día de su coronación, al pasar por las calles de la capital, le fue presentado un ejemplar de la Biblia que ella recibió con marcadas señales de aprecio. El pueblo supo entonces que había empezado para la nación una nueva era y que la religión de la Biblia no sería perseguida más.

No era tarea fácil restablecer el Protestantismo porque los católicos estaban atrincherados en las altas posiciones y se defendían tenazmente; y amenazaban también desde el extranjero. Por otra parte, las figuras prominentes de la Reforma ya no existían. Pero la reina supo obrar con prudencia para lograr su objeto. Estableció la lectura de la Biblia en las iglesias y prohibió la adoración de la hostia, celebrándose en su lugar, con toda solemnidad, la comunión con ambas especies.

En este tiempo, tuvo gran influencia la Apología de Jewell que se propagó por todas partes del reino, trayendo a sus numerosos lectores el convencimiento de que la Iglesia Romana era la que se había apartado en doctrina y en espíritu del genuino Cristianismo.

El Papa amenazaba con la excomunión y entredicho, pero no se atrevía a tomar esta enérgica medida sabiendo que sería de efecto contraproducente. Por fin, Pío V, en el año 1570, convencido de que toda esperanza de ganar ese reino estaba perdida, lanzó la esperada bula en la que declaraba a Isabel usurpadora del reino y a Inglaterra refugio de herejes.

Desde entonces Inglaterra quedó definitivamente separada del papado y llegó a convertirse en el baluarte más fuerte del Protestantismo.

LA REFORMA EN ESCOCIA

En el siglo XVI, Escocia era un reino independiente, aunque, por motivos de matrimonios reales, estaba estrechamente ligado a Francia. En ninguna parte del mundo la Iglesia Romana tenía más predominio o influencia. El único reformador que podía abrirse camino era la Biblia, la cual penetró en algunos de sus medievales castillos, allá por el año 1525. Tuvo buena acogida y era leída también en varios conventos y escuelas llegando a despertar y conmover muchas conciencias turbadas por el movimiento protestante.

PATRICIO HAMILTON

Era un joven de linaje real, y más que por su nacimiento era noble en mente y corazón. Nació en 1504. Fue educado en la Universidad de San Andrés y más tarde enviado a París para perfeccionar sus estudios; fue en esta ciudad donde recibió los primeros conocimientos de la verdad evangélica. Pasó después a Marburgo e ingresó en el flamante colegio que acababa de fundar el Landgrave de Hesse, y estudiando bajo la dirección de Francisco Lambert, aceptó de corazón e inteligentemente las verdades bíblicas que se estaban propagando.

Cuando volvió a su tierra nativa iba animado del ardiente deseo de dar a conocer el camino de salvación, y aunque sabía muy bien a cuánto peligro se exponía, no se amedrentó. Desde que se puso a predicar, una espada estaba suspendida sobre su cabeza. No tardó en conseguir algunos adeptos entre sus parientes y amigos, quienes lo recibían admirados de su valentía y quedaban prendados de sus modales atractivos y sinceridad de expresión.

Las noticias de las actividades del evangelista llegaron a oídos del cardenal Beaton, quien comprendió que se trataba de un caso que tenía que considerar cuidadosamente y con mucha cautela. Condenar a un despreciado lollardo era cosa fácil, pero ahora se trataba de un luterano de sangre real, de modo que tenía que adoptar otra táctica. El astuto cardenal mandó llamar a Hamilton dándole a entender que deseaba reformar la iglesia para librarla de los males que la afligían y se complacería en contar con él para tan importante tarea. Hamilton adivinó que el cardenal lo estaba conduciendo a una emboscada, pero a pesar de los ruegos y lágrimas de sus amigos, se presentó a la cita, la que tuvo lugar en la iglesia de San Andrés, donde estaba el asiento de la corte eclesiástica. Parece que tenía la convicción de que su misión era la de servir a Dios y a su país con el testimonio de su martirio, y esto explica la osadía que demostró desde el principio de sus trabajos. Fue muy bien recibido por el cardenal, el cual después de exponerle sus planes, le manifestó que quedaba en completa libertad de acción y que podía exponer sus creencias francamente sin temor de ser molestado.

Después de esta entrevista le salió al encuentro un famoso canónigo llamado Alesius, hombre joven y pujante, que deseaba medirse con el hereje que ya empezaba a llamar

extraordinariamente la atención y a causar algunas zozobras a los eclesiásticos. Las discusiones con Alesius dieron por resultado la conversión de éste, quien dejando caer la espada que había esgrimido con arrojo contra la herejía, se puso enteramente y de corazón del lado de Hamilton. La misma cosa ocurrió con Alejandro Campell, prior dominicano a quien el cardenal había encargado de persuadir a Hamilton, con la diferencia de que en este segundo caso hubo sólo un convencimiento intelectual que no llegó a efectuar un verdadero cambio de corazón.

Pasó un mes de esta manera, discutiendo sin ser molestado, seguramente porque el clero creía que estaba el Catolicismo tan arraigado que no corría ningún peligro.

Argumentaba con unos y con otros y de este modo la Palabra de Dios se iba sembrando en muchos círculos.

Pero el plan de sacrificar a Hamilton estaba ya fraguado y no tardaría en ser puesto en ejecución. La primera medida tomada fue la de alejar al joven aconsejándole un retiro espiritual; la segunda, la de vigilar los pasos de un hermano de Hamilton que podía mover muchas influencias en su favor y evitarle la muerte.

Prisión de Hamilton

Hamilton fue arrestado y este hecho produjo mucha sensación, a tal punto que hubo hasta tentativas armadas para librarlo de las garras de sus enemigos, las cuales no prosperaron.

Una mañana muy temprano tuvo que comparecer delante de la corte que debía juzgarlo y se le acusó de ser propagador de trece enseñanzas heréticas. Dos de ellas damos como ejemplo: «Que el hombre no es justificado por las obras sino por la fe». «Que las buenas obras no hacen al hombre bueno, sino que el hombre bueno hace buenas obras».

Se discutieron los artículos que formaban la base del proceso y fue nombrada por el cardenal una Comisión que debía informar al cabo de algunos días. Para tranquilizar los ánimos, el acusado fue puesto provisionalmente en libertad.

La Comisión no tardó en hacer saber al cardenal que había terminado su tarea y estaba lista para informar. Se ordenó entonces que Hamilton fuese nuevamente arrestado para hacerlo comparecer ante el tribunal; pero como se quería evitar todo tumulto, fue arrestado durante la noche, Hamilton se hallaba en su alojamiento rodeado de un grupo de amigos con quienes departía sobre temas espirituales, cuando repentinamente el silencio fue interrumpido por la llegada de una patrulla, y el hombre a quien buscaban fue conducido al castillo, acompañado de algunos amigos a quienes se les permitió seguirlo.

A la mañana siguiente, el último día de febrero del año 1528, el cardenal tomaba su asiento en el lujoso trono de la catedral, una de las principales y más ricas del mundo. Cuatro obispos, revestidos de sus mitras, y vestimentas del rango, numerosos priores de los conventos, también muchos abades y canónigos, le rodeaban. Gran profusión de cirios y cruces daban al acto gran solemnidad. Entre los priores se hallaba Alejandro Campell, quien había declarado privadamente a Hamilton que compartía sus ideas y principios, pero que demostraba no tener el valor necesario para ser fiel a su conciencia.

Curiosa discusión con uno de sus acusadores.

Hamilton fue conducido desde el castillo y puesto frente a esta asamblea de enemigos y acusadores que tenían que ser jueces al mismo tiempo. Campell se levantó y leyó los artículos de la acusación y después de una breve discusión apostrofó a Hamilton de esta manera:

«— ¡Hereje! —gritó—. ¿Has dicho tú que es lícito a todos los hombres leer la Palabra de Dios y especialmente el Nuevo Testamento?»

Hamilton respondió afirmativamente.

«— ¡Hereje! —volvió a preguntar—. ¿Has dicho tú que es inútil invocar a los santos y en particular a la bienaventurada Virgen María, como nuestros mediadores para con Dios?»

«— Yo digo con San Pablo —contestó Hamilton— que no hay otro mediador entre nosotros y Dios que su Hijo Jesucristo».

«— ¡Hereje! —volvió a preguntar el prior—. ¿Dices tú que es cosa vana decir misas por las almas que han partido de este mundo y que se hallan en el Purgatorio?»

«— Hermano —le respondió con nobleza el reformador—, nunca he leído en las Escrituras de Dios que exista el Purgatorio, ni creo que haya otra cosa que pueda limpiar las almas sino la sangre de Jesucristo».

El dominicano levantó la voz y gritó:

«— ¡Hereje detestable, execrable, hereje impío...!»

«— Basta, hermano —contestó Hamilton, dirigiendo a su acusador una mirada compasiva—; en tu corazón no piensas que yo soy hereje».

Glorioso martirio de Hamilton

El cardenal pronunció la fatal sentencia declarando a Hamilton hereje y condenándole como tal a morir en la hoguera. Fue conducido de nuevo al castillo y ese mismo día al lugar de la ejecución. Llevaba el Nuevo Testamento en la mano e iba acompañado de muchos amigos. Cuando vio el poste se descubrió y levantando los ojos al cielo, permaneció unos instantes en oración. Regaló el Nuevo Testamento a uno de sus amigos y la capa al sirviente que le acompañó diciéndole: «Esto no sirve para el fuego, pero a ti puede serte útil. Después de esto no puedes esperar nada de mí sino el ejemplo de mi muerte, que te ruego no la olvides, porque aunque es amarga a la carne y terrible al hombre, es la entrada a la vida eterna, la cual ninguno poseerá si niega a Cristo en esta perversa generación».

Con una fuerte cadena, fue ligado al poste y cuando se encendió la leña dijo: «En el nombre de Jesucristo, entregó mi cuerpo a las llamas y encomiendo mi alma en las manos del Padre».

Alesius estaba presente y narró más tarde los detalles del martirio de aquél que lo había llevado al conocimiento de la verdad.

Campell también estaba junto a la hoguera y exhortando al mártir a que se retractara.

«— ¡Hereje! —exclamaba—; ¡convértete invocando a nuestra Señora! ¡Pronunciando un Salve Regina!»

«—¡Apártate de mí, mensajero de Satanás —le respondió Hamilton—, y déjame en paz!»

«—Sométete al papa —volvió a decir el dominicano— porque no hay salvación sino en unión con él».

«—¡Hombre impío —le respondió Hamilton—; tú sabes que no es así, porque me lo has dicho a mí mismo! ¡Te entrego al tribunal de Jesucristo!»

El oír estas palabras el fraile no pudo más y redargüido por la conciencia huyó al convento donde pocos días después murió, demente, por causa del terrible remordimiento de conciencia.

Seis horas hacía ya que Hamilton estaba atado al poste pero fue quemado con tanta lentitud que aún estaba con vida. Cuando su fin se acercaba, se oyó decir: «¿Hasta cuándo, Señor, las tinieblas cubrirán este reino? ¿Hasta cuándo, Señor, tolerarás la tiranía de los hombres? ¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!»

Así murió el protomártir de la Reforma en Escocia.

JUAN KNOX

Después del martirio de Patricio Hamilton, los eclesiásticos se creyeron dueños absolutos de la situación, pero no tardaron en saber que no era así, porque en todas partes surgían nuevos testigos del Evangelio abogando por la pureza doctrinal y disciplinaria de la iglesia. Pero los directores espirituales del reino, en lugar de escuchar esas voces las sofocaban en las hogueras, hasta que se levantó Juan Knox, el héroe de la Reforma en Escocia.

Nació Juan Knox en un suburbio de Haddington el año 1505. Sus padres, sin ser ricos, disfrutaban de cierto bienestar y pudieron hacerle estudiar en la escuela de la población y después enviarle a la Universidad de Glasgow.

No contento con conocer sólo fragmentos de las obras de los padres de la iglesia, se asimiló gruesos volúmenes y así halló en San Jerónimo y San Agustín conocimientos que le llenaban de alegría y entusiasmo. Jerónimo le inspiró un vivo amor a las Sagradas Escrituras y San Agustín le enseñó principios teológicos muy superiores a los que constituían la esencia de la enseñanza católica de su siglo.

De Glasgow pasó a San Andrés, donde se dedicó a la enseñanza de la Filosofía, y como la lectura de la Biblia le alejaba cada día más de la Iglesia Romana, empezó a atacar la corrupción reinante haciéndolo con la vehemencia que le era natural.

Su estancia en Ginebra

Cuando empezó la persecución bajo la reina María la Católica, pudo huir al continente y se radicó en Ginebra, donde fue muy bien recibido por Calvino. Los dos hombres eran casi de la misma edad y coincidían en sus ideas teológicas y eclesiásticas. Pero también eran diferentes en muchos puntos: Calvino era superior en inteligencia, Knox tenía más corazón; Calvino amaba más la quietud, Knox la vida agitada; Calvino era intransigente, Knox mucho más tolerante y enemigo de obstaculizar a los de otras opiniones.

El número de los que seguían la fe evangélica se hacía cada vez más numeroso en Escocia, y entre ellos había no pocos señores de influencia. Estos lograron arrancar a

la reina María de Guisa una promesa de tolerancia, y entonces Knox fue invitado a regresar a su patria donde las perspectivas eran brillantes.

En mayo de 1559 desembarcó en Leith. El día siguiente, la noticia de su llegada fue llevada al concilio eclesiástico y luego a la reina. Pocos días después era declarado sujeto fuera de la ley debido a la sentencia que sobre él pesaba desde su última salida del país. Esta medida tuvo la virtud de anunciar a toda Escocia que el temible hereje se hallaba en su puesto de combate desafiando las iras de la adversidad. Los amigos de la Reforma se sintieron alentados como nunca y resolvieron defenderle contra la reina, contra el arzobispo, contra todos.

Su predicación encendía de entusiasmo los corazones y el país entero se conmovía. El edificio del Romanismo temblaba y su ruina era cosa inminente y segura.

En Leith predicó contra la misa y el culto de las imágenes. Cuando la congregación se retiró, un cura se puso a decir misa. Un muchacho que estaba presente gritó: «¡Idolatría!» El cura no pudo contenerse y castigó al muchacho a golpes. Este arrojó una piedra al cura la cual fue a dar sobre una imagen que cayó al suelo hecha pedazos. Hubo gran confusión aumentada por muchos que estaban fuera. Todavía resonaban en los oídos las denuncias enérgicas de Knox y la gente con furia iconoclasta se lanzó sobre los altares y destruyó las imágenes y cuantos objetos de culto católico encontró.

De la iglesia se dirigieron a los conventos donde procedieron también con la misma violencia y se apoderaron de los tesoros, los cuales fueron repartidos cuidadosamente a los pobres para demostrar que el movimiento obedecía a razones de conciencia y no al de un saqueo vulgar.

Knox, que se alegraba al ver cómo el culto idolátrico empezaba a sufrir serios quebrantos, no aprobó las medidas de violencia, mayormente cuando temía que provocasen una reacción contra los que estaban llevando adelante y en buena forma la causa del Evangelio. Los temores de Knox eran fundados, porque la reina, poniéndose al frente de un ejército de ocho mil hombres, se propuso desolar la población a fuego y espada, lo que obligó a los protestantes a armarse reuniendo un ejército de cinco mil hombres. Felizmente no hubo derramamiento de sangre porque llegaron a un acuerdo antes de entrar en combate, firmando la paz en Perth.

Victoria en la Catedral de San Andrés

La Reforma seguía su marcha triunfal por todos los pueblos y ciudades del reino y ahora lo que hacía falta era dar un golpe maestro en San Andrés, el gran baluarte del catolicismo. Llegó el momento en que Knox contó con bastantes amigos como para prepararse a predicar en la catedral. El arzobispo anunció que si se atrevía a hacerlo, no saldría con vida; y a fin de defender el edificio; que consideraba un santuario sagrado, preparó numerosas fuerzas armadas. Pero los tiempos habían cambiado y el vaticinio del reformador se cumplió. La catedral se llenó de sus admiradores y su voz de trueno retumbó bajo las cúpulas seculares. Su gran sermón versó sobre la purificación del templo y dijo que así como el Señor había arrojado a los mercaderes con un azote de cuerdas, ahora había que purificar la iglesia para librarla de su sacerdotalismo, de su idolatría y supersticiones. Cuando el predicador terminó su discurso y se sentó rendido

de cansancio, la Reforma ya había triunfado en Escocia. Los magistrados y el pueblo resolvieron, unánimemente, establecer el culto presbiteriano.

Edimburgo, Glasgow, Crail, Lindores y otras ciudades tomaron idéntica medida. Se destruyeron los altares y las imágenes de las iglesias y se suprimieron los conventos contra los cuales era más fuerte el sentido popular.

La paz que había sido estipulada en Perth duró muy poco tiempo, pues la reina introducía continuamente soldados franceses, y tramaba, bajo la dirección del Papa y algunos monarcas católicos, un plan para destruir al Protestantismo. La guerra civil se encendió en Escocia y su independencia estaba amenazada. Knox era el alma del partido protestante y con su predicación y consejos mantenía encendido el fervor religioso y el patriotismo. La muerte de la Reina vino a colocar el poder en manos de los reformados y así el Protestantismo se consolidó, quedando abolida la misa y otros ritos romanistas.

Discusión con la reina

María Estuardo, viuda de Francisco II, rey de Francia fue llamada a ocupar el trono dejado vacante por la muerte de su madre María de Guisa. Su educación católica y su fuerte predilección por el papado la colocaron en difícil situación para ser soberana de un pueblo que ya se había pronunciado protestante.

«—Usted ha enseñado al pueblo una religión diferente a la que sus príncipes permiten, y Dios ordena que los súbditos deben obedecer a los príncipes, por lo tanto usted ha enseñado a desobedecer tanto a Dios como a sus gobernantes».

La reina pensaba que este silogismo no admitía respuesta, pero Knox pudo destruirlo fácilmente respondiendo:

«—Madam: la verdadera religión no tiene su origen y autoridad en los príncipes sino en el eterno Dios, de modo que los súbditos no tienen que formar una religión de acuerdo al gusto de los príncipes, porque a menudo los príncipes son completamente ignorantes de la religión de Dios. Si los judíos hubieran seguido la religión de faraón, de quien eran súbditos, ¿qué religión existiría en el mundo? Y si todos en los días de los apóstoles hubieran seguido la religión de los emperadores romanos, ¿qué religión habría en la tierra?»

El coloquio continuó, hablándose sobre varios tópicos más, y al terminar, la reina declaró que ella sostendría a la Iglesia Romana por creer que era la verdadera iglesia de Dios.

«—Vuestra Majestad puede hacerlo, pero..., yo me comprometo a demostrarte que la congregación de los judíos que crucificó a Cristo Jesús no estaba tan apartada como por más de quinientos años se viene apartando la Iglesia Romana de la pureza de aquella religión que los apóstoles enseñaron e implantaron».

Los planes de la reina y sus consejeros para restaurar el Catolicismo Romano eran desbaratados por la acción enérgica y eficaz de Knox. Cuando ella vio que nada podría contra la firmeza de los que habían abrazado la fe evangélica, abdicó, y durante la minoría del rey Jaime el duque de Murray fue regente del reino. Este era gran amigo de Knox. El Parlamento ratificó el acta de 1560 que declaraba el Protestantismo religión nacional.

En 1572, llegaron de Francia las dolorosas nuevas de la horrible matanza de los hugonotes en la noche de San Bartolomé, en la cual perecieron muchos amigos personales de Knox. El viejo profeta se sintió rejuvenecido y lleno de furor al denunciar desde el púlpito este nuevo crimen de aquella fracción del Cristianismo que él llamaba no sin razón «La ramera embriagada con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús»; y lo era, especialmente en aquella época.

El 24 de noviembre, lleno de valor como había vivido, entregó su alma al Señor. Frente a sus despojos mortales el regente Morton pronunció esta frase que se hizo célebre: «Aquí yace aquél que nunca temió la faz del hombre». Y como dice uno de sus biógrafos: «Nunca temió al hombre porque siempre confió en Dios».

UNA PLÉYADE DE MÁRTIRES

Escribir detalladamente, señalando nombres y lugares resultaría una tarea interminable, pero mencionaremos algunos de los mártires de estos años, antes referidos.

Roberto Ogier de Ryssel fue prendido junto con su esposa y sus dos hijos, acusados de no asistir a misa y de celebrar culto doméstico.

El padre y el hijo mayor fueron sentenciados a morir en las llamas.

«Oh, Dios —dijo el joven junto al poste—, acepta el sacrificio de nuestra vida, en el nombre de tu amado hijo».

«Mientes —contestó furiosamente un fraile que estaba ayudando a encender el fuego—. Dios no es vuestro Padre; sois hijos del diablo». Las llamas subieron, y el joven, dirigiéndose a su padre, dijo:

«Mira, padre, el cielo está abierto y veo millares de ángeles que se regocijan sobre nosotros. Estemos contentos porque estamos muriendo por la verdad».

«Mientes, mientes —volvió a exclamar el fraile—; yo veo el infierno abierto y millares de diablos esperando vuestras almas para lanzarlas al fuego eterno». Estas amenazas no podían hacer disminuir el gozo y la paz de los dos mártires, y padre e hijo, animándose, partieron hacia la vida mejor.

En abril de 1554 un maestro de escuela llamado Galein de Mulere, que vivía en el pueblo de Oudenard, fue arrestado. El verse en las garras de los inquisidores, su pena era el pensar en su esposa y cinco hijos que quedaban en la miseria. Procuró primeramente evitar la condenación dando a sus acusadores respuestas evasivas, pero como no les satisfacían, le exigían respuesta más clara y terminante. Rogó entonces a Dios que le diese palabras y valor para dar un fiel testimonio de la verdad. Sintió que su oración había sido contestada y entonces dijo resueltamente:

«Preguntadme ahora lo que queráis y os daré amplia y satisfactoria respuesta».

Confesó entonces con mucha resolución su confianza en Cristo y su aversión a las doctrinas del Catolicismo Romano. No pudiendo responder a los argumentos bíblicos y razones cristianas que empleaba, procuraron doblegarle poniéndole de manifiesto el abandono en que quedaría su familia si él tenía que sufrir una condena infamante. Le decían que dejarlos en esa condición era falta de amor a los suyos, a lo que contestó:

«Vosotros sabéis muy bien que los amo de todo corazón, y os digo en verdad que si todo el mundo se volviera oro y me fuese dado, lo rechazaría con tal de vivir con ellos aunque fuese a pan y agua».

«Abandona, entonces —le respondieron— tus opiniones heréticas y podrás vivir con tu esposa e hijos como antes».

«Nunca —respondió heroicamente— abandonaré mi fe, pecando así contra Dios y mi conciencia».

Fue declarado hereje y entregado para morir en las llamas.

Hoy día es Escocia un país eminentemente evangélico, tanto o más que el sur de Gran Bretaña, conocido con el nombre de Inglaterra. Todas las ramas del Cristianismo Evangélico, florecen allí con entera libertad, avanzando también, en virtud de la misma libertad religiosa, el Catolicismo Romano; aunque no tanto como en Inglaterra. La religión dominante es la Reformada en cuanto a doctrina, conocida en el mundo religioso como Presbiteriana, por ser el gobierno de las iglesias llevado a cabo por juntas de presbíteros o ancianos, que deben serlo por su conocimiento de la doctrina, más que por su edad.

LA REFORMA EN ESCANDINAVIA

Al revés de lo ocurrido en las otras naciones de Europa, Suecia, Noruega y Dinamarca se vieron libres del derramamiento de sangre que produjo la intolerancia religiosa en Europa, pues sus gobernantes aceptaron la Reforma Evangélica desde el principio, juntamente con el pueblo. Primeramente la Reforma fue favorecida por Cristian II, sobrino del elector de Sajonia y hermano político del emperador Carlos V. Era rey de los tres países por la célebre unión de Calmar que declaraba que las tres naciones norteañas se unirían bajo el gobierno de un solo soberano; él tenía deseos de libertar al pueblo común de la opresión de los nobles pero no tuvo suerte en las armas. Escribió a su tío Federico, elector de Sajonia en 1519, pidiéndole que le enviara predicadores instruidos por Lutero.

Cristian tuvo que huir de Dinamarca en 1523 pero sus sucesores, aunque enemigos de su política, continuaron viendo la necesidad que el pueblo tenía de una reforma religiosa y la favorecieron. Las ideas evangélicas se habían abierto paso en muchos corazones en Dinamarca, por medio de Juan Tausten, el predicador a quien se llamaba el Lutero danés. El clero católico acusó a éste y a otros 20 predicadores daneses de predicar herejías. Estos formularon una confesión de fe compuesta de 43 artículos y se ofrecieron a defenderlos. Se propuso una controversia pública que no tuvo lugar porque el clero católico-romanos se negó a defenderse en idioma danés. Querían que la discusión tuviese lugar en latín. Esta negativa fue interpretada por el pueblo como indicación de que temían discutir en un idioma que todo el mundo comprendía. El luteranismo progresó rápidamente entre todas las clases sociales de la población.

En Suecia, los primeros reformadores fueron Holá y Lorenzo Péterche quienes, habiendo estudiado teología en Wittenberg y regresado a su patria, empezaron desde el año 1520 a predicar con gran celo la doctrina de la completa justificación por la fe en Cristo. Gran parte del pueblo sueco no quería dejar sus antiguas creencias, ya que en el ritual católico se habían introducido muchas antiguas prácticas supersticiosas del viejo paganismo gótico, y el Cristianismo Evangélico. La no adoración de imágenes y rituales ceremoniosos, les privaba de todas aquellas costumbres que el pueblo echaba de menos. Pero Gustavo Vassa, rey muy querido de sus súbditos, se convirtió al Protestantismo y en un gran concurso que hubo en Weistnaen el año 1526 dijo a su pueblo que intentaba abdicar el trono a no ser que aceptaran las enseñanzas evangélicas. Entonces los suecos se declararon en favor de la Reforma. La confesión de Augsburgo fue adoptada en 1593.

A los que se negaban a aceptar la fe luterana o apostaban de ella, se les castigaba con el destierro y la confiscación de sus bienes. Esta medida era aplicada, no solamente a los que se inclinaban por el Romanismo, sino también a los que se convertían a otra secta evangélica hasta el año 1877. Esta ha sido siempre la gran equivocación de la unión de la Iglesia con el Estado. Sin embargo hay mucha diferencia entre la pena del destierro y la de muerte en la hoguera. Lo propio, según las costumbres del siglo, era que los luteranos escandinavos, dueños del poder en toda la línea, condenaran a muer-

te a sus opositores, como hacían los católicos. Aun cuando no lo hicieron, está en su contra el haber tardado más que otros países a reconocer el derecho absoluto que tienen todos los hombres de adorar a Dios según los dictados de sus conciencias.²⁷

Hoy día, los luteranos de los tres estados escandinavos han abandonado totalmente la idea de que su posición privilegiada como religión oficial, les permita oponerse a otras formas de culto y los obispos luteranos estrechan su mano con perfecta cordialidad a los ministros bautistas, metodistas o presbiterianos que predicán el evangelio en dichos países. También los católicos disfrutan hoy día en estas naciones de completa libertad; sin embargo, su número es bastante reducido.

Por otra parte, aun cuando los protestantes hayan incurrido también en errores con respecto a la Libertad religiosa, nadie puede negar estos tres hechos:

1.° Que no tienen los protestantes a su cargo ni una centésima parte de los crímenes de Intolerancia que pesan sobre el catolicismo romano.

2.° Que la Biblia en manos del pueblo, hizo que la opinión pública se diera cuenta del error en que incurría el Estado al constituirse en juez de conciencias y «defensos» del Todopoderoso, y los representantes del pueblo en los parlamentos, obligaron a sus gobiernos a renunciar a tan ridículo papel.

3.° Que no todos los que llevan el título de «protestantes» son cristianos evangélicos. En nuestros mismos días tenemos la lucha política entre los “protestantes” de nombre y los «católicos», igualmente de mera profesión, en Irlanda del Norte, pero es notorio que se trata de una lucha social-política en la que nada tiene que ver la religión. Una prueba de ello son los llamamientos que de común acuerdo han lanzado a la opinión, tanto los buenos evangélicos del Ulster como el arzobispo católico romano, insistiendo en que debe cesar la lucha sangrienta mediante fraternales acuerdos políticos.

²⁷ En algunos países, como Inglaterra, los gobernantes de religión protestante (más de apariencia que de corazón) siguiendo el sentir y costumbres de la época, aplicaron también penas de muerte a los disidentes de la religión estatal; pero un caballero inglés que ha estudiado a fondo esta cuestión histórica, afirmaba al autor que después del siglo XVI son muy raros los casos en que las autoridades anglicanas hayan condenado a la máxima pena a un católico-romano sin haber, además de la disidencia religiosa, algún motivo de orden político, con el propósito de derribar al gobierno, ya que esta fue siempre la tendencia de los disidentes católicos en Inglaterra hasta el siglo XIX. Entre tales conatos de rebelión, descuella el conocido “complot de la pólvora”, que tenía por objetivo dinamitar el Parlamento británico en plena sesión.

LA REFORMA EN ITALIA

TRIUNFO EN VENEZIA

La República Veneciana fue una de las primeras regiones de Italia donde se dejaron sentir los efectos de la Reforma que se extendía por Europa. Siendo un punto al cual llegaban naves extranjeras de todas partes, pudieron ser introducidas, con relativa facilidad las obras de los reformadores alemanes y franceses. En Venecia, en Trivino, en Vicenza y otros puntos, muchos abrazaron la fe y llegaron a formarse congregaciones que secretamente celebraban sus cultos en conformidad con las enseñanzas del Nuevo Testamento. La congregación de la capital era pastoreada por Baltasar Altieri, un hombre de influencia y que debido a su carácter de hombre civil lograba alejar las sospechas que recaían sobre los que militaban en las esferas eclesiásticas o eran miembros de las órdenes religiosas.

Estas congregaciones no tardaron en ser descubiertas y ser sus componentes sometidos a duras pruebas. Respecto a esto, escribía Altieri a Bullinger:

«La persecución se hace cada día más insolente. La mayoría de los nuestros son arrestados y de éstos muchos son condenados a galeras y otros a prisión perpetua y no pocos, ¡ay!, por temor al castigo caen en apostasía; son aquellos en quienes Cristo no están aún formado. Muchos van al destierro con sus esposas e hijos. Entre éstos está un obispo llamado Vergerio, hombre muy piadoso y docto. Huirá hacia vosotros, acogedlo con vuestra conocida humanidad. Temo que a mí, que a menudo tuve que socorrerlos, me toque algo parecido. Dios quiere con estas tentaciones probar la fe de los suyos».

En los archivos inquisitoriales de Venecia, se han encontrado documentos de más de ochocientos procesos por luteranismo y más de cien por anabaptismo, lo que demuestra que los partidarios de la Reforma llegaron a ser numerosos. Mencionemos ahora algunos de los mártires de esta región italiana.

Jerónimo Galateo. Este mártir conoció la verdad evangélica en el convento franciscano y se puso a predicar con valor y resolución. La Inquisición lo prendió, pero poco tiempo después fue puesto en libertad. Reapareció en los púlpitos con el mismo ánimo y la misma doctrina que antes, lo que enfureció al inquisidor Caraffa y volvió a echarle mano. Hacía siete años que estaba encarcelado cuando un noble, de nombre Paulucci, consiguió que el Senado le permitiese tenerlo en su casa bajo su garantía. Permaneció tres años disfrutando de la hospitalidad y cuidado de este hombre y aprovechó ese tiempo para escribir su confesión de fe, que remitió al Senado. Este precioso documento, tan lleno de pura doctrina bíblica, sirvió de base al nuevo proceso que se le formó. Sus enemigos consiguieron hacerlo encerrar otra vez en la cárcel, y en ella murió con maravillosa constancia y fervor de espíritu el 7 de enero de 1541.

Bartolomé Foncio. Era también franciscano, y en el convento, a donde había penetrado el Evangelio, estudió las Sagradas Escrituras que le alejaron de la enseñanza y doctrina del Catolicismo Romano. Fue considerado sospechoso de herejía desde que se puso a predicar en 1529. Cayó en poder de la Inquisición y en vano el famoso jesuita Salmerón trató de arrancarle una retractación. Llevado ante los jueces le preguntaron si quería hacer un acto de abjuración y como empezara a dar razón de su fe, le obligaron a guardar silencio exigiéndole que contestara con un sí o un no. Entonces Foncio, tomando la pluma, escribió con letras mayúsculas: NO.

El 4 de agosto de 1562, con una piedra al cuello, como decía la sentencia, fue arrojado al mar.

EL EVANGELIO EN FERRARA Y LUCA

En Ferrara la Reforma contó con un considerable número de adeptos debido al testimonio que daba la duquesa Renata, mujer culta y espiritual que en Francia, su país de nacimiento, había sido discípula de Lefevre d'Étaples. Se casó con Hércules II, duque de Ferrara, con quien nunca pudo andar de acuerdo debido a las ideas tan opuestas que tenían en materia de religión.

Las actividades evangélicas que apartaban del Catolicismo a muchos, llegaron a alarmar al Papa y a los jesuitas Ignacio de Loyola y Francisco de Borgia, quienes consiguieron que el duque confinase a su esposa en un castillo lo que obligó a sus protegidos a huir. Fue en este tiempo cuando ella recibió muchas cartas alentadoras de Calvino instruyéndola en las verdades bíblicas.

Al morir su esposo, éste le dejó en su testamento el magnífico castillo de Belriguardo, circundado de tierras riquísimas, pero era bajo la condición de que volviese al catolicismo. Ella lo rehusó resueltamente y regresó a Francia

Módena, ciudad del ducado de Ferrara, fue también un centro de actividad evangélica y llegó a ser llamada la Ginebra italiana. En la Academia había algunos profesores que propagaban abiertamente los principios protestantes del libre examen y de la justificación por la fe y estimulaban al estudio de la Biblia. Un libro titulado Sumario de la doctrina cristiana circulaba en toda la ciudad y salía para otras partes del país, siendo objeto de los más vivos comentarios.

LA ESCUELA DE JUAN DE VALDÉS

Juan de Valdés nació en Cuenca, España, el año 1500. Hizo estudios en Alcalá de Henares y mantenía correspondencia con Erasmo de quien aprendió que la Iglesia Romana necesitaba una reforma profunda y radical. Debido a sus vastos conocimientos literarios y lingüísticos, fue tenido en alta estima por el emperador Carlos V y disfrutaba de su protección, pero cuando se hizo sospechoso ante los ojos de la Inquisición huyó de España para nunca volver.

Valdés vivía en una villa circundada de hermosos jardines, desde la que se tenía una magnífica vista del golfo de Nápoles y en ella reunía a numerosas personas, amantes

de la Palabra de Dios, para escuchar sus conversaciones espirituales. El hecho de no ser eclesiástico y el de no haber roto completamente con la Iglesia Romana le ponían al abrigo de la persecución. Se ha calculado que tuvo unos tres mil discípulos casi todos pertenecientes a las familias más encumbradas, y numerosos clérigos. Al hablar de su obra dijo el cardenal Carraffa: «Juan Valdés hizo en Nápoles más estragos en los espíritus que los que hubieran hecho mil herejes. En poco tiempo ganó a sus opiniones a un gran número de personas a quienes engañó y sedujo con sus artificios». Escribió comentarios muy buenos sobre los Salmos, San Mateo, Romanos y primera Corintios. Entre sus libros doctrinales figuran: El alfabeto cristiano y Ciento diez consideraciones.²⁸

LOS MÁRTIRES DE ROMA

Jaime Encinas. El primer mártir del Evangelio en Roma durante el siglo de la Reforma, fue el español Jaime Encinas, que murió en 1546. Era hermano de Francisco el primer traductor del Nuevo Testamento al castellano.

Jaime se encontraba en Alemania, y su padre, con el objeto de alejarle de las influencias protestantes, lo mandó a que se radicase en Roma. En esta ciudad se encontraba muy a disgusto, debido a sus convicciones religiosas que no podía ocultar. Fue denunciado por algunos de sus compatriotas radicados en la ciudad y no tardó en ser arrestado. El historiador Crespín nos dice que confesó valientemente su fe delante del mismo Papa, quien lo interrogó rodeado de sus cardenales y «que sus furiosos jueces quisieron que terminara su vida con un martirio glorioso».

Pomponio Algeri. Ejemplo edificante de una vida joven puesta al servicio de la mejor causa es el que nos ofrece Pomponio Algeri, quien sufrió el martirio cuando sólo tenía veinticuatro años de edad. Había nacido en Nola el año 1531 y cuando era estudiante en Padua llegó al conocimiento de la fe evangélica que abrazó con fervor y entusiasmo juvenil.

En los sumarios consta que trataba de los temas religiosos y filosóficos revelando una precocidad extraordinaria. El Santo Oficio no tardó en descubrirlo y en mayo de 1555 fue arrestado. Negó la autoridad del Papa, la confesión auricular, el purgatorio, y confesó su fe en Cristo como único camino de salvación.

Tal vez porque los jueces tuviesen en cuenta su juventud no pronunciaron la fatal sentencia, pero mandaron que fuese guardado en la cárcel, donde escribió una carta llena de acentos cristianos en la que entre otras cosas declaraba:

«Digo lo que al hombre puede parecer increíble: he hallado miel en las entrañas del león; ¿quién lo creerá? Placer en una caverna espantosa; alegres manifestaciones de vida en un tétrico albergue de la muerte, gozo en una vorágine infernal. Donde los otros lloran yo me regocijo; donde los otros tiemblan yo estoy sereno; una situación entera-

²⁸ Existe la traducción española de todos estos libros, promovida por Usoz y Río en el siglo XIX, y publicados por diversas editoriales, entre ellas la Editorial CLIE disponibles en las librerías cristianas.

mente deplorable me ha sido causa de una gran delicia. La soledad y las cadenas me han traído reposo. La prisión, así como es dura para el culpable, es dulce para el inocente. Es un lugar triste y angosto, pero para mí se ha convertido en un valle; el más sonriente y hermoso pedazo de la tierra».

Nuevas pruebas empezaron para el joven cristiano cuando lo llevaron a Venecia, pero Roma no se conformaba con esto y pedía su vida. Por fin, el Papa consiguió que el Consejo de los Diez lo entregase en sus manos.

En 1556, Pomponio ocupaba una estrecha celda de las prisiones capitolianas de Roma. Nuevos interrogatorios y nuevas torturas no pudieron conmovier su firmeza en Cristo. Fue condenado a muerte y un documento de la época dice: «El miércoles por la mañana fue quemado vivo un caballero de Nola de veinticuatro años de edad, el cual, yendo al suplicio, cantaba los Salmos de David por las calles de Roma». «Ofreció espontáneamente su cuerpo y con rostro alegre, alzando las manos al cielo, decía: Despide, oh Señor, a tu siervo y mártir. Y así permaneció en medio de las llamas por espacio de un cuarto de hora. Toda Roma quedó estupefacta viendo tanta constancia».

Aonio Paleario. De las muchas figuras gloriosas del protestantismo italiano del siglo XVI, Aonio Paleario es una de las más prominentes. Era natural de Veroli. Siendo profesor de literatura clásica llegó al conocimiento del Evangelio y sin tener en cuenta el peligro que corría, se puso a dar testimonio de su fe entre profesores y alumnos. El cardenal Sadolet, que era su amigo, le aconsejó tener más prudencia, pero este consejo no encuadraba, ni con su temperamento varonil ni con el profundo amor que profesaba a la verdad.

Para llevar a cabo su obra en forma más ventajosa, publicó un folleto titulado Plenitud, suficiencia y satisfacción de Cristo. Siendo la obra de Cristo completa y perfecta, desaparecía el mérito de los sacramentos y de otras obras «meritorias» destinadas a ganar la salvación. Esta enseñanza produjo verdadera alarma en el campo católico. Oigamos lo que dice el mismo Paleario: «Cuando este mismo año publiqué un tratado en lengua toscana, para mostrar cuán grande beneficio recibe la humanidad por su muerte, este tratado fue hecho la base de una acusación criminal contra mí. ¿Puede concebirse una cosa más vergonzosa?»

Presintiendo que le tocaría la suerte de los mártires escribía: «Venid, verdugos, ligadme las manos, cubridme la cabeza; me ofrezco a la ira de los Papas; levantad el hacha y separadme la cabeza; venid, oh verdugos; ya estoy pronto».

Al subir al trono pontificio Pío V, Paleario fue arrestado y conducido a Roma, donde fue cuidadosamente encerrado en Torre Nova. Se le formó un proceso basado en las cartas que había hecho publicar en Basilea. El escritor católico Laderchil dice en sus Anales:

«Cuando se vio que este hijo de Belial era obstinado y refractario y que por ningún medio podía ser sacado de las tinieblas de su error a la luz de la verdad, fue merecidamente entregado al fuego, para que después de sufrir estas penas momentáneas aquí, sea lanzado a las llamas eternas».

Antes de morir escribió una carta a su esposa en la que dice: «Parto lleno de gozo como si estuviese yendo a las bodas del hijo del gran Rey».

La sentencia se cumplió el 3 de julio de 1570. Fue ahorcado y su cuerpo entregado a las llamas.

Con la muerte de este mártir llegamos al ocaso de un movimiento heroico e ilustrado, un esfuerzo gigantesco para hacer penetrar la espiritualidad del Evangelio en el corazón de Italia, pero otra vez se puede decir: «La luz vino al mundo pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz» (San Juan 3:19).

LA REFORMA EN RUSIA Y LA IGLESIA SUBTERRÁNEA

La influencia de la Reforma Religiosa del siglo XVI, aunque se desarrolló en el seno de la Iglesia Católica como una protesta que era de sus principales abusos y desviaciones dogmáticas, no podía quedar ceñida a esta gran superestructura eclesiástica. A su lado se había estado desarrollando la Iglesia Ortodoxa, la mayor de las iglesias cismáticas del Oriente, que negaron su obediencia al Papa cuando éste logró imponer su autoridad sobre todos los demás obispos, dando lugar a la división del cristianismo nominal.

Las relaciones entre el Papa y el patriarca de Constantinopla eran tirantes desde el siglo IX; pero la separación definitiva tuvo lugar el 16 de julio de 1054, cuando el Papa y el patriarca se excomulgaron mutuamente, condenándose el uno al otro, en sus respectivas bulas, a eterna perdición con todos sus partidarios.

Desde entonces los millones de cristianos nominales que poblaban los extensos territorios de Rusia, Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia, Yugoslavia, Grecia y Asia Menor, así como los de Libia y Etiopía quedaron separados de la Sede romana. Dichas iglesias necesitaban también despertamientos espirituales que reavivaran la fe de los fieles y promovieran el retorno a la doctrina y práctica del Cristianismo primitivo.

CARACTERÍSTICAS DE LA IGLESIA ORTODOXA

La Iglesia Ortodoxa de Rusia parece ser, en algunos aspectos, un punto medio entre el Catolicismo y el Protestantismo.

Dicha Iglesia practica un triple bautismo de inmersión a los infantes. Permite el matrimonio a sus sacerdotes pero sólo hasta el grado episcopal. Sus imágenes, llamadas iconos, son de relieve sobre una superficie lisa, por, una interpretación literalista del segundo mandamiento de la ley de Dios, que prohíbe adorar obras de «escultura», pero adoran los iconos con la misma superstición, atribuyéndoles los mismos poderes que los católicos conceden a sus imágenes de talla. Las congregaciones de fieles toman una parte más activa en el culto ortodoxo que los católicos; especialmente por el canto de himnos, asemejándose con ello a las iglesias evangélicas. Al igual que en éstas se da a los fieles la comunión en las dos especies.²⁹

Sin embargo, su ritual es largo y monótono y se lleva a cabo por lo general con muy poca espiritualidad, tan sólo para cumplir un deber religioso. No hay asientos en sus templos, añadiendo mérito a las ceremonias del culto al tener que permanecer los asistentes de pie, ya que al igual que los católicos creen que multiplicando dichos méritos ganan su propia salvación.

²⁹ Desde el Concilio Vaticano II la Iglesia Católica ha dejado en libertad a su clero para proceder de similar forma en cuanto a la administración de la eucaristía, y en algunas iglesias, no en todas, ha empezado a darse a los fieles la comunión en las dos especies.

La Iglesia Ortodoxa nunca se ha opuesto a la lectura del Nuevo Testamento, sino que dicho libro sagrado jugaba un papel oficial en todos los actos públicos y oficinas del gobierno de los zares. Sin embargo, este papel no dejaba de ser simplemente oficial. El fiel ortodoxo no leía el Nuevo Testamento en busca de edificación o doctrina, sino que dejaba este deber al clero, contentándose con practicar las ceremonias de su culto de un modo mecánico y rutinario, pues cree que mediante ellas gana el favor de Dios para esta vida y la venidera.

Se ha dicho que el pueblo ruso es esencialmente religioso por instinto racial. Sólo este hecho explica el que existan todavía en Rusia millones de fieles ortodoxos y evangélicos, después de las terribles persecuciones que tuvieron que sufrir de parte de los soviets, en los primeros tiempos del comunismo, cuando toda tendencia religiosa era considerada como desafección al Régimen revolucionario, y más tarde ante la activa propaganda en favor del ateísmo que se ha desarrollado con el beneplácito oficial del gobierno comunista.

Sin embargo, es necesario decir que el campesino ruso practicaba, y aún practica, su religión más bien por un temor supersticioso que por comprensión de la religión cristiana o por amor a su propia iglesia.

La Iglesia Ortodoxa, por su unión con el Estado, se hizo opresora del pueblo ruso, al cual explotaba despiadadamente. Además de pagar por las ceremonias de carácter social y familiar, el campesino ruso era enseñado a procurar la bendición de su clérigo para cualquier calamidad, peste en el ganado, sequía, plagas del campo, enfermedad, etcétera, por todo lo cual se cobraba un buen estipendio. Luego venía el pago de los diezmos y derechos eclesiásticos, que era obligatorio, como los del Estado.

De este modo la Iglesia contribuyó al descrédito del régimen zarista que pretendía amparar, y en el cual ella se amparaba. No es extraño que disminuyera mucho con el triunfo del comunismo; y lo admirable es que no haya perdido todo lugar en la vida del pueblo, ante el empuje del nuevo régimen establecido en Rusia.

ORÍGENES DEL MOVIMIENTO STUNDISTA

A la Iglesia Ortodoxa no le cabe el honor de haber tenido un movimiento propio de Reforma Religiosa, como lo ha tenido el Catolicismo. Esto puede atribuirse a dos motivos; primeramente, por no haberse desviado tanto dicha iglesia del modelo de las iglesias primitivas; pero, principalmente, porque el espíritu ruso se ha mostrado siempre, tanto en religión como en política, mucho más pasivo y sumiso que el inquieto espíritu occidental, individualista y crítico.

Naturalmente, no han faltado excepciones, y éstas han sido más radicales que las occidentales, quizá por contraste e indignada reacción con la pasividad de que se veían rodeados. En política podemos referirnos a los conocidos escritores revolucionarios; en religión, al inefable caso de Tolstoi, el noble amigo del pueblo, creyente e imitador de Cristo.

Bien dijo Cristo que «a los pobres es predicado el Evangelio». Tolstoi no halló seguidores dispuestos a aunar la fe con sus nobles ideales de carácter social. Pero las múltiples influencias evangélicas que se introdujeron en Rusia después de la Reforma, sí

que los hallaron entre las clases humildes y artesanas, llegando a producir el incontenible Movimiento Stundista de retorno a la pureza del Evangelio.

Lo extraordinario de este movimiento es su espontaneidad y su extraordinario vigor, sin contar con una dirección unida, ni una cabeza visible.

En efecto, el stundismo no fue el resultado de una labor misionera por parte de los protestantes, como lo ha sido la creación de grupos cristianos denominacionales en muchas naciones paganas y católicas. Tal labor era legalmente imposible en la Rusia zarista; pero los mismos rusos empezaron a darse cuenta de la superioridad de las doctrinas evangélicas que profesaban sus vecinos occidentales, de la seguridad y el gozo de la salvación que manifestaban poseer algunos evangélicos piadosos con quienes entraron en contacto, y ellos mismos, sin que viniera ningún misionero a radicarse entre ellos, iniciaron una reforma espiritual tan completa y fiel al modelo apostólico, que ha sido la admiración del Cristianismo Evangélico mundial.

Mientras la influencia evangélica no cristalizó en grupos disidentes, no tuvo que sufrir la oposición de la iglesia oficial, que sólo se beneficiaba de la mayor piedad evangélica de algunos de sus feligreses. Pero llegó el momento en que, a pesar de las mayores oportunidades que da el culto ortodoxo que el católico a sus fieles para la práctica de la piedad, se dieron cuenta de la vaciedad del mismo para un alma realmente convertida a Cristo. Sus clérigos, asalariados y ajenos a la vida espiritual, les resultaban insostenibles. Mas no contando con un ministerio evangélico, empezaron los verdaderos creyentes a organizarse en grupos de fieles, amantes de la Sagrada Escritura, que se reunían en el hogar de algún vecino para oír leer el Nuevo Testamento y gozarse en las seguras promesas del Evangelio.

PECULIARIDADES DEL STUNDISMO

Pronto se dieron cuenta estos grupos de la necesidad de tener un culto espiritual, más semejante al modelo apostólico, y de su deber de anunciar a sus vecinos las buenas nuevas de completa salvación que hay en Cristo.

Hasta el año 1907 en que se proclamó la tolerancia religiosa, no había apenas entre estos grupos ministros ordenados, ni con estudios teológicos. Para ser nombrado pastor bastaba a cualquier fiel saber leer lo que no era privilegio de muchos, y llevar una vida piadosa e intachable entre sus hermanos.

Estos grupos establecieron el bautismo de creyentes, a pesar de que todos habían recibido el bautismo infantil por triple inmersión en la Iglesia Ortodoxa, y la celebración de la Cena del Señor, aparte de la Iglesia oficial.

Espontáneamente se pusieron en contacto unos grupos con otros; los de las ciudades, generalmente mayores, alentaban a sus hermanos de las aldeas, estableciendo intercambio de predicadores, todos ellos obreros manuales, y las visitas de evangelistas mennonitas, hizo que muchos de ellos se opusieran al uso de las armas. Ello les trajo las primeras dificultades con el Estado, e indujo a millares a buscar una patria de libertad en las regiones despobladas del Canadá.

Algunos grupos cayeron en literalismos exagerados de ciertos textos de la Sagrada Escritura, como fue el caso de algunos con respecto a la frase figurada del salmista en el

salmo 81:10, que naturalmente se refiere a la abierta disposición de los creyentes para recibir la bendición divina; pero algunos creyentes muy sencillos lo efectuaban en forma literal, abriendo sus bocas al entregarse a la práctica de la oración.

Otros interpretaban exageradamente ciertas frases del Nuevo Testamento, por ejemplo la recomendación a las mujeres de 1.a Pedro 5:5. El conocido misionero, autor del libro Iglesias del Nuevo Testamento, doctor Everett Gill, nos contaba cómo había tenido que esforzarse para convencer a los bautistas de Ucrania, de que llevar un anillo en la mano o un adorno de cualquier material en un vestido femenino, no era un pecado mayor que la murmuración o la envidia, u otros pecados del espíritu. Hasta tal punto hicieron los sencillos creyentes de Rusia de la Sagrada Escritura su regla de conducta, y por exagerado que ello nos parezca, su buen deseo es digno de encomio.

PERSECUCIONES Y DESTIERROS

La persecución se desencadenó en contra de estos hermanos nuestros a mediados del siglo pasado y se agudizó hacia el año 1890. El principal perseguidor, fanático e inexorable, era Pobiedonostzeff, procurador del Santo Sínodo.

La cárcel y el destierro a Siberia fueron el castigo comúnmente impuesto a la herejía stundista, durante los años de esta persecución fomentada por el clero ortodoxo; pero muchos perecieron mártires porque la muerte les sobrevino, si no por sentencia judicial, como consecuencia de maltratos en las horribles cárceles rusas, de los sufrimientos inherentes a un destierro a Siberia, o a los trabajos forzados en las minas gubernamentales de aquella inhóspita región. Otras veces eran atacados por el populacho, azuzado por sus «popes» o sacerdotes ortodoxos, atribuyendo a los piadosos stundistas, que no cesaban de orar por sus vecinos, cualquier calamidad pública, sequía, pedrisco, etc. Sus casas o cabañas eran incendiadas, y ellos mismos llevados ante iconos de santos, de Cristo o de la bendita virgen. Su negación a adorarlos era considerado como señal manifiesta de impiedad, y por ella eran castigados de diversas maneras, a pesar de sus defensas hilvanadas de textos bíblicos, es decir, sacadas del mismo libro reconocido por todos como el libro de Dios.

El Estado zarista, en lugar de amparar y defender a los perseguidos en contra de sus agresores, indignos de llevar el nombre de cristianos, y menos el de «ortodoxos» que significa «rectos», estaba solamente a las órdenes del Santo Sínodo Ortodoxo, para castigar con meses de cárcel, y más frecuentemente con destierro a las heladas regiones de Siberia, a nuestros fieles hermanos de fe evangélica por su rebeldía a las doctrinas de la Iglesia oficial.

UN CASO TÍPICO: LUKYAN DE KNISHI

Como de las demás persecuciones de siglos pasados relatadas en este libro, es imposible narrar todos los incidentes, pero nos referiremos, solamente, al caso de Lukyan un labriego apicultor de la aldea de Knishi, en las provincias urales, muy devoto de la fe ortodoxa, el cual, como resultado de leer la Biblia publicada por su misma iglesia, después de conocer a algunos creyentes de Kolvisk, la capital de la provincia, había llega-

do al conocimiento de Cristo, y se convirtió en el guía espiritual de algunas familias que aceptaron la misma fe evangélica. Estos creyentes podían detener la persecución, mediante obsequios al párroco, para compensarle por la ofensa de no acudir a confesarse con él, y asistiendo a la Iglesia Ortodoxa de vez en cuando, cuando tenía lugar una ceremonia en la cual no fueran obligados a doblar sus rodillas ante los iconos, o tomar parte en otras prácticas supersticiosas.

Denunciado por el obispo como agitador popular fue Lukyan arrestado por seis meses y libertado por no hallársele prueba de ningún delito político de los que era acusado.

Más tarde, cuando el Santo Sínodo Ortodoxo empezó a promulgar claras disposiciones persecutorias en contra de los disidentes, fue detenido de nuevo. El tribunal eclesiástico, compuesto de cinco sacerdotes, no tenía otro propósito que hacerle abjurar de su fe evangélica, para que la defección del maestro disipara la disidencia religiosa en la aldea; por eso alternaba el rigor de los castigos con halagos y discusiones teológicas, en las cuales el conocimiento de la Biblia del sencillo labriego asombraba a sus graves y barbudos jueces.

Hubiera podido librarse con firmar un juramento de que guardaría su fe para sí mismo, absteniéndose de predicar y leer la Biblia a otras personas, pero al negarse a jurar lo que estaba seguro que su conciencia no le permitiría cumplir, fue encerrado en un calabozo de castigo, completamente oscuro y hediondo, lleno de parásitos, del cual sólo se le permitía salir para respirar por dos horas el aire fresco del patio de la cárcel, una vez cada cinco días.

Como un día se resistiese a volver a tan inmundos lugares, pidiendo ver al director de la cárcel, los carceleros le arrojaron con violencia en su hediondo calabozo y cerrando la pesada puerta de hierro le machacaron un pie que, gangrenado por falta de cuidados, le produjo la muerte.

Este relato verdadero sirvió de base a la novela histórica de la célebre escritora inglesa Hesba Stretton, que se publicó por primera vez en el año 1894 bajo el título de *Vía dolorosa*, la cual produjo una corriente de simpatía por los stundistas entre los cristianos occidentales, cuya influencia llegó hasta Rusia.

En el año 1900, el conde León Tolstoi escribía al zar de todas las Rusias: «No os dejéis aconsejar de los hombres que han preparado estas crueldades; ni de Pobiedonstzieffi que es un hombre atrasado, malicioso, terco y cruel; ni de Spiagin, hombre de medianas facultades, frívolo y sin ilustración».

Estos saludables consejos del virtuoso conde fueron desgraciadamente desoídos por varios años y la persecución siguió sin tregua, hasta que estalló la guerra ruso-japonesa, apaciguándose un tanto durante el período de intensa agitación política que la siguió, pero sólo después de la dimisión de Pobiedonstzeff y de su muerte acaecida en 1907, fue cuando el zar promulgó un edicto de libertad religiosa para todos sus súbditos.

Desde entonces los evangélicos rusos, que ya eran muchos millares, pudieron empezar a alquilar o edificar lugares exprofesamente destinados a sus cultos y a entrar en contacto con sus hermanos de otros países.

LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE

Esta época de respiro duró sólo diez años, pues la revolución bolchevique que sobrevino en el año 1917, se ensañó al igual, con los ciudadanos de Rusia muy ortodoxos, que eran tenidos como retrógrados zaristas, como con los creyentes evangélicos, considerados del mismo modo por ciertos «comisarios del pueblo» que confundían la religión con la política. Por tal motivo muchos millares fueron muertos o trasladados a Siberia. Sin embargo, la tenacidad de nuestros hermanos triunfó también de esta persecución, como había triunfado de las que, en otro tiempo, sufrieron de parte del zar y la Iglesia del Estado. Muy a pesar suyo ha tenido que reconocer el actual gobierno de Rusia que no es cosa fácil arrancar los sentimientos religiosos del alma del pueblo, constatando además que la piedad de los verdaderos cristianos evangélicos produce buenos frutos, lo mismo en un régimen que en otro.

Hacia el año 1930, el ministro del Interior de Rusia, refiriéndose al plan quinquenal de Stalin, elogiaba a los cristianos evangélicos porque los comisarios encargados de recoger los frutos de los kolholtz, o granjas colectivizadas, se habían dado cuenta de que los campesinos stundistas eran escrupulosos en declarar la verdad acerca de sus cosechas, contentándose con retener para su mantenimiento la parte asignada por el gobierno, mientras muchos otros campesinos hacían ocultación de una parte de sus frutos para evitar su entrega a los organismos estatales.

Hoy nuestros hermanos rusos disfrutan de una limitada tolerancia religiosa. Los grupos evangélicos son reconocidos por un ministro de cultos en el Kremlin; pero es necesario dar cuenta del nombramiento de los pastores y recibir la aprobación del gobierno para los tales. Los cultos para adultos son respetados, pero no puede darse instrucción religiosa en Escuelas Dominicales u organismos juveniles. En algunos lugares donde las autoridades son rigurosas en hacer cumplir la ley, los mismos padres no pueden hacer que sus hijos menores de dieciocho años les acompañen cuando asisten a las iglesias. Es difícil tener una idea exacta del número de cristianos evangélicos que existen en Rusia, dada la inmensidad de su territorio y las circunstancias políticas de este país. Se ha llegado a calcular en unos cuatro millones. Se tiene más seguridad acerca de los afiliados a la Alianza Bautista Mundial que es sobre medio millón.

Una de las notas más tristes de los grandes congresos bautistas de Copenhague en 1945, y de Cleveland, en 1950, a los cuales el autor de este libro tuvo el privilegio de asistir fue la ausencia de delegados de Rusia. En cada uno de ellos hubo un silencio sepulcral, más significativo que las palabras cuando el presidente anunció que nuestros hermanos rusos no habían podido obtener permiso de su gobierno para trasladarse al extranjero. Afortunadamente no fue así en los últimos congresos.

Hoy nuestros hermanos de Rusia gozan de una tolerancia restringida, cuentan con un ministerio organizado y un seminario y una iglesia en Moscú y en algunas otras ciudades pero nos consta que necesitan muchas más para las cuáles no pueden obtener permiso. No puede imprimirse literatura religiosa, ni siquiera ejemplares de las Sagradas Escrituras sin permiso estatal, el cual es siempre muy restringido. Los turistas cristianos que visitan aquel gran país, se exponen a muchas dificultades de parte de las

autoridades aduaneras si traen en su equipaje más de un ejemplar de las Sagradas Escrituras en lengua rusa.

Aunque la libertad de cultos figura en la Constitución rusa el ateísmo es, de hecho, la religión oficial y toda actividad religiosa es rigurosamente controlada para mantenerla en unos límites totalmente insuficientes, lo que ha dado lugar a un movimiento religioso subterráneo cuyos fieles están sufriendo constantes persecuciones, siendo deportados a Siberia o reclusos en prisiones o clínicas estatales, por más que procuren separar sus actividades religiosas de toda sospecha política, exactamente igual como nos ocurría en España en sentido inverso durante la dictadura, pues lo mismo de arbitraria es la dictadura de izquierdas como la de derechas cuando no se respetan los derechos humanos nacidos de las claras enseñanzas éticas de Jesucristo.

LA REFORMA EN ESPAÑA³⁰

Los libros de Lutero y otros reformadores no tardaron en llegar a España, cosa que fue relativamente fácil debido a que muchos españoles de ilustre linaje, acompañaban al emperador Carlos a las dietas que periódicamente se celebraban en Alemania, en Flandes y otras regiones donde el Protestantismo había logrado implantarse.

Prelados ilustres, predicadores famosos, hombres de letras y nobles matronas, recibieron con júbilo la noticia de la rebelión espiritual que se había levantado en el mundo y aceptaron de corazón las verdades evangélicas que durante tantos siglos habían permanecido ocultas. El número de los tales fue considerable, hasta tal punto que Cipriano de Valera escribió en el prefacio de su versión de la Biblia: «No había ciudad, villa o lugar en España en que no hubiese alguno y algunos a quienes Dios, por su infinita misericordia, no hubiese alumbrado con la luz de su Evangelio: aunque los adversarios habían hecho todo lo posible para apagar esa luz, afrentando a muchos con pérdidas de bienes, de vida y de honra, nada habían logrado porque cuanto más afrentan, más azotan, ensambenitan, echan en galeras o meten en cárcel perpetua o queman, tanto más se multiplican».

Confirmando esta declaración del escritor protestante, decía el historiador católico González de Illescas en su Historia Pontifical:

«Por aquellos días las cárceles, los cadalsos y las hogueras se habían poblado de personas ilustres muy aventajadas en letras y virtud, y que eran tantos y tales que llegó a creerse: si dos o tres meses más se hubiera tardado en remediar este daño, se abrasara toda España».

La Reforma estaba golpeando las puertas de España, pero en el preciso momento, cuando ella se disponía a abrir, se interpuso el monstruo de la intolerancia que, con despiadado despotismo, encerró en cárceles y consumió en hogueras a una legión de los mejores hijos de este reino.

EL PROTOMÁRTIR DE LA REFORMA EN ESPAÑA

Se llamaba Francisco San Román. Pertenece a una antigua familia de ricos comerciantes de Burgos. Siguiendo la profesión de su familia, se dirigió a Flandes en busca de mercaderías, y encontrándose en las ferias bulliciosas de Amberes, tuvo el primer conocimiento de la verdad evangélica por la cual más tarde daría su vida. Supo que había muchos negociantes flamencos que en determinadas horas, cerraban las puertas de sus tiendas y leían secretamente un libro prohibido, y que solían dirigirse a un sitio muy

³⁰ Para una información más completa y extensa del contenido de este capítulo, véase «Historia de la Inquisición y la Reforma en España», por el mismo autor del presente libro, Dr. Samuel Vila, también disponible gratuitamente en la biblioteca de libros gratuitos facilitados por CLIE en PDF.

apartado, en las afueras de la ciudad, para escuchar la predicación de la nueva doctrina que era objeto de tan animados y variados comentarios. Temerosamente escuchó sus conversaciones, pero creyó más acertado apartarse de esta gente peligrosa y buscar la compañía de sus compatriotas, que eran numerosos en aquella ciudad. Pero grande fue su sorpresa cuando supo que ellos también estaban interesados en esa doctrina y que algunos actuaban como verdaderos apóstoles de la misma.

Sus negocios lo llevaron a la ciudad de Brema y pasando un domingo frente a una iglesia oyó cantar con suave melodía un himno religioso. Atraído por ese canto, se atrevió a entrar y escuchó el sermón que pronunció el pastor Jacobo Spreng. Cuando el culto terminó toda la gente se retiró, menos San Román, quien dirigiéndose al pastor, conmovido y con lágrimas en los ojos, pidió que le hablase más de la doctrina que por primera vez había oído anunciar. El pastor no sólo hizo esto, sino que le llevó a su casa y le hospedó durante tres días, que fueron bien aprovechados hablando sin cesar de las Escrituras que dan testimonio de Cristo y guían a las almas a la fuente de salvación. Cuando salió de aquella casa, el mercader español era poseedor de la perla de gran precio.

Volvió a Amberes llevando consigo los mejores libros de los reformadores y un precioso ejemplar del Nuevo Testamento. Su primer deseo fue el de volver a España para decir a los suyos cuán grandes cosas el Señor había hecho a su alma; pero no le era posible hacerlo, así que se dedicó a evangelizar a los españoles que residían en la importante ciudad flamenca, para lo cual escribió algunos tratados que repartía profusamente, sin pensar en los peligros que le rodeaban.

Los enemigos de la verdad no tardaron en echarle mano y después de quemarle todos sus libros y folletos lo encerraron en una prisión, de la que logró salir, no se sabe cómo, y se dirigió a Lovaina donde encontró a su compatriota Francisco de Encinas, traductor del Nuevo Testamento y acerca de quien hablaremos más adelante.

En este tiempo Carlos V se encontraba en Ratisbona y San Román concibió el audaz proyecto de pedir una audiencia para hablarle del Evangelio e interceder a favor de los que en sus dominios estaban sufriendo persecución por causa de la fe. Sus compatriotas se asombraron y trataron de hacerle desistir, pero él persistió en su propósito hasta conseguir ser recibido por el emperador, quien después de oírle mandó ponerle en prisión.

Carlos V, durante las guerras de religión con que azotó a los Estados Protestantes, llevaba en su comitiva varios carros cargados de prisioneros encadenados, entre los que se encontraban cuatro pastores de Ulma. San Román fue llevado con ellos por varios puntos de Alemania, de Italia y por el Norte de Africa.

Finalmente, sus guardianes le entregaron a la Inquisición de Valladolid, y en sus lúgubres prisiones permaneció encerrado hasta el día en que fue sacado para morir en la hoguera.

Los familiares que rodeaban a San Román en la hora de la muerte no pudieron quebrantar su firmeza en Cristo.

Se ordenó entonces que la hoguera fuese encendida, y al sufrir un desvanecimiento por los primeros efectos del sufrimiento apagaron presurosos el fuego para preguntarle si quería abjurar de sus creencias. San Román, concentrando en su corazón las fuerzas

que aún le quedaban increpó a los frailes preguntándoles si tenían envidia de su felicidad. Arrojado de nuevo a las llamas terminó su carrera pudiendo decir, como San Pablo: «Para mí el vivir es Cristo y el morir, ganancia».

EL CARDENAL PRIMADO DE ESPAÑA ACUSADO DE HEREJÍA

En este auto de fe, predicó el sermón de oficio el famoso Bartolomé Carranza, quien así se iniciaba en su destacada actuación de perseguidor de protestantes, pero cuando había llegado a la cúspide de la gloria, siendo cardenal arzobispo de Toledo, primado de España, fue acusado de profesar y propagar las creencias de aquellos a quienes tan tenazmente había antes perseguido. Estuvo doce años en manos de la Inquisición, pero no tuvo la valentía de ir al martirio y se valió de sus influyentes amigos para conseguir la absolución.

EXTENSIÓN DEL CRISTIANISMO EVANGÉLICO EN ESPAÑA

Los escritores católicos atribuyen la rápida difusión de las opiniones protestantes en España, al hecho de que, al ser enviados sus hombres más ilustres al extranjero para refutar a los luteranos volvían trayendo en sus mentes el virus de la herejía. Confesión que, por cierto, no hace mucho honor a la causa que defienden. Por ejemplo: El autor de la Historia Pontifical dice:

«Anteriormente los herejes luteranos que eran prendidos de vez en cuando y entregados a las llamas, eran casi todos extranjeros, alemanes, flamencos o ingleses, o si alguno resultaba ser español eran gente inferior; pero en estos últimos años, hemos visto las prisiones, cadalsos y piras llenos de personas de noble cuna... La causa de esto y muchos otros males era la inclinación que nuestros príncipes católicos sentían por Alemania, Inglaterra y otros países fuera del palio de la Iglesia, que les inducía a enviar hombres eruditos y predicadores de España a esos lugares, con la esperanza de que, por medio de sus sermones, podrían hacerlos volver al sendero de la verdad. Pero, desgraciadamente, esa medida produjo pocos frutos buenos; pues de aquellos que fueron al extranjero para llevar la luz a otros algunos volvieron cegados ellos mismos, hinchados de ambición o del deseo de que los considerasen más preparados y mejorados por su permanencia en países extranjeros, siguieron el ejemplo de los herejes con quienes habían contendido»³¹

³¹ Illescas, «Historia Pontifical», tomo II. Los que conocemos la verdad del Evangelio y hemos luchado por su causa, aunque no con tan terribles dificultades como aquellas que afrontaron nuestros heroicos antepasados, comprendemos bien la razón de su cambio de mente, que no era la ambición ni el orgullo. Torpe ambición sería la de verse desposeídos de todo y llevados a la hoguera. Para afrontar tal sacrificio no hay otro motivo suficiente que la persuasión de la verdad.

LOS MÁRTIRES DE VALLADOLID

Valladolid, capital de Castilla la Vieja, era la residencia de la corte antes que Felipe II la trasladase a Madrid.

Acerca de la labor evangélica en esta capital en aquellos tiempos dice Llorente:

«En Valladolid, como en Sevilla, la doctrina reformada penetró en los monasterios, fue abrazada por una gran parte de las monjas de Santa Clara y de la Orden Cisterciense de Belén; y ganó convertidas entre las devotas mujeres que en España llaman beatas, las cuales no obedecen a ninguna regla particular, sino que se dedican a obras de caridad.³²

»Las doctrinas protestantes se esparcieron en todas direcciones alrededor de Valladolid. Había convertidos en casi todos los pueblos y en muchas de las aldeas del antiguo reino de León».³³

En la ciudad de Zamora los protestantes estaban encabezados por don Cristóbal de Padilla, un caballero que había tomado la tarea de tutor de una familia noble a fin de tener mejor oportunidad para enseñarles la doctrina evangélica. Las mismas ideas evangélicas fueron introducidas en las aldeas de Palo y Pedroso. En esta última diócesis había numerosos convertidos que gozaban de la instrucción de Pedro de Cazalla, su cura párroco, quien había aceptado el Evangelio.

Su difusión era igualmente extensa en la diócesis de Palencia, donde eran enseñadas por el doctor Alfonso Pérez, sacerdote que estaba bajo el patrocinio de don Pedro Sarmiento, caballero de la orden de Santiago y por un hijo del marqués de Rojas.

De Valladolid las nuevas opiniones se difundían a través de Castilla hasta Soria en la diócesis de Osma y Logroño, en esta última ciudad fueron abrazadas por muchos, incluso por el encargado de la Aduana, y por el cura párroco de Villa-Medina.

Los que habían creído en el Evangelio no habían roto abiertamente con el Catolicismo, pero se reunían secretamente para la edificación espiritual y estudio de las Sagradas Escrituras en la casa de doña Leonor de Vivero, viuda de Cazalla, persona rica y encumbrada. Su hijo Agustín, había estudiado teología en Alcalá, y cuando contaba treinta años, el emperador lo llamó a su corte dándole el cargo de capellán. En esta calidad acompañó al monarca por Alemania y Flandes y a fin de poder atacar a los reformistas se puso a leer sus escritos, pero como era hombre sincero y amante de la verdad, llegó a convencerse de que la Iglesia Romana se había apartado de la verdadera doctrina cristiana y de que los llamados herejes eran los verdaderos ortodoxos, pues profesaban y defendían las mismas creencias que habían tenido los apóstoles.

Cuando volvió a su patria, se encontró con don Carlos de Seso, y fue mediante su saludable influencia como las doctrinas que habían penetrado en su mente, penetraron también en el corazón de este último.

³² Llorente, «Historia crítica de la Inquisición», tomo II, págs. 231, 240-243.

³³ Llorente, tomo II, págs. 231-242.

Don Carlos de Seso era de origen italiano, pertenecía a la nobleza y había ganado el favor de Carlos V por sus valiosos servicios prestados en las guerras. Se casó con una princesa de la familia real española, Isabel de Castilla, y fijó su residencia en el castillo de Villamedina, cerca de Logroño. No se sabe por qué medios llegó al conocimiento del Evangelio, el que abrazó con entero fervor y propagó por todas partes a pesar de las limitaciones que la intolerancia imponía. Dejó su cargo de corregidor y se radicó en la capital para mejor poder consagrarse a la obra para la cual se sentía llamado de Dios.

Otro de los componentes de la congregación de Valladolid era el dominico Domingo de Rojas, quien había sido iniciado en el estudio de la Biblia por Bartolomé Carranza.

No menos prominentes eran el abogado Antonio Herrezuelo y su joven esposa Leonor de Cisneros, que habían sido ganados a la fe por los trabajos de De Seso.

Otro miembro de la congregación era el platero don Juan García, casado con una mujer mediocre, enteramente dominada por los frailes. A esta celosa esposa empezaron a llamarle la atención las salidas frecuentes y secretas de su marido, y aconsejada por su confesor, le siguió para saber a dónde se dirigía. Grande fue su sorpresa al verle entrar en la magnífica casa de doña Leonor, que a la sazón ya había fallecido. La infeliz mujer llevó la noticia a su confesor y éste a los inquisidores, quienes en posesión de este dato sorprendieron a los evangélicos cuando estaban reunidos y los redujeron a prisión, lo mismo que a muchos otros sobre quienes recayeron sospechas.

Siguieron los lentos trámites del juicio inquisitorial en el que los mártires evangélicos sufrieron crueles tormentos para obligarles a denunciar a sus cómplices o sea a sus hermanos en la fe evangélica y el 22 de mayo de 1559 tuvo lugar el auto de fe en el que treinta personas sufrieron diferentes condenas, de ellas dieciocho a muerte en la hoguera.

También quemaron cuatro cadáveres, profanando sus tumbas, por haber resultado sus ocupantes reos de herejía. No entraremos a referir la manera cómo cada uno de los mártires afrontó la prueba a que se veían sometidos y sólo mencionaremos el caso de Antonio Herrezuelo, quien había sido encarcelado junto con su joven esposa. Frente a sus jueces había mostrado una firmeza inquebrantable. El día del auto de fe, cuando era conducido al tablado donde oíría la sentencia, tuvo la gran pena de ver a su esposa entre los reconciliados, vestida con el traje, no de los que afrontarían la muerte, sino con el de los sentenciados a penas menos severas, que en su caso era el vivir a perpetuidad en una casa de reclusión. Herrezuelo al verla le lanzó una feroz mirada y le dijo: «¿Es éste el aprecio que haces de la doctrina que te he enseñado durante seis años?» Marchando a la hoguera iba repitiendo pasajes de la Biblia que le consolaban y le daban la oportunidad de dar testimonio de su fe, lo que motivó que le pusieran mordaza, y así murió con admirable constancia.

Leonor fue conducido a su encierro y a solas con su conciencia y con el recuerdo de su esposo querido, sufría un tormento mayor que el de la hoguera que evitó abjurando de su fe evangélica. ¡Qué contraste el de esa vida, con los seis años de felicidad que había pasado junto a su heroico esposo! Se arrepiente y confiesa de nuevo aquella fe que en un momento de debilidad había negado. Los inquisidores repiten otra vez todo su arte para someterla, pero ya en vano, porque la débil mujer se había convertido en una

fortaleza inexpugnable. Leonor fue condenada a morir en la hoguera y la feroz sentencia se cumplió el 26 de septiembre de 1568.

Otro auto de fe tuvo lugar en Valladolid el 8 de octubre de 1559 en el que perecieron los otros miembros de la congregación que habían sido arrestados a raíz de la delación de la mujer del platero.

Un enorme tablado había sido levantado para los que tenían que sufrir condenas, a fin de que el macabro espectáculo pudiese ser visto por todos los espectadores, que un testigo ocular calculaba en doscientos mil.

Felipe II con lo más destacado de su corte, estuvo presente y ante la inmensa muchedumbre, poniendo la mano derecha sobre su espada, juró prestar su más eficaz ayuda a la Inquisición.

El reo más prominente entre los que tenían que morir era don Carlos de Seso, condenado por hereje pertinaz y dogmatizante. El antes gallardo militar, favorito de Carlos V tenía ahora el aspecto de un cadáver, debido a los padecimientos de la prisión. Cuando le notificaron que debía morir, pidió papel y tinta y escribió una vibrante profesión de fe. Llorente, que tuvo este documento ante sus ojos dice: «Es difícil describir el vigor y la energía de las cosas con que llenó dos hojas de papel, aunque estaba en presencia de la muerte».

Cuando el cortejo de mártires desfiló delante de la tribuna real, De Seso se dirigió a Felipe II y le dijo:

«¿Es así como Vuestra Majestad trata a sus súbditos es?» El rey le contestó con aquella frase que se hizo célebres «Yo mismo traería la leña a la hoguera, para quemar a mi propio hijo si fuese culpable como tú».

Le pusieron una mordaza en la boca, pero le fue quitada después de estar ligado a la estaca y los frailes comenzaron a exhortarle para que se confesara si quería salvar su alma, a lo cual replicó con voz fuerte y gran firmeza: «yo podría demostraros que os condenáis a vosotros mismos no imitando mi ejemplo, pero no hay tiempo. ¡Verdugos encended la hoguera que me ha de consumir!»

Estos obedecieron y De Seso expiró entre las llamas sin un gemido. Tenía 43 años.

Otro mártir destacado fue fray Domingo de Rojas, quien declaró que había sido instruido en la doctrina evangélica por el Arzobispo Bartolomé Carranza. Pidió permiso para hablar a Su Majestad, y después de manifestar que no era hereje como el vulgo lo suponía, hizo esta noble confesión de evangélica: «Creo en la pasión de Cristo, la que basta para salvar a todo el mundo».

También fueron quemados: Juan Sánchez, criado de don Pedro Cazalla, quien confesó abiertamente su fe y dijo que en ella quería vivir y morir; Catalina Reinoso, joven monja de veinte años, verdadera esposa del Señor por quien dio alegremente su vida; Eufrosina Ríos, monja a quien estrangularon antes de ser quemada; María Guevara y Margarita Santiesteban, también monjas; Pedro Sotelo Francisco de Almanza y Pedro de Vivero Cazalla. Una monja de nombre Juana Sánchez había muerto en la cárcel, así que los verdugos se contentaron con desenterrar su cadáver y quemarlo.

EL PRECURSOR DE LA REFORMA EN SEVILLA: RODRIGO DE VALER

Entre los escritores del siglo XVI que se ocuparon de los hechos que ocurrían entonces en España, relacionados con la causa del Evangelio, debemos mencionar a Cipriano de Valera, el famoso traductor de la Biblia al español. Oigamos lo que el propio Valera dice respecto a la obra evangélica que se desarrolló en Sevilla:

«Cerca del año 1540 vivió en Sevilla un Rodrigo de Valer, natural de Lebrija. Este Valer pasó su juventud, no en virtud ni en ejercicios espirituales, no en leer ni en meditar la Sagrada Escritura, sino en vanos y mundanos ejercicios, como la juventud rica lo suele hacer... En medio de estos vanos ejercicios, no se sabe cómo ni por qué medio, Dios lo tocó, trocó y mudó en otro hombre bien diferente del primero, de tal manera que cuanto más había antes amado y seguido sus vanos ejercicios tanto más después los abominó, detestó y dejó, dándose con todo su corazón y poniendo todas las fuerzas de su cuerpo y de su entendimiento en ejercicios de piedad, leyendo y meditando la Sagrada Escritura.

»Muchos, no entendiendo el misterio que Dios obraba en Valer, tuvieron tan súbita y tan grande mutación, por locura y falta de juicio. Mudado de esta manera, Valer tenía gran dolor y arrepentimiento de su vana vida pasada, y así se empleaba todo en ejercicios de piedad, hablando y tratando siempre de los principales puntos de la religión cristiana, leyendo y meditando la Sagrada Escritura, y dióse tanto a leerla, que sabía gran parte de memoria, la cual aplicaba muy a propósito a lo que trataba. Tenía cada día en Sevilla continuas disputas y debates con clérigos y frailes, les decía en la cara que ellos eran la causa de tanta corrupción.

»Así nuestro Valer, viendo tan noble ciudad como Sevilla dada a tanta superstición e idolatría, y tan llena de escribas y fariseos, de tantos clérigos y frailes, disputaba con ellos en las plazas y calles: los reprendía y convencía por la Escritura. El mismo Dios, que antiguamente hizo hablar a San Pablo, hizo hablar a Valer: y como Pablo fue tenido por novelero y loco, así también Valer fue tenido por otro tal. Viéndose los nuevos fariseos tratados de esta manera, le conminaban a que dijera de dónde le hubiese venido aquella sabiduría y noticia de cosas sagradas; de dónde le venía aquella osadía de tratar así tan descalzadamente a los eclesiásticos, que son los pilares de la Iglesia, siendo él seglar, y no habiendo estudiado, ni dándose a virtud, mas antes habiendo tan mal empleado su juventud en vanidades. Le decían: ¿Con qué autoridad hacía esto? ¿Quién lo había enviado? ¿Qué señal tenía de su vocación? Estas mismas preguntas hicieron los viejos fariseos a Jesucristo y a sus apóstoles.

A estas preguntas respondía Valer cándida y constantemente. Decía que él había alcanzado aquella noticia de cosas sagradas, no de las hediondas lagunas de sabiduría humana, sino del Espíritu de Dios que hace que ríos de verdad corran de los corazones de aquellos que verdaderamente creen en Cristo. Les decía que Dios y la causa que trataba, le daban osadía y atrevimiento; decía que este Espíritu de Dios no estaba atado a ningún estado, por más eclesiástico que fuese... Decía que Cristo lo había enviado.

»En conclusión, hablando tan libre y constantemente, fue llamado de los inquisidores. Disputó Valer valerosamente de la verdadera Iglesia de Cristo, de sus males y señales, de la justificación del hombre y de otros semejantes puntos principales de la religión cristiana. Le salvó en esta ocasión su locura (como los inquisidores la llamaban) y así lo dejaron ir, no sin antes confiscarle y desposeerle de todo cuanto tenía. Oneroso medio para hacer que un loco vuelva a la razón, quitarle sus bienes. Valer, con toda esa pérdida de bienes, no dejó por eso de proseguir como había comenzado».

Hasta aquí el texto citado de Cipriano de Valera hablando de Rodrigo de Valer.

Allá por el año 1545 la Inquisición echó mano del predicador a quien toda Sevilla escuchaba en las calles y plazas y lo condenó a cárcel perpetua. Cuando junto con los demás presos era llevado a oír misa, se levantaba y contradecía al predicador, lo que demuestra que conservaba sus convicciones. Lo sacaron entonces de la cárcel y lo encerraron en un monasterio donde murió teniendo poco más de cincuenta años.³⁴

LÍDERES EVANGÉLICOS SEVILLANOS

Eran numerosas en Sevilla las personas que habían sido alumbradas con la luz del Evangelio y todos esperaban que de un momento a otro se produjese un sacudimiento espiritual, pujante e irresistible que arrastrase a la nación entera, rompiendo definitivamente con el papado, como ya había ocurrido en otras naciones del continente.

Juan Gil. El doctor Juan Gil, célebre canónigo, aceptando las doctrinas del que personas menos doctas llamaban «loco», Rodrigo de Valer, predicaba en la grandiosa catedral la palabra de Dios que es viva y más penetrante que toda espada de dos filos, en lugar de las áridas sentencias del escolasticismo. La ciudad entera lo escuchaba de buena gana y Carlos V, queriendo premiar al elocuente predicador, lo nombró obispo de Tortosa. Sus enemigos, al haber descubierto cómo Gil predicaba una doctrina que «no desdeñaría ni el mismo Calvino», antes que fuese a tomar posesión de su alto cargo lo encerraron en las prisiones inquisitoriales, de donde sólo salió para morir a consecuencia de las enfermedades contraídas en su húmedo encierro.

Constantino Ponce. Otro hombre eminente que había aceptado el Evangelio era Constantino Ponce de la Fuente, quien unía al don de predicador el de escritor aventajado. Dejó varios libros y tratados valiosos tanto por la buena doctrina que enseñan como por la forma literaria en que están presentados. La Inquisición logró apoderarse de los libros que Constantino tenía escondidos, que eran en su mayoría obras de los reformadores y un manuscrito de su propia letra que constituía la prueba innegable de que él también estaba de acuerdo con los que se separaban del Romanismo. Toda Se-

³⁴ La famosa novelista Débora Alcock escribió una interesante novela histórica titulada «Los Hermanos Españoles» en la cual, después de informarse cuidadosamente de los procesos de la Inquisición y costumbres de la época describió con todo lujo de detalles la «Historia de Rodrigo de Valer y sus hijos varones». Editorial CLIE ha reimprimió esa novela histórica.

villa quedó estupefacta cuando oyó que el eminente Constantino había sido encerrado en el Castillo de Triana acusado de herejía. Cuando Carlos V recibió la noticia dijo: «Si Constantino es hereje, es un gran hereje.»

Lo tuvieron dos años sepultado en un calabozo subterráneo donde terminó su carrera sufriendo con cristiano heroísmo.

Otros ilustres evangélicos sevillanos.

Las personas más desarrolladas en la fe evangélica habían formado una congregación que se reunía secretamente en la casa de una dama encumbrada llamada Isabel de Baena, y era pastoreada por el médico Cristóbal Lozada.

Entre los miembros de la nobleza afiliados a ella, figuraban don Juan Ponce de León y Domingo de Guzmán. El primero era un hijo menor de don Rodrigo conde de Bailén, primo hermano del duque de Arcos y pródigo era este noble en la práctica de la caridad, que por atender a las necesidades de los pobres —dice un biógrafo— comprometió su patrimonio y se vio reducido a las estrecheces en que otros de su rango se ven envueltos por su vida disipada.

Otro evangélico ilustre era Francisco Zafra, doctor en leyes y vicario de la parroquia de San Vicente, quien salvó las vidas de muchos acusados porque en razón de su ilustración era llamado con frecuencia a pronunciarse con carácter de calificador en los procesos del Santo Oficio.

Su principal éxito en favor de sus hermanos fue cuando la viuda María Gómez, víctima de una enfermedad mental, denunció a trescientos evangélicos que concurrían con ella a los cultos clandestinos que se celebraban en Sevilla. Zafra pudo demostrar que la mujer era demente, y así detener la tempestad de la persecución que dos años después arrastró a todos. Entre ellos al propio Zafra, y a María, que habiendo recobrado el sano juicio murió gloriosamente con sus hijas y una hermana, como veremos en otro lugar.

UN CONVENTO EVANGÉLICO

Otro núcleo evangélico se había formado en el convento de San Isidro del Campo, perteneciente a los frailes Jerónimos, situado a una legua de la capital, en el sitio hoy denominado Santiponce. Los libros de los reformados habían penetrado en ese claustro y tuvieron buena acogida de parte del prior llamado García Arias, quien los hacía leer y explicaba a los miembros de la orden, con el resultado de que muchos de ellos abrazaron la fe evangélica, entendiendo especialmente que la justificación por la fe hacía inútiles todos los ritos y penitencias a que estaban acostumbrados. Acosado por el temor, cuando sobrevino la persecución, García Arias no supo mantenerse a la altura de sus conocimientos, llegando a negar y hasta perseguir las creencias que profesaba y enseñaba en el monasterio, pero esta cobarde conducta la borró después con un genuino arrepentimiento que le costó sufrir el martirio.

LA PRESECUCION ARRECIA

Por fin consiguieron los inquisidores entrar en el secreto de la gran obra evangélica que se desarrollaba en Sevilla, por medio de los temores supersticiosos de un miembro de la iglesia que resultó traidor. Unos ochocientos fueron encarcelados en el tristemente famoso castillo de Triana.

Doce monjes del convento de San Isidro consiguieron escapar al extranjero por diferentes caminos y al cabo de un año se reunieron en Ginebra.

Francisco Zafra también fue preso, pero buen conocedor de los pasos subterráneos del castillo, logró escapar pocos días después, aprovechándose de la confesión a que dio lugar tal número de presos en el castillo.

No podemos referir en detalle los sufrimientos de estas víctimas en la sala del tormento... Solamente podemos dedicar unas líneas al primer auto de fe que tuvo lugar el 24 de septiembre de 1559, en el cual el médico Cristóbal Lozada fue quemado junto con veinte de sus hermanos en la fe a quienes había suministrado el maná sagrado de la Palabra de Dios, y el prior García Arias murió heroicamente alentando a morir a muchos de los ex frailes de San Isidro del Campo.

Una joven de veintiún años figuraba entre los sentenciados a la hoguera. Era María Bohorques, joven de extraordinario talento y de profunda piedad que había sido discípula del doctor Juan Gil. Tenía apenas once años cuando empezó a estudiar el griego, lo que le permitió leer los escritos apostólicos en su lengua original. Leía también el hebreo, y el latín lo dominaba como el castellano. La lectura de las obras de los reformadores le habían proporcionado un caudal de conocimientos religiosos de modo que podía medirse con cualquier teólogo en temas de controversia. Pero lo que más sobresalía en ella era su genuina humildad y espíritu de mansedumbre semejante al de su celestial Maestro. El doctor Gil, que la admiraba, solía decir: «Me siento elevado cada vez que hablo con ella.»

Al ser arrestada fue sometida a varios interrogatorios. Dice al respecto Adolfo Castro: «Disputó con varios jesuitas y dominicanos que inútilmente pretendieron apartarla de sus doctrinas, los cuates quedaron confusos al ver en tan corta edad y en una doncella tal erudición teológica y tales conocimientos de la divina Escritura».

Fue sometida a la tortura tan bárbaramente que se creyó que moriría en ella.

El día del auto de fe, vestida con el infamante sambenito, fue conducida al lugar del suplicio donde saludó a sus hermanos en la fe sentenciados como ella a morir. Mostró su admirable serenidad entonando un Salmo, pero ni siquiera ese consuelo le permitieron sus despiadados verdugos y le hicieron poner una fuerte mordaza. Cuando se la quitaron para ofrecerle la oportunidad de abjurar, mostró la misma firmeza que antes. no cediendo ni en un sólo punto a las continuas solicitudes de los frailes que la rodeaban y querían hacerla creer que buscaban su bien eterno. Debido a su edad le dieron la muerte de garrote antes de entregar su cuerpo a las llamas.

«Mucho tiempo hace —dice un historiador— que el viento ha esparcido sus cenizas; pero si más tarde sus compañeros en la fe pensaran erigir un monumento a la mártir,

no habría para él otras palabras más adecuadas que las del Salvador: «María escogió la buena parte».

NAVIDAD SINIESTRA

Otro gran auto de fe fue celebrado en Sevilla el 22 de diciembre de 1560, como parte de los festejos de Navidad. Catorce de los evangélicos fueron quemados vivos, tres en efigie, y otros treinta y cuatro sufrieron diversas condenas. En efigie fueron quemados los doctores Juan Gil, Constantino Ponce de la Fuente y Juan Pérez de la Pineda. Los dos primeros ya habían muerto a consecuencia de los malos tratos recibidos en la prisión y el tercero había logrado huir al extranjero, desde donde continuaba trabajando en pro de la evangelización de su patria.

MUJERES HEROICAS

No menos de ocho mujeres de carácter irreprochable y algunas de ellas distinguidas por su rango y educación sufrieron la más cruel de las muertes en la hoguera. Entre ellas estaba María Gómez, que apareció en el tablado junto con tres hijas y una hermana. Después de la lectura de la sentencia que las condenaba a las llamas una de las jóvenes se dirigió a su tía quien la había instruido en la doctrina evangélica y arrodillándose le dio las gracias por todas las enseñanzas religiosas que de ella había recibido, le pidió perdón por cualquier ofensa que hubiera podido inferirle y le solicitó su bendición.

Levantándola y asegurándole que no tenía nada que perdonarle, la anciana procedió a dar ánimo a su obediente sobrina, recordándole el sostén que el Divino Redentor ha prometido a los suyos en la hora de prueba y los goces que les aguardaban al final de unos momentáneos sufrimientos. Las cinco se despidieron entonces las unas de las otras con tiernos abrazos y palabras de mutuo consuelo.

Iríamos más allá de los límites de esta obra si entrásemos a dar los nombres de estos mártires y los detalles de su muerte. Dedicemos, no obstante, algunas líneas a uno de ellos.

EL PRIMER COLPORTOR EVANGÉLICO ESPAÑOL: JULIAN HERNANDEZ

Dice Alfonso de Castro: «Julianillo Hernández fue uno de los protestantes más notables de España, así por los servicios que hizo a la causa como por la agudeza de su ingenio, por su mucha erudición en las sagradas letras y por su valerosa muerte».

Nació en Villaverde y en su niñez fue con sus padres a Alemania donde aprendió el oficio de impresor. La imprenta le familiarizó con la literatura evangélica y no tardó en ser uno de los que abrazaron la fe de que hablaban los folletos que imprimía. Regresó a España y se idéntico con los evangélicos de Sevilla y después de algún tiempo se trasladó a Ginebra para colaborar con Juan Pérez, quien lo tenía en muy alta estima.

Debido a la pequeñez de su cuerpo le llamaban Julianillo, o el chico, y los reformadores franceses y suizos, entre quienes era apreciado, «Le Petit».

Juan Valdés, Juan Pérez y otros fugitivos habían producido abundante literatura evangélica en lengua española; pero ¿quién la introduciría en España? Fue Julianillo el que resolvió el problema. Valiéndose de su gran astucia consiguió burlar durante mucho tiempo la vigilancia aduanera e inquisitorial, introduciendo ocultamente dentro de toneles su preciosa mercadería. Viajaba en calidad de arriero, y en el trayecto, con suma prudencia, iba sembrando la palabra escrita hasta llegar a Sevilla, para dejar el resto de su carga en el convento de San Isidro del Campo.

Pero no faltó un Judas: un herrero a quien, en su celo evangelístico, anunció la Buena Nueva, la denunció a la Inquisición. Fue arrojado a los calabozos del castillo de Triana donde sufrió un cautiverio de tres años. Pero no hubo sufrimiento que lograra conmovérle ni arrancarle el gozo de su corazón. Cuando salía de la sala del tormento y era conducido al calabozo, sus hermanos en Cristo desde sus encierros, le oían cantar una copla, por él mismo inventada, declarando su triunfo espiritual sobre sus perseguidores. Fue condenado a morir en la hoguera por «hereje», apóstata contumaz y dogmatizante. Cuando apareció ante el tribunal de Triana, en la mañana del auto de fe dijo a sus compañeros de prisión:

«¡Valor, camaradas! Esta es la hora en que debemos mostrarnos valientes soldados de Jesucristo. Demos un fiel testimonio de su fe ante los hombres, y dentro de pocas horas recibiremos el testimonio de su aprobación ante los ángeles y triunfaremos en el cielo».

Fue reducido a silencio por una mordaza que le pusieron, pero continuó alentando a sus compañeros por medio de gestos, en el camino a la hoguera y durante el espectáculo.

Al llegar a la pira se arrodilló y besó la piedra sobre la cual estaba erigida. Luego, levantándose, introdujo su cabeza descubierta, entre los haces de leña en señal de bienvenida a una muerte tan temible. Ya atado al poste adoptó una actitud de oración, que el doctor Fernando Rodríguez, uno de los sacerdotes asistentes, interpretó como señal de sumisión, por lo cual consiguió que el juez le hiciera quitar la mordaza; pero Julián, en lugar de abjurar, empezó a predicar el Evangelio a sus verdugos, acusando a Rodríguez, con quien en otra época había estado relacionado, de esconder sus verdaderos sentimientos por temor a los hombres.

Irritado el sacerdote por el compromiso en que podía envolverle la declaración del mártir exclamó: «¿La paz de España, conquistadora y señora de naciones, ha de ser perturbada por un enano? ¡Verdugo!, ¡cumple tu misión!»

Inmediatamente fue encendida la hoguera; y los guardias, conmovidos por la firmeza del mártir, terminaron sus sufrimientos hundiendo sus lanzas en su cuerpo.³⁵

Su ejemplo ha sido una inspiración para los modernos colportores de las Sociedades Bíblicas que, desde el año 1889 hasta el 1936, fueron sembrando por España la Palabra de Dios.

³⁵ Montano, págs. 220-222.

Es grato ver que la Iglesia Católica no prohíbe, como en el siglo XVI, la lectura de las Sagradas Escrituras, y pueden adquirirse en las librerías de España ediciones católicas de la Biblia. Ciertamente, los tiempos han cambiado, incluso en la vieja España, por tantos siglos conocida bajo el apodo de «País de la Inquisición». La persecución obligó a los evangélicos españoles a buscar en el extranjero un asilo donde poder adorar a Dios, de acuerdo con el conocimiento de la verdad que habían recibido. Muchos se dirigieron a Londres, donde gozaban del favor de la reina Elizabeth, la cual hizo que les proporcionasen una iglesia donde celebrar sus cultos. Uno de los cargos contra la reina Isabel de Inglaterra en la bula de excomunión lanzada contra ella por Pío V fue el de haber dado refugio a estos fugitivos de España, lo cual provocó la admirable respuesta del obispo anglicano Jewel que tanto honra a nuestros compatriotas. Después de referirse a que ellos lo habían perdido y abandonado todo: bienes, tierras y casas, prosigue diciendo este escrito:

«No por causa de adulterio, o robo o traición, sino por profesar el Evangelio... La Reina, por su graciosa piedad, les ha concedido asilo, ¿ha llegado a ser cosa detestable el mostrar piedad? Dios quiso que los hijos de Israel amaran al extranjero, porque ellos fueron extranjeros en tierra de Egipto. El misericordioso hallará misericordia, ¿pero cuántos son los que han llegado hasta nosotros? Tres o cuatro mil; gracias a Dios, este reino puede recibirlos, aunque fueran más. Y ¿por qué no puede la reina Isabel recibir a unos pocos miembros de Cristo afligidos, que se ven obligados a llevar la cruz? Cuando a El le ha placido guardarlos en seguridad a través de los peligros del mar, y establecerlos en nuestros puertos, ¿debíamos nosotros haberlos expulsado cruelmente o ahogarlos, o ahorcarlos, o dejarlos morir de hambre? ¿Nos aconsejaría esto el vicario de Cristo? ¿Y si un rey los recibe y los socorre, debe por esto ser privado de su honra? Ellos son nuestros hermanos; no viven de balde. Si ocupan nuestras casas, pagan su renta; no se apoderan de nuestros terrenos sin la debida compensación. No mendigan en nuestras calles, ni piden de nosotros nada, como no sea respirar nuestro aire y ver nuestro sol. Saben trabajar y viven moderadamente; son dechados de virtud, trabajo, fe y paciencia. Los pueblos donde viven son felices, pues Dios los acompaña con sus bendiciones».

Muchos otros de los fugitivos españoles se dirigieron a Ginebra, ciudad donde actuaba Calvino y que llegó a ser el refugio de los que eran perseguidos en casi todo el continente. En Ginebra, los españoles, al principio, celebraban sus cultos junto con los italianos, actuando de pastor Guillermo Balbani de Luca, pero más tarde organizaron su propia iglesia pastoreada por Juan Pérez Pineda. Hubo también una congregación en Amberes, pastoreada por Antonio Corro, la cual se disolvió cuando el duque de Alba tomó la ciudad.

LA TRADUCCIÓN DE LA BIBLIA

Los refugiados españoles, pensando siempre en la necesidad de dar luz espiritual a sus compatriotas, escribieron importantes obras teológicas, muchas publicadas por CLIE y que pueden ser adquiridas hoy en día en cualquier librería evangélica. Pero la labor cumbre de estos correligionarios nuestros fue la traducción de la Biblia, directamente de los manuscritos, hebreos y griegos, realizada por Casidoro de Reina y Cipriano de Valera.

Ambos eran monjes del convento de San Isidro en Sevilla. El primero salió de España en 1557, refugiándose en Ginebra; después en Londres, donde escribió también la confesión de fe que nos revela las creencias por las cuales perdieron su vida nuestros heroicos compatriotas del siglo XVI. Desde 1568 residió en Basilea, donde imprimió la Biblia en castellano. Después pasó a Estrasburgo y a Franckfort, donde pastoreó iglesias. El cariño de sus feligreses nos ha preservado el retrato que publicamos.

La inmortal obra de Reina fue revisada por Cipriano de Valera, quien trabajó en ello por espacio de veinte años a pesar de que él mismo llama excelente a la obra de su antecesor.

Menéndez y Pelayo, alaba esta versión de la Biblia diciendo que: «Como hecha en el mejor tiempo de la lengua castellana, excede mucho bajo tal aspecto a la moderna de Torres Amat y a la desdichadísima del padre Scio».³⁶

PATRIOTISMO DE LOS EVANGÉLICOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI

Nuestros hermanos perseguidos por su fe nos han legado un grande ejemplo de patriotismo que debemos imitar. Pudieron acomodarse a las óptimas condiciones que les brindaban las patrias adoptivas donde se radicaron, pero a semejanza de los desterrados israelitas dicen en sus escritos: «Si me olvidare de ti, España, mi diestra sea olvidada, mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare».

Juan Pérez de Pineda dirige una Suplicación al rey Felipe II en la cual le dice que si sigue el consejo de los inquisidores llegará «a ser rey no ya de hombres, que fue el intento de Dios cuando le puso el cetro real en la mano, y le encargó su justicia, sino rey de la ceniza y de los sambenitos... ¿De qué ceniza? —le pregunta—. De la de aquellos que por ser enseñados de Dios, son los que más aman a vuestra majestad, y que con sencillo corazón más le honran en público y en secreto, de lejos y de cerca, y que le desean su descanso y prosperidad temporal y eterna y procuran obedecerle con prontí-

³⁶ Menéndez y Pelayo, «Los heterodoxos españoles», cap. 5, pág. 140. Los visitantes del convento de Santiponce rescatado por la Fundación Reina-Valera, pueden admirar hoy un museo bíblico donde figuran facsímiles del original de Reina-Valera y todas las versiones y reimpressiones que de dicha traducción han sido llevadas a cabo por entidades evangélicas, desde el año 1569 y 1602, hasta la más reciente de 1977.

simo y alegre ánimo, y que huyen de todas las cosas que le podrían dar sinsabor por liviano que fuese».³⁷

Cipriano de Valera dice: «La voluntad de mi corazón y mi oración a Dios es por mi nación, para que Su Majestad Divina los libre de la potestad de las tinieblas y los traspase en el Reino de su amado Hijo... querría, si pudiese, en alguna manera, provocar a mi nación, querría que tuviesen una santa envidia a las otras naciones. ¿Por qué ellas, y no los españoles, han de leer y oír en su propia lengua la Palabra de Dios como está escrita en la Biblia? ¿Por qué ellas y no los españoles han de recibir los santos sacramentos con la simplicidad que Jesucristo los instituyó y celebró, con la cual mandó a su Iglesia que los administrase, sin ninguna invención humana, superstición, ni idolatría?»³⁸

CONSECUENCIAS DE LA INTOLERANCIA RELIGIOSA EN ESPAÑA

El primer intento de introducir el Cristianismo Evangélico en España, fue totalmente impedido y aplastado por las implacables hogueras de la Inquisición.

No es paradójico afirmar que la Iglesia Católica de España ha sufrido mucho por tal motivo.

Espiritualmente, porque ha faltado el estímulo de la competencia que tan beneficiosa le ha sido en otros países. Por otro lado, la falta de hogares religiosos para los espíritus inquietos que no pueden comulgar con el estrecho dogma de Roma, ha arrojado en brazos del ateísmo a muchos intelectuales que podían haber sido grandes valores espirituales para nuestra nación dentro de alguna de las iglesias evangélicas.

Los más tenaces enemigos de la religión católica en nuestro país han confesado en sus demagógicos escritos haber sido educados en conventos católicos. Pudieran haber sido creyentes evangélicos si, cuando surgieron en su mente las primeras dudas, hubieran encontrado a su paso numerosas iglesias evangélicas bien respetadas y acreditadas, y a un pastorado inteligente, capaz de guiar sus espíritus por senderos de fe. En vez de ello, hallaron —nos dicen— un clero autoritario pronto a execrarles como descreídos.

En cuanto a las masas, la historia habla con harta elocuencia. Se ha procurado evitar que se separasen ostensiblemente de la Iglesia Católica, usando todos los medios de coacción; pero ello no ha hecho sino separarles más en su fuero interno de toda idea cristiana.

La intolerancia religiosa ha hecho de España el país de los extremos. En ninguna otra nación ha tenido Roma defensores tan ardientes, dispuestos a sacrificar sus vidas por la fe católica, como misioneros, o dentro del propio país. Pero en ningún otro país ha sufrido la Iglesia de Roma tanto de sus propios hijos.

³⁷ «Dos informaciones precedidas de una suplicación a Felipe II., reimpresión de Usoz y Río, año 1857, págs. 36-37».

³⁸ «Dos tratados», epístola al cristiano lector.

En ninguna nación las revoluciones políticas se han exteriorizado con la quema de conventos y el asesinato de sacerdotes, como ocurrió en España; en el año 1835, en toda la nación; en 1909, en Cataluña; y, recientemente, en aquella parte de España que no quedó controlada inmediatamente por el alzamiento del general Franco.

Muchas veces hemos tenido ocasión de poner de manifiesto a las autoridades civiles y militares de España, cuando recurrimos a ellas en demanda de tolerancia religiosa, que los iconoclastas y asesinos de millares de sacerdotes y religiosos en el año 1936 no eran cristianos evangélicos, temerosos de Dios, sino hombres bautizados católicamente y contados en las estadísticas oficiales como miembros de la Iglesia Romana. Por medio de la intolerancia ha logrado el catolicismo limitar el número de cristianos evangélicos en España a unos pocos millares; pero ha hecho millones de protestantes en Roma, sin religión en el fondo de sus almas, y ésta es la mayor tragedia y todavía el mayor peligro latente para nuestra amada patria.

LA SEGUNDA REFORMA EN ESPAÑA

Afortunadamente, y a pesar de todos los obstáculos, un puñado de buenos españoles sintieron a principios del siglo pasado ansias de renovación espiritual, y después de comprender el Evangelio de Cristo y de entregarle sus corazones, se dispusieron a hacer conocer su gracia, tal como se revela en las sublimes páginas del Evangelio. Los nombres de Matamoros, Alhama, Juan Calderón, José y Angel Mora, Cosidó, Ruet, Trigo, Marín, Carrasco, Cabrera, Vallespinosa, y otros, serán siempre recordados junto con los de algunos buenos hermanos extranjeros que vinieron a ayudar en la siembra del Evangelio en nuestro país.

En Andalucía, Barcelona, Galicia y Valencia se estableció de nuevo el Cristianismo Evangélico a partir del año 1868, abriéndose públicamente capillas evangélicas donde muchas personas han encontrado una nueva vida espiritual con el conocimiento de Cristo como su único y suficiente Salvador.

El Cristianismo Evangélico está progresando en España a pesar de todas las limitaciones y dificultades con que tropieza. El número de cristianos evangélicos probablemente ha triplicado en España desde el año 1936, calculándose en unos 20 a 30 mil. Con toda seguridad sería este número diez veces mayor si hubiésemos gozado de completa libertad religiosa, desde el año 1868, en que cesaron las persecuciones ostensibles y sangrientas pero no la intolerancia.

Los cristianos evangélicos de España, aunque desconectados y separados por tres siglos de intolerancia de nuestros heroicos antepasados, nos sentimos descendientes espirituales de aquellos hombres que todo lo perdieron por amor a la Verdad. Su obra fue aniquilada y su fruto extinguido, pero nos han quedado sus escritos, y más que todo su ejemplo para aleccionarnos y estimularnos a no desmayar, siendo fieles como ellos a las enseñanzas del Evangelio, a pesar de todo y contra todo. Así cantamos en uno de nuestros himnos:

Hijos de los españoles
Que murieron por la fe,

Arda en vuestros corazones
un amor intenso y fiel.

Predicad el Evangelio
De la sangre de Jesús,
Y dejando las tinieblas
Marche España hacia la luz.

APÉNDICE

Así terminábamos este capítulo en la primera edición de este libro publicada clandestinamente en España en 1956, del que se hizo una copiosa reimpresión en Norteamérica una década después, o sea en 1966, precisamente el año en que tras un cuarto de siglo de intolerancia religiosa bajo la dictadura del general Franco el Parlamento franquista aprobó la ley de libertad religiosa que en realidad no fue más que una renovación de la ley de tolerancia proclamada ya en el año 1869.

Una verdadera ley de libertad religiosa ha sido por fin proclamada por las Cortes democráticas de España en 1980. Hoy tenemos las mismas facilidades de difusión y propaganda que existen en todas las naciones democráticas de Europa y América, así como también una nueva consideración y respeto de parte de la presente generación de católico-romanos que han quedado inermes frente a la avasalladora ola de incredulidad que amenaza nuestro país.

Esta libertad ha venido con un siglo de retraso. Querían establecerla ya los prohombres políticos de la primera República española y los liberales más abiertos de las Cortes de Alfonso XII en 1869 y no pudieron por la presión del catolicismo.

¿Diremos que es demasiado tarde? No, todavía hay esperanza para España en la fe pura de Jesucristo que hace libres a los hombres en la vida presente e ilumina su entrada en la eternidad.

Tarrasa, junio de 1981
Samuel Vila